Edna O'Brien

La luz del atardecer

ESPASA

El libro es, sobre todo, la historia de una madre y una hija. Dilly, la madre, ya anciana, rememora su vida desde la cama de un hospital donde espera a su hija. Emigró a América en los años veinte, allí se casó, y regresó a Irlanda. Su hija, Eleonora, se casó con un extranjero y ese matrimonio alejó a ambas mujeres, que, durante mucho tiempo, sólo pudieron relacionarse por correspondencia. Ambas tienen muchos secretos guardados que no han sido capaces de revelarse la una a la otra.

La luz del atardecer ha sido elegido libro del año por varios medios estadounidenses. Edna O'Brien es una de las autoras más ensalzadas por la crítica anglosajona. Por su altísima calidad literaria ha sido comparada con Virginia Woolf.

Edna O'Brien

La luz del atardecer

Traducción de Catalina Muñoz

ESPASA NARRATIVA

La publicación de esta obra se ha beneficiado de una subvención del
Ireland Literature Exchange (Fondo de Traducción), Dublín, Irlanda,
www.irelandliterature.com
info@irelandliterature.com

Título original: *The Light of Evening*

© Edna O'Brien, 2006
© Espasa Calpe, S. A., 2009
© de la traducción: Catalina Muñoz, 2009

Fotografía de cubierta: *Mature woman on mountain*.
Dana Tezar / Gettyimages
Diseño de cubierta: Carrió / Sánchez / Lacasta

Depósito legal: B. 1.202-2009
ISBN: 978-84-670-2815-7

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Printer Industria Gráfica

Editorial Espasa Calpe, S. A.
Vía de las Dos Castillas, 33. Complejo Ática - Edificio 4
28224 Pozuelo de Alarcón (Madrid)

Para mi madre y mi patria

El pasado nunca muere. Ni siquiera es pasado.

WILLIAM FAULKNER

Prólogo

Hay una foto de mi madre, joven, con un vestido blanco, en la que sale de pie junto a su madre, que está sentada a la puerta de la casa en una silla de cocina, frente a un bosquecillo de árboles de hoja perenne. Su madre mira a la cámara con expresión grave, las manos huesudas unidas como si rezara. Pese al blanco virginal de su vestido y su actitud solícita, mi madre ya ha escuchado las llamadas al apareamiento desde el mundo exterior y ha visto la foto de un barco blanco en alta mar. Sus ojos son asombrosamente dulces y hermosos.

La foto pudo haberse tomado un domingo y con motivo de alguna ocasión especial, tal vez la inminente partida de la hija. Reina la quietud. Se percibe el bochorno, el azote del sol en las copas de los árboles adormecidos y en los campos anodinos que se extienden hasta la montaña envuelta en un resplandor azulado. Más tarde, cuando los días refresquen y la gente se cobije en sus casas, el grito de las bandadas de codornices cruzará esos mismos campos y el lago en la neblina azul de la montaña con un sonido solitario y crepuscular, como la voz solitaria y crepuscular de las madres que dicen: no es culpa nuestra si lloramos tanto, la culpa es de la naturaleza, que nos llena primero para vaciamos después.

Así es la cólera de las madres, el grito de las madres, el lamento de las madres, día tras día hasta el día final, hasta el último tinte azulado, las hormigas, el ocaso y el polvo agonizante.

PRIMERA PARTE

DILLY

—¿Quieres hacer el favor de cerrar el pico? —Dice Dilly—. He dicho que Dilly dice que hagas el favor de cerrar el pico.

Demonio de cuervo. No ha amanecido aún, y ya está graznando y alborotando en la palmera que no es una palmera, pero por alguna razón la llaman así. Extraño pájaro, solo o sola, sin pareja ni hijos, con sus acertijos y sus malos augurios.

A Dilly le produce escalofríos. Está guardando por seguridad sus pertenencias más preciadas. Envuelve los vasos de cristal tallado, no vaya a ocurrir que su marido Cornelius esté tan loco que quiera usarlos o quitárselos a Crotty, su ayudante, y lanzarlos a cualquier matorral o desde un cabo como si fueran latas. Sus pequeños tesoros. Cada pieza le recuerda algo o a alguien. La porcelana con flores que tanto le gustaba a Eleanora; de niña se sentaba delante de la vitrina, embelesada con los ramitos de rosas y nomeolvides pintados con tanta exactitud en la fuente de porcelana fina de dos pisos. La jarrita de cristal era un recuerdo de aquel paseo en el duodécimo mes por el enorme cementerio de Brooklyn con el hombre alto y barbudo, buscando entre las lápidas nombres irlandeses, de cuando encontraron la tumba de Matilda, la viuda de Wolfe Tone, y se detuvieron para rendirle tributo.

Pide a sus posesiones que vigilen la casa, que cuiden de Rusheen, se lo pide a sus fuentes con dibujos de peras y granadas, se lo pide a las tazas de loza blanca como la leche, con sus bordes dorados borrados aquí y allá por el roce de los labios, agrietadas por el

descuido de algunos invitados, como ese calavera que comía por cuatro, ese que tanto elogiaba a Maire Ruadh, que a saber quién era esa Maire Ruadh, alguna de las leyendas que Eleanora se sabía de memoria. A su hija los libros y las mitologías han llevado su vida por el mal camino desde el principio.

La maleta ya espera en el vestíbulo, asegurada con la correa de cuero porque una de las hebillas de latón está un poco suelta. Suerte que Con haya tenido que marcharse para cubrir a la yegua a varios kilómetros. No quiere lágrimas ni lloros. Es increíble lo blando que se ha vuelto con los años, sobre todo en los últimos nueve meses, cuando ella estuvo mala con las calenturas y a veces se levantaba sonámbula en busca de cualquier cosa para aliviarse el dolor, y él la seguía y la encontraba en el depósito de agua, mojándose para aplacar su rabia.

—¿Qué he hecho mal? —Le preguntaba a todas horas, poniéndose y quitándose la gorra y merodeando a su alrededor.

—Nada, no has hecho nada mal —respondía ella, zanjando tantos años de tribulaciones.

Dilly insistió en que Con se llevara a la perra, a Dixie, pues sabía que, cuando llegara el momento de partir, Dixie se tumbaría y gemiría con una pena humana.

Ahueca los almohadones de los sillones del cuarto donde desayunan, habla con ellos, cree que el velo de hollín que cubre la chimenea actuará como una especie de escudo que impedirá propagarse el calor. Conoce las costumbres de Con, la manía de apilar troncos y turba, siempre ávido de fuego, derrochando la leña como si no hubiera mañana. Le ha dejado una nota grande en la repisa de la chimenea: «Acuérdate de poner el guardafuegos antes de acostarte y de retirar el sofá». Por alguna razón vuelve a darle cuerda al reloj y lo deja boca abajo, en el lugar de siempre, con su obstinado tictac.

Escalda en el establo los cubos y los cántaros, porque no quiere volver a casa y notar el olor de la leche agria, un olor que no se va, que le desagrada y le recuerda sensaciones que prefiere olvidar.

El cuervo sigue graznando y grita cuando Dilly sale al tendedero para colgar algunas prendas, unas de Con y otras suyas, y varios manteles.

La mañana es fría; la hierba aún conserva restos de escarcha, y en las oquedades de la loma tiemblan algunas prímulas muy tempranas. Es curioso ver cómo brotan en unos sitios y no en otros. Dilly siempre pensaba en las prímulas cuando pensaba en flores, en las prímulas y en los ranúnculos, aunque en general pensaba en otras cosas: obligaciones, deudas, su familia, su perra Dixie, la sopa de sobre que preparaba para almorzar con su marido a media mañana, al fin

amistosos, como Dixie y su amigo Rover antes de que a éste lo atropellaran y la pobre Dixie, desconsolada, se pasara semanas, meses sin comer, esperando el regreso de su compañero.

El viento de marzo lo agita todo; la ropa que está tendiendo y los trozos de bolsas de plástico y de sacos de forraje, enganchados en el alambre, arman un buen barullo, y Dilly está llorando; las lágrimas le caen por las mejillas y la nariz, lágrimas debidas al frío y a la idea de pasar varias semanas lejos de allí. Los potrillos han estado revolcándose y están llenos de barro y de estiércol por todas partes, en las colas y en la hierba de la que se alimentan; los dos temeros jóvenes retozan con los rizos manchados de bosta; juguetones y de pronto tristes, sus gritos son un lamento al perder de vista a la madre. No hay un penacho, una brizna de hierba que no conozca, todo lo conoce bien en Rusheen, donde sus penas se han multiplicado, ese lugar que tanto quiere a pesar de todo, y ¿cuántas veces han estado a punto de perderlo? El administrador se compadeció de ella aquel día, dijo que le dolía ver a una mujer tan abatida; las facturas, las facturas sin pagar clavadas en un pincho, con los bordes alabeados, y los nombres de Dilly y Con publicados en la *Gazette*, sí, la boca triste y los campos suplicando una canción, y su hija Eleanora siempre en las nubes, citando de algún libro que todo cuanto una persona necesita es un lugar seguro y hermoso. Y aun así las visitas de su hija eran una bendición: la chimenea encendida en el salón mientras charlaban de moda, nada de levantarse deprisa a lavar los platos, sino apoltronarse y hablar, a sabiendas de que algunas cosas no se mencionarían, asuntos privados de la vida de Eleanora y sus ansias por conocer el mundo. Cuánto había rezado Dilly para que su hija no muriese en pecado mortal y su alma fuera eternamente condenada, perdida, como ya estaba casi perdida Rusheen.

Hubo un tiempo, un tiempo ya remoto, en que el muro de caliza gris discurría desde la cancela de abajo hasta las granjas de la ciudad, cercando su finca, pero ya no era así. Algunos campos fueron vendidos por nada o menos que nada para pagar impuestos o facturas; la gente se llevaba la madera sin siquiera pedir permiso, y también la turba de todas las turberas, donde a cualquier Tom o Dik o Harry se le permitía cortarla, apilarla y llevársela a plena luz del día. ¿Cuántas veces habían estado a punto de perderlo todo? Y, sin embargo, había salvado su orgullo. Rusheen aún les pertenecía, los viejos y leales árboles custodiaban la finca, y todavía contaba con suficientes cabezas de ganado para afrontar los gastos al menos los próximos seis meses. Sin pasar hambre, como esas pobres gentes de algunos países, reducidas a esqueletos de enormes ojos por las inundaciones, la sequía

y las guerras.

La señora cuervo sigue graznando en su percha; la mañana es todavía fresca, pero no tan fría como la semana anterior, cuando Dilly tuvo que ponerse mitones porque se le llenaban las manos de sabañones, y andaba moviendo la estufa de cuarto en cuarto para evitar que la casa se llenara de humedad, para que no se desprendiese el papel de las paredes, para que no se congelaran sus adornos, y al rozar con la mejilla una figurita de escayola que se llamaba Gala siente la punzada del recuerdo, y una vez más regresa a aquel cementerio de Brooklyn con el hombre barbudo, con Gabriel, y a aquel beso que sabía a nieve fundida, pero ¡Dios!, cuánto fuego había en aquel beso. Gabriel, el hombre con el que iba a casarse, pero no pudo ser. Tuvo que olvidarse de él, como se sacrifica a un animal.

Pero en cierto modo Dilly se alegraba de marcharse, se alegraba de que el doctor Fogarty le hubiera conseguido una cama tras meses de aplazamientos y demoras, porque él creía que no le pasaba nada, que eran sólo los nervios y las secuelas de las calenturas; le decía que las calenturas deprimían a la gente, eso y otras tonterías, que llevaba tiempo acabar con ellas, pero Dilly le aseguraba que no desaparecían, que estaban siempre allí, que se ponían peor cuando iba a llover, que eran como barómetros. Patsy, que sabía algo de enfermería, acudía en su ayuda dos veces por semana; aún recordaba cosas de sus tiempos de enfermera y le lavaba las llagas, les aplicaba un ungüento, las vigilaba para cerciorarse de que no se extendían por la espalda hasta formar un anillo, porque ese círculo era fatal. Patsy las llamaba por su nombre latino, *herpes zoster*, y le explicaba que el dolor atacaba los cordones nerviosos, cosa que Dilly ya había descubierto sin necesidad de saber latín, pues se había pasado noches enteras llorando cuando las llagas le supuraban y le sangraban, y nada, ni pastilla, ni rezos, ni intercesión, nada la ayudaba, un castigo tan atroz que a veces le parecía que la mitad de su cuerpo se había sublevado contra la otra mitad, un castigo por algún crimen terrible que había cometido.

—¿Cuánto durará? —Preguntaba.

—Deben seguir su curso, señora —respondía Patsy; así tenía que ser y así fue; y la mayoría de las mañanas Dilly se volvía para mirarse en el espejo del armario y comprobar que las calenturas no se habían extendido, que no se había formado el anillo fatal. Nunca olvidaría el momento en que Patsy lanzó un sonoro hurra y anunció: «Estamos ganando, señora, las estamos aplastando», porque las costras habían cambiado de color, estaban más apagadas, lo cual era señal de que estaban en retroceso y terminarían por desprenderse.

Y después otra ordalía, un asunto tan íntimo, tan vergonzante que

Dilly no podía comentarlo con Patsy y apenas con el doctor Fogarty. Le pedía que confiara en su palabra, le decía que estaba manchando, pero que por favor no la examinara, que le diera algo para evitarlo, aterrada sólo de pensar que tendría que desnudarse, dejarse ver medio desnuda y que le exploraran las entrañas.

Antes de que hubiera pasado una semana, el doctor vino para hablar a solas con Cornelius en la sala de estar, y después le dijeron que tendría que ir a Dublín y quedarse allí en observación. ¿Observación de qué? Como si fuera el cielo nocturno.

Se pone el abrigo beis de piel de camello y el gorrito de angora marrón, se pinta con un pintalabios gastado sin mirarse siquiera al espejo y aguza el oído, impaciente por oír la bocina del coche de Buss, que ha prometido que estaría allí a las once en punto. Sumerge los dedos en la pila de agua bendita, se santigua varias veces y le dice a la casa: «Me voy, pero volveré pronto, volveré pronto»; y se sorprende al ver a Buss ya en la cocina. La ha pillado desprevenida, y se sonroja, porque ha llegado su hora, y, con una efusividad casi infantil, dice: «Buss, eres el mejor hombre y el mejor pastor del país».

Jerome

Hablan de muerte y de difuntos durante el camino, no sólo de viejos, sino también de jóvenes en la flor de la vida, según le cuenta Buss. Donal, un padre de cuatro hijos, se encontraba hace cinco días junto al surtidor de la gasolina, y de pronto se queja de dolor en el pecho y antes de que amanezca ya está muerto, y la pobre mujer y los hijos traumatizados.

—¿Será el clima? —Pregunta Dilly.

—¿Será lo que comemos? ¿Será que nos alimentamos mal? —Replica Buss.

Ninguno de los dos conoce la respuesta. Sólo saben que ha habido demasiadas muertes y demasiados funerales, que los cementerios están repletos, que ya sólo quedan nichos, y los ataúdes se amontonan en sepulturas abarrotadas.

—Lo siento sobre todo por la gente joven —dice Buss; y ella se estremece, lo recibe como una crítica, se siente molesta y guarda silencio.

Sólo circulan camiones el lunes por la mañana. Llevan uno delante y otro detrás, impaciente por adelantar. El de delante va cargado de arena húmeda que salpica contra el parabrisas y lo ensucia todo.

—Casi no veo —dice Buss, sacando el trapo que lleva siempre a mano; intenta limpiar el cristal, y entonces el camión de detrás decide adelantarlos y el de delante maniobra para impedirlo, se aparta hacia la entrada de un solar en construcción, empieza a dar bandazos, salpicando arena por todas partes, y los dos camioneros se ponen a discutir a gritos.

—Ya están haciendo otro bungalow; no hacen más que bungalows —comenta Buss cuando ya han pasado de largo, con la esperanza de reanudar la conversación.

Dilly está pensando que a sus setenta y siete años desde luego no es joven y debería estar preparada para marcharse, pero no lo está: suplica cobardemente unos años más. Buss tose con tos seca y pregunta si va sólo para hacerse un chequeo, porque no le importa

esperarla, no le importa en absoluto, en un tono tan conciliador que ella se aplaca y olvida su enfurruñamiento.

—Las calenturas —dice evasivamente.

Buss las llama los diablos. Su hermana Lizzie se pasó casi un año entero en la cama por su culpa, como loca, hasta que el buen Dios puso en su camino a un curandero. ¡Un curandero! La belleza de la palabra es como un bálsamo. Con creciente asombro, Dilly escucha la historia del curandero que se impregna un dedo con su propia sangre, frota la sangre sobre la costra, la extiende por el cuerpo del paciente, repite el procedimiento al cabo de once días, y, a la tercera visita, no queda ni una sola costra; el milagro se ha completado.

—Una buena cantidad de sangre —dice Buss, y sigue cantando las alabanzas de un hombre con vocación, tan santo como cualquier sacerdote, un hombre capaz de recorrer más de cien kilómetros para ayudar a una persona sin cobrar un céntimo. Lo único que le suplicó a su hermana fue que no se rascara, que no las irritara, que dejara que la sangre hiciera su trabajo. No encontraría a un hombre más bueno, con una casa y una granja preciosas, y una mujer adorable, un hombre que ejerce su don, transmitido de generación en generación; cinco generaciones hasta la fecha—. No ha estudiado nada: ni un papel, ni un libro…; los únicos libros que lee son la gente que acude a él —le explica Buss, añadiendo que tiene una afinidad especial con la gente mayor, pues sabe lo abandonados que se sienten, y poca simpatía por los jóvenes. Dilly se atreve a pedirlo y Buss dice que por qué no, quizá la providencia los haya puesto en el camino del curandero.

Las carreteras secundarias son estrechas, abrigadas, y las casas están revestidas de guijarros con pilares de piedra pintados de blanco; los pájaros brincan, surcan el cielo, cantan: todos los signos de la primavera; y los retoños tienen un flujo púrpura en las venas. Han decidido arriesgarse, porque la granja del curandero se encuentra a sólo treinta y cinco kilómetros de la carretera principal, y la esperanza se agolpa ahora en Dilly, un mórbido resplandor de lo ya que ya daba por perdido. Hay algo sagrado en ese hombre que emplea su propia sangre, como hizo el Salvador. Dilly piensa que volverá a casa sin llegar a Dublín, que cenará con Cornelius el trozo de tocino que ha dejado hirviendo a fuego lento para él, con la col en el mismo puchero para darle sabor, despacio, no como hacen ahora con esa moda de la cocina rápida. Escucha divertida la invectiva de Buss contra el hombre del tractor, que no se apea de la máquina en los trescientos sesenta y cinco días del año.

—No será el mejor de los trabajadores —observa Buss con desprecio, molesto con el hombre quieto sobre sus posaderas,

moviendo la hoja afilada en los matorrales que no necesitan poda, sólo para estafar al gobierno.

—¿Qué matorrales son? —Pregunta ella, por cortesía.

—Son espinos blancos y brezo; y lo único que hace ese hombre es llenar la carretera de espinas y de astillas, por pura maldad, para que alguien se pinche.

Dilly y Jerome, el curandero, están en un cuartito del piso de abajo, junto a la cocina. Sólo hay una cama, una mecedora y un flexo de metal negro con la capucha apoyada en la almohada, como si también fuera un paciente. Jerome cierra por decoro la persiana de listones, aunque no hay nadie en los campos, ni siquiera un animal. Dilly se levanta el jersey, se desabrocha con torpeza el sujetador rosa de *broderie anglaise* que le llega por debajo de las costillas, y se baja la faja elástica que se pone sólo para aparecer en público y que la ha estado martirizando desde que salió de casa. Jerome enciende la lámpara y recorre con la luz el cuerpo de Dilly por delante, por detrás y por los costados, y por pura clarividencia le dice cuándo aparecieron las calenturas y cuándo empezaron a curarse. Alentada por esta precisión, ella le pide las friegas de su sangre curativa.

—No son sólo calenturas, señora —dice Jerome, y aparta la lámpara de ella y de él.

—Sí, eso ya lo sé; pero si puede curar una cosa puede curar la otra.

—Ojalá pudiera —responde, recordando a tantas personas que han acudido a él con la misma esperanza, con el mismo sueño; y a él se le rompe el corazón, pues sólo vive para curar a los demás y que se puedan marchar felices.

—Tal vez pudiera intentarlo.

—Uno tiene un don para una cosa pero no para otra —dice con impotencia, y hace ademán de salir para que pueda vestirse.

—¿Hay algún otro curandero que pudiera verme? —Pregunta Dilly.

—No, que yo sepa… Ahora estará mejor con los hombres de Dublín, con los especialistas.

—Pero usted lo ve…, usted lo ha visto.

—Yo sólo supongo…, soy un hombre sencillo —dice Jerome, abatido.

Sus miradas se encuentran y se separan, y ambos miran al triste vacío, sintiendo una punzada de decepción; él porque no puede ayudarla y ella porque se ve de nuevo arrojada a su lodazal de terror.

Flaherty

Dilly ha sido admitida, registrada, radiografiada, manoseada, toqueteada, golpeada con martillos en los omóplatos y en el pecho, explorada con un estetoscopio en el corazón, y, cuando le piden que respire hondo, se pone a toser como una boba; distintas enfermeras la llevan de acá para allá, de punta a punta por los largos pasillos, los olores a cera, a naranjas y a antiséptico. Ha mirado las habitaciones de reojo —gente con visitas, unos sentados y otros adormilados tras sus operaciones— y ha observado las estatuas e imágenes sagradas; se ha fijado especialmente en un gran cuadro del Sagrado Corazón que hay en el vestíbulo del piso de arriba, el rojo carmín de sus túnicas tan suntuosas y opulentas, una figura solitaria en un paisaje desierto.

Despedirse de Buss le resultó muy doloroso, como si se despidiera del mundo; el pobre Buss venga a llevarse la mano a la gorra, allí parado en las puertas de cristal, pues no le permitieron pasar de ahí, pero tampoco quería marcharse.

Ahora está acostada en una esquina de la habitación, bastante retirada de la sección principal. Su pequeño nicho tiene vistas al jardín: las ramas oscuras y finas contra la ventana, todavía sin hojas, garabatean su mensaje en morse sobre el cielo nocturno. El cielo no tiene el negro profundo del cielo del campo, porque recibe el resplandor de los coches, los autobuses y las farolas. Dilly tiene los nervios a flor de piel: cosas extrañas, ruidos extraños, toses, gemidos y la incertidumbre de lo que se avecina. Las preguntas que le han hecho en recepción la han obligado a hurgar en el pasado. ¿De qué murió su madre? ¿De qué murió su padre? No ha sabido responder, lo cual demuestra lo insensible que ha sido. No les ofreció suficiente amor, y eso también es una mancha en su alma. Una pregunta le extrañó mucho. ¿Por qué acudió primero a su médico local? Por terror, puro y simple. A ellos sólo les interesan las cuestiones prácticas, probablemente por la fuerza de la costumbre.

La enfermera Flaherty está junto a su cama, con los brazos en jarras, al acecho, como a punto de recriminarle que no se haya

dormido todavía.

La enfermera Flaherty es una mujer grande, con el pelo del color del plomo, severamente recogido en la coronilla y rizado en la nuca, donde lo sujeta con un ancho pasador de latón. Se ha despertado entre ellas un antagonismo innato desde el primer momento, cuando la enfermera Flaherty, un poco sarcástica, preguntó en voz alta cómo ha conseguido la señora Macready la mejor habitación de la planta y quién ha movido los hilos, y al decir Dilly que le falta el aliento porque acaba de subir catorce escalones empinados, a los que no está acostumbrada, la enfermera la corrige.

—Diecisiete escalones.

—¿Está segura, enfermera?

—Diecisiete escalones —repite Flaherty, afirmando así su soberanía.

Tampoco le ha gustado nada a Dilly que, mientras una enfermera joven doblaba su ropa para guardarla hasta que le dieran el alta, Flaherty se permitiera ciertos comentarios: una ropa preciosa, porque algunas prendas están forradas. Le gustaba mucho una en particular, tanto que si su propietaria llegaba a cansarse de ella, ya sabía a quién podía dársela. Era una rebeca de rombos con los botones de perlas que a Dilly le había llevado todo un invierno tejer y que muy rara vez se ponía; la guardaba en papel de seda con bolitas de alcanfor para una ocasión especial. Luego vino el interrogatorio sobre su procedencia, de qué condado era, cuál era la ciudad más próxima y, tras descubrir la localidad exacta, la enfermera va y le suelta: «¿Junto al lago?». Y resulta que conoce al hijo de Dilly, a Terence, el farmacéutico; lo conoció en la fiesta de Navidad que celebran todos los años, cuando enfermeras, médicos, farmacéuticos *et lii* se reúnen en ese hotel de Dunllaoghaire para una cena con baile. Un joven tan guapo, siempre rodeado de mujeres, que luego la sacó a bailar, un caballero.

La enfermera adopta después un tono mucho más autoritario para decir que ha leído el informe médico y está al corriente de la situación de Dilly; su sistema inmune está debilitado por el herpes y tiene la tensión por las nubes, las arterias obstruidas y atascadas, bultos y quistes, el pulso errático, por eso se desmayó en la panadería de Limerick, y en tono triunfal concluye que lo sabe todo.

—Debería haberse hecho una citología hace años…, todas las mujeres responsables se la hacen…, es la regla de oro… —Dice la enfermera, sacudiendo enérgicamente el termómetro, como si se sintiera agraviada.

—Regla de oro o no, no me la hice —responde Dilly, secamente; y después, como una mema, pregunta si hay algo que debiera saber

cuanto antes.

—No se sabrá hasta que la hayan abierto…, entonces verán si está plagada.

—No diga eso, enfermera.

—Usted ha preguntado, ¿no?

—Pues ahora des-pregunto —dice Dilly, y cambia de tema, comenta lo agradable que es estar junto a una ventana con vistas al jardín y a los arbustos, y a esos árboles tan grandes.

Una gata a rayas negras y grises se ha instalado en el alféizar exterior; las mira, maúlla y golpea con las almohadillas el marco de acero, resuelta a entrar.

—Está hablando con usted —dice la enfermera.

—Échela de ahí —ordena Dilly.

—Sibsibsib —dice la enfermera con voz melosa.

—Échela.

—No quiere irse…, viene todas las noches…, tuvo gatitos en una caja de zapatos dentro de ese armario, hace unas semanas…, se coló ahí… Esto estaba vacío porque lo estaban arreglando, y la gata decidió instalarse. Uno de los gatitos murió y viene a buscarlo a todas horas.

—No me gusta la pinta que tiene —dice Dilly.

—Sí, seguro que sería capaz de operarla…, de llegar hasta sus ovarios —dice la enfermera, y se marcha canturreando con extraña euforia: «Echa al gato del felpudo, echa al gato de debajo de la mesa».

Dilly, con los nervios de punta, piensa quién la rescatará de allí. No puede ser Cornelius, ni Fogarty, ni su endurecido hijo Terence. Tiene que ser Eleanora. Se la imagina en Inglaterra con las estanterías repletas de libros hasta el techo y las flores blancas, casi siempre lilas, en un gran centro de peltre, indiferente, ajena a las súplicas de su madre. Recuerda las cartas que ha escrito de noche, en cuartillas rosas, en papel vitela, en papel rayado o en papel de notas, en las que ha vertido sus preocupaciones para que su hija comprenda la profundidad de las cosas, los sufrimientos que ha tenido que soportar:

> Mi querida Eleanora:
>
> Ayer me tambaleé cuando estaba subida a una escalera de mano y estuve a punto de darme un porrazo. Estaba pintando un techo para cuando vinieras. Sé que te gustan los techos bonitos. Me hablaste de uno en el Vaticano pintado por un maestro con muchos ayudantes. Has viajado mucho, y sin embargo no olvidas que tienes una madre. Tu carta y tus envíos son un regalo del cielo. No hace falta que te diga, pues lo sabes por experiencia, que los hombres piensan que cinco libras

deben durarte un año. Con la primera paga que te dieron esos tacaños para los que trabajabas me enviaste un retal para un vestido de verano y un cepillo de cerdas para el pelo. Cómo pensabas en mí. Pero hoy no quiero hablar de mí sino de Rusheen. Cuando llevas cincuenta años viviendo en el mismo sitio no te gusta ver cómo se deteriora y se arruina. Siguiendo tus indicaciones, he comprado con tu dinero otra manta eléctrica; la enciendo media hora antes de acostarme, y es una maravilla, como estar en las Canarias, aunque nunca haya estado allí ni vaya a estar. También pagué con tu envío el impuesto de la televisión y he instalado en la cocina un par de placas que se calientan al instante. El homo tampoco funcionaba bien. Ojalá que la vida fuera sencilla, pero no lo es. Los bizcochos nunca me habían salido mal, y ahora no sé qué me pasa. El último era una birria, parecía más un budín y sólo se podía comer con un buen montón de natillas. Te enviaré uno sin tardanza, porque un bizcocho siempre viene muy bien cuando se presentan visitas inesperadas. Sigo teniendo, como sabes, el cuarto alquilado. Me hace compañía y, además, me da algún dinerito. He tenido una temporada a un alemán con su hijo, pero el niño se ha marchado a Munich, porque le tocaba la custodia a la madre durante tres meses. Ella vino a Dublín a recogerlo. Fue una pena que se marchara. Me recordó la primera vez que tú te fuiste al internado, cuando te vi cruzar el jardín y supe que era para siempre. La flecha lanzada no se recupera.

Mi querida Eleanora:

¿Cuándo vendrás? He leído en el periódico que te sumabas a la protesta contra las armas nucleares. Supongo que no podrás venir hasta que los niños tengan las vacaciones de verano. ¡Cuánto les gusta corretear por el campo! ¿Recibiste mi última carta? A veces me hago un lío y no me acuerdo si la eché al buzón o si la he dejado detrás de alguna vajilla, a la espera de comprar el sello. Llegó tu postal de España. ¿Fue un viaje de trabajo o de placer? La señora Reeves se ha marchado de Irlanda, ha vuelto a Inglaterra; estaba harta de esto. Me escribió una carta muy bonita desde Bude. Se fue el martes pasado, con todas sus cosas y todos sus muebles, hasta el perro y el periquito se llevó, figúrate lo sola que estaba. Pasó aquí cuatro días y cuatro noches, y ya sabes lo quisquillosa que es, pero parecía contenta y se comía y se bebía todo lo que le ponía

delante. Cuando se marchó me dio un sobre, dijo que no podría enviarme un regalo desde Inglaterra como a ella le gustaría, y que me lo comprara yo misma, pero no lo acepté; no quería que pensara que le estaba cobrando. Creo que le gustó el detalle, no por el dinero, sino por la honestidad. No sé cuánto habría en el sobre, pero aunque hubiese habido cien libras no lo hubiera aceptado.

Unos gamberros han destrozado algunos viejos árboles de la avenida de atrás, lanzándoles montones de estiércol. Pura maldad. Tu pobre amigo Shane se marchó. Escribió hará cosa de seis meses desde el norte de Inglaterra; decía que había perdido trece kilos y las articulaciones de los dedos en las obras del tren, aunque esperaba una buena indemnización porque el sindicato está peleando su caso. Pero no vivió para verlo. Le habría ido mucho mejor aquí en el campo, con la vida al aire libre, como a la mayoría de la gente. Hay que ver cuánto lo querías de pequeña, lo adorabas, decías que te casarías con él en cuanto tuvieras edad y que viviríais los dos en el corral. Nos reíamos mucho. Yo pensaba que traerían sus restos como es la costumbre, pero no. Seguro que ha dejado un buen dinero, aunque pocos se acuerdan de uno cuando ya se ha ido. ¡Las vueltas que da la vida! Me gustaría que vinieras a pasar seis meses. Parece que he recibido una descarga de energía para escribir todo esto, porque a veces no tengo fuerza ni para sostener el boli o el lápiz. Ya lo verás cuando seas mayor. Me preocupa cómo estás y tus viajes por el mundo. Ya no queda ningún lugar seguro.

Mi amor inagotable para ti.

Mi querida Eleanora:

Si hubieses estado aquí la semana pasada habrías sentido lástima de tu padre y de mí. Perdimos una vaca, una frisia muy buena, por descuido del veterinario que vino a descornarlas. Era un pipiolo y tenía tanta prisa por marcharse a una exhibición de caballos en la ciudad que no se molestó en anestesiarlas y salieron todas corriendo como locas por los prados, embistiéndose las unas a las otras como toros bravos, mugiendo, como en una escena de la época medieval, pisoteándose, haciéndose tales heridas que aquello parecía un campo de batalla. Tu padre y yo no pudimos hacer nada más que presenciar desde el otro lado de la cerca la carnicería que iba a costamos un buen pico, porque cuando la frisia cayó al

suelo, otras vacas enloquecidas de dolor se aliaron para atacarla de la manera más guarra, y los perros empezaron a llegar de todas partes, peleándose por las patas, los jarretes y los codillos de la pobre desgraciada que había muerto.

Mi querida Eleanora:

Sí, te puse ese nombre por la chica sueca con la que viví en Estados Unidos, con la esperanza de que te trajera buena suerte. Se llamaba Solveig Eleanora. Deberías llevarte algunas cosillas cuando vengas por aquí; once platos de Doulton, lástima que uno se rompiera. No me culpes, cariño, por enfadarme esa vez, hace ya cinco años, cuando a medianoche recibí un telegrama de ese marido tuyo, más raro que un perro verde, en el que decía que habías desaparecido, que habías abandonado a tus hijos, que estabas muy enferma mentalmente, según él, y que estabas yendo a un psicólogo. Creí su mentira, ¿quién no lo habría creído? Sólo te pido que no bebas, porque el alcohol anula la voluntad.

La tele que nos regalaste se estropeó y la llevamos a reparar, pero sigue sin funcionar bien. También se estropearon las cañerías, que deben de llevar años atascadas. Ayer se desprendió un sombrerete de la chimenea y el tiro del cuarto donde desayunamos estaba lleno de nidos de cuervos, de manera que lo tenemos todo manga por hombro, como se suele decir. Vi tu foto en el periódico y te digo que el traje que llevabas no te hacía justicia. Parecías el doble de grande y los fruncidos y el cinturón te hacían más gorda. Hay muchos por aquí que te tienen inquina. El pobre Dunny murió solo en la casa del guarda. Las ratas casi acaban con él antes de que lo encontrasen. Habrá que tirarla abajo. Ya sabes que hay lo menos veinte que quieren quedarse con la casa, los muy ladrones. Alguien entró una noche, durmió allí y lo dejó todo hecho un asco. No tenemos más visitas que la de William, que viene los domingos por la noche, habla sin parar de lo mal que está el mundo y al cabo de dos horas me dice que la señora M. se está dejando arrastrar por las arenas imperiales. Su hermano Edward consiguió un abrigo nuevo, probablemente de segunda mano, y ahora ya pueden ir juntos a la iglesia, porque antes uno tenía que esperar a que el otro volviera de la primera misa para que le prestara el abrigo. Al parecer no se hablan más que para pelearse. El testamento de la madre no estaba claro. Edward se quedó con un campo en los Commons donde

William quería construir, por las vistas tan buenas que tiene, y ahí empezaron las peleas y el juego sucio; desviaron un arroyo, un arroyo al que iban a beber los animales, y Edward concluyó que había sido una jugarreta de su hermano y que había que avisar al sargento.

La otra tarde pasó por aquí un desconocido; hacía una tarde deliciosa y me pidió que disculpara el atrevimiento, pero es que nunca había visto una casa tan bonita, lo cual me hizo pensar que al fin y al cabo no somos tan pobretones. Las enredaderas contrastan con el color de la piedra y los árboles desde luego que son una maravilla. Tú tenías un columpio en el castaño y hablabas sola mientras te columpiabas. Tu hermano dice que piensa cortar por completo la relación con nosotros si no hacemos lo que nos pide y le dejamos la granja. Se me olvidaba decirte que te enviado dos bizcochos; uno es un desastre, pero el otro es bien hermoso. Sé que no tienes tiempo para esas cosas y siempre puedes poner algún trocito del peor para una emergencia. Nunca dejo de pensar en ti. El frío me afecta ahora más que nunca y esta casa es muy grande; tiene los techos altos y una chimenea no basta. Moroney ha puesto calefacción eléctrica en el bar, pero Pa se asegura de que los chicos la paguen con lo que beben. El doctor se casa con su cuñada, cosa que ninguna bula papal debería consentir, porque hay un viejo refrán que dice que la mujer de un hombre nunca muere, y eso es muy cierto. Me vienen a la cabeza pequeñas cosas. Me acuerdo de un día en que estábamos las dos sentadas en la escalera de atrás y tú me dijiste: «Mamá, me gustaría tener ropa bonita». Supongo que la ropa bonita levanta el ánimo cuando una es joven y no se conforma con la ropa heredada. Tu padre lleva años con la úlcera; no mejora, a pesar de que siempre toma la magnesia o algún otro potingue; pero no quiere ir al médico, dice que quién va a cuidar de los caballos, que no puede dejar que se mueran y que tiene que esperar. Ojalá se deshiciera de ellos, porque se comen todo el dinero.

GABRIEL

La habitación está ahora en penumbra, sólo llega la luz del pasillo y hay una mezcla de ruidos, ronquidos, toses, gruñidos, gente atrapada en sus sueños, en sus pesadillas, y Dilly desearía no haber venido, desearía estar en casa, enferma o no. Sus pensamientos se desatan espontáneamente, como esos murciélagos que se cuelan en verano por una ventana y se pasan la noche revoloteando. Todo se mezcla en su cabeza. Cosas aprendidas de memoria en el colegio: canciones como *The Harp that once through Tara's Hall… Geraoid Og… La caída de la casa Kildare*. Recuerda una vez más cuando se marchó sola a América, el barco surcando el océano, azotado por olas grandes como casas, los cacharros volando por los aires, los rezos y los gritos al nacer el hijo no deseado.

Una enfermera en prácticas que está de guardia ve que Dilly está nerviosa y murmura para sí; se detiene y le pregunta si necesita algo, y ella comete la torpeza de decirle que todo le da vueltas, que tiene la cabeza llena de murciélagos, le habla del barco, de los inspectores de Ellis Island gritando a la gente: «circulen, circulen», y la enfermera sale corriendo, muy alarmada.

En unos minutos se presenta la enfermera Flaherty, con dos pastillas para dormir en un vasito de plástico que hace sonar alegremente, como el niño que llama a las hadas cuando se le cae el primer diente.

—No, no, no necesito eso —dice, pero la enfermera no quiere ni oírla. Las pastillas le harán dormir maravillosamente y tendrá dulces sueños, como la «luna de mayo». Dilly es categórica. Jamás ha tomado pastillas ni piensa tomarlas.

—Pues ahora se las va a tomar porque tiene el pulso a noventa —le dicen.

—Si hasta una cucharada de jarabe para la tos me da sueño…, es una de mis reglas —insiste.

—Pero aquí las reglas las pongo yo —responde tajantemente la enfermera Flaherty.

—Es que no producen un sueño natural —dice Dilly, cediendo un poco.

—¿Cómo lo sabe si no las ha tomado nunca?

—Tomé hace años, cuando estuve en el hospital, y me pasé una semana atontada.

—La medicina moderna es diferente…, más eficaz. Seis o siete buenas horas de sueño y se despertará usted como nueva.

—No me obligue, enfermera —dice Dilly, al borde del llanto.

—Mire, no me haga enfadar, porque cuando me enfado me vuelvo muy mala.

—El médico no dijo que tuviera que tomarlas.

—El médico hace su trabajo y yo hago el mío…, así funcionan las cosas en St Joseph's Ward.

La enfermera llena el vasito de agua con la jarra que hay junto a la cama y ofrece las dos píldoras turquesas en la palma de la mano. Dilly se traga una. Sabe amarga y al cabo de un rato es todavía peor; Dilly se indigna y le entran arcadas.

La enfermera ya le está acercando a los labios la segunda pastilla. Una no es suficiente, una sola estropea todo el procedimiento, tienen que ser dos o no sirve de nada.

Dilly se toma la segunda pastilla, y apenas se ha recostado empieza a sentir que se marea. Se sujeta a las barras de la cama, pero las siente blandas, la cama empieza a hundirse, le parece ver un caballo galopando sin jinete, y el médico que la ha examinado le retuerce el cuello a un gallo muerto. *Soy Dilly y no soy Dilly*, dice, tirando de los cordones del camisón, arriba y abajo, arriba y abajo, como si ordeñara una vaca, y el último resquicio de lucidez la abandona poco a poco a medida que las pastillas empiezan a hacer estragos. Se suplica calma a sí misma. Incluso cree que puede controlar el mareo, pero entonces una última puerta se abre bruscamente dentro de ella y bate con furia sobre sus goznes; luego se produce una explosión, como en el parto, y las compuertas revientan.

Soy no soy no soy. Busca el timbre Dilly búscalo está por ahí búscalo y aprieta enfermera enfermera. No me oye. No me hacen caso. Así es como voy a morir así es como muere una sin que nadie le dé el último sacramento sola como si no hubiera mecido la cuna como cualquier madre. Ay Dios me estoy yendo me estoy yendo. Bueno… Tiene que ser él el que está dentro, tiene que ser Gabriel los ojos castaños claros como la enea, los juncos del lago no pueden presumir ante la enea pero los de las turberas sí que pueden, algodonosos al principio antes de echar sus recios tallos marrones. Los hombres son bichos raros duros y blandos a la vez tan dulces y susurrantes cuando te desean más dulces que una mujer y luego lo

contrario. Distantes. Los lirios silvestres se mecen allí en el prado. Da pena cortarlos. La parte de arriba de tu cara me resulta familiar y también tu uniforme de la marina, bribonzuelo. Nada se olvida. Hasta que cumplió los siete años san Columcilo fue un niño muy rebelde. Las cosas se pierden. Cartas. Regalos. El chaleco que te estaba haciendo esas Navidades negras y que mandé por correo a Wisconsin a esas tierras salvajes donde tú te pasabas el día aserrando troncos desde el amanecer hasta el crepúsculo, tú y un tal Finn que perdió dos dedos allí. El jazmín y el áster que robaste ese domingo en un parque municipal de Brooklyn los enmarqué. Un marco muy sencillo verde oscuro sobre un fondo de seda blanca fruncida. Podías haber escrito. Me interesa cada trocito de tu vida diaria. Yo te escribí hace quince días pero me devolvieron la carta. Con un sello. ¿Por casualidad has muerto? Una empleada de correos era especialista en abrir las cartas ajenas. No me resulta fácil sacar tiempo para escribir. Tengo un hombre que pega fuerte y trabajadores que necesitan tres comidas al día y entre medias pan y jarras de té. Siempre tendrás noticias mías amor mío siquiera una postal cuando no tenga tiempo para una carta. Me gustaría saber si has muerto. Tal vez estés de camino hacia aquí. No te olvides de traer una vela una vela de Navidad porque necesitamos un poco de luz para alumbrar las cosas. Tantos malentendidos. Yo salí en tu busca y tú saliste en mi busca pero me obligaron a regresar me dijeron que esperara y que tú volverías en siete años a partir de ese día. Podrías hacerte una foto de cara y otra de cuerpo entero y enviármelas y yo te mandaré otra cuando las reciba. Asegúrate de que el fotógrafo te saca la barba recortada y el pelo alborotado. Me han dicho que vendrás dentro de siete años a partir de hoy. Mejor que llegues de noche cuando se hayan apagado las luces. A veces pasa por aquí una mujer a caballo bien vestida y reparte octavillas supongo que con cosas que tiene en la cabeza. Una vez cabalgaba con ella un niño. Rodea la casa por si hubiera espías y da un buen golpe seco en la ventana y me despertaré. Podríamos ir al embarcadero de Googy Park, la barca está medio podrida pero allá en la isla estaremos a salvo sin que nadie nos separe. Escribe. Estoy muy muy cansada de la pluma, cansada de preguntar.

Dilly busca aire, respira con dificultad, sus ojos se resisten a abrirse como si estuvieran pegados con pegamento, caos, gritos: «Avisa a Counihan avisa a Counihan». Está forcejeando con alguien, una monja, la cara de una monja y el hábito blanco de una monja, tieso como la escayola, la voz que le dice: «No pasa nada, no pasa nada», y la conducen desde las escaleras hasta la cama, casi en volandas, entre dos, una a cada lado, sin sentir el suelo, sin que le importe, la tienden en la cama y la monja parece consternada.

—Creo que estaba en Yanquilandia —se disculpa Dilly.

—Si no llega a encontrarla la enfermera Aoife, estaría ahora en el Juicio Final… Gracias al buen Dios y a la Santísima Virgen y a sus ángeles y a sus santos. Avisaré al doctor Counihan para que venga a verla.

—Han sido esas pastillas que me han intoxicado. Ya he vuelto en mí; no necesito un médico para nada —dice, y pregunta tímidamente si podría tomar una taza de té.

Ya no está alterada, sólo un poco ida, y ve pasar su vida ante sus ojos en rápida sucesión, como nubes de distintos tamaños y colores que se funden, que se adentran las unas en las otras, la historia de su vida que se desprende como páginas arrancadas de un libro.

SEGUNDA PARTE

CHAMPIÑONES

Habíamos ido a recoger turba dos chicas y Caimin y yo. Las pacas marrones en hileras como iglúes a lo largo de la orilla, con huecos para que el aire circulara, puestas a secar. Cuando terminamos alguien dijo que habían echado a los gitanos de Caoisearach y que se habían marchado en sus caravanas, con sus niños y sus ponis, y seguro que había champiñones, pues donde había caballos o ponis siempre salían champiñones.

Creena era la más lista para encontrarlos. Tenía ojos detrás de la cabeza, y en cuanto encontraba una veta la requisaba, hacía una bolsa con el peto del delantal y se los llevaba a su madre, que los cocía con leche para hacer sopa. Los había de dos tipos: unos eran como huevos enterrados entre la hierba; otros, más altos, con una camisa marrón sucia y temblorosa. Nos los comíamos crudos, aunque Eileen decía que estaban deliciosos a la brasa, sujetos con las tenacillas y condimentados con un pellizco de sal.

Bastante más abajo se encontraba el lago Shannon, y de pronto Caimin empezó a gritar: «Ahí está, el barco que va a América», y todas miramos y no veíamos nada, porque en el lago sólo había isletas y torres redondas, pero fingíamos, todas fingíamos que veíamos el barco y lo saludábamos con la mano.

—Rumbo al oeste…, con su hermoso manto blanco —dijo Caimin. Pensaba cruzar el Atlántico en un barco él solo, como Brendan el Navegante, para convertirse en un héroe y figurar en los anales.

Puede que lo decidiera en ese momento o puede que no. Se

hablaba mucho de América, a todas horas, y los jóvenes se morían por ir allí. No había nada para nosotros en los campos pedregosos; sólo corderos, juncos y algunas hileras de patatas.

Ese día no me imaginaba que acabaría lustrando la barandilla de las escaleras de la mansión de Brooklyn del señor y la señora P. J. McCormack, ni que limpiaría el polvo de los tesoros del tocador de la señora, los frasquitos de cristal con tapones de plata, el cepillo y el peine con funda de plata, el alfiletero de seda con las agujas para el sombrero de la señora McCormack, Matilda, que se prendía en el pecho ramilletes de violetas y de fresas.

Creena nos hacía reír con un baile que le había enseñado su tía. Su tía Josephine había vuelto a casa después de vivir en Boston, y cada domingo asombraba a todos con un nuevo vestido para asistir a misa, y decía que América estaba fuera de este mundo, que en cuanto un nuevo baile empezaba a causar furor, aparecía otro que lo sustituía, porque allí todo eran manías, modas pasajeras.

Mi madre encontró la nota que yo había escrito y escondido debajo del colchón. Decía: «Quiero marcharme a América para tener ropa bonita y una vida mejor», firmado Dilly. Me pegó y me rompió un viejo sombrero de paja que estaba adornando con una gasa. Se puso furiosa. Mi obligación era centrarme en mis estudios, quedarme en casa y ayudar. Yo era buena estudiante, como lo había sido mi madre antes que yo. Siempre contaba que, cuando iba a la escuela, rezaba para que lloviese a cántaros y la maestra le permitiera pasar la noche allí, pues en aquellas condiciones no podría recorrer descalza los siete kilómetros hasta la casa. Aprovechaba hasta el último resquicio de luz para seguir estudiando. ¿Por qué se llevaba América a los hijos y a las hijas de Irlanda si Irlanda los necesitaba, y por qué eran tantos los que habían muerto en los andamios y muchos más los que morirían, incluido su propio hijo, aunque ella entonces no lo supiera? ¿Me parecía natural ese deseo de huir, de salir corriendo? Siempre estábamos en desacuerdo mi madre y yo; las dos éramos cabezotas y tercas.

La noche anterior a mi partida la pasamos todos en vela, en la cocina, como era la costumbre cuando alguien se marchaba tan lejos. La cocina estaba llena de gente; dos hombres dejaron sus faroles encendidos mientras duró el baile. Todos los chicos bailaron conmigo, me decían que me echarían de menos, chicos que jamás me habían lanzado dos palabras desde el otro lado de una acequia. Los hombres mayores estaban sentados en el banco de madera con sus botellas de oporto y una botella de whiskey que se iban pasando de mano en mano, y cuando se levantaban para bailar se tambaleaban y tenían

que volver a sentarse. Las mujeres consolaban a mi madre junto al fuego, se consolaban a sí mismas, temerosas de que yo no regresara jamás. Algunos vecinos habían contribuido para comprar el pasaje, y tuve que darles a todos la mano y jurar que les devolvería su dinero. Mis pertenencias estaban empaquetadas en una bolsa de hule negro atada con una cuerda; otras cosas iban en un saco de harina y en una lata alargada con el nombre de una marca de whiskey y el dibujo del arroyo próximo a la destilería. Mi hermano Michael cantó *The Croppy Boy* y las lágrimas corrieron como ríos, lágrimas por mi partida y por el pobre segador de la canción que acudió inocentemente a cumplir con su deber el día de la Pascua de Resurrección, sin saber que en el confesionario se ocultaba un terrateniente inglés que lo ahorcaría por insurgencia.

Partimos al amanecer con el remolque; subieron todos los que cupieron y los demás nos siguieron a pie; los jóvenes, ojerosos tras la noche de juerga, resbalaban a la puerta de sus casas, donde les aguardaba un largo día de trabajo y las vacas esperaban a ser ordeñadas. Nunca olvidaré a mi madre, Bridget, que se arrodilló en la tierra del camino para besarme los pies y me dijo: «No te olvides de nosotros, Dilly, no te olvides nunca de los tuyos». Mi hermano me acompañó hasta que llegó el coche de postas. Se quitó su escapulario y me lo dio, a modo de despedida. «Mejor que no hables de política en tus cartas», dijo. Tenía una vida secreta; era como el segador de la canción. Había muchos jóvenes como él, pero no se atrevían a contarlo, por miedo a los delatores.

En el coche de postas no solté mi equipaje; no paré de manosear las dos monedas, el soberano y un florín que mi madre me había cosido en el dobladillo del abrigo, bien envuelto en tela para que no se notase que era una moneda. Los vecinos saludaban desde las cancelas y las fachadas, pues sabían que el coche llevaba gente para América.

Íbamos dando botes por las carreteras sinuosas, y cuando encontrábamos puentes derrumbados teníamos que apearnos del coche y cruzar andando. Luego subíamos otra vez y el cochero arreaba a los dos caballos con todas sus fuerzas, pues no podíamos perder el tren que nos llevaría hasta Queenstown, donde nos esperaba el barco.

Yo pensaba en nuestro perro, Prince, que sabía perfectamente que me marchaba, y en mi madre, que lloraba bajo la mantilla de encaje negro que le habían traído de Salamanca. Pensaba también en los escondites donde mi hermano ocultaba las armas; su revólver y su escopeta envueltos en paja, como figurillas en un pesebre.

Huesitos

Durante casi dos semanas un universo de agua, de olas que baten y cortan, olas grandes y cargadas de hielo que se estrellan contra las portillas, y un horizonte que podría ser cualquier lugar: Irlanda, Canadá o Tombuctú, lo mismo daba.

Encerrados en las tripas del barco, los gases eran terribles, los vapores de la cocina y los vapores de la grasa, y el aceite de las lámparas que siempre debían estar encendidas. Un agujero donde la gente se desesperaba y no paraba de discutir y de pelear. Algunos llevaban sus propias provisiones y se empujaban unos a otros para hacerse un hueco junto al único hornillo, y la cocinera del bando contrario los zahería con la lengua o con un cucharón, con cualquier cosa que tuviese a mano. Aquel hornillo era su cocina, su dominio. La dieta básica para la mayoría de nosotros eran galletas y pescado en salazón. Casi me muero de sed. La sed era lo peor de todo. No dejaba de pensar en los pozos que teníamos en casa, de imaginar que tiraba el cubo y lo sacaba lleno del agua pura que venía de las montañas, y que bebía, que bebía una jarra entera allí mismo. Los barriles de agua se terminaron al tercer día y tuvimos que usar agua salada para el té y todo lo demás. Los camareros bajaban dos veces al día, y entre gritos y maldiciones nos ordenaban que limpiáramos aquella porquería, y entonces se arrojaban al mar todas las inmundicias, el contenido de los orinales y de los pucheros, y un manto gris cubría las aguas a lo largo de muchas millas, y las olas se lo comían todo, como las bocas de los millones de peces que albergaban las aguas del mar.

Por la noche nos llegaba la música de la orquesta que amenizaba con un baile la cena de cinco platos de los pasajeros de primera clase.

Un poco antes nos permitían subir a cubierta para disfrutar de nuestro propio baile, donde un violinista de Galway tocaba con entusiasmo. Mary Angela se superaba a sí misma, conocía todos los pasos, y los jóvenes se la iban lanzando de uno a otro como si fuera una pluma. Sheila era la única que sospechaba algo, porque Mary Angela siempre llevaba un faldón muy grande y el delantal suelto;

nunca se lo quitaba. Ella decía que se le hinchaba el vientre por culpa de las gachas y del agua salada. De noche se sentaba con los hombres a beber *grog*, a oscuras, entre risas lascivas y ruidos lascivos, y andaba de puntillas de litera en litera, porque los hombres se la rifaban.

Yo no me había quitado el abrigo ni siquiera debajo de la manta en el camarote que mis padres creían haber pagado. Resultó una cuarta parte de camarote, pues el resto lo ocupaba una familia que lo convirtió en una pocilga y que no se movía de allí. El hijo llevaba en un frasco huevas de rana, y antes de llegar a nuestro destino había ranas saltando por todos lados.

Fue Mary Angela quien nos metió a todos el miedo y la aprensión.

Ocurrió la noche de la tormenta. El viento y la lluvia azotaban las escotillas, los cabos crujían y los tablones del barco chirriaban como si fueran a partirse en dos, mientras la tripulación enloquecida obedecía las órdenes que llegaban de arriba y el barco se levantaba y se balanceaba, se hundía en las profundidades y saltaba de nuevo, y el agua entraba como una cascada y la gente yacía en el suelo amontonada como sacos con todo empapado, las mantas, la ropa, mientras los cacharros y las lonchas de tocino volaban como flechas y una mujer suplicaba que rezáramos el rosario, que el barco se hundía con toda su carga y con el niño aún no nacido que se hallaba en las garras de la muerte.

Mary Angela rugía de dolor, y Sheila, que no sabía de partos, intentaba ayudarla. Se avisó para que la llevaran a la enfermería, pero no había sitio, pues varios pasajeros estaban postrados por la fiebre y ocupaban todas las camas. Sheila no paraba de decirle que empujara, que empujara por el amor de Dios, y el único candil que la tormenta no había apagado colgaba sobre ella de su cadena de metal, sacudiéndose con furia, las entrañas del barco como un infierno. Unos rezaban, otros pedían a voces que cesaran los aullidos y, justo en el último minuto, cuando los gritos nos desgarraban a todos, apareció una enfermera vestida de blanco, provista de instrumental y con un cubo, y Sheila colgó una manta entre los palos de dos escobas, improvisando una cortina. Oímos entonces un sonido penetrante, lleno de vida y desesperación, el alarido de un bebé que llegaba al mundo, y los que rezaban dejaron de rezar y los que maldecían de maldecir, todos llenos de alegría porque el nacimiento auguraba buena suerte.

«Es un niño, un niño», fue corriendo la voz por todas partes; y como no había ningún sacerdote a bordo, ni entre nosotros ni en los camarotes de primera, una mujer muy vieja cubierta con una toquilla sacó un frasco de agua bendita y una esponja para bautizar al recién nacido, humedeciéndole los labios, la frente y el pecho mientras

repetía unas palabras en latín.

No se vio en varios días a la madre ni al hijo. Estuvieron acostados en aquel rincón, detrás de la cortina, abrigados con un pellejo de cordero maloliente, ocultos, sólo la mano de la madre asomaba alguna vez para coger una galleta o una taza de té, y se oía chupar y eructar al pequeño cuando Mary Angela lo acunaba para dormirlo.

Tenía un aspecto muy frágil cuando volvimos a verla, la cara blanca como la cal, pero los ojos enormes y brillantes como lámparas, con el bebé envuelto en una manta. ¿Cómo lo había llamado? *«Fintan», dijo. «Fintan», dijeron los demás.* Quería subir a cubierta para que le diera al bebé un poco el aire, subir para mostrarle el mar salvaje a su hijo, mostrárselo al rugido de las olas, a las gaviotas y a los cuervos que nos seguían con sus extraños graznidos.

Nadie conocía la verdad, de ahí que hubiese muchas discusiones y encendidos debates en tomo a lo ocurrido. Los jóvenes que antes se la comían con los ojos y que bailaban con ella, ahora ardían de odio, querían lincharla, y los hombres tenían que sujetarlos para que no se lanzaran sobre ella. La noticia llegó en forma de grito, de chillidos sucesivos, señal de que algo terrible había pasado. En pocos minutos se congregó una gran multitud, y en los ojos de algunos asomaban el miedo y el odio. Otros guardaban silencio, atónitos, incrédulos. ¿Cómo había consentido? ¿Cómo había consentido? Varios hombres se encararon con ella, azuzados por las mujeres, la muy zorra, la muy puta, y pegándose a la cara de Mary Angela le vaticinaban el negro destino que la esperaba. Ella sonreía a medias, de un modo extraño, con miedo en los ojos azul oscuro, insistiendo en que el bebé estaba muerto, en que llevaba varios días muerto. Nadie la creyó. ¿Por qué no buscó al sobrecargo para lanzarlo al mar con un lastre, envuelto en una vela, como se hizo con el anciano que había muerto tres días antes? Lo había hecho para salvar el pellejo. Una madre sin marido no era bienvenida en el Nuevo Mundo.

—Lo has matado.

—Lo ha matado.

—No tenía leche que darle.

—Hasta un pelícano se arranca su propia carne para alimentar a su cría.

—Yo me habría hecho cargo de él…, yo lo habría criado —dijo una mujer, antes de desmayarse, y otras hicieron lo mismo mientras entonaban su letanía: «Madre de Gracia Divina, Madre Purísima, Madre Castísima, Madre Inviolada, Madre Inmaculada, Madre de Bondad, Madre del Buen Consejo, Madre de Nuestro Creador, Madre de Nuestro Salvador».

Se habían concentrado bandadas de pájaros vociferantes, de gaviotas y otras aves de cuello escuálido que batían furiosamente las alas, como si lucharan unas con otras para descender a las profundidades, a los abismos espectrales que nadie se atrevía siquiera a imaginar de lo terribles que resultaban.

Llegaron dos miembros de la tripulación provistos de bastones y la emprendieron a golpes con la multitud para abrir paso al capitán DeVere. Era un hombre grande y tosco que infundía miedo en el cuerpo con su sola presencia. Llevaba un jubón de cuero y bombachos de cuero, y lucía un bigote que se rizaba a mitad de las mejillas. Observó a la mujer con su monóculo.

—Furcia irlandesa —dijo.

—Señoría —dijo Mary Angela, temblando.

—¿Dónde está tu cerdo? —preguntó el capitán.

—Fintan… la criatura… murió… se me secó la leche.

—Quieres decir que te has deshecho de él —la increpó el capitán, y ella se lanzó entonces a sus pies, suplicando clemencia, rogándole que no la enviara al agujero de abajo porque los hombres la crucificarían, pero el capitán se apartó de ella y, mirando a los hombres, se limitó a decir: «Lleváosla»; y la vimos marcharse, vimos su espalda encorvada y menuda que andaba tras él.

—Sus huesitos, sus huesitos —repetía Sheila sin cesar, como si haber asistido al parto le concediera algún derecho sobre los restos; y se asomó por la borda para contemplar las aguas encrespadas, habló con ellas, invocó a las profundidades como si pudiera rescatarlo, mientras el barco avanzaba dando bandazos y los pájaros se desgastaban, enloquecidos por el hambre.

Esa noche vino un predicador para leer en voz alta y acaso para contener un posible motín. Leyó de un libro encuadernado en piel, en un tono muy sombrío:

> La cuenca del océano Atlántico es una gran depresión que separa el Viejo Mundo del Nuevo. Este surco oceánico fue abierto probablemente por la mano del Todopoderoso en la sólida corteza del planeta… para que las aguas a las que llamó mares pudieran concentrarse y emergieran así las tierras secas. Si las aguas del Atlántico Norte pudieran retirarse para mostrar esta profunda sima que separa continentes y que se extiende desde al Ártico hasta el Antártico, revelarían un paisaje muy escarpado, imponente y magnífico, quedarían expuestas las costillas de la tierra y los cimientos del mar, y podríamos contemplar el lecho vacío del océano, con sus miles de pecios y

su atroz ejército de calaveras de hombres muertos, sus grandes anclas, sus montones de perlas y sus incalculables tesoros, desperdigados a ojos del poeta en el fondo del mar, que cobra así el espantoso rostro de la muerte.

La isla de Ellis

Estábamos apiñados en distintos grupos en un gran vestíbulo, bajo un techo con goteras, nuestros nombres y números prendidos en el pecho, los inspectores como halcones a la caza de cualquier enfermedad, de cualquier defecto, de cualquier deformidad, rechazando a la gente de un modo brutal.

Nunca supe, ni siquiera imaginé, que Dios hubiera creado tantas razas distintas: tantos atuendos, peinados y sombreros diferentes; hombres con tirabuzones y gorritos que apenas les cubrían la coronilla, mujeres grandes como toneles por la cantidad de ropa y de fardos que llevaban encima, los hijos sujetos con cuerdas para no perderlos. Cuando los niños lloraban, los padres les ofrecían sus muñecas, pedían medicinas para ellos y se las daban con cucharas, como si fueran pequeños dioses. Recelo en los ojos de todos. Exiliados de nuestros lugares de origen y exiliados ahora unos de otros, tan terrible era la espera como lo había sido la travesía.

En cuanto avistamos Nueva York, las cumbres de los altos edificios envueltos en una neblina rosada, todos deseamos desembarcar enseguida. Parecía un lugar idílico: las gabarras y los barcos amarrados en el puerto, el agua quieta como un espejo, y los pájaros que en nada se parecían a las fieras que se habían zambullido tras el cadáver de la criatura.

En la isla de Tears fuimos sometidos a toda clase de humillaciones: nos exploraron la boca, nos levantaron los párpados con un gancho, nos auscultaron el corazón, nos examinaron el pelo en busca de liendres y luego mujeres extrañas nos lavaron con mangueras, sin un ápice de pudor.

Después tuvimos que pasar la prueba de demostrar nuestra capacidad para leer y escribir. La gente tartamudeaba y se atrancaba con las palabras bíblicas: «Recibe este pan que sacamos caliente de nuestras casas el día en que emprendimos el camino hacia ti… Pues era tu tiempo el tiempo del amor, y con mi manto cubrí yo tu desnudez».

Todo eran súplicas y lágrimas, gente obligada a esperar, gente despachada a salas próximas, y una mujer, con un esmirriado abrigo de piel que le llegaba hasta las rodillas, se aferraba a los tobillos de su marido, «Aoran, Aoran», porque a él le habían puesto una etiqueta de distinto color, y eso significaba que no se le permitía entrar. Todo el mundo la observaba, y, aunque hablaba en un idioma extranjero, era evidente que no quería separarse de su marido. Él intentaba razonar con ella, mas no servía de nada, hasta que, de pronto, la mujer se escupió en las manos, frotó con sus dedos los párpados del marido y luego los suyos, para contraer la enfermedad ocular que creía que él tenía. Los guardias se abalanzaron sobre ella como perros. Ella se revolvió y embistió contra ellos, que la sujetaron sin lograr reducirla, mientras el marido la miraba con una frialdad, una frialdad como si no la amara, como si nunca la hubiese amado, como si no hubiera otra manera de convencerla para que se marchara.

El inspector escrutó mi pasaporte, donde mi madre me había anotado algunos consejos domésticos, y al ver que llamaba a un segundo inspector creí que iban a rechazarme. Lo leyeron juntos y luego me pidieron que lo leyese en voz alta, y comprendí que se estaban burlando de mí, de aquella palurda con su lista de trucos caseros.

> Reglas para la colada:
> *Frotar la ropa de lino con un trapo para limpiarla bien.*
> *Ahorrar espacio y pinzas.*
> *Colgar todas las prendas del revés.*
> *Colocar todas las prendas con sus aberturas al viento.*
> *Poner las pinzas en las partes más gruesas de la ropa.*
> *Colgar los manteles como un saco.*
> *Colgar la franela a la sombra.*
> *Colgar los calcetines a dos centímetros del dedo gordo, del revés.*

Cuando al fin me sellaron los documentos, me dolió ver que habían puesto «criada», pero me habían admitido, y entraba en tropel a un mundo que parecía extraño y era al mismo tiempo como un carnaval, repleto de gente, de chicos que intentaban quitarme el equipaje, de vendedores ambulantes con sus cestos de frutas, manzanas y melocotones con la piel suave y sonrosada, como pintada con carmín.

El gran vestíbulo

¿Qué no habrían presenciado aquellas paredes cubiertas de azulejos blancos y esas columnas negras?

Todos estaban tan felices de seguir juntos que lloraban de alegría, algunos con desesperación en los ojos, temiéndose lo peor, y Mary Angela embutida en un traje de punto azul, como una sirena, paseando arriba y abajo, sopesando sus posibilidades. No tardó en llamar la atención de un hombre que había entrado apresuradamente, un caballero bien vestido y con bigote. Ni siquiera intercambiaron una mirada, tan sólo gestos, pero ella supo enseguida, por el brazalete negro en la manga, que era un viudo reciente. Se limitó a ponerse una mano bajo los pechos, como si los pesara, y él se le acercó, y pronto subieron las escaleras hasta un despacho, donde al parecer consiguió que le sellaran los papeles para marcharse con él. Nos dijo que iba a ser la nodriza del hijito del caballero. No la habíamos visto desde la noche del ahogamiento, pero supimos que se había vuelto muy popular en las zonas altas del barco, donde ordeñaba a las cabras del capitán DeVere por la mañana y por la noche.

Mi prima no había venido.

Un cartel del salón de belleza de madam Aisha ofrecía maquillaje y permanente para las mujeres a un precio razonable. Muchas pasaban por allí antes de hacerse una fotografía en la estación del beso. Parejas, mirándose a los ojos. Una mujer no dejaba de rogarme: «Ayúdame, querida hermana», pero yo no podía. Mi prima no había venido. Los transbordadores llegaban a la hora prevista, la gente se marchaba, el agua marrón no dejaba de golpear continuamente contra el muelle, y yo sentía como si estuviera allí prisionera para siempre.

Si mi prima no aparecía me alojarían en alguno de los edificios de ladrillo con banderas ondeando en las torretas, me meterían allí hasta que mis padres enviaran el dinero para mi pasaje de vuelta. Hasta Sheila se había marchado ya. «Ven a verme algún domingo si pasas por allí», me dijo cuando se iba con tres amigas. Vivía en la calle 22, que a saber dónde estaba eso. Un hombre alto no paraba de

molestarme, venga a decirme: «Tú debes de ser Mary Mountjoy», y yo hacía como que no lo entendía, no fuera a secuestrarme. Sheila nos había advertido mucho durante el viaje sobre los secuestros, para que ningún sinvergüenza nos robara el equipaje con el pretexto de llevarnos a Baltimore o a Connecticut o a lugares que no conocíamos.

Cuando al fin apareció mi prima, el encuentro no fue como yo había esperado. ¿A qué venían esas lágrimas y esos mohines? ¿Es que no quería venir a recogerme? No se parecía ni pizca a la foto en sepia que su madre le había enseñado a la mía; era mucho más corpulenta y vestía sin ninguna gracia.

Desembarcamos en un muelle donde hacía un frío helador y quedaban restos de nieve en el camino de hierba sucia. Un negro de dedos muy largos tocaba en su violín distintas melodías para atraer a los emigrantes evocando recuerdos del hogar. «Disfruta, cariño…, vas a casarte con el hombre de tus sueños», me dijo, y empezó a tocar una giga. Mary Kate se enfadó y me apartó de allí. El hombre se echó a reír y dijo: «Esto no es un funeral, guapa». Pero ella me arrastró, diciendo: «No te separes de mí, no te separes de mí», muy enfadada porque el hombre se había burlado de ella.

Todo pasó muy deprisa a partir de ese momento: comprar el billete, subir al tren, pasar por los túneles, junto a los edificios feos y manchados de hollín, los depósitos, las casas destartaladas, y sin intercambiar una palabra. Yo la notaba molesta conmigo por mi falta de aplomo, por mi acento y por mi bolsa de hule atada con una cuerda. Mi prima hablaba para sí, murmuraba mientras el tren seguía en marcha. De repente le cambió el humor y me dio un beso, me abrazó y dijo que mi madre y su madre eran primas hermanas, lo cual significaba que nosotras éramos primas segundas y que seríamos amigas. Viviríamos fuera de la ciudad, porque era mucho más bonito, con más árboles y más cerca de la naturaleza.

La pensión se encontraba en una calle de casas idénticas que al atardecer parecían del color del barro, pero a la luz del día vi que eran del color del ruibarbo. Tuvimos que entrar de puntillas. En un paragüero de porcelana del vestíbulo había varios paraguas y un bastón. El paragüero era un mucamo, según mi prima. Tenía la cara marrón y los ojos rojos ribeteados por una línea de plata. Compartíamos la cocina con mucha gente; cada uno se servía la comida en una bandeja que llevaba su nombre, y había una nevera muy vieja que zumbaba y estaba llena de cosas raras, como queso tierno envuelto en muselina y sopa de remolacha. Mi prima me hizo meter la cabeza en la nevera para que notara lo fría que estaba. El hielo era precioso. En el hospital donde ella trabajaba les ponían a los

lunáticos paquetes de hielo en la cabeza para que deliraran y despotricaran sin que nadie les oyera. Me había guardado un poco de comida: pan con pasta de carne y un flan de arroz frío. Una señora vino a sacar algo de la nevera, sin dirigirnos la palabra. Mary Kate se soltó la lengua cuando la mujer se marchó, dijo que no le gustaba; era extranjera, todos los huéspedes menos nosotras eran extranjeros. No nos quedamos mucho tiempo en la cocina, porque era común, mientras que el cuarto de mi prima era privado. Tuvimos que pasar por otra habitación donde vivía un matrimonio con su bebé, y mis botas de cordones hacían un ruido espantoso.

El cuarto estaba patas arriba: ropa, zapatos, platos y perchas, todo revuelto. Una colcha roja con bordados en punto de cruz cubría la cama, como si estuviera hecha. Mi prima era auxiliar de enfermería, pero estudiaba para ser enfermera de verdad, pues tenía vocación de servir a la humanidad. Era una Marta. Estaban las Marías y estaban las Martas, pero era María quien acaparaba toda la atención, por ser la Madre de Cristo, aunque las Martas fuesen más sinceras. En alguna ocasión especial se permitía un poquito de ponche. Me hizo saber que no bebía, pero de vez en cuando se tomaba una copita reconstituyente. Se sirvió en una taza de una botella, se sacó los zapatos de un puntapié, se quitó las gafas, y sus ojos se volvieron aturdidos y tímidos. Lloró cuando le di el bizcocho de oporto que le mandaba mi madre, y me abrazó. Y a partir de ese momento todo fue «ay Dios». Ay Dios, al fin había salido yo de los pantanos y estaba en un hermoso barrio, comenzando una nueva vida. Podríamos ir a Coney en verano. Yo no sabía lo que era Coney, pero me imaginé un lugar lleno de conejos. Ella se echó a reír cuando se lo dije. Coney era el último grito en diversiones: patinaje, románticos paseos a caballo, acrobacias en la boca de un gigante que te succionaba y te deslizabas por sus tripas para salir por el otro extremo. Había estado allí en verano con un pretendiente, un pretendiente que trabajaba en la construcción y un día le anunció que tenía que marcharse. Eso era lo malo de América, que la gente siempre se mudaba; por eso una chica debía agarrar a un pretendiente en cuanto se presentara la ocasión. Recordó ese día, las caricias, el baile mejilla contra mejilla al aire libre, recibiendo la brisa del mar, y ella sintiéndose como si ya estuviera casada.

El baño se encontraba al otro lado de la habitación donde dormía la pareja con el bebé. Había que molestarlos. Las dos primeras veces mi prima me acompañó y me enseñó un truco para tirar de la cadena haciendo el mínimo ruido posible. La tercera vez se enfadó mucho. ¿Qué me pasaba? ¿Es que tenía la solitaria o qué? Levantó la ventana

de guillotina y me empujó a la comisa de piedra; luego cerró la ventana para darme una lección. Oía el zumbido de los coches a mis pies, en la calle. Yo encaramada en las alturas, aterrada y convencida de que me caería o saltaría en cualquier momento, mientras ella se reía, y entonces volví a ver el mismo cartel que había visto en la sala de control: «No se admiten tullidos», y ella empezó a dar golpes en la ventana.

Más tarde, cuando nos metimos en la cama, dijo que en casa, su gente, mi gente, creía que América era una tierra de riquezas, pero que eso estaba lejos de la verdad. América era una tierra de sueños falsos y frustraciones, y tendría suerte si encontraba trabajo como criada en una casa grande. Y así hasta que me volviera vieja, como un canario en una jaula.

Un hombre ciego

Una de las huéspedes trabajaba a horas extrañas, y cuando ella entraba yo salía corriendo, sin llevar siquiera un abrigo. El viento me daba en la espalda mientras bajaba a buen paso la sucesión de colinas que llevaban a la ciudad, pero aquello no se parecía en nada a una ciudad, no era como la ciudad que yo había visto en un calendario, con damas enfundadas en abrigos de piel bajando de un carruaje, con copos de nieve en las estolas y en los tocados. Era un desorden de trolebuses y carretas tiradas por caballos: un carro de pescado, un carro de carbón, un carro de ostras; y hombres que picaban la piedra para alargar la carretera. Salía mucho ruido de la taberna donde los mozos con delantales largos iban de mesa en mesa sirviendo jarras de cerveza espumosa, y, en un callejón, los niños harapientos perseguían a los cochinillos con palos y con tallos de col.

Se oía la música de los bares, una música distinta de la que tocaba el organillero que llevaba un mono en el hombro. El animal sujetaba con una pata la jarra para la colecta. Apenas me había detenido para mirar y escuchar, cuando estalló una pelea entre el mono y el organillero, en un bando, y en el bando contrario un hombre ciego que llevaba un abrigo demasiado pequeño, ceñido con un cinturón, y un bastón blanco que necesitaba una buena limpieza. El ciego estaba ocupando el sitio del organillero y éste le decía que se largara de allí, que era un vagabundo, un chiflado, que ahuecara el ala. El mono chillaba, tan enfadado como su amo, pero el ciego se negaba a moverse. Empezaron entonces los insultos, y los lápices que el ciego llevaba para vender volaron por los aires y rodaron por la acera. Corrí para intentar alcanzarlos, pero la mayoría ya había llegado a la calzada, donde fueron aplastados por los coches y los carros.

El hombre me dio las gracias, dijo que era una buena chica, una chica limpia, la única persona que demostraba un poco de consideración con el ciego, al que todos empujaban, robaban, pateaban y llamaban vagabundo y chiflado.

Se apoyó en mí para cruzar la calle, porque seguían gritándole y

arengándole, y caminábamos un poco torcidos, y cuando llegamos al otro lado no quiso separarse de mí. Comprendí que estaba loco, debía de estarlo por cómo deliraba. Walt Whitman, el poeta de la ciudad, Walt Whitman, mástiles de Manhattan y altas colinas de Brooklyn, Walt Whitman que había caído, como el ciego, en el punto de mira, igual que Horacio, que sucumbió a los encantos de una vendedora de perfumes. Yo era una muchacha limpia en una ciudad de vicio, una ciudad malvada y corrompida como el antiguo Egipto o la antigua Babilonia. Había sido jugador en otra época, jugaba en las tabernas, apostaba en las carreras de caballos, tentaba a la suerte, ganaba, y hasta los padres reverentes lo consideraban distinguido. Vendía artículos religiosos en el barrio de las medias de seda; iba de puerta en puerta, su maleta cargada de estatuillas sagradas, de libros, de folletos, de novenas, de altares en miniatura, de medallas milagrosas, y le iba de maravilla, vendía más en un día que el hombre de los cacahuetes o el hombre de los perritos calientes. Le quitaban la mercancía de las manos. Se le conocía como Lenny, el de las pestañas largas. Se codeaba con damas elegantes, con sus batas y sus perritos falderos en el regazo, que disponían de tiempo en abundancia porque sus maridos ganaban buena pasta. Sí, con damas distinguidas en sus casas distinguidas. Con una dama en particular. Una muñeca. No le faltaba de nada, pero nunca veía la copa llena. Él sabía a qué copa se refería ella. Y le llenó la copa. Dulce como la miel. Rubias, morenas, pelirrojas. Una se la jugó, o puede que más de una. Pasó de ser un jugador a ser una cucaracha. Una mañana se despertó en una zanja y supo que el juego había terminado. Las náuseas, los temblores, esa mierda de enfermedad: estibadores, poetas y hombres distinguidos, todos apestados. La sífilis. Estaba acabado. Ah, Dios. El mercurio le curó, pero también le pasó factura; el descenso a la ceguera. «Llevo una arpillera cosida sobre la piel y he limado mis cuernos en el polvo».

Estábamos en el abrevadero donde bebían los caballos y algunos cocheros dormitaban con la cabeza gacha. Una mujer a la que el ciego conocía, que tenía un puesto de comida, nos ofreció dos tazas diminutas de café solo, y él se lo bebió de un trago, como los caballos.

Debió de notar que yo quería marcharme, porque dijo que era su ángel de la guarda, que el cielo me había enviado ese día.

Aún no había oscurecido, pero yo sabía que no tardaría en anochecer y entonces tendría que irme. Me pasó las manos por la cara como si pudiera ver con ellas, mientras que sus ojos estaban muertos y tenía en los párpados una costra de pus amarilla y reseca. Iríamos al Paraíso. El Paraíso era un hogar para muchachas ciegas, y de vez en

cuando daban una fiesta, vendían bizcochos, tartas y panecillos a las damas adineradas, para demostrar que eran útiles a la sociedad. Le habían contado cómo las niñas ciegas se colocaban en fila, con sus delantales, tras una larga mesa, con sus tamices, sus balanzas y sus moldes de latón, un orgullo para la comunidad.

—Vendré mañana —dije, zafándome de su brazo.

—No…, no vendrás —dijo, y empezó a soltar blasfemias. Qué perdido parecía, con aquel abrigo que le venía pequeño, el bastón blanco tan sucio, incapaz de ocultar la triste verdad que nadie deseaba escuchar, las lágrimas rodando por sus mejillas. Sabe Dios dónde dormiría.

De pronto era yo la que estaba perdida. Calles arriba, calles abajo, las mismas calles o calles diferentes; imposible saberlo. No recordaba dónde vivía. Cerca de un parque. «Pero ¿de qué parque?», me preguntó la mujer, porque había muchos. Era una niñera, de uniforme, que empujaba un carrito, y su señora se enfadaría mucho si se retrasaba. Las tiendecitas donde se vendía carbón y hatos de leña ya habían cerrado. Llamé a una puerta, y salió un hombre en mangas de camisa, con un violín en la mano; me dio con la puerta en las narices y siguió arañando sonidos.

Empezaba a oscurecer. El farolero iba de poste en poste con una escalera; subía, las llamas chisporroteaban al prender, y la luz cenicienta daba un aspecto tísico a los rostros apresurados. Me sujeté a la peana de hierro para leer los nombres de las calles, que nada significaban para mí. Flatbush. Pacific. Lafayette. Atlantic.

Después eché a correr por una calle y llegué a un cruce con la estatua de un hombre montado en un caballo de hierro, la misma estatua que había visto cuando iba con el ciego. Pasó un trolebús con pasajeros en la plataforma, bien agarrados para no caerse, y me dije que tal vez Mary Kate fuera en él, pero no iba. Lo único que recordaba de la pensión era al negro del paragüero y su pelo rizado del color del chocolate.

La iglesia ocupaba media calle y daba la vuelta a la esquina. Tenía tres entradas, con las tres puertas de madera cerradas. El pórtico lateral también estaba cerrado, pero encontré una portezuela que se abrió. No sabía cómo darían conmigo. Quizá recorrieran todas las iglesias. Me escondí al fondo de la gruta de piedra, frente al retrato de Nuestra Señora en el altar y una niña arrodillada ante la Virgen, probablemente santa Bemadette de Lourdes. Supe que eran ellos. No sé cómo, pero lo supe: Mary Kate y el patrón; y cuando los llamé vinieron corriendo, y nuestro encuentro fue muy alegre, muy feliz, todos llenos de buena voluntad, y Mary Kate me cubrió con su abrigo

mientras subíamos por las colinas, con el viento en la cara, pero juntas y a salvo.

Fue al ver el lápiz que me había regalado el ciego cuando se enfadó. *¿Quién era el ciego? No lo dijo. ¿Qué quería? Nada. ¿Qué te hizo? Nada. ¿Adonde quería llevarte? Al Paraíso.*

¡Al Paraíso! Se volvió loca al oír esa palabra. Era lo mismo que si me hubiera raptado. Raptado. Lo repitió tres veces. Una de las huéspedes que estaba preparando la cena me miró atónita. Su hija dijo: «Mamá, saca el diccionario», y sacaron el diccionario de un aparador, pero Mary Kate hablaba demasiado deprisa. Ya se había imaginado el telegrama de condolencia que tendría que enviar a mis padres: «Mis queridos James y Katherine, con profundo pesar he de comunicaros que vuestra hija ha desaparecido». Estaba segura. Ella, que me había ayudado, que había cruzado toda la ciudad hasta el depósito para ir a recibirme, ahora tendría que dar la mala noticia. La mujer arrojó el diccionario que tenía en la mano y dijo: «Está loca, cada vez más loca; todos los irlandeses se vuelven locos…, son unos borrachos…, rompen dientes».

Mary Kate lloró en la cama, dijo que no debió haberme gritado, pero era por mi bien, pues podría haber terminado en una casa de perdición. Luego, entre sorbitos de la botella que guardaba bajo la almohada, me contó la historia de Annie, una chica de Wicklow. Conocía a Pol, el hermano de Annie, un hombre destrozado que iba de bar en bar y de baile en baile, y me contó su historia, o más bien la de Annie.

Cuando Annie desembarcó con dieciséis años, nadie acudió a recibirla; los primos que supuestamente debían esperarla, no aparecieron. Al verla sola y sin amigos, una mujer bien vestida se le acercó y le ofreció cobijo; tenía documentos para responder por ella. Y Annie se marchó con la mujer, creyendo que iba a un convento. La llevaron a una casa muy grande con una *madam*, y allí la encerraron y la obligaron a prostituirse. No tenían noticias suyas en casa, y su madre, cada vez más preocupada a medida que pasaba el tiempo, comprendió que algo malo le había ocurrido; arañaron de todas partes para reunir dinero y enviar a su hermano a América. El joven fue de barrio en barrio, acudió a los sacerdotes, quienes le remitieron al obispo, pagó a una agencia de detectives y finalmente descubrió el paradero de Annie. El hermano acudió una noche a la casa camuflado bajo un sombrero de fieltro; se presentó como un cliente cualquiera, se sentó en una habitación con los demás hombres, bebió, esperó su tumo para subir, y la *madam*, que se había dado cuenta de que era la primera vez para el muchacho, le enseñó unas fotos de su *troupe*. El

joven eligió a su hermana. La *madam* le dijo que tendría que esperar un buen rato, pues la dama Vivien, según la llamó, era muy popular, sobre todo entre los clientes habituales. El chico bebió champán, pues era lo que debía hacer, pero se mantuvo sobrio. Cuando se encontró en la habitación con Vivien en bata, la luz suave y la cama repleta de almohadas, y ella diciéndole: «Cariño, cariño», el pobre casi se muere. Ella le preguntó cómo se llamaba, por qué era tan tímido, si era su primera vez, y así hasta que él, sin poder resistir un segundo más, se arrancó el disfraz y dijo: «Annie, Annie», como se llamaba ella de verdad. Ella retrocedió, pensando que quizá llevara un cuchillo o un arma. Él le dijo que no se asustara, que era su hermano y la quería como un hermano, y que había venido para sacarla de allí. Ella se llevó las manos a la cabeza. Él creyó que lo hacía por vergüenza. Le rogó que se vistiera y que se marchara con él, pero ella se negó. Él le suplicó. Le preguntó por qué. Ella le dijo que se marchara, por su bien, pues avisarían a unos matones que lo harían papilla. Al final le dijo que no quería marcharse. Su propia hermana.

—¿Qué le diré a nuestra madre?

—Dile que he muerto —fue la respuesta.

Mary Kate lloraba a mares, por Annie, por sí misma. Y cuando vi que se había tranquilizado un poco, le dije:

—Mary Kate, quiero irme a casa.

—No puedes ir a casa —dijo solemnemente, y fue como una sentencia de muerte.

Querida Dilly

Nada más abrir la carta de mi madre oí su voz, hablándome y riñéndome:

> Dos veces al mes cojo la pluma para decirte lo preocupada que estoy por tu silencio. Llevo dos semanas sin noticias tuyas. Te ruego que escribas. ¿Sabes cómo es nuestra situación aquí?, ¿te acuerdas? Apenas podemos mantener este techo. Y para colmo hemos sufrido un contratiempo. Las cosas se han conjurado en nuestra contra. Tu padre me hizo jurar que guardaría el secreto, pero necesito contárselo a alguien y tu hermano casi nunca está en casa. Con el dinero que ganó por el trigo que llevó al molino decidió comprarse un par de botas y tuvo la mala ocurrencia de pedirle al zapatero que se las engrasara para ponérselas de vuelta a casa, los quince kilómetros de camino. Ése fue el error. Le hacían mucho daño, pero no podía devolverlas porque ya las había usado. No le valen a nadie.
>
> Dices que estás buscando un buzón y espero que ya lo hayas encontrado. Parece que tu prima no se porta contigo todo lo bien que debiera. Al menos es sincera. No le diré nada a su madre, pues sólo serviría para enfriar la relación. Estaré pendiente del cartero. Termino ya.
>
> Tu madre que te quiere,
>
> Bridget

Misa

No podía escribir a mi madre y contarle lo raro y lo falso que era todo. Mi prima que bebía en secreto y escondía las botellas vacías en una caja de zapatos, debajo de la cama. Mi prima que fingía ser enfermera cuando en realidad sólo lavaba y vestía a los pacientes y tenía las manos enrojecidas y casi en carne viva de tanto fregar.

En la pensión cada uno iba a lo suyo, se metía en su habitación normalmente con el cerrojo echado y marcaba con su nombre las provisiones en la despensa y en la nevera, esa comida tan rara que comían, ese pan marrón y esos pepinos pequeños que sabían a vinagre. A veces les robábamos unos cuantos cuando teníamos hambre, casi siempre al final de la semana, cuando Mary Kate se quedaba sin dinero. El soberano de oro y el florín que me dio mi madre me los confiscó mi prima para mi manutención.

Todo giraba alrededor del dinero: la calle pavimentada y las zonas donde terminaban los adoquines y corrían los cerdos, fustigados con tallos de col.

Ese primer domingo en la iglesia grandiosa, con su altar central y sus altares laterales, el sermón del cura se centró en la parábola del camello que no podía pasar por el ojo de una aguja, como el hombre rico nunca podría entrar en el reino de los cielos. Era un sacerdote invitado, de piel oscura y brillante como la caoba pulida. Los pliegues de la piel entre los dedos oscuros eran de un tono rosa pálido y sus ojos rebosaban fervor y fe. Dijo que la congregación era muy afortunada por vivir en un barrio tan verde, con sus casas de madera, sus casas de piedra y sus hileras de hermosos árboles, pero que todas esas comodidades tenían un precio. No podíamos borrar el pasado. Hasta el lugar donde nos arrodillábamos había sido robado a otros. Citó a los primeros pobladores, en su mayoría holandeses, que llegaron al Nuevo Mundo, a la Nueva Amsterdam, a los campos de nogales y de moras, donde vivían el ciervo, el almizclero y los pavos salvajes; mujeres y hombres que se creían honrados y sin embargo engañaron los indios lenape. Cambiaban armas y lana por pieles de

animales que luego vendían por una fortuna, y poco a poco se fueron quedando con todas las riquezas de esta tierra, expulsaron a los indígenas, parcelaron sus grandes campos abiertos para levantar casas, para hacer calles, para construir el progreso, para amasar riquezas colosales que sólo algunos, pero no todos, disfrutaban. ¿Y qué hacían los políticos y la prensa? Se entregaban a la corrupción, a la codicia; la política de trastienda y el patrocinio de los partidos garantizaban que un puñado de listos cosecharan todos los frutos de la tierra.

La gente carraspeaba y se movía, manifestando su desaprobación, algunos incluso se marcharon de la iglesia, y luego rehuyeron al cura cuando éste salió a saludar a la puerta con su túnica de oro. Mary Kate le dio la mano y se quedó un rato charlando con él porque era muy guapo, y de camino a casa dijo que estaba bien darle la mano a un sacerdote, porque un sacerdote estaba hecho a imagen de Cristo. No era como besar a un pretendiente en uno de esos paseos a caballo por Coney.

El señor y la señora McCormack

Otro sacerdote me consiguió mi primer empleo. Tenía un coche de color chocolate, con capota y asientos de cuero que olían a limpio, y se puso unos guantes antes de arrancar.

Me impresionó hablándome de lo distinguidos que eran mis señores, cuánto se les estimaba en la parroquia: el marido ocupaba un puesto importante en un banco y a la mujer le gustaba tanto la música que financiaba un coro, porque le encantaba la misa cantada. Aseguraba que tenía mucha suerte de colocarme en un barrio tan elegante, justo enfrente del parque, con sus praderas y sus cascadas; y además allí no me sentiría tan sola, porque había corderos y los oiría balar de noche.

Era una gran casa de piedra, con gárgolas de piedra en el tejado y un felpudo en lo alto de las escaleras. La doble puerta de cristal estaba cubierta por una plancha de hierro forjado, para que nadie pudiera ver lo que había dentro, y una mujer nos esperaba tamborileando con impaciencia en el cristal. La señora McCormack, mi futura señora.

—¡Éstas no son horas de venir! —le dijo al sacerdote. Luego, lanzándome una mirada sarcástica, preguntó—: ¿Es de Roscommon, una de esas ladronas de corderos?

El cura trató de suavizar las cosas diciendo que había tenido que visitar a un enfermo, de ahí lo intempestivo de la hora.

Fue el marido, Pascal, quien me condujo a mi habitación. Dos tramos de escalera alfombrada, con pasamanos de bronce, y luego linóleo, a medida que subíamos. El último tramo de la escalera era tan estrecho que tuvimos que pasar de lado, y mi bolsa, que había cruzado el mar, subía dándole golpes al señor. Abrió la puerta de un dormitorio y me hizo entrar. Había dos camas estrechas, una de ellas ocupada por una chica. A la luz que entraba desde el rellano vi que era rubia, casi albina, y llevaba un camisón abotonado hasta la garganta. Parecía una comadreja.

—Estás en mi cuarto —dijo, sentándose en la cama y estirando los brazos para apartarme. No sé cómo me desnudé a oscuras, pero debí

de hacerlo y debí de quedarme dormida, porque la chica me despertó a la mañana siguiente diciendo que la señora estaba pidiendo su desayuno. La señora decía las órdenes a gritos desde tres pisos más abajo, a través de un tubo, y la oíamos por un agujero en la pared cubierto con una rejilla de bronce. La chica, que se llamaba Solveig, se fue gritando a la cocina, y yo la seguí. Esa mañana, como todas las mañanas, había que preparar el desayuno de la señora, luego el desayuno de su marido, después la bañera para la señora y su baño de pies y, por último, sacar la ropa que se pondría ese día. Tenía una cantidad increíble de corsés, polainas de encaje y mañanitas, y sus joyas de diario estaban separadas de las otras, que guardaba en una caja fuerte.

La tomó conmigo desde el primer día; le molestaba el ruido que yo hacía al andar, mis pies planos, mi acento irlandés, mi melena desgreñada.

Todo eran normas. La primera: nada de visitas en la puerta principal. La segunda: nada de visitas en la puerta trasera. La tercera: nada de salidas después de oscurecer. Había que lavar todas las tardes los seis plumeros y demostrar que se habían lavado. Me llevó de *tourné* por la casa, presumiendo de todo: un Chesterfield aquí y otro allá, el piano de cola que nadie tocó una sola vez en todo el tiempo que pasé allí, el reloj de similor, los bustos de terracota, las vetas de jaspe en la chimenea de mármol, el sinfonier con licoreras y botellas de oporto y de jerez, y, lo más preciado de todo, su secreter, un escritorio Napoleón III, repleto de escondrijos, ranuras y casilleros, donde un día tendríamos nuestra batalla la señora, el señor y yo.

A continuación pasamos al comedor, donde me enseñó la vajilla, me hizo contarla, platos blancos con pájaros en ramas temblorosas, platos soperos, platos de entrantes, platos de postre, salseras, fuentes, y me dijo que si rompía alguna pieza tendría que pagarla, naturalmente. Las criadas teníamos fama de romperlo todo. Leyó un recorte de periódico que guardaba en el estuche de la cubertería: «¿Derrocha su criada la comida? ¿La tira y la derrama? ¿Maneja con desprecio el plumero y la escoba? ¿Se le escurre su preciada porcelana entre los dedos? ¿Es un genio para desportillar los bordes de sus bonitos vasos de cristal tallado?».

Cuando yo ya no podía más les tocó el tumo a la madera y a los adornos: palisandro, tulipero, manzano, olmo; el cuello del cisne en el frontón, el dragón foliado y el águila de bronce, a la que debía limpiar el polvo religiosamente.

Tanto presumir y alardear y luego contaba las galletas, para asegurarse de que Solveig o yo no cogíamos alguna.

Solveig era bastante más alta que yo. Llevaba un delantal blanco. Era la cocinera. Mientras cocinaba cantaba los himnos que su pastor le había enseñado en Suecia. Tenía unos ojos azules preciosos, que parpadeaban como una muñeca dormida. Guardaba sus zapatos y el betún en una caja de madera, y tres tardes a la semana le permitían asistir a una academia de idiomas. Preparaba platos que yo no había oído nombrar en la vida: langosta en aspic y patatas laminadas al horno para los almuerzos que la señora ofrecía a sus amigas. Mamie, Gertie, Peg y Eunice. Se llamaban a todas horas por sus nombres unas a otras. Mamie, Gertie, Peg y Eunice: todas iguales que ella, presumiendo de los regalos que les hacían sus maridos por sus cumpleaños y sus aniversarios. La señora señalaba el enorme ramo de flores que le había enviado su marido, cada flor envuelta en papel de seda, dispuesto en una caja sobre la mesa del vestíbulo para que sus amigas la vieran y así poder decir: «¡Cuánto me mima este hombre mío!».

Tras el almuerzo acercaban la mesa a la chimenea para la partida de bridge. Mordisqueaban bombones y trufas, y a veces se peleaban por las cartas.

Mi trabajo era más duro que el de Solveig: recoger las cenizas antes de preparar las tres chimeneas, bruñir las parrillas y la plata, quitar el polvo a todo, a las comisas, a las molduras, a las patas y a las garras de las sillas, a los montones de figuritas de la señora, a los pastorcillos, las pastorcillas, las jarras, los jarrones, los cuencos de rosas y el gran águila de bronce con esa mirada feroz.

La alfombra de la sala de estar era magnífica, como arena, con todos los colores que podía tener la arena; arena empapada de agua y arena seca, con motivos de rosas y capullos, salpicaduras de la sangre de una rosa y ramilletes de pimpollos cimbreantes.

Un mes después de mi llegada a la casa, estaba yo arrodillada con un cepillo de alambre, limpiando las manchas de la alfombra, cuando entró el señor y me dio el susto de mi vida. Me preguntó si estaba rezando el Ángelus y se arrodilló a mi lado.

—Tu pelo, tu pelo —repetía, y me preguntaba si los demás se habían fijado en mi pelo y en ese halo de oro rojo que irradiaba, y cuánto tiempo me llevaba cepillarlo por la mañana y por la noche.

Querida Dilly:

Ha comenzado el reino del terror. Nuestros campos vuelven a ser un calvario. El día de la feria ecuestre anual se decidió atacar los cuarteles enemigos del Comité Republicano Irlandés en la antigua cárcel de Ennis. Era bien sabido que el cambio de

la guardia se hacía a las seis de la tarde, y a esa hora los voluntarios lo asaltaron mientras otros vigilaban la calle por si se producía algún contratiempo, y la compra-venta de caballos continuó como si no pasara nada, aunque por supuesto que algo estaba pasando. Abrieron fuego a toque de silbato, y los soldados ingleses echaron a correr como una alfombra de musgo rojo; capturaron a tres y se los llevaron a las cuadras de Daly, donde les quitaron la munición. Participaron en los disturbios veinte vecinos, entre los que no estaba nuestro Michael, que debe de estar entrenando a otros en los bosques de Cratlow.

Lo registraron todo. A tu padre lo registraron cuando iba camino de los pastos comunales de la montaña. Le encontraron una botella de leche en un bolsillo, y el oficial británico se empeñó en que se la llevaba a su hijo o a cualquiera de esos bastardos. «La llevo para beber», les dijo él. No le dejaron marchar hasta pasada una hora. Todo esto y tú sin estar aquí para ayudamos.

Tu pobre madre,

Bridget

SOLVEIG

Solveig apartaba bolitas de masa cuando cocía el pan para hacer panecillos en miniatura, con los que celebrábamos nuestros festines clandestinos de noche, en el cuarto.

Ven, mantequilla, ven.
Ven, mantequilla, ven.
Juanito está en la puerta
esperando su bizcocho con mantequilla.

Le enseñé esa rima, y Solveig la recitaba, aunque no se pareciera en nada a sus himnos. Ya no era su cuarto; era nuestro cuarto. Nos hicimos amigas la noche de los truenos: montones de truenos, de relámpagos que entraban como flechas en el cuarto, y ella se metió en mi cama, aterrada porque Eric Eric, el hombre del mazo que destrozó los barcos en el puerto de Malmo, vendría a por ella.

A partir de ese día fuimos inseparables, nos poníamos bigudíes de papel la una a la otra, y yo le ayudaba con sus redacciones en inglés:

La nieve es agua helada que baja de las nubes.
La nieve cae en forma de copos como plumas.
Los niños hacen bolas de nieve para lanzárselas unos a otros.
Los cristales de nieve son muy bonitos.
El mundo entero se queda dormido cuando la nieve se posa.

Devorábamos las revistas y los periódicos que tiraba la señora.

Un bisabuelo había echado un diente, y una tal señora White, que había perdido una bolsa de redecilla de plata con un par de gafas y algo de dinero, ofrecía una buena recompensa. Supimos que una anfitriona había tomado veneno en su propia fiesta, y su marido intentaba silenciarlo. Los Hart pasarían la temporada en Huntingdon,

pero los Hammond se habían marchado a Connecticut, y una tal señora Harding le había ofrecido al presidente su magnífica casa en South Hampton y confiaba en recibir una respuesta favorable. Una casquivana señora Stillman había intimado con su criado indio, mientras que su marido, un financiero, tenía un idilio con una corista, y la señora Stillman había recibido una pensión sustancial sólo porque acababa de tener un bebé, pues, según dijo el juez, llevaba una mancha que jamás podría borrarse. Houdini, que vivía tan sólo a una manzanas de nosotras y era capaz de realizar proezas increíbles, como escapar de una celda con barrotes o liberarse de una camisa de fuerza, encontró su Waterloo en un tranvía abarrotado en hora punta. Al darse cuenta de que iba en dirección contraria, Houdini intentó apearse, retorciéndose, escurriéndose, doblándose y dando codazos, y cuando al fin lo logró, por pura fuerza muscular, se desmayó en la plataforma, de los nervios.

Nosotras aún no habíamos subido a un tranvía.

Allí arriba, en nuestro cuarto del ático, soñando con blusas que no se arrugaban, con abrigos y capas y estolas y manguitos, éramos felices porque nos teníamos la una a la otra.

«Una sinfonía de artículos de tocador para usted, señorita», leía Solveig, desconcertada ante las palabras extrañas. Dos lotes de límpida belleza podían ser nuestros, suyos y míos, con sólo recortar un cupón y solicitar el colirio del doctor Isaac Thompson, que hacía brillar los ojos como un diamante y daba a la córnea una blancura de nieve. Todo era cuestión de recortar un cupón y de enviar diez céntimos antes de que se agotaran las existencias: cremas orientales de color blanco, carne y dorado, los colores decretados por París, los polvos de Biarritz de Princess-pat, a base de almendra; y para las manos enrojecidas y ásperas de fregar, una loción rica y lubricante que reparaba los daños. La cosmética no bastaba por sí sola para eliminar las impurezas de la piel; para dar luminosidad, finura, firmeza y un tono rosado a nuestro cutis necesitábamos un plasma. Además, una tal señora Edna Wallace Hopper ofrecía secretos impagables; su permanente ondulada y lustrosa era el complemento ideal para nuestros vestidos vaporosos en las noches estrelladas, para un paseo en vehículo a motor o para el baile, tanto de tarde como de noche.

Cuando íbamos a las carreras era imprescindible prestar atención al esmalte de uñas: natural con vestidos de colores vivos, rosa si íbamos de azul o de negro y coral con el beis y el gris. Era probable que allí nos encontrásemos con Hank o con Elliott, pero no debíamos olvidar que había al menos cinco millones de jóvenes casaderas, todas a la caza, y que la vida pasaba muy deprisa. En un par de años Hank y

Elliott podían interesarse por una chica más joven.

El ajuar ideal constaba de sesenta pares de medias de la más pura seda, veintiún camisones, tres pijamas, cincuenta y cuatro piezas de lencería, pañuelos y, en algún cajón secreto, a salvo de la mirada inquisidora del marido, los trajecitos para el bebé, los abriguitos y los pañales para cuando llegase la cigüeña. Una vez casadas podíamos permitimos un cigarrillo alguna noche. Una tal señora P. Cabot no se contentaba con un simple cigarrillo sino que prefería sabores más intensos, pero nosotras no necesitábamos tanta sofisticación. La foto mostraba a la señora Cabot ante su tocador, con bata de raso, un jarrón de rosas y una bola de cristal esmerilado para prender las cerillas, arreglándose antes de recibir a su esposo y posiblemente a algunos invitados, mientras su cocinera se afanaba en la cocina.

Doscientas cuarenta novias de once ciudades —Detroit, Chicago, Saint Paul, Cleveland, Pittsburgh, Filadelfia, Brooklyn, Providence, Denver, Cincinatti y Saint Louis—, todas magníficas amas de casa que, sin embargo, no sacrificaban sus encantos y su buen aspecto, y ¿por qué? Por ese determinado jabón que usaban.

Pese a todo, algunas de aquellas novias se sentían acuciadas por la duda y, al vivir en lugares apartados, no tenían a quién recurrir. A continuación se relataba la triste historia de Leonard y Beth. Plenamente felices hasta que sobrevino la desgracia y Beth no quiso confiar en su querida madre, por no dar una mala imagen de su marido. Él era vendedor de muebles de oficina, un trabajo que le exigía viajar a lugares lejanos. Beth adoraba su hogar y cuidada de su bebé recién nacido, y Leonard era un marido ejemplar que los fines de semana se levantaba de noche si el pequeño lloraba. Jamás habían discutido ni tenido discrepancias por asuntos de dinero; su matrimonio era perfecto hasta que una rival se interpuso en su camino y Beth se enteró. Su amiga Mary Jo, recién llegada de Cleveland, había visto a Leonard paseando por la calle con una joven, abrazados y sonrientes. Poco después llegó una carta para Leonard con caligrafía femenina, y aunque Beth estuvo tentada de abrirla, se contuvo y se la entregó a su marido cuando éste volvió a casa; él la abrió con reticencia y la guardó. Esa noche, mientras se cepillaba el pelo delante del espejo, Beth estalló y, al interrogar a Leonard, éste dijo que sí, que había estado con Flora, una antigua amiga empeñada en seducirlo. Él había intentado alejarla, lo había intentado con todas sus fuerzas, incluso la había dejado en la puerta de su casa después de cenar con ella; por desgracia, Flora decidió ir a su hotel y allí sucedió lo inevitable. Juraba que amaba a Beth, pero ella ya no podía creer en ese amor; su confianza se ahogaba, y Beth se sumía progresivamente

en el oscuro abismo de la desesperación.

Estudio fotográfico

«Dé vida a sus sueños». Demos vida a nuestros sueños. Ahorramos.

Se accedía al estudio fotográfico por una escalera lateral, con un taburete en el rellano. Había una pareja de luto, vestidos de negro de la cabeza a los pies, los lazos negros aleteaban en el sombrero del marido; una pareja de novios contemplaba su anillo de compromiso, el diamante no era mayor que un grano de arena. El fotógrafo, con la piel del color del café y el traje del color del café, sonrió radiantemente al vemos y dijo que al final nos atendería. Tenía andares de pato.

La habitación donde tomaba las fotografías estaba casi a oscuras, la cámara sobre un trípode, cubierta con una gran tela negra, y un paraguas negro abierto, que daba mala suerte dentro de una casa. Una varita de incienso ardía en los orificios nasales de un buda de bronce que, según el fotógrafo, estaba allí para dar ambiente. Todo daba ambiente.

Éramos especiales, lo supo nada más vemos. Enmarcaría nuestras caras, las mejillas de marfil de Solveig y mis mejillas cremosas y sonrosadas, sobre un fondo blanco decorado con una orla de violetas, y las exhibiría en el escaparate de la entrada. La multitud de transeúntes masculinos y femeninos se quedaría pasmada al contemplamos. Teníamos mucha suerte de haberle gustado. Estrellas del cine y del teatro suplicaban sus servicios, y a menudo tenía que cerrar la tienda y salir corriendo en el descanso del almuerzo a retratar a alguna actriz famosa. Era el número uno en su profesión: sus tonos, sus sombras, sus definiciones eran únicos, y sus competidores se volvían locos por descubrir el secreto que sólo él conocía. Pero a nosotras estaba dispuesto a revelárnoslo. Captaba la personalidad, el alma: miraba a los ojos, que eran las ventanas del alma, y veía los sueños de las muchachas.

¿Nos importaría ponernos algo más elegante, más atractivo? Sacó de un baúl boas, estolas de zorro, capas y vestidos, y nos hizo pasar detrás de un biombo para que nos cambiáramos, rogándonos que

tuviéramos mucho cuidado.

—Soy un chico —dijo Solveig, apareciendo con un traje de marinero.

El fotógrafo parecía entusiasmado. Chico y chica. Novio y novia. Corrió en busca de una pitillera y le pidió a Solveig que practicara un poco, abriéndola y cerrándola como un mozo. La hizo subirse encima de un cajón para parecer más alta, y a mí me sentó, me hizo cruzar y descruzar varias veces las piernas para mostrar los zapatos de seda verde a juego con el vestido de raso verde menta.

Cuando envié la foto a casa mi madre me escribió horrorizada, preguntando si me había convertido en una buscona y queriendo saber quién era aquel muchacho tan insolente que estaba conmigo.

El fotógrafo nos pidió que pensáramos en nuestros pretendientes. Seguro que teníamos pretendientes a montones, con esa piel y esa figura. Solveig soñó con sus abuelos, en la casita de campo donde pasaba las vacaciones; con el lago, la barca y los cuentos de princesas que le leía su abuela, que sólo le contaba historias bonitas, para no asustarla, y se acordó de cuando su abuela la peinaba y le decía que su pelo tenía *gund*, y *gund* significa oro, y eso quería decir que se casaría con un príncipe muy rico. Su abuela, su madre y ella llevaban en Navidad un cordero o una ternera al sacerdote, para ofrecérselo al Niño Jesús y a los pastorcillos, y luego volvían a casa para celebrar la fiesta: albóndigas, salchichas y patatas en rodajas con anchoas. Y la delicia que le ofrecía su padre: los cerditos de mazapán con sus lacitos rojos en la panza, que traían fortuna a la gente en el año venidero.

El fotógrafo quería que nos besáramos. No como si lo besáramos a él, simplemente como dos chicas a punto de convertirse en estrellas. Veía abundantes riquezas para nosotras, nuestros nombres en carteles luminosos, las chicas «perfectas», cazadas por alguna agencia de Hollywood y camino de un mundo de oropel, a punto de ser descubiertas; pero nosotras no podíamos besamos.

Dijo que si Hollywood nos parecía demasiado lejano, demasiado extravagante, él podía encontramos trabajo en nuestro tiempo libre, pues tenía muchos contactos en el mundo de la publicidad y todos se volvían locos por encontrar caras nuevas, caras frescas para anunciar jabones y cremas faciales, incluso lencería en residencias privadas, unas ganancias muy tentadoras, según él.

—Es usted un sinvergüenza —dijo Solveig, que a saber dónde habría aprendido esa palabra.

El fotógrafo se puso hecho un basilisco. Se bajó las mangas de la camisa, levantó la persiana y señaló una fotografía de su mujer, una mujer cetrina con un niño en los brazos. Luego adoptó un aire muy

profesional y nos pidió una señal, aunque al principio nos dijo que nos eximiría de pagarla.

Mientras subíamos la colina de vuelta a casa, con las luces de las farolas posadas en los árboles que bordeaban el parque, nos detuvimos a reímos de todos los detalles: los labios morados del fotógrafo, como si se los hubiera pintado, el traje de color café, sus andares de pato, la delicia turca que nos dio a probar con una espátula de madera, limpiándonos luego los labios, y el arrebato de ira al llamarle sinvergüenza.

Querida Dilly:

Vuelvo a escribirte porque llevo cuatro semanas sin saber de ti. ¿Estás enferma? Creíamos que en América la gente tenía buena salud. Confeccionar gorritos o hacerte fotos no puede ocupar todo tu tiempo libre. Estamos preocupadísimos por tu hermano. Lo buscan por una emboscada en un cementerio cerca de Moynoe, hace dos semanas, en la que murió un soldado británico. Ofrecen mil libras por su cabeza. Han colgado en los árboles carteles con su foto y la de otros tres sospechosos que también se han fugado. Vino una noche, entró a hurtadillas mientras tu padre y yo dormíamos, y se llevó una pica del pajar. Vive en agujeros de las turberas y en pozos de patatas. Si no lo coge el ejército, la neumonía acabará con él, porque hace un tiempo de perros. Llueve y llueve y llueve sin parar.

Con el último dinero que nos enviaste hemos pagado a los primos, a los Durack, su aportación a tu pasaje. Sigo soñando contigo. No sabes cuánto te echo de menos, sobre todo los domingos, cuando me siento en el huerto a descansar. Te envío una oración. Guárdala dentro del broche de ámbar que te regalé.

Crecen los días,
menguan las noches.
Se multiplican las lápidas
a lo largo del camino.
Es más breve la vida y
más largo el amor pues
Él nos acompaña noche y día.

Espero que tu silencio no signifique nada grave. Termino ya.

Tu madre,

Bridget

Dios bendiga esta casa

Todo empezó de maravilla.

«Te rogamos, Señor, que bendigas esta casa. Que la protejas de noche y de día», repetía el gramófono sin cesar. La música bajaba por las escaleras hasta la cocina, donde Solveig y yo trabajábamos frenéticamente. El cantante era uno de los favoritos de Pascal, que guardaba recortes de periódicos y fotos de los conciertos que había ofrecido en ciudades de toda Europa. «Bendice a la gente que vive aquí. Mantenía pura y libre de pecado».

Poco antes, a la vuelta de misa, la señora estaba de muy mal humor, y se puso a gritamos a Solveig y a mí porque salía humo de las chimeneas, pues no habíamos colocado debidamente los troncos en los cajones de latón; el ganso tenía demasiada grasa y no conseguía pincharlo; y las servilletas no estaban dobladas a inglete, tal como había indicado expresamente para que se viera bien la M bordada en seda rojo sangre. La M de Matilda.

No parábamos ni un segundo. Un jamón con clavo y costra de azúcar moreno aguardaba en una fuente sobre una blonda de papel blanco; calentábamos los platos, las salseras como barcas para las distintas salsas, y el ganso chisporroteaba al aporrearlo Solveig. El postre, gelatinas y crema de maicena teñidas de verde para darles un toque patriótico, se enfriaba en el suelo de la despensa. Los bombones, los caramelos de violeta y las cerezas al jerez para acompañar los licores estaban dispuestas en pequeños cuencos de cristal esmaltado.

El señor y la señora McCormack celebraban la Navidad «en casa».

Se habían decorado las habitaciones con diferentes estilos, buscando el contraste: el cuarto de estar rebosante de luz y esplendor, con dos fuegos que ardían que daba gloria, y las cadenas y los colgantes de las lámparas de araña, que yo había lavado con agua jabonosa y enjuagado después, tintineaban como si dijeran: «Estamos aquí…, estamos aquí». Hubo que cambiar las fundas de los almohadones y del sofá de terciopelo, porque el deshollinador era muy descuidado y sólo protegió la mitad de la habitación. Un

mequetrefe impertinente, con sus escobas, sus cepillos y su juego de varas, que no paraba de damos órdenes a Solveig y a mí, como si él fuera el amo.

Un hombre se había ocupado de decorar el vestíbulo; se pasó tres días trabajando, adornando el árbol que era tan alto como la casa, cubriéndolo de velitas como las que había en la capilla, porque la señora quería que pareciese un bosque. Además de las velitas había unos pajaritos de lana amarillos que a cada poco entonaban una melodía con un sonido muy verdadero. Había guirnaldas y coronas de acebo en las barandillas de las escaleras, y la puerta principal se había enmarcado con mirto y hortensias, de manera que uno al llegar se sentía como si entrase en un castillo.

El comedor parecía una «pequeña Irlanda», con gruesas velas rojas en cálices y arpas de cristal traídas de una fundición de Italia; un pequeño obsequio para cada invitado.

Chrissie fue la primera en llegar, y se puso de puntillas para dar un mordisquito a las peras de seda y las manzanas de seda que colgaban del árbol, pues le recordaban los días de Halloween, cuando era pequeña y jugaba a morder la manzana. Era coja, llevaba un alza en una de las botas, y se mostraba muy efusiva: besó al señor, besó a la señora y después hubo que alzarla para que besara el gran ramo de muérdago que colgaba en la puerta del salón. Preguntó si acudiría algún amable caballero que la acompañase luego a casa, y el señor le dijo que estaría Kevin, como de costumbre. Ella soltó un bufido y dijo: «Ay, cariño. Todos los años nos cuenta el mismo cuento de fantasmas, el de la niña tísica».

Serían once invitados en total, doce si finalmente venía el congresista. Todo giraba en torno a la presencia del congresista, pero había que mantenerlo en secreto, por si a última hora, dijo el señor, le surgía un compromiso ineludible.

—Ve a abrir, ve a abrir —me ladraba la señora para que corriese a la puerta, me ocupara de los abrigos y de los regalos, los dispusiera en la mesita del vestíbulo según el protocolo, envueltos en un papel maravilloso con metros de lazos de distintos colores, y llevara los abrigos de piel al dormitorio, por precaución.

Estaban el señor y la señora Keating, él con un bastón de ébano negro y ella sin quitarse su capa de armiño, a pesar de que la habitación casi abrasaba. Llegaron después el señor y la señora Felim, luego dos hombres solteros, Eamonn y Kevin, en correspondencia con Chrissie y Jenny, que estaban solteras, y el padre Bob, el confesor personal de la señora, que venía cada quince días desde Long Island para escuchar su confesión en la salita de las mañanas y se sentaba

después con ella junto a la chimenea para tomar un té acompañado siempre de buñuelos de manzana, que le volvían loco.

Un ponche para empezar, que el señor fue sirviendo con un cucharón en las tazas de plata con un baño de oro, como pequeños cálices. Todos se mostraban embelesados, colmaban de cumplidos a la señora: su pelo, su vestido de terciopelo arrugado, la gargantilla de rubíes en el pecho, tan brillante, tan resplandeciente, tan original y carísima.

—Me ha dejado en la ruina —dijo Pascal, levantando una bandeja decorativa a modo de cepillo para provocar una carcajada.

—¿Es de estilo rococó, Pascal? —preguntó Chrissie, que estaba de pie junto al escritorio de la señora, cotilleando en los casilleros y en los cajones.

—No toques eso si no quieres morir de un disparo —le advirtió Pascal, pues era allí donde la señora guardaba sus recuerdos: cartas de amor de hombres anteriores a él, rizos de pelo, tréboles secos y las letras de las canciones que ensayaba para sus fiestas. La familia de Matilda se jactaba de tener un gran talento musical; su padre era capaz de tocar una canción con una brizna de hierba.

Chrissie probó todas las sillas, los sillones, las sillas altas y la silla con respaldo abatible.

—¿Esto es manzano, tulipero, palisandro, Pascal? —La gente se compadecía de ella por su cojera y su vestido veraniego con una ancha banda verde, como si asistiera a un concurso de baile. Chrissie observó la cantidad de frutos que tenía el acebo y dijo que eso significaba que la familia iba a crecer: un bebé; y la señora le lanzó una mirada.

Pero, a medida que los invitados iban llegando, la señora se iba poniendo cada vez más ñoña y empalagosa, saludaba la entrada de cada nuevo invitado con grititos de alegría y se maravillaba de que se hubieran aventurado a salir en un día como aquel, con ese frío helador y el suelo tan resbaladizo, pues podían desnucarse en las escaleras, aunque Pascal las había cubierto con sal gorda. Se encontraba en su elemento, tendía la mano a los hombres para que se la besaran, ofrecía la mejilla a las damas para que se la rozaran, y no paraba de reñir a su marido a cuenta de un vaso vacío, de un leño caído o de que Jenny estaba sola en un rincón, como una flor pintada en el papel de la pared.

—Jenny es una embaucadora de primera —era la respuesta.

Jenny sabía cómo animar a la señora, llamándola chiquilla y fijando su atención en cada detalle de su atuendo, hasta en los zapatos de terciopelo, que se llamaban chinelas, chinelas con un campo de flores y medallones, como una alfombra.

—Son de andar por casa…, de andar por casa —repetía la señora.

Se les empezaba a subir el ponche, se iban poniendo colorados y surgían pequeñas riñas entre los matrimonios. Finoola le quitaba la taza de plata a su marido y le recordaba que había dado su palabra, y él la recuperaba y la vaciaba de un trago, y luego se acercaba a Matilda para besarle otra vez la mano. «Ah, inmortal Leda». Ella les decía a todos sin excepción que Felim tenía mucha labia, de ahí que le hiciera tantos halagos.

Chrissie no paraba de besar un oscura fotografía en sepia de un pobre hombre y su pobre mujer en un campo de patatas, que hacían un alto en su duro trabajo para rezar el ángelus. Al pie de la fotografía había escritas estas palabras: «Mary y Manus rezando el ángelus»; y Chrissie comentó que el hecho de que Matilda hubiese colgado aquella foto entre todos sus tesoros era una señal evidente de que no había olvidado sus raíces, de que no había dejado que el palisandro ni el rococó se le subieran a la cabeza.

—¿Dónde demonios se habrá metido este hombre mío? —Preguntaba la señora, consultando el reloj de pulsera, diciendo que el padre Bob le había prometido ser el primero para infundirle valor holandés.

—Son los autobuses, cariño…, tardan mucho desde la Isla los domingos —decía Pascal, y les aseguraba a sus invitados que si tuviera que estar celoso de algún hombre por los favores de su mujer, ése sería el padre Bob, que había tomado las órdenes sagradas.

Solveig me hacía señas como una loca desde el pasillo.

El ganso estaba espachurrado en el suelo de baldosas, hecho una pena, rezumando el relleno de patata por un extremo y el puré de castañas por el estómago, las patas separadas del cuerpo, que se había tostado más de la cuenta. Intentamos recogerlo, pero habíamos estado pimplando de la botella de jerez que la señora se olvidó de guardar después de regar el asado, y estábamos achispadas. El señor casi se desmaya al verlo. Entró en la cocina para llenar las jarras, con las orejas ridículamente rojas en comparación con la cara pálida, y empezó a santiguarse al tiempo que decía: «Nos mata. Nos mata a todos». Y nos pusimos todos de rodillas, tres pares de manos y tres pares de utensilios, intentando pasar el pájaro a una fuente, separando luego las piezas, la carne marrón, la carne blanca, las patas, las alas, la rabadilla, y decorándolo todo con castañas y perejil para ocultar el desaguisado.

—Damas y caballeros, tengan la bondad de sentarse y compartir mi humilde mesa —anunció la señora, tocando una campanilla de cristal cuando el padre Bob apareció al fin, deshaciéndose en disculpas.

Pasaron en tropel al comedor y una vez más elogiaron efusivamente la mantelería de lino, el despliegue de cristalería para cada comensal y la vela roja en el interior de un nabo vaciado, para darle un toque rústico.

El señor Keating leyó en voz alta el menú que la señora había escrito en un pergamino:

Sopa de tortuga verde
Ganso asado
Rellenos variados
Manitas de cerdo con col
Puré de berenjena
Papas
Verduras variadas
Salsas variadas
Budín de ciruela - Tartas - Gelatinas
Milhojas con crema de fresa

Ningún hotel de la ciudad podía superarlo. El toque gourmet y el toque humano. La señora les recordó que a las milhojas les llamaban napoleones, porque Bonaparte se atiborró de ellas y por eso perdió la batalla de Waterloo. Todos rieron y aseguraron que «Bony» se lo había buscado. Al vemos a Solveig y a mí, con nuestros zapatos negros y nuestras medias negras, nuestros uniformes de encaje blanco y nuestras cofias, el señor dijo que las jovencitas también merecían su reconocimiento.

—Tengo que vigilarlas a todas horas —dijo la señora, y chasqueó los dedos para indicar que podíamos servir la sopa de tortuga.

Al desdoblar la servilleta y ver la M bordada en seda roja, Finoola dijo que se le llenaban los ojos de lágrimas, pues le recordaba los setos de fucsias de Kerry. Rivalizaron en recuerdos unos con otros, y la conversación derivó luego hacia los vodeviles que causaban furor, sobre la vida de Paddy, el borracho irlandés, y su mujer medio borracha, y sus peleas, él con la pata de una silla y ella con un atizador en el cuchitril de su cocina. Un escándalo monumental. Una maldita infamia contra los irlandeses, pues se representaba a los Paddy con labios simiescos y el pelo grasiento, con un pico y una pala en las manos. Kevin sometió entonces a la consideración del grupo si había algún hombre o alguna mujer que pudiera hacer justicia a la historia de su país, a su querida Rosaleen la Oscura, a su Kathleen ni Houlihan [1]. Uno dijo que Yeats, a lo que Kevin negó con la cabeza, y Eamonn, que hasta entonces no había dicho una sola palabra, se puso

a recitar ese verso que dice: «Díjole Pearse a Connolly, nada sino nuestra sangre roja puede ofrecer un auténtico rosal». De Yeats pasaron a Maud Gonne, su musa, a la que unos elogiaron y de la que otros dijeron que era una agitadora que exhortaba a los jóvenes a introducir dinamita en los sacos de carbón que se enviaban a Inglaterra, y no tardó en armarse una buena bronca entre Felim y el señor Keating, que se arengaban uno a otro desde polos políticos opuestos. Una avalancha de acusaciones y contraacusaciones, rebeliones, fracasadas rebeliones, delatores, el discurso de Robert Emmet en el muelle, y el señor Keating, que llegó a afirmar que los hombres de 1916 no eran más que *boy scouts*, que todo el mundo se burló de ellos cuando se rindieron y fueron desalojados de la oficina de correos. Felim se levantó con el tenedor cargado de trozos de ganso, los músculos del cuello agarrotados y tensos, para decir que, sin duda, era de cobardes morir por el propio país, de cobardes ponerse frente a un pelotón de fusilamiento, mientras su mujer no paraba de toquetearse el camafeo, de la vergüenza que estaba pasando, pero Eamonn lo incitaba a que siguiera, gritando: «Continúa, Felim. Continúa». Felim estaba allí para decirle a su honorable amigo el señor Keating, un lacayo de los ingleses, que ningún irlandés había cometido jamás una acción deshonrosa. Esto fue demasiado. El señor Keating explotó, citó el salvaje asesinato del virrey de Irlanda y de su secretario camino de la residencia real en Phoenix Park, que no hicieron daño a nadie y fueron apuñalados con bisturíes hasta morir a manos de los supuestamente honrados irlandeses.

—Necesidad política —rugió Felim.

—Y un carajo, necesidad política —respondió el señor Keating; y Matilda le rogó al padre Bob que les hiciera entrar en razón, que pusiera fin a ese lenguaje y a ese comportamiento atroz.

El padre Bob se levantó con los brazos abiertos, como si quisiera abrazar a la concurrencia, y musitó:

—Amigos, todos somos hombres y mujeres de Irlanda, nuestro país en la cuna de su independencia. Estamos aquí para curar las heridas, no para abrirlas.

Y el señor respondió con un brindis:

—Por la libertad de Irlanda, por la libertad de Irlanda —y todos se pusieron en pie. Cuando volvieron a sentarse, el padre Bob preguntó a estas buenas gentes si sabían que los pergaminos irlandeses, los símbolos irlandeses, las iluminaciones, los torques, las volutas y las cruces irlandesas se habían copiado en las salas egipcias y habían sido posteriormente adoptados por su belleza en las escuelas de Carlomagno.

—Disculpe mi holandés, padre Bob —dijo Felim, que aún ardía de indignación—, pero tiene cojones que alguien que jamás ha puesto un pie en Irlanda ni siente nada por ella sólo sepa insultarla y despreciarla.

—¿Y qué has hecho tú por Irlanda? —preguntó el señor Keating, con la boca llena, masticando con rabia, mientras su mujer le tiraba de la manga para que se sentara.

—Te diré lo que he hecho por Irlanda —repuso Felim, y se subió una manga para mostrar las heridas de arma blanca que le había causado un bastardo incapaz de digerir el simple hecho de que Cristóbal Colón no fue quien descubrió América, puesto que un irlandés llamado Patrick McGuire fue el primer hombre que pisó tierra americana. El señor, a su lado, alabó su patriotismo, propuso que dejaran a un lado la política por un día y le rogó que no se enfurruñara. Felim estaba enfadado, apartó su silla, y el señor Keating, sintiéndose victorioso, le pidió permiso al padre Bob para contar la historia del accidentado noviazgo de Pascal y Matilda, a lo que el sacerdote, que había hecho de casamentero, accedió de buen grado. Le pareció una excelente idea, y el señor Keating comenzó el relato con aire jactancioso.

—Pascal y yo fuimos a bailar al Hibernian un sábado por la noche, y no pasaron muchas lunas antes de que Pacal y Matilda congeniasen; pero la buena señora nos tomaba el pelo, desaparecía. Prometía reunirse con nosotros, pero llegaba el sábado por la noche, despellejábamos el salón entero con la mirada, y allí no había ni rastro de Matilda. Indagamos. Nos dijeron que se había matriculado en clases de baile con una mujer de París. Le seguimos la pista y la abordamos una noche al salir de clase. Yo le dije: «Tú sabrás lo que haces, Matilda, pero te aconsejo que no vuelvas nunca más por el Hibernian». Se quedó de piedra. Se puso como loca cuando le hablé de la chica de Mayo que le había echado el ojo a Pascal, y de la buena pareja de baile que hacían en Chaleston, Velincia, Black Botton o Caledonian. A punto estuvo de apuñalarme. ¡Una chica de Mayo! ¡De Mayo, Dios nos asista! Era de Galway de donde habían salido todos los reyes, reinas y jefes de clan. El sábado siguiente Matilda se presentó de punta en blanco, le tocó a Pascal en el hombro y le dijo: «Hola, extranjero», y el desenlace, bueno, el desenlace aquí está, en esta reunión cuyos anfitriones son sinónimo de generosidad y de hospitalidad en la parroquia.

Tras los aplausos, Kevin se puso en pie, con su gorrito amarillo de mago ladeado en la cabeza, y le preguntó al señor si podía contar su historia de fantasmas.

—¡Cáspita! Detesto las historias de fantasmas. Me dan escalofríos —dijo Chrissie.

—Que alguien la llame al orden —dijo la señora, porque Chrissie se alejó cojeando y diciendo que sabía cuándo su presencia no era deseada; y el padre Bob tuvo que seguirla y convencerla para que volviera con muchos «Chrissie Asthor, Chrissie Mavouneen y Chrissie Macrae».

Kevin se apostó junto al aparador, bien a la vista de todos:

—Una chica que se llamaba Dotey estaba en su casa. Apenas le quedaban unos meses de vida, pues la tisis la estaba devorando. Los vecinos dejaron de ir a verla, por miedo a contagiarse. Había perdido el apetito, no comía más que una cucharadita de gelatina o de gachas, y, para colmo, su padre y su madre no se llevaban bien. Su padre se había marchado a Escocia a recoger patatas, llevaba seis meses fuera y no había escrito una sola línea. La pobre madre veía consumirse a su hija mientras los cinco hermanos menores pasaban hambre, hasta el día en que Dotey abrió los ojos por última vez antes de caer en los estertores de la muerte, y os aseguro que su padre la vio agonizando en su cama desde Escocia. La muchacha se le apareció y le dijo: «Ven a casa, papá, ven a casa». El padre salió corriendo del patatal, se embarcó en un barco de ganado y, cuando llegó a su casa, se encontró con todas las mujeres llorando. Se abrió camino entre ellas y, al verlo, Dotey se incorporó y lo besó, lo besó con cariño, y a partir de ese día el hombre fue un modelo de padre y un modelo de marido. Dotey llevaba doce horas muerta…, y fue su fantasma el que se incorporó y se le apareció en Escocia.

Se habló entonces de los fantasmas que merodeaban por la ciudad, en Bowery, en Hell's Kitchen, en Five Points y en Harlem; soldados de la guerra civil que se les aparecían a sus madres y a sus novias porque habían muerto demasiado jóvenes.

—¡Válgame Dios! Nos estamos poniendo muy morbosos —dijo el padre Bob, y decidió que había llegado el momento de que Matilda les ofreciera una canción con su inimitable voz de soprano.

Todos sabían que el aria de la señora era el plato fuerte de la velada, y ella también lo sabía, pero se hacía mucho de rogar: no podía, de verdad que no podía —que si la garganta, que si la laringe —, tenían que disculparla, y citaba los discos tan maravillosos que había encargado para la ocasión, canciones muy superiores a su modesto repertorio: *Where the Shannon River Meets the Sea, Little Brown Jug, May I Sleep in Your Barn Tonight?*

Finalmente arrancó con vacilación, como si cantara para sí, pero su voz fue creciendo y convenciendo, tal como la oíamos Solveig y yo

todas las mañanas, cuando practicaba en el baño para esta actuación.

Había apoyado una mano en el respaldo de la silla y tenía la otra extendida, y el pecho ascendía, se hinchaba tanto que los rubíes palpitaban y la bolsita perfumada asomaba entre el escote:

> Hay una brida colgada en la pared.
> Hay una silla en una cuadra triste.
> Ya no respondo más a tu llamada
> pues esa silla cuelga en la pared.

Bravo. Brava. Peticiones de otra. Nellie Melba no lo hacía mejor. Matilda superaba a todas esas grandes damas rusas o caucasianas, podía actuar en el Carnegie Hall, ser una gran estrella bajo la batuta de un gran director. El congresista entró majestuosamente en medio de la conmoción, como surgido de la nada, con un abrigo beis, seguido de un ayudante.

—La puerta estaba abierta —dijo, sonriendo con naturalidad, y la señora se aturulló, lo recibió efusivamente, haciendo levantarse a tres invitados, como si el congresista necesitara tres sillas, y después, cuando éste se hubo sentado a su lado, procedió a presentarlo a los rostros que ocupaban los dos lados de la mesa, todos embelesados, menos Chrissie, que tenía la cabeza lánguidamente apoyada en el hombro de Kevin.

Antes el padre Bob era esto y el padre Bob aquello; ahora el congresista era esto y el congresista lo otro, y el recién llegado aceptaba con resignación los cumplidos de la anfitriona. Todo en él transmitía seguridad: la sonrisa, los dientes con funda de oro, el sello de oro en el meñique, y la naturalidad con que dejó que la capa se deslizara de sus hombros hasta caer al suelo. Repitió el nombre de todos los presentes y quiso adivinar por el acento de qué condado procedían, golpeándose en la frente cuando se equivocaba. El señor Keating intentó hacerle hablar de cierto jefe de policía implicado en un escándalo, a quien la prensa estaba despellejando, pero el congresista eludió el asunto, diciendo:

—Les prometo que todo se olvidará.

Nada habría ocurrido si el congresista no me hubiese pedido que cantara y se hubiera acercado a continuación para decirme, todo meloso: «Gracias a Dios que hay muchachas como tú»; pero ocurrió. El castillo de Dromore. Los vientos de octubre. Los amplios salones vacíos. Y después un diluvio de halagos: el señor y él compitiendo uno con otro —qué voz, qué pureza, qué sentimiento—, y la señora guardándolo todo en su palpitante y ultrajado corazón. El congresista

nos preguntó los nombres, a Solveig y a mí, dijo que nunca seríamos yanquis de verdad hasta que fuéramos a Jersey City, y prometió enviar un coche para que pasara a recogemos un día.

Luego se marchó.

Se abrió el regalo que les había llevado a los señores. Era una tarta de chocolate en forma de tronco, con el nombre de la señora y el nombre del señor escritos con nata, y una tarjeta que decía: «Conservad las tradiciones, pero abrazad la recién encontrada libertad». ¡Qué mensaje tan hermoso, tan edificante! ¡Qué gran hombre, qué gran irlandés, de la talla de «Boss» Tweed y de John Kelly, los héroes del pueblo! Surgido de la nada, procedente de una familia de once hermanos, había perdido a su padre siendo muy joven, y poco a poco fue escalando en el distrito, aprendiendo, ningún trabajo era demasiado grande o demasiado pequeño para él, siempre leal a los suyos. Un irlandés se ahogaba en alguno de los barcos que navegaban por el Cabo, y allí estaba el congresista; un irlandés se asfixiaba en las minas, y el congresista exigía una compensación para su mujer y sus hijos.

—¿No había otra mujer, una tal Louella? —preguntó Chrissie.

—Ella nunca llegó a malograr el matrimonio —respondió Pascal en tono reprobador.

—Bueno, no sé yo…, al parecer se las beneficia a todas —terció Eamonn, pues había leído que la dama en cuestión siguió al congresista a una gran fiesta donde éste estaba con su mujer, le lanzó el abrigo de piel que le había regalado y le dijo que se lo quedara.

—Es un hombre muy prometedor. Corre el rumor de que incluso podría llegar a presidente —señaló el padre Bob, en tono casi sagrado.

—¡Dios mío…! Y ha venido aquí —exclamó Pascal con asombro.

—Y le ha gustado la chiquilla…, la pequeña Linnet —dijo Felim, mirándome y preguntándose si yo sería llamada a Jersey City.

Esto fue demasiado para Matilda. Con un ladrido, ordenó a los hombres que salieran al porche a fumar sus pipas y sus cigarros, y a las mujeres que pasaran al salón, donde se serviría el café.

El señor apagó las velas de un soplo, y la que estaba dentro del nabo con los dedos, y salió de puntillas. El humo amarillento envolvió la habitación. La señora aún no se había levantado, seguía sentada, respirando con agitación, y su prima Jenny se inclinó para consolarla. Sólo movió los labios.

—¿Has visto cómo la ha mirado…, cómo la han mirado los dos…? No sé cuál de los dos estaba más embelesado…, si Pascal o el otro.

—Bah, los hombres son así…, no les hagas ni caso —dijo Jenny, y le dio un beso.

Al verme junto al aparador empujó los platos hacia mí y me gritó que fuera a la despensa y sirviera los dulces.

Era la fiesta, pero no era la fiesta. Yo estaba en casa y había salido en coche de excursión, la elegante mesa dispuesta en pleno campo, los invitados con los gorritos de papel que habían sacado de los petardos-sorpresa, y el padre Bob me daba la moneda de diez centavos que le había tocado en el budín de ciruela. Entonces terminó el sueño. La señora nos estaba gritando: «Arriba, arriba», y medio dormidas, frotándonos los ojos, sin saber qué había pasado, Solveig y yo salimos de la cama tambaleándonos, sujetándonos la una a la otra.

—Ladronas, ladronas —vociferaba. Su sortija de zafiro había desaparecido. Yo me puse nerviosa, porque me encantaba secretamente esa sortija, con tantos tonos de azul, mares de azul sobre una pepita de oro cuadrada, con sus dos engarces de diamante, que por sí solos valían una fortuna. Recordé el día que la estuve limpiando, sumergiéndola primero en agua con amoniaco y frotándola luego delicadamente con un cepillo de dientes, para aclararla después y ponerla a secar sobre un trapo de cocina. La señora supervisaba la operación, pero se marchó porque la llamaron por teléfono, y entonces me puse la sortija, me la probé y le di vueltas y vueltas, admirándola en mi dedo. Ella tenía los dedos más gordos que yo.

Registró nuestros cajones, volvió los colchones del revés y tiró las cartas de mi madre por el suelo.

El señor sostenía un candil y ella le ordenaba a gritos que lo levantara, porque la parafina estaba goteando. La señora llevaba puesta su bata de guata, los rulos de metal encima de las orejas, y parecía una muñeca grande y gorda que se había vuelto loca.

Abrió el diario de Solveig y descubrió todos sus secretos; las flores de Malmo prensadas a mano y la dedicatoria que su amiga Greta le había escrito: «Para Solveig, mi regalo de despedida, para siempre».

Luego le tocó el tumo al escapulario de mi hermano y, al palpar la reliquia escondida en la tela, la señora decidió que, sin duda, se trataba de su sortija. Cortó la tela con regocijo y, al descubrir que no era el anillo, me acercó las tijeras a los ojos simulando que cortaba con ellas.

—Eso no está bien —señaló Solveig.

Los señores bajaron entonces a su dormitorio. Descosieron almohadas y almohadones, abrieron cajones, los cajones donde se guardaban los calcetines y la ropa interior del marido y los regalos que ella había recibido de sus invitados a la fiesta, los perfumes, los jabones y los frascos de talco, de cristal esmerilado, despreciados como si no tuvieran ningún valor.

—Tiene que estar en alguna parte, Matilda —insistía el señor, agachándose para buscar entre la alfombra y bajo el montón de alfombras nuevas, mientras ella le gritaba: «Encuéntrala, encuéntrala».

Mi lata con la imagen de un valle de Escocia donde elaboraban whiskey de malta fue lo siguiente que despertó las sospechas de la señora. La agitó y puso el oído. El zapatero me había colocado un candado antes de salir de casa, para asegurarla durante la travesía en barco.

—Ábrela —me ordenó.

La desafié. No pensaba abrirla. La desafié hasta donde me fue posible.

Levantó la tapa con expresión triunfal, pues en su interior estaban las pruebas de mi latrocinio. Un pañuelo de la señora hecho jirones, restos de pastillas de jabón que olían a lavanda y a agua de rosas, y, lo peor de todo, un pompón blanco que a Solveig se le había caído de su gorro de lana. Eso fue el colmo. La señora, exultante, le dijo a su marido que la prueba estaba en aquella caja, y provocó la división entre Solveig y yo, despachando a Solveig al cuarto de invitados hasta que la avisaran.

Mi bata yacía en el suelo alrededor de mis tobillos, pues la señora me obligó a quitármela para registrarme. Me escudriñó el cuerpo de arriba abajo con mucha violencia, como si quisiera matarme por ser delgada y joven y por gustarle a su marido.

Pensé que me dejarían allí para siempre. Era un armario situado bajo las escaleras del ático, repleto de maletas, colchas, cabezales y almohadas, donde olía a polvo y a plumas; una mazmorra en la que viviría hasta que confesara.

La señora venía de vez en cuando y daba golpes en la puerta. Ni una palabra. Los tres o cuatro golpes eran sólo para saber si yo estaba dispuesta a confesar. Después oía el ruido sordo de sus pisadas bajando las escaleras.

Era de noche cuando el señor subió y me alumbró con la lámpara, rasgando la densa capa de telarañas. Se limitó a inclinarse, parpadeando, y con voz ronca y cansada dijo:

—Devuélvelo y no les diremos nada a tus padres.

—No puedo devolverlo porque no lo tengo.

—¿De verdad que no lo tienes, Dilly?

—De verdad…, me dejaría pegar para demostrarlo.

Empezó a golpearse la cabeza contra la pared, como si quisiera aplastarse los sesos, sacarse la memoria y hacer añicos todas las joyas.

—Ven —dijo, y salí a cuatro patas.

La señora seguía en bata, con los pies apoyados en el

guardafuegos, para calentarse, pero le seguía temblando todo el cuerpo. Junto a ella había una bandeja con comida que no había probado.

—No has comido, Matilda —dijo él.

—Se ha terminado la puñetera leche —replicó ella, y volviéndose con expresión triunfal, dijo—: Al fin ha confesado.

—Ella no lo ha robado —dijo el señor.

—Ella no lo ha robado —repitió ella, como si le escupiera; y entonces se echó a reír y le preguntó si había perdido el juicio. Cuando él dijo que podría haber sido cualquiera, alguno de los invitados, que se habían pasado el día subiendo y bajando, que podía haber sido su prima Jenny o Chrissie, ella le dio una bofetada feroz, y la sangre se concentró en esa mejilla, mientras la otra mostraba una palidez mortal. Ardiendo de humillación, el señor empezó a dar vueltas con los puños apretados, y de pronto miró hacia el secreter como si algo lo hubiese guiado hasta allí. Avanzó deprisa, como movido por un resorte, pero no pudo completar el circuito, porque la señora se le adelantó, se apoyó en el escritorio y lo cubrió como un águila en combate. Él intento levantar la tapa, que tenía forma de persiana, pero ella se lo impidió.

—Está cerrado —dijo él.

—Sí, está cerrado.

—Normalmente no está cerrado —insistió él. Se miraron, derramando ambos una avalancha de agravios, y entonces él lo supo y ella supo que él lo sabía.

—Y no pienso hacer nada por la puñetera leche —bramó él, mientras se precipitaba hacia la puerta.

Me dieron un cuarto de hora para recoger mis cosas.

Exilio

Podía estallar la guerra porque faltaba un peine o una galleta. Lo cierto es que no me querían allí. Sobraba mi presencia y sobraba mi cuerpo en la cama. A cambio del alojamiento, yo lavaba, planchaba, limpiaba y cosía para Betty, que estaba loca por la moda. Betty era una chica mandona y grande, con los pies grandes y las manos grandes, que se pasaba la vida rezando novenas porque se le caía el pelo y temía que nadie quisiera casarse con una mujer calva.

Nan era la más interesada por el dinero. Una noche volvió a casa exultante: un obrero que llevaba una escalera de mano le había dado un golpe sin querer; le alcanzó muy cerca del ojo, y Nan se empeñó en que merecía una indemnización. El hombre le dio un dólar. Ella lo puso debajo de un tintero para alisarlo, porque el obrero lo llevaba muy arrugado en el bolsillo. Yo nunca sabía a qué atenerme. Unas veces eran simpáticas y otras no. Dormíamos las cuatro en una cama, dos arriba y dos abajo. Y todas dábamos vueltas sin parar y protestábamos en sueños.

Me lanzaban indirectas, decían que la patrona amenazaba con subir el alquiler porque había una persona de más, y la persona de más era yo. Otras veces eran muy zalameras. Nan me regaló una rebeca, una rebeca roja con pompones en forma de violeta que hacían las veces de botones; decía que las violetas la sacaban de quicio porque siempre se desabrochaban. Al cabo de una semana me pidió que se la devolviera. Todo era cuestión de humor.

Hasta que una noche, cuando volví del convento donde trabajaba media jornada, encontré mi ropa en un hato en la escalera, con mi nombre escrito en una etiqueta con grandes letras. Al principio pensé que era una broma, pero al examinarlo vi que habían guardado hasta mi última prenda: mi falda plisada, mis zapatos buenos, las medias llenas de carreras, mi cepillo, mi peine y mi misal; todo. Me decían que me marchara. Era el mes de mayo, y en el jardín había un magnolio en flor. Las persianas estaban bajadas, todas las persianas, como cuando muere alguien. Supuse que se habían confabulado con

los demás inquilinos para actuar en grupo. Y eso me dolió. Llamé a la puerta, pensando que alguien bajaría y, al ver que no tenía a quien recurrir, se compadecería de mí. No vino nadie.

Dentro de una magnolia, que parecía de cera, grande como un platillo de postre, una abeja rojiza se alimentaba de los estambres color azafrán, y pensé: *Jamás olvidaré este momento; el zumbido de la abeja, los estambres azafrán de la flor, las persianas bajadas, la delicadeza de la naturaleza y la crueldad humana.*

Querida Dilly:

Black y Tans estuvieron aquí hace dos noches, con su selecta cofradía del terror. Irrumpieron en la casa con la cara pintada de negro, siete u ocho de ellos, y tuve que esconderme para salvar el pellejo. A tu padre lo ataron de pies y manos mientras lo registraban todo. Al no encontrar a tu hermano, me hicieron recorrer toda la casa con una vela y revolvieron los cajones y los armarios; lo sacaron todo, y entonces uno le dijo al jefe de la banda, un militar alto y grande: «Vamos, Reg. Aquí no hay nada». Y el jefe le golpeó y le lanzó los peores insultos por haber dicho su nombre. No quieren que se sepan sus nombres, por miedo a las represalias, pero es la pobre gente como nosotros la que sufre las represalias: heno y cosechas quemadas, y animales sacrificados para vengarse de las familias sospechosas de haber alojado a los voluntarios. Han incendiado tiendas y oficinas. Incluso a un doctor que atendió a un voluntario herido le quemaron el coche, y ahora teme por su vida. A un hombre de más allá de Tulla, que era un simpatizante conocido, lo sacaron de su casa con su mujer y sus hijos; luego prendieron fuego a la casa y arrojaron al hombre a las llamas en presencia de la mujer y de los niños, mientras la banda gritaba: «Que se fría, que se fría». Estaban borrachos, como casi siempre.

Escribe, por el amor de Dios, escribe.

Tu madre,

Bridget

Coney Island

El sol nos cubría como un caldero de fuego. No había manera de escapar. Se derramaba sobre el mar, y las franjas azules, verdeazuladas y turquesas, se extendían hasta Irlanda y regresaban: las mismas olas con distintos colores, distintas volteretas, hasta el hogar que yo deseaba olvidar, que podía olvidar y no podía al mismo tiempo.

Malabaristas, tragasables, hombres con turbantes y togas, chicos con todo tipo de uniformes que nos tiraban de las mangas: «Pasen, señoras, pasen. Todo el mundo gana».

Estábamos Mary Kate, Kitty, Noreen y yo. Kitty era la chica de moda, con su vestido de muselina de color mantequilla claro y mangas de farol, los ojos del color del rapé, penetrantes e inquisitivos. Kitty era amiga de Mary Kate. Y Noreen, con sus pies planos, sus zapatos planos y su falda negra hasta los pies, se detenía boquiabierta delante de los monumentos, las cúpulas y los palacios pintados de blanco como una tarta nupcial, se paraba delante de la montaña rusa y de la barca, del tobogán de bambú y del túnel del amor, y repetía siempre lo mismo: «¡Caramba, es fantástico!».

Los olores a aceite y a rosquillas con azúcar nos suscitaban un hambre voraz, pero Kitty era la encargada del dinero que habíamos reunido entre todas. La gente bailaba mejilla contra mejilla a plena luz del día, al son de distintas orquestas: alemanas, cubanas y mexicanas. Una mujer oriental ejecutaba una danza solitaria, con un collar de monedas de plata entrechocando en el pecho, con pulseras en los brazos, contoneándose como una serpiente, rodeada de hombres, dirigía su sonrisa a todos y a ninguno, una sonrisa distante. Dos enanos muy bien vestidos estrechaban la mano a los transeúntes para animarlos a entrar en la Sala de los Monstruos. Eran hermanos o marido y mujer, porque tenían el mismo apellido. Sobre una caseta parpadeaban unas letras de color escarlata, «Madam Casandra», y su ayudante nos aseguraba que, si entrábamos, *madam* diría con quién nos casaríamos, porque era capaz de predecir el momento exacto en

que veríamos a nuestro hombre por primera vez. Todas queríamos entrar, pero Kitty dijo que todo el mundo picaba, que era una engañifa.

Había un hombre que llamaba la atención, pues era muy alto y llevaba un abrigo muy grueso a pesar del calor. Tenía una actitud distante, como un predicador, y ladeaba el rostro delgado y barbudo para mirar a las personas que montaban en la noria, que subían lanzando gritos de terror, aferradas a las cadenas laterales, y caían a continuación mientras los que estaban abajo ascendían hacia la música. Kitty le dio un toquecito en la espalda y dijo: «¡Vaya, si es el mismísimo ángel Gabriel!». El hombre se volvió y nos sonrió a todas: un hombre con barba, de ojos castaños y vivos que parecían escuchar con tanta agudeza como veían.

—¿Tienes miedo de resfriarte? —le preguntó Kitty.

—Estaba a punto de marcharme —dijo él, un poco incómodo.

—Claro, tú siempre estás de paso; pero aquí tienes cuatro muchachas encantadoras para bailar con ellas.

Intercambiaron bromas. ¿Se había casado él? No. ¿Se había casado ella? No. A lo mejor estaba casado en secreto con alguna ochavona, en Minnesota, en Wisconsin o donde fuera, sin formular los votos ante un sacerdote. ¿Qué pasó con la letra de la canción que había prometido enviarle? ¿Qué pasó con el baile de la noche de San Patricio, cuando no apareció? Se reprocharon mutuamente, y Noreen, tocándole la piel del abrigo, dijo: «¡Caramba! ¡Es fantástico!».

—¿Puedo convidaros a una taza de té?

—Preferiríamos unos helados —dijo Kitty, hablando por todas.

Kitty se enhebró del brazo del hombre barbudo y echaron los dos a andar por delante de nosotras, que los seguimos arremolinadas entre la multitud mientras llegaba un tren, y luego otro, y el helado estaba dulce y cremoso como unas natillas deliciosamente frías, y el cucurucho sabía a galleta.

De ahí fuimos a la caseta del tiro al blanco, donde los hombres disparaban sin medida, algunos con gorras, otros sin ellas, apuntando con los cañones tan concentrados como si estuvieran en la guerra. Las armas sobrantes estaban amarradas al mostrador, y cualquiera podía sumarse. Gabriel nos invitó a todas a una ronda de tiro. Cómo nos reímos y cómo protestamos cuando nos enseñó a sujetar la escopeta, a nivelarla y apuntar a las dianas, que eran hileras de imperturbables patos blancos.

—No os olvidéis de respirar —nos advirtió, riendo; y allá que fuimos.

El ambiente era embriagador: mientras nosotras disparábamos, los

espectadores, en su mayoría mujeres, animaban a sus maridos o a sus novios, las puntas de las escopetas se movían por encima del mostrador, se oía la música del carrusel cercano a la caseta, la música de las distintas orquestas y el chasquido de los perdigones cuando daban en las alas de los patos, que caían con una furia veloz, y una leve melodía perfumaba el aire.

—Es buena tiradora —oí que decía Gabriel después de que yo diera tres veces en el blanco, pasmada de haberlo conseguido; y Mary Kate replicó con aspereza que era por mi hermano, uno de esos fenianos trastornados.

Gabriel y otro hombre eran tan buenos tiradores que el encargado los animó a competir, a sabiendas de que eso atraería a la multitud; y así fue. Fue entonces cuando reparé en que le faltaba un dedo y tenía un muñón por pulgar.

Fue muy emocionante: las tres hileras de patos caían en cascada a toda velocidad, se oía un gran estruendo cada vez que uno de los dos alcanzaba el gong que colgaba de un largo péndulo, y los espectadores tomaban partido por uno o por otro, lanzando las gorras al aire y haciendo sus apuestas. Pese a todo, los dos se dieron la mano al terminar.

Gabriel recibió como premio una jarrita morada con el nombre del propietario de la caseta escrito en letras doradas que nadaban entre olas de color del vidrio soplado.

—Para vosotras —dijo; y Kitty la cogió y empezó a abrillantarla con el pliegue de su amplia manga.

Fue ella quien propuso que nos metiéramos en el agua y chapoteáramos en la orilla. Yo no quería que él me viera las piernas blancas, y me ofrecí voluntaria para vigilar las cosas: los zapatos, las medias, su abrigo y la jarrita. Allí sentada, sobre un montículo de arena abrasadora, rodeada de gente tan bulliciosa y despreocupada, de hombres que fumaban en pipa, con espantosos trajes de baño de felpa, y de mujeres con calzonetas que levantaban el trasero para que les hicieran una foto, sin preocuparse de estar haciendo el ridículo, el mundo entero me parecía de color de rosa mientras lo observaba a través de las olas de la jarrita.

Cuando regresaron todos, radiantes de alegría, Gabriel dijo que yo no podría decir que había estado en Coney Island si no me metía en el agua. Y estuve un rato a solas con él, el agua como seda alrededor de los tobillos, pero con los pies vacilantes, porque la arena se movía y las algas se me enredaban entre los dedos. Al otro lado de la bahía sobresalía una punta de tierra suspendida en el resplandor del sol, que según Gabriel tenía el nombre del rebaño de ovejas que antiguamente

pastaba en aquellos campos. ¿Sentía yo nostalgia de Irlanda? No. Su padre y su madre eran muy jóvenes cuando salieron de allí; se conocieron en el barco y se hicieron novios, pero murieron jóvenes, demasiado jóvenes, y él lo llevaba escrito en los huesos. Conocía la localidad, que estaba cerca de una montaña con el nombre de un rey. Me pidió que recitara los nombres de los pueblos de mi condado, como si fueran poesía, aunque para mí no lo eran; y sin embargo, mientras los pronunciaba para él, vi las coles rizadas en el huertecito de nuestra casa, las babosas sobre las hojas, verdes y azuladas, y los berridos del ganado perdido por los caminos resonaron en mi cabeza.

Torick
Derry Gnaw
Kilratera
Coppaghbaun
Pollagoona
Bohatch
Derrygoolin
Glenwanish
Alenwanish
Knockbeha
Sliabh Beamagh
Sliabh Aughty

Nos adentramos un poco más en el agua. Vi alzarse las olas, venir hacia nosotros, y supe que me estaba enamorando y que él sentía lo mismo que yo. Me abrazó por debajo del agua. Lo abracé. Nos balanceamos como bailarines, sólo que más torpes, y todo alrededor era felicidad sin freno, carcajadas, gente empapada, empujada, el grito de una mujer, «sujétala, Dwight, sujétala», y la niña en el aire, las olas que pasaban como grandes barriles por encima de nosotros, la espuma en la cara, y Gabriel gritando: «No pasa nada. Estamos bien», y la ola volvía a embestimos, nos arrastraba y nos levantaba, pero no nos soltábamos el uno del otro.

Las otras se morían de rabia. Mary Kate vino corriendo para escurrirme el agua del vestido, no fuera a coger una pulmonía, y Kitty dijo que si alguien se figuraba que nos habíamos comprometido allí mismo habría que disculparlo. Gabriel se echó a reír y se sentó para ponerse los zapatos, sonriendo a medias, ausente, a miles de kilómetros de distancia, sumido en el indómito mundo del bosque, de los espacios salvajes donde trabajaba como leñador, lejos de nosotras, del bullicio y del baile mejilla contra mejilla bajo la marquesina.

Sólo una sonrisa disimulada cuando se detuvo ante mí para despedirse me indicó que lo que había pasado en el agua significaba algo. ¡Qué ganas tenía de quedarme sola para revivir cada segundo!: el empuje de las olas, su abrazo, la espuma en la cara, la ropa empapada y pegada a las costillas, sujetos el uno al otro mientras el mar intentaba derribamos.

—Seguro que no se va al oeste… Es demasiado pronto para cortar leña —dijo Kitty, suponiendo que esa noche la pasaría en la ciudad, con un viejo amor, o en un baile; y entonces Mary Kate y Kitty empezaron a discutir sobre las novias que había tenido: una Rita Nosecuántos que le daba clases de irlandés, una camarera de la época en que trabajó en un bar, una enfermera de Roscommon, distintas chicas, distintos Gabrieles, y, adivinando mi euforia, Mary Kate me dio un codazo y dijo: «No te hagas ilusiones, porque ése va rompiendo corazones por ahí». Y la pobre Noreen saludaba a unos borrachos y decía: «¡Caramba! Ese Gabriel es el mismísimo túnel del amor».

Un fantasma

Las otras dos chicas de la habitación, Mable y Dierdre, dijeron que eran imaginaciones mías. Pero se equivocaban. Mi hermano se me apareció allí. Un rayo de luz de la farola de la calle dibujó un zigzag en el suelo, en dirección a la cama, y mi hermano se acercó, pensativo, pero sin llorar, vestido como si fuera de boda, con su traje bueno, su cuello y su corbata, sin una sola marca, sin una sola mancha de sangre, pero yo sabía que él no era el novio. Estaba muerto y había venido para comunicármelo. Superada la primera impresión hablé; dije: «Michael, Michael», pero él no respondió. Le pregunté qué le pasaba, si estaba muerto, pero él no respondió. Después desapareció. Al día siguiente llegó el telegrama de mi madre: su hijo querido había muerto por el fuego enemigo; pronto recibiría una carta.

21 de agosto

Querida Dilly:

Recibiste mi telegrama. Mi Michael nos ha dejado. Una bala disparada desde un transporte enemigo se alojó en su pecho y le causó la muerte en menos de una hora. Estaba tirado en la plaza del mercado, y la gente no se atrevía a acercarse a él, por miedo a recibir un disparo. Era un día achicharrante. La sangre se secó como una costra. Michael había ido al pueblo a por medicinas para un compañero, y un miembro de la guarnición lo identificó como uno de los emboscados. Lo dejaron morir allí, bajo el sol abrasador. Hasta los gorriones encuentran un lugar donde morir, hasta la golondrina sabe dónde encontrar reposo, pero no mi hijo Michael, mi luz querida. No dejes de encargar misas por el descanso de su alma y por nosotros.

Tu madre que te quiere,

Bridget

15 de septiembre

Querida Dilly:

No eché la carta al correo hasta que fuimos al cuartel militar de Tipperary. Pedimos ver al oficial de mando y nos hicieron esperar el día entero. Al fin salió un hombre muy estirado y nos condujo a un despacho. Abrió un libro muy grande y leyó en voz alta. Causa de la muerte: hemorragia. Causa de la muerte: homicidio. Dijo que se había investigado el suceso y que el ejército había actuado legítimamente, pues nuestro hijo, tu hermano, era un criminal, y a los criminales se les ejecutaba. Salimos de allí deshechos y mudos.

Un hombre en bicicleta nos siguió un buen trecho, para no levantar sospechas, y nos dijo que podía llevamos a la casa de la mujer que había socorrido a nuestro Michael en el último momento. La mujer estaba muy asustada desde entonces y no se dejaba ver en el pueblo, no fueran a detenerla por conspiradora. Estaba escondida en su propia casa, y el hombre de la bicicleta le llevaba un poco de leche y pan cada tres o cuatro días. Era lavandera. Nos contó que iba andando por la plaza del mercado, para devolver la colada a un hotel, cuando oyó un grito humano. Lo oyó antes de verlo. La plaza estaba vacía, pues la gente había corrido a refugiarse en sus casas al oír los disparos. La mujer se arrodilló junto a un hombre agonizante y escuchó sus últimas palabras, sus últimas palabras pidiéndole a Dios que lo aceptara y lo acogiera en su descanso eterno, y pidiéndole a su madre que le perdonara todo el sufrimiento que le había causado. Comprendió que el joven estaba muriendo, y él le pidió que le quitara la medalla y se la entregara a su madre querida. Es lo único que tengo de él. ¡Dulce Jesús!, ¿no bastó la sangre del Salvador para impedir las matanzas entre la humanidad?

Ma Sullivan

Encontré un empleo en unos grandes almacenes de aprendiz de costurera; éramos treinta o cuarenta en un sótano donde el zumbido de las máquinas de coser no paraba en todo el día, enérgico y eficiente; el taller era un homo en verano por el vapor de las planchas y de las ventanas que no se podían abrir, para que el polvo y la suciedad no estropeasen las preciadas pacas de seda o de raso, las pieles de gamuza como pequeños esqueletos, con sus bordes rizados y oscuros. Un supervisor iracundo recorría la nave para asegurarse de que no haraganeábamos ni cometíamos errores en la costura, y sólo nos permitía ir al baño después de fichar al entrar y antes de fichar al salir. Mi especialidad eran las mangas, los cuellos y los hilvanes, además de los ojales; estaba casi bizca de tanto hacer ojales de seda, hasta en sueños los hacía: la puntada inclinada, el sobrehilado, luego abajo, otra vez arriba, con hilos de alegres colores para los vestidos de señora. Me sentaba todas las mañanas con mi dedal, mis bobinas, mis tijeras enormes y el pan para el almuerzo, pero nada me importaba, porque luego volvía a casa con Ma Sullivan.

Dios me iluminó el día en que llamé a la puerta de Ma Sullivan. «Has venido a la casa indicada, y por algo será», dijo, y me hizo pasar. Necesitaba una chica que la ayudara con las cenas, cuando sus muchachos, como ella les llamaba, volvían a casa por la noche. Tenía ocho inquilinos, sus gansos salvajes, que regresaban muertos de hambre después de trabajar en la construcción y en las vías del ferrocarril, a veces a muchos kilómetros de la ciudad. Ma Sullivan era la madre, la patrona, la enfermera y la banquera de todos ellos. Les guardaba el jornal para que ahorrasen y pudieran volver a casa, les levantaba para ir a misa los domingos, y se aseguraba de que entre semana se acostaran temprano. Les trataba cualquier dolencia con aceite de ricino, su remedio para todo, incluido, según estaba yo a punto de descubrir, un corazón roto.

Dormíamos en la misma habitación, con dos camas, un gran armario ropero y un lavamanos con la pileta y el aguamanil de

porcelana. Ma Sullivan tenía un hijo que se ahogó en Long Island, y aunque jamás se mencionaba su nombre en la casa, las dos rezábamos por él todas las noches, rezábamos por nuestros difuntos, cada una al pie de su cama. Su hijo también se llamaba Michael, como mi hermano.

Los bailes de Ma Sullivan, un sábado al mes, eran muy famosos. La gran cocina se transformaba en un salón de baile: se retiraban las sillas y los taburetes y se cubría la gran mesa con un mantel blanco para el bufé, a base de tocino y de col o guiso de cordero, y se cobraba la entrada a medio dólar. Christy, un acordeonista famoso, ponía la música. Guardaba el acordeón en su estuche sobre la chimenea, porque Ma Sullivan no se fiaba de que lo sacara de casa, no fuese a darlo en prenda a cambio de bebida o a olvidarlo en algún tugurio.

Una noche, Gabriel acudió al baile, con el mismo abrigo largo, el mismo aire reservado, y Ma Sullivan corrió a darle la bienvenida y le hizo sentarse a beber algo. Varias chicas lo conocían y enseguida lo arrastraron para abrir el baile, cuatro hombres y cuatro mujeres frente a frente, Christy encorvado sobre el acordeón como si fuera parte de su cuerpo, el ambiente muy cargado, faroles encendidos en todos los rincones de la cocina, mientras los hombres que no bailaban marcaban el compás con los pies. Los bailarines se colocaron formando un pasillo y, aunque no hablaban, se comunicaban con los ojos. La música los transformaba, les permitía desmelenarse; los tacones altos y los tacones bajos se estampaban con fuerza en las baldosas, las chicas dibujaban un bucle, enlazándose y desenlazándose de los brazos de sus parejas, con quienes establecían un pacto antes de separarse, y Gabriel era el favorito. Todas querían estar en su esfera, todas le sonreían.

Cuando hubo terminado una ronda, Christy tocó una canción tranquila; el fuelle del acordeón se estiraba para interpretar una melodía sobrecogedora que evocaba retazos de Irlanda, tierras y campos pedregosos, ese paisaje calizo que suscitó el desprecio de Cromwell: «No hay madera para ahorcar a un hombre, ni agua para ahogar a un hombre, ni tierra para enterrar a un hombre».

Gabriel me presentó sus condolencias cuando Ma Sullivan le dijo por qué yo no bailaba y por qué iba de luto. Era evidente que no se acordaba de mí, no se acordaba de Coney Island y de las olas, de los nombres de los lugares recitados, y al leer en mis ojos una leve decepción, se alejó sin darle importancia.

Pensé que pasaría casi un año antes de que volviese a verlo, y lo imaginé en el tren, recorriendo esas enormes distancias, los grandes lagos, los trigales, las vastas y solitarias praderas, hasta adentrarse en

el bosque que, según Gussie, era un lugar salvaje y volvía salvajes a los hombres. Gussie había vivido en los bosques, había pasado en ellos quince años de su infancia y juventud, como aprendiz de herrero, cambiando las herraduras de los caballos, sacándoles la tierra de las pezuñas, cortándoles los callos, pero sin llegar nunca a herrar a un caballo. Gussie ayudaba en la casa, arreglaba las lámparas y los fusibles, emplastecía o pintaba a cambio de comida, y después se sentaba junto al fuego para escribir una carta a una viuda de Longford, que había vuelto a su tierra natal y había construido una casa en una colina, una casa grande que destacaba sobre las demás. Albergaba la esperanza de que la viuda le pidiera que se reuniese con ella, mas por el momento en sus cartas no había ninguna insinuación.

Cortejo

La estampa mostraba una caballería en rojo y verde que cruzaba un bosque envuelto en la niebla: las lanzas volando, las patas de los caballos cargando contra el aire enfurecido. Pensé que sería de algún primo que me había localizado, pero era de Gabriel. El texto era breve: «Lamento que perdieras a tu hermano. Si te apetece enviarme más nombres de lugares o alguna noticia, lo agradeceré. Gracias de todos modos. Gabriel».

No eran cartas de amor, si acaso eran cartas escritas con la determinación de desalentar cualquier expectativa de amor. Lo mismo podrían ir dirigidas a un hombre, pero llegaban con regularidad cada tres o cuatro semanas, el sobre casi siempre humedecido y frío de haber pasado tanto tiempo en una saca, y escritas casi siempre en papel manteca. Cuando la tinta penetraba el papel, yo buscaba la palabra por el revés a la luz de una vela, para no perder un solo detalle. Gabriel relataba fragmentos de su vida, y a través de sus ojos veía yo el rastro de los lobos en la nieve, cuando los hombres salían antes del amanecer, con las botas de piel, las medias por encima de los pantalones, subidas hasta las rodillas para protegerse de la nieve. Un lugar solitario y helador donde quemaban matas de alisos para entrar en calor, donde el chirrido de las sierras no cesaba en todo el día; hombres en parejas, cuyas vidas se necesitaban mutuamente, que talaban, cortaban, cargaban y arrastraban, agotados cuando caía la tarde y regresaban acompañados de sus perros con la grata perspectiva de una cena.

Gabriel describía los bosques y sus distintas especies de árboles —el pino, el cedro, la cicuta—, árboles de sesenta metros de altura, estilizados y orgullosos como navíos, y el combate de los hombres con la sierra, la larga batalla, el temblor que precedía al estrépito, el silbido grave al derribarse el árbol, el olor a savia húmeda, a savia viva como la sangre, verdadera como la sangre, y los tocones solitarios y hoscos; después cargaban los troncos en los trineos, y los caballos los arrastraban hasta los rápidos, y por ahí llegaba la madera a los

aserraderos para ser más tarde transformada en muebles.

Decía que la cocinera y él querían construir un huerto, sembrar patatas y cebollas, algo que les permitiese variar la monótona dieta de alubias y cerdo macerado en nitrato potásico, y añadía que quizá le pidiera a Gussie que le enviara un saco de semillas de patata.

Una noche salieron a cazar ciervos y terminaron enzarzados en una pelea de borrachos. Detallaba la escena: el bosque silencioso, los venados asándose en las piedras de la hoguera, sin quitarles las visceras para darles sabor, pero abiertos en canal para condimentarlos con hojas o bayas de enebro; una improvisada pista de baile sobre una plataforma, la música aporreada con cazuelas o tablas de lavar; la única mujer india con sus adornos y su pintura festiva, mujer de nadie y tentación de muchos. Finlandeses, suecos, canadienses, escoceses, irlandeses y sudamericanos que bebían hasta ponerse ciegos, porque todos se negaban a aguar el ron, y cantaban canciones rivales, se restregaban a gritos los males de sus países y las injusticias de sus países. Un finlandés y un escocés se alejaron del grupo para pelear y se desnudaron de cintura para arriba, dispuestos a matarse el uno al otro, las antorchas de pino encendidas como en los tiempos de los romanos, mientras sus compañeros disfrutaban del espectáculo, hasta que avisaron al capataz para que los separase; tuvieron que lanzarles cubos de agua, y los contrincantes rodaron por la nieve, soltando maldiciones pero clamando victoria.

Y entonces llegó, la carta que sin yo saberlo estaba esperando. Decía que no podía dormir, entre los ronquidos de los compañeros, la paja del colchón que le picaba en la cara y la manta de lana que le picaba en los pies. Salió a sentarse bajo un dosel de estrellas congeladas y cayó en la cuenta de que no paraba de pensar en Dilly y de preguntarse si sería mucho pedir, mucho suponer, que Dilly también pensara en él. Y así era.

Así era.

Nos besamos por primera vez en casa de Ma Sullivan después de un baile, cuando Gabriel subió al dormitorio a recoger su abrigo. Con su abrigo, como con él, se hacía una excepción —el resto de los abrigos se dejaban en el suelo de la antecocina—, y en el momento de recogerlo tropezó conmigo y me besó casi sin darse cuenta. Entonces me miró, torvamente y dijo:

—Era inevitable, ¿verdad?

—Ma Sullivan llegará en cualquier momento —dije, pues la patrona era muy estricta con los chicos.

—Salgamos —dijo él. Y cuando se hubo marchado, yo salí por la ventana y me descolgué hasta el jardín, y allí nos quedamos, sin

besarnos, sólo mirándonos, bebiendo el uno del otro.

Nevaba en el gran cementerio de Brooklyn; un gran manto de nieve cubría las sepulturas, colgaba como túnicas de las lápidas y de las estelas con sus largas inscripciones de amor. No había ni un alma. Habían despejado los caminos para los visitantes: el camino del Barranco, el camino del Cedro, el camino de la Cascada y el camino del Ocaso. Anduvimos un buen rato. Las cabezas de los ángeles y los arcángeles de mármol aparecían cubiertas por gorros y bonetes de nieve, tan alegres, tan divertidos, y Gabriel y yo en mitad de aquel silencio inmenso. Llegamos a una casita, una pequeña cripta con una escalera descendente y una puerta en la que estaba tallado un rostro de mujer, una mujer con expresión de duelo y grandes mechones de mármol que le caían hasta los hombros.

—Se parece un poco a ti —dijo Gabriel, y entonces me cogió del brazo con solemnidad y me preguntó si estaba preparada para comprometerme. Y allí, en el camino del Barranco o en el camino del Ocaso o en el camino de la Cascada, no recuerdo, entre los ángeles y los arcángeles con sus divertidos tocados y las tumbas cubiertas por un manto de nieve, Gabriel y yo nos prometimos sin necesidad de decir una palabra. Él tiró entonces de la punta de una rama hasta rozar la nieve y escribió nuestros nombres: Dilly Kildea y Gabriel Glichriest, 6 de octubre; y nos quedamos mirándolos, tan bien impresos que parecía que nunca se borrarían, mientras los copos de nieve caían como pequeños bocados en los oscuros surcos de las letras.

Traición

La fina capa de nieve se convirtió en fango y los tablones del puente estaban resbaladizos. La multitud se apresuraba en ambas direcciones, unos, como nosotras, camino de la ciudad, y otros de vuelta a casa, niños con las mejillas enrojecidas que sujetaban contra el pecho sus paquetes mágicos, cajas que no podían abrir hasta el día de Navidad, para el que faltaban aún tres semanas.

La misma Navidad para la que yo vivía. Le estaba haciendo a Gabriel un chaleco de raso. La cocinera le tomó las medidas y me las envió con hebras de lana de zurcir. Todo lo demás sería una sorpresa.

Era la primera vez que yo ponía el pie en el puente de Brooklyn; nunca había tenido ocasión de hacerlo. Parecía un barco, con sus poderosos costados de acero, sus barandas de acero, sus tirantes de acero, sus maromas de acero, sus vigas de acero y sus grandes pilastras de acero que se adentraban como cocodrilos en el río.

A lo lejos se veía Manhattan, con sus ventanas iluminadas, una gigantesca colmena de ventanas de luz; tras una de ellas, según me aseguraban, se ocultaba Gabriel.

Me lo contaron de una forma vil, pues les brillaban los ojos aunque intentaran disimularlo. Yo había salido de trabajar con las demás pasadas las seis, para tomar el aire, mirar un rato los escaparates y recorrer el kilómetro aproximado hasta casa de Ma Sullivan, colina arriba.

En el escaparate había una sola prenda, un vestido de baile de raso y lentejuelas sobre una silla apoyada en un suelo de nieve artificial, sembrado de sedosas ramas de abeto salpicadas de nieve y cochecitos de hojalata. Santa Claus tocaba su campanilla de bronce pidiendo dinero, y los regalos para los pobres se apilaban en un gran montón, como una hoguera; el aire cortaba como un cuchillo, y la canción del coro se elevaba hacia el cielo, del que se esperaba más nieve según el pronóstico.

Así fue como me lo dijeron: «Díselo. No, díselo tú. No, díselo tú. No sé cómo decírselo, pobrecilla…, pobre Delia…, pobre Dilly».

Rezumaban una falsa compasión, lo notaba en sus ojos, y Kitty desdobló entonces la hoja de papel rayado para que yo misma pudiera leerla a la luz del escaparate: «Dilly Kildea no volverá a ver nunca más a Gabriel Gilchriest, aunque todavía no lo sabe». Las palabras flotaron ante mis ojos como un espejismo, como si estuvieran allí y no estuvieran al mismo tiempo. No podía ser verdad. Me lo había prometido. Sabía a qué hora llegaba. Le estaba haciendo el chaleco. Llevaba un forro escarlata. Él iba a regalarme una joya que un indio había hecho especialmente para mí. No pensaba decirme cómo era, yo tenía que imaginarlo.

Me asediaron a preguntas. Preguntas. ¿Qué me había prometido él? Nada. ¿Qué había entre nosotros? Nada. ¿Se había comportado de manera deshonrosa? No. Mis negativas les encolerizaron todavía más. No sé cómo se habían enterado de nuestro compromiso. Una vez lo escribí con harina en el horno de Ma Sullivan mientras hacía una tarta, y luego lo borré.

La carta anónima, dijeron, le había llegado a Kitty, y ella podía jurarme quién estaba detrás. Rita Nosecuántos estaba detrás, un viejo amor de Gabriel; la chica que le había enseñado a hablar irlandés y a bailar danzas irlandesas y que seguía loca por él le había contado al sacerdote de su parroquia que, para manejar a Gabriel, le bastaba el dedo meñique, y al parecer así había sido. Dijeron que era un hombre despiadado y falso, como el amante infiel de la canción del leñador.

Lo que me rompió el corazón fue lo que luego me contaron. Yo le había preguntado una vez por el dedo que le faltaba, y él me dijo que el accidente ocurrió una mañana muy temprano, antes del amanecer: la sierra se atascó en un árbol, su compañero intentó sacarla demasiado deprisa, y la herramienta salió volando, cayó como un cuchillo y le cortó un dedo entero y la mitad del pulgar. Le pregunté qué había hecho con el dedo, y me dijo que se lo guardó en el bolsillo, se vendó el pulgar, y que esa noche, en el campamento, el herrero, que hacía también de médico, le cosió la herida, pero no se acordaba de qué pasó con el dedo, seguramente debió de tirarlo. Pero no lo había tirado. Se lo había dado a Rita Nosecuántos. Un recuerdo de él que, según ella le dijo al sacerdote, no tenía precio; valía mucho más que cualquier anillo de compromiso.

A lo lejos se alzaban los rascacielos que casi rozaban las estrellas, y las ventanas iluminadas parecían espiarnos a nosotras, que nos dirigíamos a espiarlo a él. Pasamos bajo los dos grandes arcos, como los de una iglesia antigua, y pisamos el suelo de Manhattan, que según Gabriel algún día exploraríamos juntos.

Dos veces me había rebelado yo mientras cruzábamos el puente,

negándome a continuar. Ellas se debatían entre la compasión y las amenazas. En una placa de bronce, en uno de los costados del puente, se habían grabado los nombres de los muchos que habían trabajado y de los muchos que habían perdido la vida en los veinte años que duró su construcción. Más adelante, otra placa con unas manos unidas simbolizaba la unión de las dos ciudades, y por un momento sentí la tibieza de la mano de Gabriel, su amplitud y su seguridad.

Kitty tenía relación con el cura que conocía a Rita Nosecuántos, y su iglesia se encontraba justo al final del puente, en un amplio solar. No había coches, no había tráfico, sólo una mujer china en zapatillas empujaba una carretilla y sostenía un paraguas negro y roto. La rectoría, que así se llamaba, se encontraba a la vuelta de la esquina, y Kitty cruzó un pequeño jardín por un sendero de piedras asentadas en la tierra, repleto de grandes arbustos y frutales, muy parecido a los jardines de las casitas irlandesas.

Mary Kate dijo que como la iglesia era nueva para nosotras, entraríamos y pediríamos tres deseos especiales. Mis tres deseos se fundieron en uno: que él no estuviese allí. El interior de la iglesia era totalmente de madera y olía a madera lustrada; bancos de madera, una galería de madera, un crucifijo de madera, vigas de madera custodiando el altar y confesionarios de madera con gruesas celosías de madera. La única luz la proporcionaba el resplandor de un enorme misal, cuyos cantos dorados reflejaban la llama de los cirios. Mary Kate encendió una vela para las dos y me susurró al oído que había montones de chicas locas por él.

Kitty volvió resplandeciente, como si hubiese ganado algún dinero. El sacerdote era tan amable, tan atento, y le había regalado una medalla milagrosa, que me permitió besar.

Caminamos por calles abarrotadas de aspecto abandonado y nos perdimos en más de una ocasión; ellas lanzaban bravatas, alardeaban de las verdades que le dirían a Gabriel, y Kitty hasta se soltó el pelo negro, que sujetaba con un grueso pasador, y tembló igual que había temblado aquel día en Coney Island cuando se encontró con él, mientras Mary Kate me estrujaba para infundirme valor.

Llegamos a una miserable callejuela de casas de vecindad, donde había niños jugando, gente borracha, bicicletas, tullidos con muletas, disputas, una lavandería y el olor a cloaca del río. Llamaron varias veces al timbre, pero nadie contestó; hasta que una mujer asomó la cabeza por una ventana, sujetando la hoja de guillotina con una mano mientras iluminaba hacia abajo con una vela. Las chicas preguntaron por Rita Nosecuántos y la mujer les dijo que allí no se les había perdido nada. Ellas preguntaron si estaba en casa y la respuesta fue

que nos largáramos pitando. Preguntaron si podían dejarle una nota en el buzón y eso enfureció todavía más a la mujer.

—Al parecer os gusta meter las narices en los asuntos de los demás —gritó, lanzándonos un gran chorro de cera caliente.

Nos quedamos allí como pasmarotes, bajo la nieve que volvía a caer en remolinos, y supe, lo sentí en las tripas, que nunca más volvería a ver a Gabriel.

Pese a todo seguí esperándolo hasta las Navidades, esperando oír su silbido en la calle, como oye un perro la llegada de su amo, pero él no vino. El día de Navidad fue el peor de todos. Los inquilinos jugaron al escondite después de cenar, escaleras arriba y abajo, en el jardín, en el sótano; estaban por todas partes, y varias veces tuve que refugiarme en el cuarto de Ma Sullivan para poder llorar.

Fue idea de Ma Sullivan que yo volviera a casa. Tanto sufrimiento no era bueno; parecía un espantajo, pero el aire fresco y estar con los míos me haría bien. Me pagó el pasaje, me dijo que podía devolverle el dinero a plazos y acordó con mi supervisor que recuperaría mi trabajo a mi regreso.

Nunca supe por qué me llevé las tijeras. Mis tijeras grandes y aparatosas como podaderas, que me acompañaron en el barco. Para hacer patrones, para cortar el pelo a mi familia o acaso para cortar algún trozo de mi ser.

De vuelta en casa

Nada más entrar en nuestra cocina confundí el rabo de buey con un postre: una masa rosada con franjas blancas, que me pareció un pastel con nata. La lámpara sobre el banco de madera producía una luz tan débil que todo lo demás quedaba casi a oscuras; los vecinos cohibidos y mi madre de luto riguroso, llorosa y encogida. Olía a humo de turba, a leche derramada y a las mondas de patatas del aparador para el perro, encaramadas donde no pudiera alcanzarlas. Mi madre me miró con fijeza y me estrujó las manos, mientras los demás admiraban mi baúl marrón con su armazón de latón y mi nombre escrito con trazos enérgicos.

—Al fin, al fin —repetían sin cesar, como una letanía.

Recuerdos de mi hermano por todas partes: una foto vestido de uniforme, sus pantalones, su revólver, y una carta enmarcada que un sacerdote —que se había arriesgado a entrar en aquella plaza para darle la absolución— copió al dictado en los últimos momentos, bajo un sol abrasador.

Mi padre estaba arriba, postrado en la cama, y allá me enviaron con una taza de té tan llena que se me derramó en el platillo. Desde que estaba en cama apenas comía, sólo galletas con pasas, que mojaba en el té. La dentadura no le ajustaba bien, y no podía masticar. Mi pobre padre, demasiado orgulloso para que yo lo viera sin sus dientes postizos, con un rastrojo de barba blanca, dura y afilada como espinas, dijo que quería afeitarse para mí, que debería haberse afeitado en mi honor, que lo haría al día siguiente. Le llevé el espejo, un cuenco con agua, su brocha de afeitar y su cuchilla, y le guié la mano mientras se afeitaba. Estaba muy agradecido de que yo hubiera regresado. Comentó que me había vuelto muy presumida, pero lo dijo sin atisbo de sarcasmo en la voz o en las palabras.

En la cena todo fueron preguntas. Preguntas. ¿Estaba Nueva York lleno de gánsteres? ¿Cómo eran de grandes las calles? ¿Qué amistades había hecho? ¿Qué comía la gente? ¿Vivían las distintas razas en guetos y salían para enfrentarse unos con otros? Un niño no paraba de

atarme y desatarme los cordones de los zapatos de tacón marrones por debajo de la mesa, hasta que su madre, Josie, señaló que no me había dado cuenta de quién era el niño; era suyo y de Dinnie, de Dinnie, con quien yo había conducido el ganado y recogido el estiércol antes de marcharme de allí y olvidarme de todos ellos. Mi madre me instaba a comer y a no mostrarme tan estirada. ¿Cuánto tiempo pensaba quedarme? Ellas preguntaban y ellas mismas se respondían. No podía dejar a una madre en semejante apuro. Me contaron cómo le había ocultado mi madre la noticia de la muerte de mi hermano a mi padre enfermo, y cómo la noche en que lo llevaron a casa las campanas de la iglesia tocaron en su honor, por su valentía, y mi padre venga a preguntar si es que había venido algún obispo a visitar la parroquia, sin saber que se trataba de su propio hijo. No le dijeron nada hasta el mismo día del entierro, pues temían que insistiera en abrir el ataúd y que no soportara la impresión de ver a su hijo con la mitad de la cara reventada.

Las vecinas elogiaban el banquete que mi madre había preparado para mí; el rabo de buey que había encargado varias semanas antes, por miedo a que la carne se retrasara o que yo llegase antes de tiempo. Nord describió cómo lo había hervido a fuego lento durante horas, cómo le había quitado después el hueso y el cartílago, cómo había espesado con harina de maíz el caldo, hasta convertirlo en gelatina, y cómo lo había probado para sazonarlo. ¿Por qué no comía yo entonces? El fuerte olor a mantequilla casera, que no había olido desde mi partida, me daba náuseas. Señalaron lo poco que me parecía a la chica de buen carácter que se había marchado con su bolsa de hule y sus escasos tesoros en la lata a la que Dinnie le había puesto un candado.

Mi madre le dio los mendrugos de pan duro remojados en té frío a la perra, que estaba tumbada a sus pies. Era una perra nueva, el vivo retrato del anterior; negra, con manchas blancas en la frente y un ojo de cada color. La llamó Princess, porque el otro se llamaba Prince.

Se congregaron todas con expectación alrededor del baúl abierto mientras yo sacaba los regalos, y mi madre se apresuró a señalar que mi padre no necesitaba unos guantes forrados de piel ni ella un abrigo negro con un broche de turquesa, pero las demás se mostraron agradecidas y más que agradecidas por los detallitos que les había llevado: un collar de perlas artificiales, una pulsera de bisutería, un camisón y una caja de pañuelos con los bordes de encaje y pequeños lemas bordados.

Me despertó la lluvia, la montaña a través de la ventana trasera perdida en una bruma gris, los temeros y un caballo arrebujados

contra la pared, temblando sin echarse, acostumbrados a la llovizna.

Mi madre estaba molesta porque yo me hubiese dejado humillar de aquel modo, y no quiso que la acompañase al patio para ayudarle en sus tareas. Ahora yo era una señora. Había un abismo entre nosotras; ella sabía que me había perdido y yo no sabía cómo contarle lo ocurrido. Cuando se fue al patio cometí un acto de rebeldía. Vacié el cajón de los cubiertos en el suelo y los escaldé con una tetera de agua hirviendo para limpiar las manchas de yema de huevo, los restos de comida y de aceite de hígado de bacalao, para borrar todo lo que era triste y pobre y rancio y mohoso.

PEZ DE PLATA

Fue Tess quien me dijo que todo el mundo iría al baile, que duraría toda la noche. Éramos amigas del colegio, íbamos juntas a recoger champiñones y fingíamos ver un gran barco. Tess se había casado durante mi ausencia. Hacían buena pareja. Él era un hombre de las Midlands, se llamaba Donal, y antes era mecánico, pero ahora se dedicaba a la agricultura y se pasaba el día entero drenando campos y preparando tierras inmaduras para labrarlas y sembrar maíz.

Fue Tess quien me puso el recordatorio en la mano y dijo que me traería buena suerte. Era un pececito de plata con las escamas doradas, y al ponérmelo en la palma de la mano me pareció que saltaba como si fuese de verdad; y eso seguramente significaba algo. Tess y Donal se habían construido una casa cerca de la antigua, con tejado de brezo; una casa fea. Parecía un barracón, porque acababan de enyesar las paredes, y el suelo de cemento rezumaba humedad. Estábamos en la mejor habitación, y al principio Tess se había mostrado cohibida por lo mucho que yo había cambiado: mi ropa, y hasta se me había pegado un poco el acento gangoso. Había pasado un año y los regalos de la boda seguían sobre la mesa del comedor: un juego de té, sábanas, fundas de almohada, vasitos de cristal azul y una licorera del mismo color con una cadenita de plata que decía «Clarete». Entre los obsequios figuraba el pez de plata que me había regalado. Tess parecía feliz de mi regreso. Iría a verla a menudo, le haría compañía. Donal era el mejor hombre, el más bueno, pero los hombres no hacían compañía. Había una cuna en el suelo; una cuna baja, como un barquito, con un colchón y sábanas blancas, y Tess rezaba para verla pronto ocupada, rezaba para tener un bebé que colmara sus días. De repente salió corriendo; oí que subía las escaleras mientras me quedaba observando uno de los cuadros de la pared, un mar azul oscuro y encrespado de olas, y un barco con sus velas y su aparejo desplegado, listo para zarpar. Tess regresó con los restos de su tarta de bodas. Los guardaba en una caja blanca con una blonda, y hubo que romper el merengue con el mango de un cuchillo antes de

poder hincarle el diente.

Dijo que los muchachos irían al baile y a la fiesta del sábado, y se puso como un tomate, como si albergara el secreto anhelo de asistir.

Diversión

La camioneta que pasaba a recogerme tocó la bocina, y bajé corriendo por la cerca con mis zapatos de plata y mi abrigo de terciopelo, que iba barriendo la hierba.

Seis hombres, todos con sus trajes buenos, farfullaron sus nombres mientras subía al estribo y una mano me ayudaba a entrar. Me apretujé entre Iggy, el conductor, y un hombre llamado Cornelius que fumaba sin parar, con el pelo castaño caído en un lado del rostro flaco. Todos estaban en deuda con Cornelius y el conductor me advirtió que tuviera cuidado, que era el mismísimo Casanova y que muchas chicas estaban locas por él; pero ¡ah, qué caballero y descendiente de caballeros! Me contaron que esa noche se jugaba por su yegua, Red River. Él se la había regalado a su amigo Jacksie, que poco después la perdió en el juego, y su prometida lo dejó plantado sin devolverle siquiera el anillo de compromiso, que era de su madre, una reliquia de familia.

El viaje por el camino de tierra resultó muy divertido, y después por carreteras húmedas y heladas; los chicos me decían que quizá no podría volver a casa hasta pasada una semana.

El gran patio de la casa de Jacksie estaba lleno de carros y remolques, y de caballos que comían de sus sacos de avena. Un violinista salió a recibimos, ajeno a la lluvia. Jacksie iba vestido como un bandolero, con un parche en un ojo, y vino a decirle a Cornelius que se habían reservado doce mesas, con seis jugadores por mesa a cinco libras por barba; los propietarios de los bares habían donado las barajas y el grog, y Red River, dijo entre susurros, estaba en un establo a varios kilómetros de allí, porque con tanta gente y un poco de envidia era fácil que a alguien le diera por robar o envenenar o birlar un caballo.

Los galgos correteaban y aullaban en el vestíbulo, donde había cazos y sartenes para recoger el agua de la lluvia, que entraba a raudales.

—Ven conmigo, ven conmigo —me dijo Jacksie, lamentándose

porque, desde que su pobre madre había muerto, la casa había perdido el calor de una mujer, su toque femenino. Dos mujeronas vestidas de cocineras trinchaban en la cocina las patas de jamón y de ternera para los emparedados que se servirían durante toda la noche, antes del gran desayuno al amanecer.

Casi todos los jugadores estaban sentados, nerviosos por empezar, barajando con impaciencia los mazos de cartas bajo la lámpara de centro en cada mesa, y la llegada de Cornelius fue recibida con una ovación. Todo quedó en silencio cuando empezó la partida, los rostros concentrados y serios, menos dos hombres que estaban borrachos y preguntaban muy nerviosos si a Red River la había cubierto el mismísimo Man o War.

Todos los jugadores eran hombres, menos dos mujeres; una tal señora Hynes, que no paraba de gritarle a su pareja que jugara más al rojo y menos al negro —«Recuerda, Timmy, más rojo y menos negro»—, y una tal señorita Gleason, que no se había quitado el sombrero, prendido con un alfiler de perla de un color amarillo enfermizo.

Aunque nadie bailaba, el violinista tocaba con brío; los galgos se colaban por debajo de las mesas, que se tambaleaban con los puñetazos de protesta de los jugadores, y al final de cada mano había discusiones por las trampas que había hecho Fulano o Mengano, y silencio cuando la señorita Gleason se puso nerviosa, pasó y después jugó su mejor carta sin ninguna necesidad, y su pareja, un hombre muy tosco, se levantó de un salto, la llamó burra irlandesa y le dijo a todo el mundo: «No sabe contar, no sabe hacer una puñetera suma, ni siquiera sabe que un cinco vale más que una jota». La pobre señorita Gleason, muerta de vergüenza, roja como la pintura de las paredes, le pidió con voz chillona que retirase lo que acababa de decir; los que estaban más cerca de ella la obligaron a sentarse, y Jacksie, subiéndose a una silla y con voz de trueno, la acusaba de ser un lastre para el juego. Ella se sentó, herida y molesta; le ardían las mejillas y juró que jamás volvería a poner un pie en aquella casa, mientras unos la hacían callar y otros se burlaban de su desgracia.

Iggy y Cornelius estaban jugando la última mano, y sus contrincantes, que eran de la ciudad, parecían enfadados y resentidos. No volvió a oírse un ruido hasta que, en el momento decisivo, se lanzaron gritos de incredulidad al saberse que Cornelius llevaba la sota, el as y el rey, y lanzó las tres cartas con aire jactancioso, mientras Iggy se las llevaba al mazo de los triunfos. Habían ganado. Decidieron jugarse a Red River a cara o cruz, y una de las cocineras, a quien se consideraba imparcial, lanzó media corona al aire. La mujer

tiró la moneda enérgicamente, y la emoción se apoderó de todos mientras la veíamos girar, casi invisible en su vertiginoso descenso, y dar vueltas antes de decidirse a aterrizar; la cocinera abrió los brazos para que nadie pudiera acercarse, formando una barrera alrededor de donde había caído la moneda, y todos vimos la lira elegida por Cornelius, que volvía a erigirse en ganador.

—No os apuréis, amigos…, os la devolveré… Jugaremos por Red River otra noche —y una oleada de felicidad arrasó la habitación mientras lo llevaban a hombros entre cuatro hasta el salón, y él lloraba de orgullo y de alegría; y lloraba no sólo con los ojos, sino con todo su ser, y repetía sin parar: «Sabía que iba a ganar…, lo sabía».

Era de día cuando volvimos a casa; todos iban felices, demasiado felices, amontonados en la camioneta por la avenida y la carretera principal cubierta de ramas caídas, pero, lejos de amilanarse, se reían y recordaban los momentos de tensión de la partida, la rivalidad, y a la pobre señorita Gleason, que montó en cólera y ni siquiera se dio cuenta de que en ese momento pintaban corazones. Los ríos estaban crecidos y revueltos, con fango marrón o verde, y el agua del lago tenía el color del plomo; los juncos bordeaban la orilla, inclinados y aplastados, y de pronto oímos un grito y una salva de jesuses mientras la camioneta viraba bruscamente en una curva e Iggy pisaba el freno, evitando que nos estrelláramos contra un árbol caído.

Hablaban todos a la vez; nos habíamos librado por los pelos, y qué destreza la de Iggy, que no había perdido ni la cabeza ni el control del volante. Bajamos para ver el árbol. Estaba atravesado en el camino; había astillas desperdigadas por todas partes, y el árbol tenía algunas yemas verdes, plegadas como pájaros a punto de alzar el vuelo.

—Está acabado —dijo Cornelius.

—Suerte que no hayamos acabado como él —dijo otro, pero todos estaban de un humor espléndido.

Salieron corriendo detrás de las gorras, que se llevaba el viento; dos de ellas volaron por encima de una alta mata de arbustos y se perdieron para siempre, pero los chicos regresaron con el ánimo intacto a inspeccionar el árbol, derribado en su orgullo, y Dessie calculó su edad por el número de anillos del tronco, proclamando que pasaba de los cien, una lástima, con una costra de arcilla en la base y las raíces partidas, escuálidas como gusanos, rizadas como si quisieran regresar a la tierra. Iggy dijo que no podíamos hacer nada más que buscar un par de caballos de tiro, arneses y cadenas para arrastrar la camioneta, que estaba varada en las ruedas traseras, como un caballo remiso.

—Que no se apague el fuego del hogar —fue la contraseña,

mientras nos acercábamos por la carretera hacia el bar que conocían. Las letras doradas que anunciaban «Vinos y cervezas de calidad desde 1892» se habían borrado y desconchado, mezclándose con la pintura negra que indicaba el nombre de los propietarios. Tiramos guijarros a la ventana, y un hombre abrió la puerta, sobresaltado, seguido de su mujer, que corrió a preparamos un refrigerio; dio gracias a Dios porque nadie hubiera resultado herido y dijo que sus hijos se habían pasado la noche llorando, que tuvo que meterse en la cama con ellos, porque estaban muy asustados y creían que el viento los arrastraría hasta el lago. Dos de los hombres más jóvenes, Eamon y Brud, fueron al patio a por los caballos y las cadenas y volvieron a rescatar la camioneta.

Cornelius logró que la mujer abriese su mejor botella de whiskey, y bebió con los demás como si estuviera anocheciendo; se reían por cualquier cosa, por las gorras perdidas que probablemente estarían ya en el Shannon, por la pobre señorita Gleason, una histérica, y por la suerte de que Cornelius hubiese recuperado a Red River, pero también por su galantería al ofrecerla para otra partida.

El bar tenía un almacén anexo, y Con insistió en comprar gorras nuevas para todos. Hombres tímidos, hombres borrachos que daban vueltas para mirarse en un pequeño espejo apoyado en la ventana y se decían unos a otros: «Esto sí que es calidad»; se ponían y se quitaban las gorras nuevas para acostumbrarse a su tamaño y a su tacto, y estrujaban las viejas como si fueran trapos de cocina.

Llegamos a casa bien entrada la mañana; ya habían soltado a las dos vacas, y el cántaro de leche y la mantequera se estaban aireando, tumbados de costado. Cuando llegó el momento de despedirme los demás insistieron en que Cornelius me acompañara hasta la cancela.

—¿Por qué no llevas a la chica a casa? —Dijeron.

Al encontrarnos solos por primera vez nos sentimos cohibidos, vacilantes.

—¿Quieres que te cante algo? —dijo Con, y se puso a cantar:

> Siéntate junto a mí si es que me amas,
> no tengas prisa en decirme adiós,
> recuerda el valle del río Rojo
> y al vaquero que te amaba
> con todo su corazón.

Había dejado de llover, pero una nube baja y cargada de agua y de sol estaba a punto de abrirse, de derramarse.

Caballos díscolos

—Vamos…, tócala…, tócala en un lado del cuello. Es un poquito nerviosa, una dama nerviosa, como tú —dijo Cornelius, cuando una de las yeguas, de color castaño, se acobardó al advertir mi presencia desconocida y retrocedió para volver al establo, bufando rápida y entrecortadamente. Tenía cinco o seis yeguas en total, entre ellas una ruana, una baya y una pinta; y en la penumbra, con los postigos cerrados, sus ojos eran de un azul líquido, con las cuencas grandes y húmedas, azul marino y rebosantes de curiosidad.

Estábamos en las cuadras de Rusheen, limpias y acogedoras, como una cocina bien caldeada, con una hoguera al fondo, donde el mozo de cuadras, un hombre bastante mayor, hervía el centeno para los animales. Los arreos estaban relucientes; olía a cuero y a aceite de linaza, y las yeguas se agitaron, porque el semental, en el último redil, empezó a cocear contra los tablones, como si quisiera derribarlos.

La casa, situada al otro lado del prado, estaba en ruinas, y Cornelius me la enseñó por fuera. Un trozo de pared pintada aún se sostenía en pie, una escalera bajaba hacia ninguna parte, los travesaños de hierro estaban invadidos por el brezo, el carillón verde de la antecocina se conservaba intacto, aunque cubierto de moho, y los estorninos entraban y salían con ramitas en el pico para construir sus nidos en los altos rincones del tejado casi reducido a escombros. Me contó que tuvieron que quemarla en el apogeo de los disturbios, para evitar que los ingleses instalaran allí su cuartel general; y muchas otras casas de los alrededores habían corrido la misma suerte. Él mismo le prendió fuego, con ayuda de tres amigos; se acercaron en plena noche con latas de gasolina y sacos de paja. Fue cuestión de minutos; una gigantesca hoguera iluminó toda la campiña, succionando el frío; las llamas se veían a varios kilómetros a la redonda, y la casa ardió como si fuera de papel: paredes y techos fueron cayéndose, y los cacharros de la chimenea se vinieron abajo. Iban a construir una casa nueva, a un tiro de piedra de la calcinada, y también se llamaría Rusheen.

—Seguro que un niño se atrevería a tocarla…, seguro que la domaba —dijo Cornelius, empujándome para que me acercase a la yegua castaña, para que me hiciera su amiga; pero debí de delatar mis nervios nada más acercarme y ver la boca húmeda y negra como la piel de un topo, porque empezó a relinchar con fuerza. Las demás también protestaron, y el semental se puso de patas; estuvo a punto de saltar por encima del último tablón, asomando el cuello arqueado y negro, y levantó una lluvia de estiércol y paja, mientras las yeguas relinchaban, enloquecidas y furiosas.

Cornelius habló con ellas, les dijo palabras y fragmentos de palabras, y el mozo se acercó con dos bolas de tabaco, una para él y otra para Cornelius, pues era uno de los olores favoritos de los dos. Les dieron su comida y todo se tranquilizó; sólo se les oía masticar, y entonces toqué a la yegua castaña, la orgullosa curva de su crin, y Con dijo:

—Ya verás como te quiere…, te querrá cada vez más —y añadió que sería una de las dos yeguas que tiraría del carruaje el día de nuestra boda. Ésa fue su manera de pedírmelo, y el mozo de cuadras le estrechó la mano y lloró de alegría al conocer la noticia.

Supe que mi madre se alegraría mucho, porque cuando el poni pasó a recogerme, ella se santiguó, me roció con agua bendita y me deseó prosperidad.

Seis semanas duró mi compromiso; seis vertiginosas semanas de planes y de compras, de regalos para mis padres: una nueva dentadura para mi padre, hecha especialmente por un dentista de Limerick; y un gran aparador de roble para mi madre, frente al que se sentaba todas las noches, como si fuese un altar. Pasaban a recogerme todos los días para que discutiera con Dan, el mozo de cuadras, los planos de la casa nueva, que sería una réplica exacta de la antigua: salas, dormitorios, cuartos de baño, bar, ventanas en saliente y hasta un rosetón para dividir el vestíbulo del pasillo. Y como yo deseaba volver a América, mi futuro marido decidió que pasaríamos un año allí, mientras terminaban las obras.

Mis padres estaban muy cohibidos, y no fueron a la iglesia en los muelles de Dublín donde íbamos a casamos. Nos acompañó sólo un puñado de invitados, amigos de Cornelius: toscos, sin afeitar y sin dormir tras varias noches de juerga; apenas se refrescaron con un poco de agua y se reconstituyeron con café y licor. Cornelius me esperaba en el altar. Yo había llegado sola, pues se decía que traía mala suerte al novio ver a la novia antes de la boda. Yo no quería una boda de blanco, puede que no quisiera ninguna boda, porque las noches anteriores había escrito con las tenacillas, una y otra vez, el nombre

de Gabriel en las cenizas calientes. Mi madre, consciente de mi división, me soltó varios discursos sobre los tiempos del hambre y los tiempos en que nuestros antepasados fueron expulsados de sus tierras. Llevé un vestido de color ciruela y un sombrero a juego, con el velo salpicado de cerezas magulladas que parecían comestibles.

Cuando llegó el momento de poner las alianzas hubo complicaciones; el corpulento sacerdote, elevado sobre las escaleras del altar, recorrió los rostros con creciente irritación, poniéndose cada vez más rojo, mientras los tres monaguillos soltaban una risita, como si adivinaran el estallido que estaba a punto de producirse. Frank, el padrino, había perdido los anillos. Buscó en todos los bolsillos, rebuscó una vez más, y, por un momento, yo creí que me había librado y viví el suspense con éxtasis y alegría; pero los hombres, sobre todo Cornelius, parecían avergonzados y confundidos, hasta que apareció un sacristán, carcomido y flaco, con un hábito negro, y con un gesto de cabeza le indicó al padrino que lo siguiera a un altar lateral. Junto a una estatua de san Antonio había un joyero lleno de recuerdos —cadenas de oro, gargantillas, rosarios, collares de coral— del que sacó una alianza; cuchichearon un momento, seguramente por el dinero, y se me cayó el alma a los pies.

Al extender los dedos contraídos para que me pusieran el anillo, se me ocurrió que tal vez fuera de alguien que ya había muerto, que lo habían guardado en aquel cofre para pedir por el descanso de su alma. Formulamos los votos a toda prisa, y cuando terminamos de firmar en el registro el campanero ya ocupaba su puesto; las campanas tañeron alegremente, y pronto se sumaron otras, las campanas de todos los campanarios de los muelles, un convoy de campanas, con su piel limpia y cristalina en el aire limpio y cristalino; y cuando uno de los monaguillos nos lanzó un paquete de arroz, mi marido y yo nos dimos nuestro primer beso de casados ante las aguas del río Liffey, que parecía de peltre, con trozos de hielo, unos grandes y otros diminutos, lavados y vueltos a lavar, que se desperdigaban lanzando destellos como diamantes, como joyas, como una multitud de anillos, miles de anillos abrillantados por el agua.

TERCERA PARTE

NOLAN

Una multitud de campanitas, seguidas de campanas más grandes, resuena en la cabeza de Dilly; los repiques, separados por medio siglo, la despiertan poco a poco; se siente saturada de recuerdos y de barro. Ve a una joven corpulenta que empuja el carrito del desayuno y, haciendo un floreo, lo detiene junto a la pared de la habitación, como si se encontraran celebrando un torneo a campo abierto; la tetera de metal escupe un chorro de té, y la chica sonríe mientras se dirige a las pacientes.

—Buenos días…, buenos días…, buenos días a todas —dice en tono divertido.

Se detiene junto a Dilly con una sonrisa amplia y los ojos salpicados de motitas de ámbar; se presenta, tendiendo la mano en la que luce un tatuaje morado:

—Soy Nolan. Le traigo el desayuno. —Y continúa diciendo que la hermana Consolata ha dejado una nota con órdenes estrictas: no puede tomar ni leche ni mantequilla ni huevos; sólo té con pan y mermelada.

—Es usted como un homo de gas —dice, aunque no entiende cómo una mujer de campo, acostumbrada a las gallinas y a los pollos, a las vacas y a las temerás, puede ser tan quisquillosa con la dieta—. ¿La hermana Consolata es esa monja tan agradable a la que conocí en las escaleras?

—La misma. Una criatura encantadora, aunque está como una regadera. Una mujer le trae unas anémonas a un paciente y Consolata

dice que son rojas y púrpuras porque crecieron a los pies de la cruz, en el Calvario, y que se regaron con la sangre de Cristo. La mujer, que no podía creer lo que estaba oyendo, me mira y se dice: «¿Estoy en un hospital normal y corriente o en el John O'Gods, con los pirados y los alcohólicos?». Pero Consolata no sabe lo que es el mal; sólo está como una regadera…, cree que puede subir al cielo en cualquier momento…, para reunirse con su novio, san Agustín: «Tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva». Tocada del ala; eso por descontado.

—Me drogaron con pastillas —dice Dilly.

—Ah, esa bruja de Flaherty —responde Nolan, llenando la taza más de la cuenta.

No necesitan más que unos segundos para congeniar y poner de vuelta y media a la enfermera Flaherty, a quien Nolan considera una pintamonas y, además, está medio loca. Casi sin tomar aliento, se desahoga:

—Una arpía frustrada, una estúpida…, una solterona. ¿Quién iba a casarse con ella? Se pone a cien porque falta un plato… La probabilidad de cazar a alguien es mínima. No le haga ni caso… Hoy es su día libre… Se muere por tener un hombre…, hay un médico joven y guapo al que intenta impresionar cuando viene a hacer sus visitas. «Sacude esa alfombra», me dice. «Sacúdala usted», le digo yo. Y se pone de todos los colores. Rojo, marrón y morado. Casi me mata. «Tú harás lo que yo diga. Tú harás lo que yo diga». Venga a gritar. Pero yo no me muevo. Yo sabía que por dentro echaba chispas, pero no podía pasarse delante del médico; estaba sudando. Tiene pelos en la barbilla, como un hombre. Seguro que termina saliéndole barba; apuesto lo que sea. A las solteronas siempre les sale barba. «No esperarás que el médico pise esa alfombra», dijo ella. El médico tuvo que salirse de la habitación para reírse. Le dije que presentara una queja a la enfermera jefe, y con eso conseguí callarla. La verdad es que la gente se empeña en hacer de la vida un infierno para los demás. O eso o se pasa el día presumiendo. Aquí hay unos cuantos de ésos, unos pedantes… El rosetón de la vidriera de Chartres te cambia la vida. Marcel Proust, a quien conocerán en su casa, te cambia la vida. Un montón de chorradas. Si tienes hijos y no tienes para pañales, lo único que te cambia la vida es tener pañales. Eso pienso yo. ¿Quién cuidará de mí y del niño? Espero que Larry, si no sale por piernas. Tenemos una casita preciosa y todo…, conseguí el dinero después de que me atropellara un camión…, aunque tardé siglos…, mi abuela lo guardó para mí y en cuanto supo que había un bebé en camino me entregó las tres mil libras y me dijo: «Toma, Nolan, lo necesitarás para las cosas del bebé». Larry y yo nos fuimos derechos a la tienda de muebles de

Castleknock…, a comprar una cama y una cómoda de pino… La gente me pregunta qué veo en él… Cuando estamos solos nos reímos mucho… Ahora se ha quedado sin coche…, un lunático se lo destrozó en una rotonda de Naas Road… No tenemos prisa por casamos; somos liberales. Mi madre se muere por hacer las paces conmigo, por ser mi amiga; está celosa porque sabe que voy a tener un bebé…, nos abandonó a mi hermana y a mí…, nos dejó en un asilo… Yo le escribía poesías…, la verdad es que las poesías sirven para no lanzarte contra alguien y darle su merecido. Le importábamos un bledo; sólo pensaba en su cuerpo… Usted ve cómo soy…, ve qué tamaño tengo…, pues a mi madre se le caería la ropa al suelo, imagínese…, cuando perdió su figura se hizo prostituta… Por mí como si la ahorcan. Mi hijo no dirá eso de mí, porque sabré cuidar de él, sabré quererlo… No tenemos prisa por casamos…, eso es cosa de idiotas. Al bebé no le faltará de nada. Tengo una lamparilla del Sagrado Corazón encendida de día y de noche…, eso nos protegerá. —Y, por primera vez, Nolan se fija en el rostro apoyado en la almohada, afligido y nostálgico.

—¿Podría darme la rebeca? —Pregunta Dilly.

Nolan la coge de la silla y le ayuda a ponérsela; luego le cierra los botones de abajo, y sus manos resultan suaves y cariñosas, en contraste con la invectiva que acaba de soltar.

—Ay, señora, no me haga caso. Soy una bocazas —dice; y espera, porque parece que Dilly quiere preguntarle algo.

—¿Qué me pasará?

—Pues le pasará lo siguiente: una enfermera vendrá a lavarla y luego dará usted un paseo por el pasillo, la calle Mary, lo llaman. Conocerá a otras pacientes…, la mayoría estarán drogadas…, porque, si no, buena la arman…, unas histéricas…, pero antes de eso recibirá la sagrada comunión, como todo el mundo; una monja vendrá con el sacerdote, con una vela y una campanilla; inclinará la cabeza…, todos inclinarán la cabeza…, el sacerdote sostendrá el cáliz; y usted cerrará los ojos y su alma se volverá blanca como la nieve.

Hermana Consolata

—¿No me diga que las dos somos mujeres de campo y del oeste? —Dice la hermana Consolata, aplaudiendo de júbilo, con unos ojos brillantes y negros como la tinta.

Ha surgido una amistad entre Dilly y la hermana Consolata, que se ocupa de bañarla en el cuarto de baño privado, se asegura de que las calenturas están desapareciendo y, en contra de las normas del hospital, les aplica un ungüento que Dilly ha conseguido de una curandera de casa. Le ha infundido valor por las mañanas, para que Dilly vaya a hacerse sus pruebas; la lleva del brazo y le dice que eso dejará todas las malas células limpias como la patena y volverá a sentirse como nueva. Dilly la cree, pero cuando le atan el brazo con una goma para sacarle sangre, vuelven los temores, y la sangre, en un tubito de cristal, le parece traicionera.

Por la noche celebran su ritual, la «conferencia secreta» la llama la hermana Consolata; cierran la cortina alrededor de la cama y se toman un trozo de bizcocho o un bollito de la cocina de las monjas. La hermana obsequia a su nueva amiga con leyendas históricas: Cuchulain, el «héroe de luz», está destinado a asesinar a su propio hijo, a quien no reconocerá por la neblina que se ha posado sobre los sauces; al darse cuenta de que lo ha matado, pierde el juicio y termina por atarse a una columna para morir de pie; Cuchulain abre su túnica para dejar que las nutrias se acerquen a beber de su sangre orgullosa. Y a la pobre Grace Gifford, según dice la hermana, le dieron diez minutos a medianoche para despedirse de Joseph Mary Plunkett —el hombre con el que se había casado apenas una hora antes— y escribir un mensaje secreto en las vigas de la celda donde él está encerrado, en la cárcel de Kilmainham. Joseph Mary entona sus himnos a Cristo: «Veo Su sangre en la rosa, y en las estrellas la gloria de Sus ojos…». Todos poetas y mártires. La hermana dice que son sus amigos, igual que los santos; menciona a sus favoritos: Antonio y Judas, y el padre Pío; y a esos seres maravillosos y llenos de beatitud, como Pablo VI, que se arriesgó a padecer la ira de los comunistas y predicó la fe a las

hambrientas almas rusas; o como Teresa Neumann, que tenía en todo el cuerpo las llagas de Cristo, la ropa manchada de sangre, y pasó treinta años sin comer ni beber, recibiendo sólo la Santa Hostia, pero feliz, feliz según la hermana Consolata, siempre rodeada de pájaros que cantaban a voz en cuello.

Su amistad se estrecha con los días, compartiendo pequeños y grandes secretos. La hermana ya sabe cómo es la casa de Dilly, su entorno, las dos avenidas, la vieja y la nueva, los dos pares, de verjas, los árboles maravillosos, la palmera que no es una palmera, y sabe también cómo es por dentro, conoce todas las habitaciones, sus cortinas con dibujos de pavos reales, los grandes espejos, el trastero donde Dilly guardaba las manzanas, que cuando maduraban olían a sidra, la planta sobre la cómoda, que al florecer derrama sus cascarillas sobre la alfombra y que quizá se estará muriendo de sed, porque ni Con ni Crotty se acordarán de regarla.

Pero lo que más le preocupa a Dilly es su familia, sus hijos, quiere desentrañar el daño que le han hecho. Su hijo Terence, por ejemplo, que siempre fue su niño querido, hasta que cayó bajo la influencia de una mujer codiciosa y se volvió tan duro y codicioso como ella.

—Ocurrió así —dice, y su voz se vuelve casi un susurro al recordar la noche en que se urdió la traición. Terence se presentó muy tarde, muy alterado, porque su mujer, Cindy, le había dejado; su querida mujer se esfumó sin dejar siquiera una nota y sin decir una palabra a su familia o a su única amiga, Alice, la modista. Cinco días y cinco noches, y Terence creía que podía haberse tirado por el acantilado, pues había amenazado con hacerlo en otras ocasiones; el acantilado por el que se arrojaba la gente que sufría, incluso gente joven, y el padre de Terence, harto del folletín, hizo un comentario hiriente sobre Cindy, y buena se armó entre el padre y el hijo, que casi llegan a las manos. Terence se marchó diciendo a gritos que su vida estaba acabada y que tal vez él también se tiraría por el acantilado.

Pero volvió pasado un tiempo. Su mujer le llamó desde un hotel de Dublín, y se reconciliaron. A partir de entonces, sin embargo, sólo iban a verlos fugazmente, y ni siquiera en Navidad se dignaba pasar su mujer una noche bajo su techo. Terence terminó por decirles que el motivo de la infelicidad y de la desaparición de su mujer era que ellos nunca la habían aceptado con los brazos abiertos, que le hacían sentirse como una extraña, y que lo único que podía consolarla era que les dejasen Rusheen y todas las tierras. Así hasta que ellos se hartaron.

Describe las argucias de Terence, cómo les llevó a ver a los abogados, lo tensa que resultó la entrevista en aquel despacho, ante

una mesa enorme repleta de papeles y de libros de contabilidad, una persiana con el nombre de la empresa grabado a tinta, su marido sentado a su lado, su hijo con la mujer detrás, y ella obligada a manifestar su voluntad, una voluntad impuesta; el abogado le leyó después su declaración, y ella tomó la pluma para firmar, lamentó lo que estaba haciendo y cayó en la cuenta de que se había olvidado por completo de su hija, que ni siquiera le dejaba el huerto que le había prometido y que un topógrafo había estado midiendo.

—Todavía le sigo dando vueltas —dice, con lágrimas en los ojos. Y la hermana Consolata coincide en que se trata de una actitud muy despiadada.

Su hija, dice Dilly, se entregó a una vida de vicio en Inglaterra; metió a los hijos internos en un colegio cuáquero sin consultarlo siquiera con Dilly, y ha escandalizado al país con sus libros, aunque, según se apresura a señalarle a la hermana y según le ha dicho también a un sacerdote, los pasajes dedicados a la naturaleza son muy hermosos, muy cautivadores; lástima que no suprimiera esos detalles tan escabrosos. Sí, Eleanora lleva una vida cuestionable, tal como la propia Dilly pudo comprobar en su única visita. Se olió algo raro, dijo, cuando Eleanora dio una fiesta en su honor, porque ella no conocía a ninguno de los invitados; un gran despliegue de vinos y licores, de ostras; un hombre casado se puso fresco con ella, le sacó el colgante que se le había metido por debajo del escote de la blusa, lo levantó en el aire y le dijo: «Estaba deseando hacerlo desde que llegué». Repasó la ingratitud de Eleanora con los regalos que ella le había ido enviando a lo largo de los años; las fundas de cojín de lana que tanto le había costado bordar con motivos antiguos las encontró en un armario, desteñidas, el índigo y el malva mezclados con la lana blanca; su hija los había metido allí de cualquier manera, sin esperar siquiera a que se hubieran secado, pues no eran dignos de los ilustres invitados y de los hombres casados.

Sosteniendo entre ambas el crucifijo de metal, la hermana Consolata dice que rezarán, que asaltarán los cielos y, así como las liebres se vuelven blancas por comer nieve, lo mismo las almas de los seres humemos se vuelven blancas cuando aprovechan el alimento espiritual que se les ofrece. La hermana recuerda luego que ha leído algo sobre Eleanora, que ha visto fotos suyas. Un divorcio infeliz y un marido muy atractivo mucho mayor que ella.

Dilly se estremece sólo de oírlo; un hombre tan raro, tan impío, un tirano, un hombre que, por lo que ella sabe, jamás se sentó a comer con su familia y a quien su mujer, su pobre hija, tenía que pedirle prestado de sus propios ahorros para comprar zapatos y ropa para los

niños.

—¿Ay, por qué? ¿Ay, por qué? —Pregunta, todavía enfadada, todavía sufriendo, todavía atónita, porque ese matrimonio jamás debió haberse celebrado.

CUARTA PARTE
ESCENAS DE UN MATRIMONIO

ESCENA PRIMERA

Hermann, el marido de Eleanora, siempre se quejaba de que ella se había casado por ambición, fingiendo que lo amaba sólo para mejorar su posición. Dilly creía que al elegir a aquel hombre, aquel infiel, su hija quería poner el último clavo en su ataúd. La propia Eleanora pensaba que quizá la literatura le había producido vértigo. La literatura era un camino para entrar en la vida o para salir de ella, Eleanora nunca estaba segura de cuál de los dos, pero lo cierto era que no había podido resistirlo.

Pensaba en la Clarissa de Samuel Richardson, que ponía cerrojos en puertas y ventanas para protegerse de la maldad del señor Lovelace, que no sabía si la frialdad de ella era real; para desgracia de Clarissa, consiguió que cediera y la hiciera pasar por su mujer. Pensaba en Jane Eyre, subyugada por el impenetrable señor Rochester, y en la creadora de Jane Eyre, Charlotte Brontë, que se enamoró de monsieur Heger, un hombre casado, y al descubrirse la iniquidad, ella y su hermana Emily fueron despachadas desde Bruselas a los páramos, y sus vidas, sin esperanza en lo sucesivo, se transformaron en visiones del amor hecho pedazos. Pensaba en la hija sin bautizar de Charlotte, que había muerto en el útero materno y cuyo espíritu, según Eleanora, acechaba por esos mismos páramos, llorando su suerte, ni viva del todo ni muerta del todo, eternamente a la espera de poder ser.

Y pensaba a menudo en John Clare, encerrado en un manicomio de

Northampton, que estudiaba las vocales y las consonantes, convencido de que las autoridades se las habían robado; de ahí que el poema que escribió sobre una margarita no le complaciera. Su último pareado, que hablaba de la incapacidad de las palabras para penetrar en el alma oculta del amor, llenaba a Eleanora de terror.

¿Cómo pudo Hermann, su futuro marido, adivinar sus cavilaciones irracionales? Y su madre lo mismo. Su madre abjuraba de la perfección de la palabra escrita y, una vez, en un arrebato, dijo que «el papel nunca rechazaba la tinta». Pero Eleanora era esclava de ambos, se esforzaba cuanto podía por complacerlos a los dos, temerosa de sus críticas y herida por ellas, una impostora que llevaba una vida secreta y subversiva.

Estaba, por un lado, su personalidad nocturna, la que pecaba con él; y por otro su personalidad diurna, que intentaba reparar el pecado; y su personalidad vespertina, cuando ponía la mesa, encendía velas —la pequeña geisha, la llamaba él—; y su personalidad infantil, que no había muerto del todo, aunque tampoco estaba del todo viva, que esperaba cristalizar y cobrar vida con la alquimia de las palabras.

El primer viaje que hizo a casa de él fue delicioso. Una avenida flanqueada de hayas, un verja de forja verde, oxidada; y narcisos, narcisos al pie de los árboles; algunos descarriados, asomaban entre la corteza grisácea, mientras que otros formaban corros en las praderas, su amarillo vivo silenciado por la hierba alta, húmeda y verde; y las ovejas que, le contó él muy disgustado, habían intentado entrar, habían trepado torpemente y, luego, golpeándose los lomos contra la valla de piedra, no habían podido escalarla, pues era muy alta.

Cuando el coche se detuvo junto a la casa alargada, revestida de yeso blanco y con incrustaciones de porcelana y cristal azul, construida en una hondonada bajo un bosque en forma de herradura, Eleanora casi creyó que se abriría una cortina y la señora Rochester aparecería para lanzarles algún improperio y regresar de inmediato a sus delirios. Él ya había estado casado, según le contó Johnny, el amigo que los había presentado, con una mujer exótica y muy viajada.

Eleanora escribió en su diario un relato de ese primer día, que años más tarde él le restregaría como ejemplo de sus torpes intentos de composición: «Un día de primavera en el que todo bullía. Los pájaros, descarados y llenos de vida, volaban por todas partes; las nubes, como sábanas grandes y perezosas, vagaban por el cielo azul y limpio; los tojos estaban salpicados de amarillo, y por los árboles circulaba el flujo inmemorial de la savia».

Él había sonreído con ligero desprecio, aunque con indulgencia, al escuchar su enumeración: «Junto al lago, bajo los árboles». Su amigo

Johnny, dijo él, la llamaba su Bessie Bunter literaria, por cómo vomitaba pasajes de poemas y de libros. A ella le dolió el insulto, se le llenaron los ojos de lágrimas ardientes.

Lo conocía desde hacía apenas unos días, había pasado tan sólo unas horas en compañía de aquel hombre atractivo, austero, de rasgos cincelados y piel cetrina, de ojos hundidos y unas manos hermosamente elocuentes, que se movían como si tuvieran algo único que ofrecerle a la vida, un hijo, quizá. Fue un encuentro espontáneo, una llamada de teléfono inesperada. Johnny llamó a Eleanora para saber si por casualidad estaba libre. Lo estaba. Ella le pidió prestados unos manguitos rojos a una chica de la pensión para camuflar su abrigo raído, que una vez fue negro tinta, aunque ahora había cobrado un tono verdoso y estaba lleno de agujeros. Y en un bar de Henry Street se dejó fascinar por la conversación cosmopolita de Hermann y por la deferencia que le mostraban los demás, y se sintió como si estuviera dentro de un libro, como si hubiese dejado atrás su tediosa vida de trabajo en una farmacia y de conferencias nocturnas, a las que asistía en bicicleta.

Las habitaciones de la planta baja parecían deshabitadas, ligeramente oscuras, pues las persianas estaban medio bajadas, con sofás y sillones de cuero, un gabinete lacado en negro con dos pizarras de porcelana rosa sobre pequeños caballetes, la palabra menú garabateada en ambas. Había cuadros amontonados, pendientes de colgar, una pared blanca, otra de terracota, con un acabado tosco, como si alguien, acaso él, se hubiera dado por vencido en mitad de la tarea. Había un retrato suyo que, al observarlo de cerca, le hizo pensar que al pintor le disgustaba su modelo. La piel tenía un tinte verdoso y en los ojos hundidos y oscuros ardía una rabia devoradora. Cuando su madre y su familia fueron a buscarla y vieron el retrato, su madre dijo que se asustó muchísimo, que se quedó tan aterrada como si hubiera visto un retrato del mismísimo Lucifer. Pero eso aún tardaría algún tiempo en ocurrir.

Primero se produjo el cortejo, el recorrido por la casa, de la cual se sentía conmovedoramente orgulloso. La tomó de la mano y la condujo hasta su estudio, lleno de libros, algunos encuadernados en piel, como libros eclesiásticos; un barómetro registraba la previsión meteorológica en una hoja de papel. Consultó para ella el pronóstico de lluvias de la semana y lo colocó sobre la repisa de la chimenea. Los dormitorios transmitían desolación, aunque estaban amueblados, como atentos al ruido de las pisadas; algunas camas hechas, otras desnudas, y, en una habitación, una cuna rosa sin colchón ni manta que hablaba de un tiempo pasado. Él dijo que sí, que tenía un hijo,

pero que ahora no tenía ni mujer ni hijo, y eso le entristecía, aunque sus vecinos lo tuvieran por un calavera y un depravado; de eso le tildaban.

Pasearon por el bosque. La brisa era muy suave, muy dulce; las ramas se mecían adelante y atrás; los nidos del año anterior se veían deshilachados en las ramas más altas y las moscas revoloteaban en aturdidos enjambres, como si acabaran de despertar tras su letargo invernal. Los tojos crecían en matas densas y hurañas en los campos lejanos, algunos ya florecidos, y algunos corderos recién nacidos lanzaban su tierno balido. Se subieron a un muro para contemplar el lago, y él le dijo que algún día la llevaría de excursión en su barco; era su manera de decirle que quería volver a verla. Señaló la casita blanca al otro lado del lago y dijo que allí vivía una mujer, completamente sola, tan recluida que ya ni siquiera recibía al cartero que remaba hasta la casa una vez al mes para entregar una carta o una circular. La mujer se escondía en la cocina y le decía que se largara, que no era bienvenido. Ella tembló al imaginar tanto aislamiento, como si aquél fuera su destino algún día.

—¿Nunca has estado sola? —preguntó él, en tono socarrón.

—Sí…, cuando era joven hablaba con los árboles —respondió ella.

—Hablabas con los árboles —repitió él, juzgándolo disparatado y adorable.

Al caer la tarde cenaron en una mesa de cartas, junto a la chimenea. Bebieron vino tinto y se contaron historias interesantes, el repertorio habitual cuando la gente acaba de conocerse y está a punto de enamorarse. Cuando a ella se le cayó una horquilla del pelo, él la recogió, la estudió y dijo:

—Mi casa no está acostumbrada a encontrar una horquilla de mujer —y se la guardó tiernamente en el bolsillo de la camisa, a modo de recuerdo. Llevaba una camisa de cuadros atrevidos, rojos y amarillos, de la que ella se apropiaría con el tiempo, porque llegó sin un penique, sólo con lo puesto.

Esa misma semana él fue a la ciudad y la llevó al cine, donde vieron *La balada del soldado*, una película rusa sobre un soldado que volvía a casa en su día de permiso para visitar a su madre, y le llevaba de regalo una pastilla de jabón; pero debido a numerosos avatares y a la bondad del soldado, que siempre ayudaba a los demás, cuando al fin llegaba a casa ya sólo quedaban unos minutos para que concluyera su permiso de veinticuatro horas, y debía regresar inmediatamente al cuartel. Su futuro marido no entendía por qué ella había llorado tanto, por qué lloró en el cine y luego en la calle, por qué lloró en el restaurante al que la llevó, con lágrimas que ninguno pudo aplacar.

Escena segunda

Se fugaron, y hubo en su evasión algo de la aventura de Natasha Rostov, aunque sin vestidos susurrantes ni joyas sobre la carne desnuda, sin trineo ni abrigo de marta, sin silbatos a media noche junto una cancela de cañizo; fue, por el contrario, un viaje apresurado a una isla pedregosa de la costa de Inglaterra, donde decidieron esconderse hasta que, según dijo él, hubiera pasado la histeria. Se había descubierto el secreto de ella. En una carta anónima, alguien informó a su madre de la abominable vida de la hija, y la familia la siguió hasta allí para recuperarla. Hermann se enfrentó con ellos. Ella esperó en la habitación del hotel, acobardada, sin sospechar en ningún momento que, en el altercado, dos de los hombres, empleados de su padre, lo golpearían, lo tirarían al suelo, y que resultaría herido en la refriega. Se avisó a la policía, se recogieron pruebas, se expulsó a los agresores, pero la desgracia se cernió sobre la habitación diecisiete.

La directora del hotel, que sentía simpatía por él, reconoció que su jefe prefería que se marcharan, pero como habían pagado la semana por adelantado tenían un compromiso con ellos. Podían quedarse, pero les servirían las comidas en su habitación, y en contra de las normas del hotel les proporcionó un hervidor y un hornillo eléctrico. Eleanora puso a hervir una y otra vez la tetera de cobre para aplicarle vapor en las heridas, y cuando el agua se terminaba y veía las espirales en el fondo, retorcidas y verdes, no le parecían distintas del nudo que sentía en las tripas, temblando como estaba ante la frialdad y la furia de él.

Todo lo que ella hacía estaba mal.

A la luz de la lámpara de lectura, él con los pantalones bajados hasta las rodillas, le vio las heridas, de un negro amoratado, las espinillas y los empeines arañados, que se negaban a sangrar y por eso le dolían mucho más. Le sacaba de sí la gente como la familia de ella: salvajes, paletos, con sus gorras y sus caras coloradas de borrachos.

En ese momento, un día después, ella acercaba a las heridas la boquilla del hervidor humeante y se sentía responsable de aquella

barbaridad. Tenía un corte profundo por encima del codo que le hacía torcer el gesto de dolor cada vez que intentaba mover el brazo, pese a lo cual insistía en escribir su airada carta. Bramaba cuando ella acercaba el vapor demasiado y le preguntaba si era tan estúpida para no comprender la diferencia entre cerca y lejos, le decía que se había contagiado de la estupidez de su familia, aunque él no lo hubiera visto en sus primeras muestras de efusividad infantil. Entraban enjambres de mosquitos del jardín, que él mataba con un matamoscas de muselina que había pedido prestado, y el globo terráqueo de porcelana rosa aparecía manchado de tenues marcas marrones.

Cuando hubo terminado la carta se la entregó a ella y le ordenó que la copiara de su puño y letra y la firmase a continuación. Era una carta terrible, llena de desprecio, en la que señalaba la ignorancia de su familia, sus costumbres casi medievales, de las cuales ella era la consecuencia.

—No puedo —dijo ella, y se la devolvió bruscamente. Furioso ante su desobediencia, él le clavó la estilográfica en la mano y profirió toda clase de maldiciones mientras las gotas de tinta se derramaban sobre sus incendiarias palabras.

—Haré cualquier cosa menos eso —dijo ella, suplicándole que rompiera la carta, que desahogase con ella toda su rabia y todo su desprecio. En su lugar, él cogió tres hojas de papel en blanco, le ordenó que firmara las tres, por precaución, por si con la primera o aun con la segunda no lograba expresar toda su indignación.

El sueño se resiste a llegar en una habitación extraña y cargada de remordimiento y de temor. Al firmar las hojas en blanco, ella se había convertido en Judas, se había vendido por un plato de lentejas, y al oír el repiqueteo de la máquina de escribir, a veces veloz, a veces lento, supo que él estaba añadiendo más munición mortal a sus palabras y se dijo: *No lo conozco en absoluto…, no sé lo sombrío, atormentado y cruel que es.*

Y todas sus nociones del amor aprendidas en los libros, embriagadoras y altisonantes, quedaron barridas de un plumazo al comprender que se había equivocado, que había caído en territorio enemigo.

Escena tercera

Regresaron a casa de Hermann, donde Eleanora aprendió a cocinar, estudió recetas de los dos grandiosos libros de cocina dejados por su anterior mujer, que además incluían consejos para ser una buena ama de casa: ideas para el desayuno, ideas para el *brunch*, para la disposición y el servicio de los comensales; las flores de la mesa no debían tener un perfume demasiado embriagador y nunca debían competir con los aromas de las salsas. A veces presentaba espléndidas creaciones con clara batida y frambuesas, pero casi siempre estos platos exóticos le salían mal, tanto por su inexperiencia como por lo impredecible que era la cocina de leña, que ni echaba humo ni ardía como una hoguera.

Un ave solitaria, de un color marrón oscuro suave —una hembra, creía ella—, rondaba entre las frondas del cedro; se posaba allí sin mostrarse apenas, pero siempre presente, siempre al acecho, y ella creía que aquel pájaro había recorrido volando los más de ciento sesenta kilómetros desde la casa de su familia. Había soñado con su madre en más de una ocasión. En uno de sus sueños ella estaba con un hombre, un desconocido, y llevaba un camisón de gasa azul que él jugaba a subirle y a bajarle, cuando, de pronto, su madre se metía a hurtadillas en la cama con ellos, y allí se quedaban los tres, rígidos como estatuas. Para colmo de males, unos días más tarde llegó un paquete que contenía un camisón idéntico al que ella llevaba en el sueño. El matasellos estaba borroso y no llegaba a distinguirlo, pero pensó que era de su madre, pues tenía el inconfundible olor de la casa. Su madre le decía que si ella y su marido, los dos juntos, veían acercarse de noche una manada de ciervos rojos a la casa, el matrimonio o el futuro matrimonio sería feliz, y la ruptura con la familia de ella quedaría reparada; pero cuando salían a pasear juntos, los ciervos se escabullían en cuanto los atisbaban, en formación casi invisible y fluida, brincando entre los árboles, hacia lugares más abrigados.

A veces también añoraba volver a una calle de Dublín y escuchar

la música de las salas de baile, aunque reconocía que cuando vivía allí esas bombillas de colores y esas melosas canciones de amor no le gustaban nada. Una vez, tras uno de esos bailes, la acompañó a casa un hombre que trabajaba en una fábrica de pan; repartía el pan por muchos pueblos, y le dijo que si alguna vez quería ir a casa, él era su hombre. Le escribió su número de teléfono en un trozo de cartón que arrancó del paquete de cigarrillos. Ésos fueron todos sus callejeos.

Amaba a su marido, o creía que lo amaba, pero temía su mal humor, esa manera de encerrarse en sí mismo y alejarse de ella. Él había tenido una infancia nómada; su padre era extranjero, siempre estaba en desacuerdo con su madre; distintos hogares y casas que no eran hogares, y después una mujer, la mujer exótica y muy viajera que se había esfumado y de quien Eleanora estaba celosa. En sus rondas por la casa, sintiéndose más una intrusa que una esposa, hallaba rastros de su predecesora; un espejo con soporte de plata, una polvera y la letra de una canción, escrita con trazos muy floreados: «Anoche soñé que vi a Joe Hill, tan claro tan claro como si estuviera allí». Él guardaba en su álbum de fotos una fotografía de ella, deslumbrante con la misma falda escocesa que él se ponía a veces. Cuánto debieron de amarse para usar uno la ropa del otro.

Él le regaló una suscripción a una biblioteca especial, y una vez a la semana, cuando iban a la ciudad en su «salida» especial, ella devolvía un montón de libros y se llevaba otro montón; los abría allí mismo, en la calle, sin poder contener las ganas.

Se sentaba en una habitación junto a la cocina, un cuarto trastero en el que había colocado una lámpara, una mesa con un mantel de chenilla rojo y una butaca, y se preguntaba cuál era la historia más bonita de todas, con la que acababa identificando también la más desgarradora. El pobre Castorp, con su tuberculosis, había ido a curarse a las montañas, y se sentaba al aire libre junto a su prima, con las rodillas cubiertas por una manta de pelo de camello; el pobre Hans Castorp, enamorado de la pequeña rusa, Claudia Chauchat, que no le correspondía; asediado por sus pensamientos sobre la rodilla, la espalda, la garganta de ella, sabedor de que aquel cuerpo estaba tan enfermo como el suyo, y, sin embargo, esperando el momento en el que ella pasaría a su lado en el comedor y le ofrecería o le negaría una mirada. ¿Qué historia era peor, ésa o la de Emma Bovary, con un marido, dos amantes clandestinos y al final nada más que un puñado de polvos blancos que robó de la botica para envenenarse? ¿Cuál de las dos era peor? Las dos lo eran. La guerra había causado en Hans Castorp el mismo efecto que el corazón roto en Emma. Castorp, un soldado que caminaba bajo el frío entre los campos embarrados y

traicioneros, con sus botas de tachuelas, echando cuerpo a tierra cuando las granadas del enemigo explotaban levantando surtidores de lodo, fuego, hierro y metal fundido, rodeado de los lastimosos restos de sus compañeros caídos. Emma en los últimos momentos de su agonía, sintiendo un frío helador desde los pies hasta el corazón, Emma levantándose como un cadáver galvanizado para oír la ronca voz del ciego y soltar luego una carcajada atroz, histérica, desesperada.

A algunos escritores que estaban vivos les escribía cartas. No las escribía con intención de enviarlas. A Scott Fitzgerald le hablaba de sus noches de verano, sus jardines azules, sus mujeres como polillas, de la mágica palidez del rostro de Daisy en una ventana mientras Gatsby la espera. Le hablaba de la soledad. Los jardines de ella no eran azules, sus bosques no eran verdes ni reverdecían todavía más tras un aguacero; las polillas se comían los suntuosos pliegues de las cortinas de la cama, y su marido se lo reprochaba, señalándole lo pésima ama de casa que era.

Echaba de menos muchas cosas: ropa, la música de un salón de baile cuando ella y sus amigas se acercaban a la entrada y, una vez dentro, la emoción que les ponía la carne de gallina, aunque la mayoría de las veces nadie las sacaba a bailar, pues había más mujeres que hombres. Y una falda de Goray que le encantaba, de tartán, en tonos amarillos y terracotas cálidos, perdida u olvidada en alguna parte. A veces le escribía a su madre cartas que sabía que no enviaría, que no debía enviar:

> Querida madre:
>
> Tu ropa era exquisita, aunque tuviera brillos, aunque estuviera desteñida y pasada de moda. Me acuerdo de esa ocasión, cuando las dos creíamos haber huido para siempre, haber huido de las sombras de Rusheen. A casa de tu madre, en busca de tu dote largamente esperada. Ah, ¡qué tontas! Se puso como un basilisco, tu pobre y desconcertada madre. Ojalá pudiera contarte. Ojalá pudiera confiar en ti. Este futuro marido mío es un enigma en muchos sentidos. Dice que la familia de su padre proviene de Armenia tras muchas generaciones. A veces veo en él una mirada siniestra que no va dirigida a mí, o no siempre va dirigida a mí, un desprecio que parece contener un sinfín de traiciones que no puede recordar, pues las lleva profundamente ocultas en la sangre. Supiste ser firme en el amor. Y en cierto sentido has ganado. No sabes cuántas promesas de amor he imaginado yo aquí, allí y en todas

partes; y la embriaguez que proporcionaban los músicos en sus giras, heroínas consumidas y atraídas por hombres indeseables, tristes despedidas que prefiguraban la fría estrella del amor condenado al fracaso. Ahora que vivo aquí, muchas veces voy al bosque a pensar. Mis pensamientos dan vueltas y vueltas en círculos. Si pienso, por ejemplo, en lo que pasará dentro de veinte o treinta o cuarenta años, no logro imaginar que esta relación continúe, ¡y sólo acabo de prometerme! Hago mermelada cuando los nísperos y los ciruelos dan sus frutos. A él le gusta que haga mermelada. Hay cosas que no aprueba. Los tacones altos, por ejemplo. Dice que a la larga son malos para los pies. Es muy solícito en muchos sentidos, pero cuando pienso en esos veinte o treinta o cuarenta años, me dan escalofríos. Como cuando tú me interrogabas por mis pecados. Como esa vez que rechacé la sagrada comunión cuando ya estaba en la barandilla del altar, y de vuelta a casa tú me preguntaste por qué, por qué, señorita. Todavía te oigo y oigo nuestras pisadas sobre la hierba, la hierba alta y helada que arañaba, y tú determinada a castigarme.

Pasaron las semanas y los meses, y empezó a escribir. Menudencias o casi menudencias. Sobre las ortigas, las gallinas cuando ponían o el cacareo y la alegría de los gansos cuando les permitían meterse entre los rastrojos y se atiborraban de los restos de trigo y centeno. Su madre estaba presente en todo lo que escribía, y se acordaba del acuerdo tácito que una vez hicieron en una casa de huéspedes. Era un lugar que estaba a punto de abrir, y su propietaria, Cecilia, les había pedido como favor especial que se alojaran allí para practicar sus habilidades de anfitriona. En una salita recién empapelada, con unas sillas incómodas, una tetera, un colador y unas tacitas de porcelana china, Cissy, deseosa de agasajarlas, practicaba su «señor» y su «señora», les ofrecía bollitos de mantequilla, sándwiches y un bizcocho esponjoso, recién hecho, todavía caliente, y al ver que los sándwiches rebosaban de mermelada, se preguntaba en voz alta cuál era la cantidad exacta para que la merienda resultara perfecta.

En determinado momento, cuando Cissy salió corriendo en busca de alguna otra exquisitez, su madre y ella contemplaron el laborioso trabajo de aguja en hilo escarlata que hablaba de Cristo, con un lema bordado en letras de rasgos ampulosos, y su madre le pidió que le leyera el versículo en voz alta, como una buena chica: «Cristo es el invitado invisible en cualquier mesa, el oyente invisible en cualquier conversación». Y luego le dijo que ella también sería la invitada

invisible y la oyente invisible en cualquier conversación.

Escena cuarta

Parecía como si algo perturbador y peligroso acechara bajo la superficie. Hermann y ella no encajaban. Era preciso que hubiera mayor igualdad, no podían ser amo y esclava; y ella empezó a dejar de ser esclava al descubrir en los libros que leía no sólo riquezas sino también rebeldía, y en cierto sentido, aunque por el momento de un modo complicado, le estaba siendo infiel y él lo veía, lo percibía. Se fugó como en un trance, precipitadamente; miles de identidades distintas se sublevaban en su interior contra él, bajo la máscara de la docilidad. No obstante, convivía con esa lucha la esperanza de que una noche él la llamara a su estudio para hablar abiertamente, hablar de las cosas que los separaban, y de aquella franqueza surgiría el amor verdadero, el amor duradero que ambos habían imaginado.

Él recibió con euforia la noticia del embarazo. Nada más saberlo, lo celebró escribiendo en los cristales de las ventanas. Tendría un hijo. La abrazó y dieron vueltas por la habitación, feliz ante la perspectiva de volver a ser padre, de reparar el robo y la traición que lo habían destruido. Bebieron vino de Madeira, y él dijo que algún día la llevaría a Madeira, que irían los tres juntos a esa isla soleada; un tríptico.

Una vez, en el colegio de monjas, a ella le dieron una estampa de la Virgen, que aparecía en un interior en penumbra, con una línea de cipreses fuera, una imagen de hermosa simetría; y la Virgen irradiaba armonía al saber que estaba encinta. Pero ella no se sentía en absoluto así; estaba aterrada, aunque no pudiera decírselo a él. Se sentaron, tranquilos, unidos, el vino dulce y denso, en una intimidad que pasaría a convertirse en uno de los momentos más preciados de su vida en común.

Ella escribió a su madre, sabiendo que no enviaría aquella carta:

Querida madre:

Cuando nazca mi hijo, tal vez me perdones y volvamos a

> estar unidas. ¿O es una fantasía? Entre nosotras, te confieso que tengo miedo. Tus dolores en el parto se han mezclado con los míos. Dios quiera que no me ponga a gritar cuando llegue el momento. Hermann está amabilísimo conmigo. Por las noches, cuando nos sentamos junto a la chimenea, veo su mejor parte, esa parte que a ti también te gustaría. Su manera de escuchar y su expresión de ternura; puede que todo el mundo tenga ternura en el fondo, sólo que está enterrada. Flaubert decía que todos tenemos una cámara real en nuestros corazones, pero sólo a unos pocos se les permite el acceso. Y sin embargo, la madre de Flaubert decía que su amor por las palabras le había endurecido el corazón, le había alejado de ella. Algunas mañanas, cuando me despierto y veo el sol que entra a través de las cortinas, no estoy aquí con él, en este dormitorio junto al lago, sino en el tuyo, que también era mío. La luz del sol realzaba los emblemas y los pajaritos posados en las rosas y en los capullos, tan ágiles y tan traviesos sobre aquel fondo de cretona de color crema. Por cierto, no consigo quitar las manchas de los manteles y de las servilletas de hilo como tú. ¿Eran esos cubitos lo que hacía que todo volviera a ser blanco como la nieve y cobrase un tinte azulado?

Y fue así como sus pensamientos las fueron acercando. El matasellos de casa, emborronado por la lluvia. La carta en un sobre rosa. Treasa, la amiga de su madre, se había excedido al comprar el papel, o tal vez fue su madre quien se lo dio. Una carta en la que se señalaban los meses transcurridos desde su fuga, las lágrimas y la angustia de su madre, las lágrimas de su padre, toda la parroquia conmocionada por lo ocurrido y, para colmo, el ataque al corazón de su pobre madre, que se cayó en el patio, aunque por suerte la encontró un vecino que pasaba por allí. Después de mucho rezar y mucho meditarlo su madre propone un encuentro. Sugiere un hotel de Limerick y dos fechas posibles, una inmediata y otra para dentro de cuatro semanas. Ella decide que lo mejor es afrontarlo, mirar finalmente a su madre a los ojos, sin resistirse.

Durante el largo viaje en tren consigue olvidar sus temores, absorta en el libro que ha llevado. Ni una sola vez levanta la vista para mirar el paisaje, pues de alguna manera lo conoce: barrios periféricos, huertos pequeños, ponis salvajes, ganado que merodea entre los castillos en ruinas, los campos empapados y las turberas implacablemente negras. Estaba leyendo *El lector común*, de Virginia Woolf, y en ese momento se encontraba con el deán Swift en aquellas

magníficas habitaciones de Londres, con la vajilla de plata, una galaxia de invitados, todo lleno de vida; el deán, que está a punto de regresar a casa, llena cuartilla tras cuartilla a la luz de una vela para contárselo todo a Stella, que intuye su genio literario, la letra ilegible, porque los garabatos garantizan el secreto. El formidable Swift le describe a Stella los sucesos del día, la conversación en la cena, en un lenguaje que resulta absurdo para ella en la casa de Moor Park, ella a un lado del mar de Irlanda y él al otro lado, sin prisa por cambiar los enrarecidos círculos londinenses por los ríos trucheros de County Meath. Stella, treinta años más joven que él, vive frugalmente con una señora de compañía, Rebeca Dingley, a quien él a veces envía un poco de tabaco. Stella está al corriente de todas sus actividades: de los panfletos que escribe, de los *tories* a los que arenga en defensa de los irlandeses, de las veinte guineas que le dio a un poeta enfermo en una buhardilla, de la duquesa a la que él riñe o con la que traba amistad; de todo, hasta que un día Stella empieza a percibir cierta reserva, una mengua en su confianza, el fantasma de una rival. Swift está molesto. ¿Qué tiene de malo visitar a la señora Van Homrigh, que ha enviudado recientemente, y a su hija Esther? ¿Por qué no puede cenar con ellas si se aloja cerca de allí? ¿Qué daño hace por dejar al cuidado de ellas su toga o su peluca? ¿Quién puede acusarle por jugar una partida de *whist*? Pero, con el tiempo, Esther, que no tiene la prudencia de Stella, ni la paciencia de Stella, arroja el guante, y escribe en tono vehemente, exigiendo conocer la naturaleza exacta de la relación que hay entre ella y el deán. Al saberlo, Swift acude a ver a Esther, le arroja la carta, la pisotea, y la abandona, según ella, con una mirada asesina, que resulta profética, pues la joven no tarda en morir y Stella se sume en la miseria.

De ahí pasa a Dorothy Wordsworth y a su hermano William; Dorothy es una gran observadora y anota todo lo que ve, todo lo que a su juicio puede servirle a su hermano: el risco en los lomos de las ovejas, una vaca que deja de comer para mirarlos, el endrino en flor, las vigas barnizadas de su cuarto, que a la luz del fuego parecen oro fundido; y la joven Dorothy controla y reprime sus propios impulsos por el bien de William.

Un momento de reivindicación al leer sobre Christina Rossetti; Christina Rossetti vestida de negro en una merienda de la señora Virtue Tebbs, obligada a escuchar banalidades y naderías sociales, hasta que, de repente, se levanta y, sosteniendo en la mano un volumen de sus poemas encuadernado en verde, anuncia a la frívola concurrencia: «Soy Christina Rossetti. Traedme amapolas rebosantes de somnolienta muerte». Sí; ella será como Christina Rossetti en el

momento de enfrentarse a su madre.

El tren estaba detenido. No sabía por cuánto tiempo. Se levantó y echó a andar, o, mejor dicho, corrió el breve tramo de la calle hasta el hotel, donde su madre la esperaba a la puerta, bajo un toldillo, con expresión tensa y desconcertada, como si temiese que la hija no fuese a aparecer.

Su madre es amable, de habla suave, tiene una gotita como una lágrima en la punta de la nariz. También está nerviosa, tal como Eleanora puede comprobar por la tensión que hay en su voz, por la cautela de sus reproches: cómo la han buscado, la agresión a su marido, las insultantes cartas de los abogados de una y otra parte, y la situación todavía sin resolver. Piden sopa para empezar, sopa de guisantes, seguida de costillas de cordero y patatas asadas. Mientras esperan, su madre coloca una mano sobre la mesa y se acerca centímetro a centímetro a Eleanora, como si dijera: «Te perdono». La sopa está demasiado salada, condimentada con beicon; y las costillas, un poco grasientas. Eleanora no puede comer, y su madre, con asombrosa clarividencia, exclama sorprendida: «¡Un bebé!». La palabra parece quedar suspendida en el reducido espacio del comedor, con su olor a salsa y a aros de cebolla.

—Estás embarazada.

—No estoy segura.

—Yo sí lo estoy. —Su madre ve en su interior y al niño que lleva dentro; y dice que sí, que está embarazada. Ahora debe casarse con el hombre que se parece a Rasputín, el hombre al que Treasa ha bautizado como el anticristo.

Pasados unos días, su marido recibe una carta donde se dice que, a la vista de los recientes y significativos acontecimientos, la familia da su consentimiento al matrimonio.

Le fastidia que le digan lo que tiene que hacer, pero se casan, y la ceremonia resulta un poco triste, en la sacristía de una iglesia católica, con dos obreros como testigos. Ella lleva un vestido de crepé beis, con un pliegue oculto en la cintura y cremalleras ocultas que pueden abrirse cuando el niño se pone a dar patadas y revela su presencia.

En la oscuridad, noches antes de la fecha prevista para el nacimiento, mientras una luna llena y perlada ilumina el suelo del dormitorio, ella le confiesa a su marido sus temores; el miedo a que el niño pueda salir deforme por sus muchos pensamientos macabros y por el hecho de haber sido concebido antes de la boda. Él, al ver su inexperiencia, lo asustada que está, le seca los ojos y le dice: «Ahora tendré dos criaturas a las que cuidar».

Pero el parto no fue tan terrible. Fue como si algo se liberase en su

interior y, aunque gritó cuando los dolores le atenazaban el vientre, sintió que su cuerpo obedecía a un instinto más viejo que ella, más viejo que su madre, más viejo que el tiempo; sintió la libertad. La enfermera pasaba de vez en cuando, le decía que empujara y se marchaba a atender a otra parturienta; la dejaba sola, aunque en realidad no estaba sola en su combate con el bebé, hasta que en la última media hora feroz todo su ser se dejó llevar, y una gran avalancha de agua precipitó finalmente a su hijo al mundo. Un hijo, suyo, de ellos, enrojecido y desnudo, pero capaz de retorcerse como un luchador, que rugió como si fueran a estallarle los pulmones en protesta por ser arrojado a un mundo frío y sin límites. Su padre eligió su nombre y dispuso su circuncisión. Dos días después de la operación, el pequeño dormía en su cesto como un muñeco de nieve, como un manojo de paja pálido, mudo, castigado, bajo una mantilla de encaje blanco, y ella escribió en una tarjeta de felicitación: «En la bolsa de tu pañal una baya, teñida de rojo con la sangre del amanecer, y tu colita en carne viva tras el sacrificio matinal».

Le probó los vestidos nuevos y los abriguitos azul pálido que las madres de sus amigas le habían enviado. Azul por si era niño; rosa por si era niña. Si tuviera otro hijo sería una niña; uno de cada, un pequeño clan. A veces el bebé se reía y gorgoteaba alegremente, y luego vomitaba la leche, ya solidificada; otras veces se mostraba grave, como un pequeño profeta que sabía, que comprendía la realidad desde el abismo de una memoria muy antigua. Luego empezó a gatear, y buscaba la gravilla de la avenida, arrugaba la nariz y huía de los extraños que no le gustaban. Después habló. Desde su propio mundo, farfullaba en su cuna. Miles de palabras, cargadas de fascinación, de sonido y de color, de sentido y de sinsentido; su olor tan particular y tierno, y la piel como la seda, más sedosa que la de la flor más pura. Su hijo, y en cierto modo, su escudo. Su padre lo asfixiaba de amor, lo lanzaba al aire, lo recogía al vuelo, y sus bracitos, como dos ramas, iban hacia ella, iban hacia él; eran el candelabro que los unía.

Su segundo hijo llegó al mundo de un modo distinto: a hurtadillas, sin grandes avalanchas de agua, abriéndose camino en silencio. Unos ojos enormes, azul oscuro. Ella creía que sería una niña, pero no fue así; era un niño. Y su hermano derramó sobre él la bañera que estaba encima de la cama, diciendo, «bebito bonito, bebito bonito», con intención de acabar con él. Luego empezaron las peleas. Se peleaban por el caballito balancín y por las moras trituradas con azúcar, que les encantaban, con las manos y la boca teñidas de morado, dos caras pintadas, dos guerreros pintados. A los padres les divertían sus peleas,

hasta el día en que el hermano mayor trepó por una tubería y se hizo una brecha en la frente, y el menor intentó contenerla al tiempo que decía: «llama al *doztor*, llama al *doztor*». Ceceaba.

La paz que ella y su marido habían firmado era frágil. Él sabía que ella escribía y que escondía sus textos en carpetas y entre papel secante, para no ser descubierta. Pero él los encontró, tomó notas, notas a veces bastante cáusticas. «No existe nada parecido a un camino azul», escribió con lápiz rojo en una de las páginas. Él trabajaba de noche. Una luz en la ventana de él y una luz en la de ella es lo que vería el viajero desde fuera; dos luces que marcaban la división.

Él convirtió su estudio en su hábitat: allí comía, escuchaba música, hacía sus ejercicios con unas mancuernas que había comprado por correspondencia y, según decía, escribía; pero guardaba sus escritos en una caja fuerte, para que ella no pudiera leerlos. La chimenea estaba encendida, y acababa de llegar con una carretilla cargada de leña.

Cogió un libro forrado con el mismo papel ocre de la pared de su dormitorio. Leyó en voz alta y con convicción. La historia trataba de un hombre que se encontraba en la bodega de un barco; tenía fiebre y recibía la visita de una mujer. El hombre le declaraba al momento su pasión, le decía que si ella fuera una muchacha salvaje y él un cazador fuerte podrían huir al bosque, donde había grandes árboles y racimos de uvas. Ajeno a cualquier protocolo, le confesaba un cálido amor para el futuro, una vida de corazón y sangre como la que no había tenido con su marido.

Le pidió su opinión a ella. No era su estilo.

¿Por qué no era su estilo?

—No tiene vida —dijo ella, incómoda.

—¿En qué sentido?

—Es demasiado genérico…, grandes árboles y racimos de uvas…, no es así como…

—Quieres decir que no es Hans Castorp —le espetó él.

—Quiero decir que no es Hans Castorp —dijo ella; y con meticulosidad infinita, él retiró la funda de papel, y, en la cubierta polvorienta, ella vio su nombre, escrito en agradable tipografía, acompañado de una foto de cuando él era mucho más joven, tan serio y estudioso, un joven lleno de ardor poético; y ella miró la foto y luego a él y otra vez la foto, repitiendo con torpeza, «Dios mío…, Dios mío»; él siguió de pie, inmóvil, sin mover un solo músculo, mientras ella intentaba enmendar su error, y el mero hecho de intentarlo fue vergonzoso, estúpido, porque en los ojos de él ardía un dolor asesino.

Sombra y penumbra mientras paseaban entre la hilera de árboles; la luz de la luna se derramaba a cuchilladas sobre el camino, tiñendo de blanco el tronco del árbol y el camino donde se detuvieron, sorprendido cada uno de encontrarse con el otro, paseando a una hora tan tardía. Ella había salido por la puerta de la cocina y él, eso creía ella, debió de salir por la puerta que llevaba al cobertizo. Pasaron de largo, como dos desconocidos. Si alguna vez hubo un momento para la reconciliación fue ése, allí, al abrigo de la noche suave, los árboles vestidos de primavera y el rumor de las hojas, tan distinto del alboroto invernal.

Ella continuó hasta la cerca, se encaramó y miró a las ovejas que dormían tranquilamente, aunque a veces se movían, y en alguna parte vibraba un arroyo feliz que parecía repetir la misma palabra: Irrawady, Irrawady, Irrawadddy.

Escena quinta

Un idilio.

Sucedió que, en una revista, encontró un pequeño anuncio en el que se ofrecía trabajo a lectores de manuscritos. Fue una sorpresa que la aceptaran, y así empezó su vida laboral, una relación con el mundo exterior, con el mundo de las letras, en la que Eleanora buscaba liberación.

Se entregó con ardor a su tarea, a la ilusión de abrir el sobre, de contar las páginas, a la esperanza de encontrar en ellas el mismo éxtasis que le habían producido las grandes novelas rusas: intrigas, bailes de máscaras, cielos de tormenta, amores difíciles y duelos. Pero aquellos manuscritos hablaban en su mayoría de vidas tristes y anodinas, no muy distintas de la suya, de ahí que sus informes fueran más bien escuetos, incluso condescendientes a veces.

Una mañana llegó su cheque, acompañado de una nota del director editorial, quien le decía que, en medio del desorden de su despacho y su interminable y deprimente correspondencia, se había topado con varios informes suyos, y qué ráfaga de aire fresco: una inteligencia nueva, aguda, nerviosa, femenina, extrañamente personal y, al mismo tiempo, sin miedo a sacar el cincel. Por sólo dos guineas ella le daba a la empresa más de lo que ésta arriesgaba, y, sencillamente, tenía que darle las gracias. Ella notó algo raro en esta nota, y no contestó.

El editor volvió a escribir; tenía curiosidad por saber quién podría ser esa persona; y en pocos meses habían desarrollado una intimidad.

> He vuelto a la oficina a última hora de la tarde. Los pasillos están oscuros y vacíos; hay toneladas de manuscritos, toneladas de papel roto, y el olor rancio del perfume de las secretarias. Diluviaba durante el camino, y, justo al salir de Albany Street, de pronto veo en el suelo la línea que indica claramente que aquí no ha llovido. He parado el coche y he salido para ver en qué dirección soplaba el viento. Venía de su país, y eso me ha hecho pensar en la bruma sobre las montañas, en grandes nubes

> nómadas reacias a cruzar el mar de Irlanda para posarse sobre la mancha de la ciudad de Londres y sobre mí. He pensado en usted, a quien nunca he visto.

Había salido de casa para volver a su despacho y pensar en ella, en el mismo momento en que ella había salido al bosque con sus cartas para leerlas a solas. Eleanora se decía que todo era inofensivo, que ambos podían ser como Swift y Stella, que se escribían desde distintas orillas del mar de Irlanda. Él le decía que escribirle le aliviaba de los «quizás» y de los «peros», de las tensiones de la vida editorial, y le pedía pequeñas descripciones de su vida, sin intención de ser indiscreto.

En una carta le preguntaba si había escrito algo aparte de sus sagaces informes, y en tal caso, si le permitiría leerlo. Eleanora le envió algunos textos, disculpándose por las divagaciones que contenían, pero su respuesta fue justo la transfusión que ella esperaba. Veía él en sus textos, a pesar de algunos desaciertos, una voz nueva, un nuevo enfoque, a una muchacha elegida por los ángeles. Y ella empezó a escribir como un manantial; sobre cosas pequeñas y cosas no tan pequeñas. El eczema que siempre le salía a su padre cuando juraba que no volvería a probar el alcohol, y los picores, que lo enloquecían; su madre exprimía naranjas, que no podían permitirse, para ponerlo de buen humor, y a ella le daba la pulpa con un poquito de azúcar; y esa noche de invierno, cuando un hombre con abrigo y guantes de cuero, probablemente un médico, vino a su casa para atender a una vecina; los gritos que llegaban del comedor; y al día siguiente la vecina se fue de allí y no volvió a saberse de ella. Hablaba también de Drue, el ayudante, que siempre le pedía un beso, un piquito, y le advertía que no se lo dijera a nadie. Todo esto bajo el techo de su marido y sin que él lo supiera; y su amigo, encantado con lo que ella escribía. Intercalaba sus elogios con comentarios sobre reuniones y comisiones, le describía a las personas que trabajaban para él: una secretaria muy tensa, un escocés de ánimo voluble que recitaba poemas de Iain Lorn, quien peleó contra Montrose en la batalla de Inverlochy y daba gracias a Dios porque los cadáveres de los Campbell, amontonados en los campos, nutrirían la tierra, y las llanuras y las montañas se volverían verdes y fértiles.

Pensar que dos meses antes no la conocía y ahora, mientras se peleaba con editores artísticos, responsables de publicidad y jefes de producción, buscaba sus textos, buscaba entre los montones de papeles sus informes, sus historias para que lo sacaran de su estoico resentimiento, para que lo alejaran del duro caparazón del dinero y los presupuestos, para recuperar su verdadero ser. En una carta decía

que ella le había hecho recordar un día de su juventud, cuando descubrió la literatura, tal como ella la estaba descubriendo, y tal vez, tal vez, con el tiempo pudieran conocerse y hablar de esto y de muchas otras cosas. Percibía en ella una tensión interna y deseaba apartarla de la dureza del mundo, pues sabía que éste ya le había clavado su cuchillo.

Sabía cómo se llamaba su marido y cómo se llamaban sus hijos, y siempre terminaba sus cartas enviándoles saludos. Hasta que un día llegó la carta incriminatoria. Se encontraba en Nueva York, en un viaje de trabajo, y le contaba que la noche anterior había ido al teatro, luego a cenar, después a un club, había bebido mucho whiskey, y había soñado con ella, y, separado por un océano, se atrevía a confesarle que estaba loco por ella, ahora, entonces y siempre. La había visto en su sueño, había visto el sol en el lago, mejor dicho, en el lago de su marido, la luz del sol tamizada por las hojas de los árboles de su bosque, la distancia azul y a ella azul, con los brazos delgados abiertos a la vida. Llevaba un vestido azul, calcetines de canalé blancos y zapatos de ante negros; el viento le alborotaba el pelo. Ella le preguntaba en el sueño por dónde se iba al centro de la ciudad, y se montaban juntos en uno de esos coches de caballos, y le decían al cochero que los llevara a Central Park. Veían un estanque helado que lanzaba destellos plateados y verdes, como un pabellón de baile bajo la luna verdosa, pero se despertó justo cuando le pedía que bailara con él.

El sueño de Eleanora no se correspondía con el de su amigo.

Cuando su marido le anunció que iba a vender la casa para trasladarse a Londres, ella apenas pudo disimular su alegría. Empezó el ajetreo de la partida: descolgar las cortinas, enrollar las alfombras, embalar la vajilla, etiquetar las cajas de libros, tan nerviosa que casi no podía creerlo. Aunque en sus sueños siempre viajaba. Un cisne blanco se le acercaba y la llevaba a lo que ella suponía que era Londres; se encontraba en un puente, con su hilera de farolas, y un desconocido, un hombre vestido con una toga, empezaba a enseñarle cartas con antiguas inscripciones en hebreo y le decía que debía descubrir el significado oculto de la palabra. En otro sueño, aún seguía en el supuesto Londres: una calle envuelta en niebla; un automóvil gris plateado, muy parecido al que su marido conducía como un demente, corría hacia una casa misteriosa y cerrada.

Ni Thackeray ni Dickens. Nada de salones de techos altos en los que resonaba la risa de lord Steyne y Becky Sharp, y tampoco ninguna señorita Flite con sus veinte jaulas de pájaros y su ronda diaria para

escuchar los interminables debates en la Cancillería.

Su nueva casa se encontraba en un barrio apartado que lindaba con un campo deprimente y envuelto en la neblina, un estanque inmóvil, de aguas verdes, y, clavada en un panel de madera, una lista sucia y casi borrada con las especies de peces que el lugar contenía. Era una casa adosada sólo por un costado, con falsas ventanas y tejado Tudor, y un pequeño jardín delantero con rosales desordenados, idéntica a todas las demás que salpicaban la colina. Una ventanilla separaba la cocina del comedor, para pasar los platos, y el suelo de linóleo que pisoteaban los niños, como un tablero de damas, preguntaba lastimeramente cuándo volvería a casa la familia, los anteriores propietarios.

Eleanora no se apresuró a ver a su amigo porque temía el momento, y siguió poniendo pobres pretextos; tenía que instalarse y llevar y traer a los niños del colegio. Aunque a veces se anticipaba a aquel encuentro y se acercaba hasta aquel lugar. Cuando acostaba a los niños y aún quedaba un poco de luz, paseaba unos dos kilómetros hasta la carretera principal, por donde cada veinte minutos pasaba el autobús que llevaba a la estación. Leía el horario y se imaginaba que subía al autobús, bajaba y cogía el tren; llegaba a la estación de Waterloo y allí tomaba el metro, hasta el ruidoso lugar donde él la estaría esperando. ¿Qué pensaría de ella? ¿Qué pensaría ella de él? A veces, en aquellos paseos sin rumbo, saludaba a algún vecino, charlaba con una profesora que vivía tres puertas más abajo y que le daba su tarjeta, por si sus hijos necesitaban clases particulares. Una tal señorita P. Trevelyan, una mujer tímida, con su cuello de armiño blanco y sus guantes de cuero blancos que hablaban de tiempos mejores, pero que todavía se entusiasmaba al hablar de dos actores famosos a los que había ayudado a establecerse en el teatro.

En el escaparate de una agencia había carteles escritos a mano: gente que buscaba trabajo, gente que buscaba amor, que buscaba muebles, y uno que le llamó la atención, que le pareció especialmente triste: «Viudo desea deshacerse de la ropa de su mujer recientemente fallecida. Como nueva. Llamar por las noches».

A la hora de cenar, su marido hacía ripios o rimas: alevosa y celosa rimaba con esposa, que sobornaba a los niños con caramelos y pistolas de juguetes para fastidiar al padre, para robarle el amor de sus hijos, para que le tomasen manía y lo asociaran con obligaciones como tomar el aceite de ricino o lavarse los dientes y hacer sus deberes. La madre absorbía a los niños todos los días en su incubadora emocional, que rimaba con manipuladora. Los niños no eran sordos a estas pullas, pero se las tomaban como niños que eran: o se morían de risa, o

ponían caras, o miraban al vacío, como si flotaran. Preguntaban las adivinanzas que ya se sabían: «¿Qué arco no puedes atar? El arco iris. Jijiji». Y cuando uno respondía primero, el otro le amenazaba con extinguirlo: «Mi pistola es más grande que la tuya, y te liquidaré con ella». El menor de los hermanos leyó la redacción por la que le habían dado una estrella de oro:

> Estaba jugando en un parque, rodeado de manzanos jóvenes, y los niños usaban los árboles como porterías. Los manzanos estaban llenos de color, y daba pena ver cómo los golpeaban con el balón de cuero duro. Yo llevaba una lupa en la mano, y una niña me la quitó y se marchó corriendo; yo salí tras ella, pero cuando volví ya había sonado el timbre del almuerzo y tuve que entrar. La niña empezó a lanzarme manzanas para que yo se las devolviera.

Su hermano dijo que la niña se llamaba Eustace, y entonces empezaron a decir nombres raros de niñas.

Pisacharcos. Dominica. Hiloyaguja. Vallarrota. Chapucera. Camomila. Nombres relacionados con tareas, juegos o problemas. Había allí viejos muros de ladrillo con venas de hiedra y asfixiados por la maleza; en otras partes, ladrillos cálidos combinados con piedra y con ladrillos más nuevos, rubios; y un bullicio que contrastaba con la monotonía y el tedio de su barrio.

Su amigo la reconoció nada más verla. Robusto, cordial y tan efusivo en sus gestos que consiguió tirar los platos que una camarera llevaba con mucha precaución. En esos instantes de aturullamiento, Eleanora sintió una pequeña sacudida. Desaparecido el misterio que habían construido uno en torno al otro, veía ante sí a un hombre de bigote muy fino, como el ámbar, y un porte tan caballeresco que le recordaba a esos oficiales de las obras de Chéjov, llenos de deseos románticos pero imposibles, y tampoco ella era la visión azul de su sueño.

—Al fin. Al fin. ¿Cómo es que había podido vivir sin conocerla? Ah, dioses, ah, dioses envidiosos y esquivos.

Están en un reservado, separados del resto de la gente por un panel de madera, y tienen a la vista barriles de madera, mazos de madera, cestos de madera y fotos de muchachas descalzas y risueñas, de vendimiadoras en Kent. Él le señala a los clientes habituales. El hombre del gorrito negro que dice ser sobrino de Marc Chagall y que en algún momento se ofrecerá a retratarla por un módico precio. Otro

hombre de grandes barbas rojas, que era un gorrón y no tardó en probar suerte con ella, y al ver que ella negaba con la cabeza la llamó zorra de los pantanos. Y su amigo le contó que el de la barba roja había publicado un pequeño volumen de versos veinte años antes, y que vivía en un estado de pobreza y mal humor crónicos.

Ella no se atrevía a hablar de su vida familiar. Prefirió decir que había llegado con mucha antelación y había estado en un pequeño museo. Allí, entre las fotos y los dibujos en sepia, se había enterado de que en el año 51 después de Cristo el emperador Claudio necesitaba una victoria y decidió invadir Inglaterra. Trajo consigo elefantes para asustar a los bretones, pero perdió a miles de legionarios en los pantanos. En aquellos tiempos, le contó a su amigo, todo era de hierro: las armas, las lanzas, las catapultas, hasta las plumas; y las palabras, dijo, se tallaban con la punta de una plumilla de hierro en tablillas de madera, y qué severas debían de ser.

Él la miró con compasión y dijo:

—Nosotros no somos de hierro… ni mucho menos. Somos nosotros… y estamos aquí. —Pidió entonces un vino tan caro que antes de beberlo había que dejarlo reposar, y mientras esperaban insistió en que se tomaran una copita de whiskey de malta.

Tenían delante dos platos con filetes y pastel de riñón en una especie de huevera invertida para evitar que se desmoronara; no los habían tocado. El vino. Eleanora estaba un poco aturdida por el vino. El humo de los cigarrillos ascendía formando volutas y daba a los rostros colorados de los camareros un brillo sepulcral.

Una vez en la calle, dejaron pasar varios taxis, conscientes los dos de que debían decir algo, pero ninguno lo dijo. Ella se disculpó por no poder verlo a menudo y acordaron que lo llamaría por teléfono desde la pastelería que había cerca de su casa todos los lunes. Él pagó al taxista una suma generosa y le pidió que llevara a la señora hasta la puerta de su casa, pues era una mercancía muy valiosa. Ella prefirió recorrer a pie el último tramo del camino, para evitar las sospechas de su marido, y se sentía levitar; era como si el suelo se moviera bajo sus pies, y el campo circundante dejó de ser un matorral deprimente para convertirse en un escenario de serpenteantes candilejas azules. En ese momento sintió la euforia que debiera haber sentido cuando estaba con él, y revivió cada instante.

Recibió carta de su amigo pasados unos días; el cartero se la entregó cuando volvía de dejar a los niños en el colegio. Se detuvo a leerla en el puente, saboreándola intensamente:

Fue maravilloso y fue terrible. Tú, a quien todos los grandes

bardos deberían cantar, y los dos interpretando esa estúpida pantomima, incapaces de decir nada más allá de sí o no, si filete o pastel de pescado. Pero ¡qué cerca llegamos a estar en ese rincón, envidiados por todos los presentes, que nos veían embelesados! Yo no quería que te fueras. Tú no querías irte. Al llegar a mi despacho vi que había cogido un abrigo y una cartera que no eran míos, y tuve que volver al restaurante. El propietario del abrigo seguía bebiendo en la barra y señaló que su prenda de cachemira era muy superior a la mía, «querido amigo». Y mi maletín estaba en poder de esa camarera tan simpática, que me dijo que no le sorprendía mi despiste, pues había visto cómo me brillaban los ojos. Era cierto. La mujer que estaba sentada frente a mí los iluminaba con los suyos. ¿Y qué hacemos ahora? Trabajar, trabajar y trabajar: la receta de Thomas Carlyle para la melancolía. Nunca he conocido a nadie tan… tan…, pero ¿qué más da? Tú sabes lo que siento.

Fielmente recibía dos, tres o cuatro infieles cartas a la semana; cartas llenas de palabras de amor, en las que, según decía él, era su corazón quien le hablaba, quien se desbordaba. Eleanora las guardaba en una bolsa de cocodrilo vieja, colgada en un perchero del vestíbulo detrás de una cazadora, y cuando las cartas fueron descubiertas, se preguntó por qué había sido tan descuidada, por qué no las había escondido mejor.

Se acercaba la Navidad, y el sello, que no olvidaría jamás, era una imagen de Santa Claus, tambaleándose bajo una fuerte nevada.

La carta empezaba diciendo «Ángel mío», y en ese mismo instante ella presagió la catástrofe. Siguió leyendo:

Me ha escrito tu marido. Me entregaron su carta en mano, y no paré de temblar mientras la leía y la releía, desde la primera hasta la última frase. Está muy enfadado, lo cual es comprensible; dice que me va a saltar los pocos dientes que me quedan. Al parecer te siguió al restaurante el día de nuestro primer encuentro, pues sabía dónde nos sentamos y qué vino bebimos. ¡Qué perra es la vida! La felicidad se nos ofrece con cuentagotas, y la desesperación, a toneladas. Ha sido una estupidez y un gran error por mi parte no haberlo previsto. Estoy muy angustiado por la posibilidad de haber podido hacerte daño, y siento un nudo en el estómago cuando pienso en tu familia. Tenemos que solucionarlo. Escribiré a tu marido y le diré abiertamente lo que ya sabe: que te quiero —¿quién

podría no quererte?— y que te he ofrecido mi ayuda como editor. Debemos aprender a guardar nuestros sentimientos bajo llave, a controlarlos, a no dejar que estallen como una hoguera. Ha sido todo completamente inesperado. Es como si estuviéramos en el borde de un volcán, y en cierto modo siempre seguiremos estando allí, pero no debemos caer en el cráter. A pesar de mi tristeza, me estremezco de dolor al pensar en la sombra que ha caído sobre tu familia; pero se marchará con el tiempo. Escribe tu novela. Haz eso por mí. Será el puente que nos una, y me harás muy feliz.

Esa noche Eleanora dejó la carta encima del plato de su marido cuando se sentaron a cenar y le dijo: «Hazme frente». Había croquetas, demasiado saladas, y coliflor gratinada, que se le había quemado; su mejor fuente de homo estaba a remojo en el fregadero. Los niños, que presintieron la tempestad, se atrevieron a ridiculizarla, y abandonaron la mesa diciendo que iban a terminar la lista que estaban haciendo para la Navidad; los dos querían un reloj con cronómetro y un telescopio para estudiar las estrellas y disparar contra ellas desde el balcón.

Su marido no la miró una sola vez; se limitó a leer la carta y luego se acercó a la chimenea. Ella lo siguió.

Se quedaron de pie, como petrificados. Observaron en silencio el pequeño espectáculo de las llamas azules que se cimbreaban sobre la parrilla. La carta prendió y se arremolinó un instante, como si el autor de aquellas palabras formulara una objeción; pero no tardó en consumirse; se convirtió en una mancha de ceniza gris y plateada, y cayó como un pájaro de las ramas musgosas del manzano que los niños habían traído del jardín cuando el árbol fue derribado.

Escena sexta

Su madre llevaba algún tiempo prometiendo a Eleanora que pronto iría a verla. Añoraba a los niños, y las cartas que le escribía eran un estímulo para ella, pero también añoraba la cara de la princesita.

Llegó cargada de regalos, de bizcochos, de mermeladas y de salsas, de jerséis de la isla de Fair para los niños, con los colores del mar, y de fundas de almohadón bordadas con motivos celtas en tonos índigo y púrpura, que eran las tintas empleadas antiguamente. A su marido le llevó una botella de jerez seco, que él no descorchó. La pusieron en la repisa de la chimenea y con el tiempo su cuello se fue llenando de gomas de colores.

Londres era extraño para su madre, menos cordial que Brooklyn, y echaba de menos el acento gangoso de Estados Unidos, pero le encantaban las tiendas y se pasaron tres días pateando una calle bulliciosa y magnífica, mientras Dilly debatía si el regalo que su hija insistía en hacerle debía de ser un abrigo de piel de camello, que le haría un buen servicio, o uno de astracán gris con el cuello muy grande, mucho más chic.

Una noche cenaron las dos solas en un restaurante iluminado con una luz tan tenue que Dilly se sintió como si estuviera en la cueva de Aladino. Se mostró juvenil, expansiva y no hizo ningún comentario cuando Eleanora se bebió un cóctel con una flor dentro. Estaba maravillada con la presentación de los platos que les sirvieron de entrantes, de los que admiró sus flores pintadas, y aseguró que le daba pena despedirse de ellos. Y lo mismo sintió al ver la campana de cristal que cubría el cordero con especias, cuando comentó qué detalle, qué detalle, y luego intercambió recetas con el cocinero, que era la cortesía personificada, aunque no entendía una sola palabra. El tocador de señoras, que así se llamaba, olía a gardenias, y quiso preguntarle a alguien con qué lo habían perfumado. En el taxi de vuelta a casa aseguró que aquél había sido el mejor momento de su vida, y sin embargo poco después decidió marcharse varios días antes de lo previsto. Todos se mostraron muy correctos e hicieron planes

para nuevas visitas de unos y otros, y justo antes de irse, Dilly le dio a Eleanora una botella de agua bendita para que rociara con ella a los niños, que estaban sin bautizar.

Mientras le decía adiós con la mano desde el andén, Eleanora pensó en lo que no se habían dicho, en cómo había guardado ella las distancias, por la sencilla razón de que temía que su madre se derrumbara por completo si le hubiera confesado lo infeliz que era su vida.

Escena séptima

El lilo en su jardín y el laurel en el jardín contiguo, con velitas rojas y amarillas que cabeceaban discretamente, sin ostentación. La señora Humphries, la vecina de al lado, se asomó a la valla y le preguntó si podían hablar un momento. Eleanora se acercó, temiendo que los niños hubieran vuelto a lanzar la pelota y estropeado sus begonias naranjas y rosas. Pero se trataba de una charla amistosa. La señora Humphries tenía una sorpresa. La llevaba dentro de una sombrerera redonda y era un postizo rubio caoba, tan natural que parecía una cabeza pequeña, el propio cráneo de la vecina. Su gloriosa melena, que su marido adoraba, y cuando ella se la cortó en contra de su voluntad, él insistió en que la convirtiera en una buena peluca, para que pudiera seguir admirándola. Llamaba la atención en la cena de Navidad; mientras las demás mujeres presumían de sus vestidos y de sus joyas, ella lucía su gloriosa melena, y ahora, al verla a la tenue luz de la tarde, la señora Humphries evocaba un montón de recuerdos, volvían a ella imágenes de su niñez en el norte de Yorkshire, de cuando se vino a Londres y se colocó de doncella en un hotel de Marble Arch, de la suerte que tuvo al conocer a Hubert, que venía al hotel dos veces al mes desde unas bodegas de Saint James para llevar los pedidos de vino, y en una de sus entregas la conoció a ella, a su moza de Durham. Se llamaban pichón el uno al otro. Su primer viaje en tren para conocer a los padres de ella, los bailes, su primer beso en el viaje de vuelta, cuando el tren se detuvo para entrar en Liverpool Street; el anillo de compromiso que, aunque pequeño, era carísimo; los preparativos de la boda, los nervios, y los gastos aliviados en parte porque al señor Humphries le permitieron llevar su propio vino, y eso que el muy tacaño del hotelero había cobrado por el descorche. Su luna de miel en Bognor Regis, el pelo de ella chafado por un aguacero, y cómo se lo alisó con la plancha, y su marido encantado de verla planchar la larga melena sobre un escritorio, lamentando no ser un artista de caballete y pincel.

La señora Humphries tuvo que insistir mucho para que Eleanora

tocase el postizo, y más de una vez se vio obligada a repetir lo precioso que era. Lo había pensado mucho y había tomado una decisión. Brenda, que así llamaba a su peluca, se parecía al pelo de Eleanora, tenía los mismos brillos, y le pedía que lo aceptara. Brenda tenía que ser para ella, pero por nada del mundo debía caer en manos de los niños. Debía guardar a Brenda en su sombrerera, ahuecar de vez en cuando los mechones de pelo liso, y cuando fuera a ponérsela ajustarla muy bien, asegurarla con mucho cuidado al cabello natural para que no se la llevara una ráfaga de viento. Eleanora vacilaba. La señora Humphries se mostró inflexible. Brenda volvería a ocupar su lugar en una galaxia de deslumbrantes invitados, pues así imaginaba la señora Humphries la vida social de Eleanora.

Desde ese día floreció su amistad.

Los viernes, cuando Eleanora hacía esos bizcochos esponjosos que sus hijos devoraban, cortaba un trozo para su vecina, lo envolvía en papel manteca y lo dejaba en el alféizar de la señora Humphries. Nunca llamaba a la puerta, pues le parecía indiscreto. Al día siguiente o un par de días más tarde, encontraba una nota de agradecimiento en la que su vecina le decía que el pastel estaba delicioso con el café de la mañana, un ritual que la señora Humphries celebraba en memoria de su querido Hubert; y siempre añadía que el café embotellado y aromatizado con achicoria era sin duda lo más cómodo para la gente que vivía sola. En una carta le pedía a su nueva amiga que no se compadeciese de ella por nada, que era bastante feliz, que hablaba con Hubert dos veces a la semana en sus sesiones de espiritismo.

Fue unos meses después cuando se produjo la fisura. El trozo de bizcocho semanal no fue aceptado y, desde la ventana del piso de arriba, Eleanora vio que el jardín de la señora Humphries estaba destrozado; los rosales que no estaban sujetos con rodrigones se habían doblado, y la mesita estaba tirada sobre el césped. Vio también a su vecina, con un gorro impermeable, golpeando las flores y los arbustos, hablándoles con un tono sermoneador. Y con ese mismo tono fue convocada Eleanora a una hora intempestiva de la mañana. Que le devolviera su peluca. Le había surgido algo importante, una reunión con vinateros, que iban a entregarle a Hubert la copa de plata de Sajonia, y él insistía en que su mujer acudiera.

En el momento de coger la sombrerera, la señora Humphries levantó la tapa y comprobó que tenía razón, mejor dicho, que sus cavilaciones estaban más que justificadas. Brenda se había sentido muy sola; ni siquiera le habían retirado el papel de seda. Brenda no había sido el centro de atención, tal como correspondía. Y se marchó con su peluca, reprochando la ingratitud de la gente y prometiéndole

a Brenda una feliz vuelta a casa.

Esta pequeña transacción era un ejemplo de sus pequeñas vidas en sus pequeñas casas y sus pequeños jardines, donde sus corazones encogían día tras día al detectar los unos en los otros las pequeñas maldades en lugar de su mutua infelicidad.

Escena octava

Había pasado un año.

Finales de mayo. Los plátanos estaban en flor, el polvo cargado de polen, una quimera en el aire; peonías rosas y blancas, de bordes rizados, se exhibían en racimos de cinco en la puerta de la frutería, con sus yemas gordas como huevos.

Su marido apareció en la puerta de la habitación de los niños, donde ella había estado escribiendo su novela, sentada en el amplio alféizar de la ventana. Allí estaba el libro terminado, con una pluma de pavo real ceremoniosamente posada sobre el montón de folios.

Hermann estaba pálido y demacrado, pero sus ojos ardían como si tuviera brasas incandescentes incrustadas allí dentro, y aunque iba en pijama, se había puesto encima su chaqueta de moer marrón. Eleanora pensó que se había puesto el despertador temprano para entrar allí con intención de confirmar sus sospechas, cuando calculaba que ella habría salido.

—Veo que has cumplido tu objetivo —dijo.

—Todavía no lo sabemos —respondió ella, en plural, para apaciguarlo.

—Se termina de escribir un libro sin ningún respeto por el marido; una absurda epopeya de infancia lacrimógena está a punto de ser enviada a un chulo sin permitir al marido que pueda corregirla —dijo él, hirviendo de rabia.

—Tus correcciones serían superficiales —dijo ella, temeraria, aunque temerosa.

—Ah, por favor, ilumíname…

—Una vez escribí: «Era una carretera comarcal de alquitrán muy azul» y tú lo tachaste, dijiste que no existía nada parecido a una carretera azul.

—Porque no existe —dijo él, enfurecido.

—Sí existe —respondió ella, con la misma furia.

Fue demasiado, todo en general era demasiado. Hermann cruzó deprisa la habitación y se detuvo junto al alféizar para contemplar la

prueba de la traición; le había traicionado, a él, que tanto se había esforzado en enseñarle, que había renunciado a su propio talento para que ella pudiese desarrollar el suyo, él, que sabía mucho más de gramática, de sintaxis, de estilo y de narración de lo que ella podría llegar a aprender en un millón de reencarnaciones; estaba aterrado ante la visión del libro, finalmente concluido.

—Rómpelo…, quémalo si es lo que quieres —le desafió Eleanora.

—Es demasiado tarde para quemarlo… Ese editor tuyo, ese zopenco, ese chulo, ya ha visto algunos capítulos, ya lo ha adulado. Tuya es la voz de tu gimiente raza, oh, maravilla, oh, profunda iniquidad diabólica; te ha hecho creer que escribes como un ángel, a ti, que cuando te conocí no sabías hacer la *«o»* con un canuto.

—Tú me odias, ¿verdad?

—Vaya, ya vuelves a tu histeria, a presentarte como la que tiene defectos, como la odiada…, la pobre víctima.

—Me odias; no puedes disimularlo.

—Yo no lo llamo odio…, lo llamo despertar. Tú eras la chica a la que elegí: pura, leal, sin contaminar, una esposa ejemplar; y de pronto me encuentro con una intrigante que conspira para alcanzar sus repugnantes ambiciones bajo la rúbrica de la poesía. ¡Qué burla! ¡Qué matrimonio!

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó ella, atreviéndose a buscar la mirada de su marido.

—El que quiera comerse el fruto debe partir la cáscara.

—Escribe tus cosas… y deja de machacar las mías —dijo ella, en tono triunfal.

Fue demasiado; algo se destapó dentro de él, liberando el desequilibrio y la violencia. Estaba de pie, inclinado sobre el montón de folios, con las manos extendidas, como si quisiera eclipsarlos, y casi sin darse cuenta las palabras salieron de su boca.

—Nunca te perdonaré que lo hayas hecho.

Eleanora salió de la habitación sin preocuparse siquiera de que él pudiera destruir el manuscrito, porque se sentía eufórica, como si llevara toda la vida esperando ese momento.

Se sentó junto al estanque. A unos metros se encontraban dos pescadores, sentados en sus sillas de tijera, en completo silencio, lanzando la caña una y otra vez sin ningún resultado. Hacía calor, bochorno; el agua apenas se movía y había enjambres de insectos diminutos de color amarillo mostaza, como el polen. Empezó a rescribir su libro mentalmente; el aire mudo se llevaba las palabras y las frases, página tras página, como si una bobina se desenrollara en su interior.

Los pescadores hicieron un alto para tomar el té que llevaban en termos, y se pusieron a charlar. Los oía, aunque estaba lejos de ellos; sus voces le llegaban como en un sueño, le resbalaban, mientras ella llenaba cuartillas sin parar.

—Fue en el río Blackwater, en el sur de Irlanda —dijo uno.

—En el río Blackwater, en el sur de Irlanda —repitió el amigo, en tono sombrío.

—Solté casi todo el sedal. Le dejé que corriera y que corriera.

—Le dejaste que corriera —repitió el amigo.

—Pasaron algo más de cinco horas, casi seis, hasta que lo vi aparecer…, vi la panza blanca… y supe que el juego había terminado…, supe que había picado.

—La panza blanca.

—Me llevó casi una hora recogerlo…, cinco kilos pesaba. Y resultó que era un pulpo.

—Un pulpo…, y llamaste al cura…

—Menuda noche en el bar…, una captura récord.

—Gran noche en el bar, ¿eh?

—Gran noche…, lo que llaman un *ceilidh*[2]

Cuando Eleanora se levantó, los pescadores volvían a estar en silencio; sus cañas se agitaban inútilmente sobre el limo verde, casi luminoso, bajo los lánguidos sauces.

La puerta del garaje estaba abierta y el coche de su marido había desaparecido. Encontró el manuscrito sobre la mesa de roble del recibidor, junto a un gran sobre marrón; era su manera de indicarle que le daba permiso para enviarlo.

Escena novena

Ella le había robado lo que legítimamente le pertenecía. Estaba convencido. Recordó en voz alta lo que se proponía escribir, lo que debería haber escrito, lo que no había escrito para ayudarla a ella.

Su diario, que no se molestaba en esconder, llevaba por título *La pequeña Eleanora*.

> Nos mudamos a Londres porque ella odiaba el campo y quería conocer gente, y allí encontró a su Lothario, loco por ver impreso un bodrio caprichoso y sentimental que, de noche, cuando ella se acostaba, yo me tomaba la molestia de perfeccionar. Había cambiado mi querida casa del lago por un barrio gris de Londres, ¿para qué? Al parecer para que mi mujer pudiera tener un romance con su editor, que así le publicaría sus libros. La maquinaria empezó a funcionar a pleno rendimiento; la campaña de promoción fue una payasada mayúscula: se imprimieron folletos con fotos de ella, con su nombre impreso en grandes caracteres, en los que se elogiaba lo que yo había reescrito una y otra vez, capítulos enteros de principio a fin, cuando ella perdía fuelle o manejaba puerilmente las escenas difíciles.
>
> Poco después de casamos ella empezó a tener fases de celos histéricos que se convirtieron en una pauta regular, y yo no tardé en tomar conciencia de su cambio de personalidad, un cambio de naturaleza esquizofrénica, con profundas depresiones y peleas, sentimientos de persecución, estallidos periódicos, hasta que decidió que su marido no era amable, que no era bueno, que era «cruel». Desarrolló un mecanismo de engaño y egoísmo compulsivo, de paranoia y de celos que, naturalmente, empezaron a minar una relación que pudo haber sido lo único que la salvara en su vida. Se dejó llevar sin tregua por la enfermedad, por una vanidad y una ambición malsanas.

Yo no podía hacer nada para detenerla. Ella quería ver su nombre en luces de neón. Tarde o temprano uno tiene que afrontar las consecuencias de sus actos. Ver la transformación que se fue operando en ella con el paso de los años, desde la chica a la que conocí o, mejor dicho, a la que no conocía, a esa especie de monstruo en que se había convertido; fue como presenciar la lenta agonía de un moribundo sin poder evitarlo.

Estoy seguro de que a veces se odia a sí misma —tiene que ser así, al ver el daño que está haciendo a los demás—, pero estos fugaces momentos de revelación infantil son muy breves, pues su patología está profundamente arraigada. Es incapaz de ahondar dentro de sí misma, de salir del agujero de su propia carnicería emocional; pero como ha mamado esa astucia de los campesinos, se aferra a lo que tiene, quiere seguir casada, y ¿por qué? Porque de lo contrario no sería nadie. Esas majaderías que escribe y que está decidida a publicar, porque hay idiotas tan crédulos como ella dispuestos a leerlas, esa basura sólo resulta soportable gracias a que su marido la pule, gracias a que la hace inteligible.

Hay un refrán que dice que todos somos responsables de la cara que tenemos a partir de los cuarenta. A los veinticinco, ella ya tiene una cara y un aspecto vulgares. Su flor se ha marchitado. No es amada ni puede serlo, porque su vida consiste en utilizar a los demás sin ningún escrúpulo. Me utiliza a mí, y estoy seguro de que con el tiempo también utilizará a mis hijos, para manchar mi apellido.

Escena décima

Esa mañana de verano, cuando se reunieron en la estación de autobuses, donde esperaban amontonados, mirándose con la timidez y la cautela de la gente que no está acostumbrada a viajar, Eleanora le oyó decir a una mujer: «Mavis, creo que verás grandes cambios en todos nosotros antes de que haya terminado la semana», y le pareció una especie de profecía.

Algunos miembros del grupo se conocían, pues trabajaban en la misma fábrica de Dundee, y bromeaban entre sí: qué hay, John; qué hay, Muriel; qué hay, Geordie. Otros procedían de distintos lugares de Inglaterra; los hombres ligeramente envarados y silenciosos, con sus mejores trajes; las mujeres, con vestidos de flores, permanente y sombreros de paja, rebuscaban en los capachos y se preguntaban si habían olvidado esto o lo otro, y se mostraban aliviadas al encontrar el frasco de pastillas o la labor de ganchillo. Dos mujeres se entusiasmaron al saber que se llamaban las dos Violeta, lamentaron que el nombre hubiera pasado de moda y decidieron que en el viaje serían Violeta Uno y Violeta Dos. Jesse, un joven con cazadora de cuero, un arito de oro en la oreja y una correa de cuero en el cuello, no paraba de temblar, mordía su cigarrillo y trataba de disimular los nervios dirigiéndose a todos con el mismo saludo: «Todo bien, John; todo bien, Muriel; todo bien, Geordie».

Bajo la sucia marquesina de cristal de la estación, nadie adivinó lo agobiante que sería el viaje, lo claustrofóbico, las voces chirriantes, los roces por cualquier nimiedad, el resentimiento posterior, los alojamientos sin ningún encanto, los comedores oscuros donde protestarían por la comida que les servirían, los dormitorios como celdas, separados por tabiques de papel, los madrugones con el canto del gallo para emprender la siguiente etapa de un recorrido sofocante.

El guía, Gianni, con el pelo negro como el tizón y los ojos negros y dulces, se ocupaba de todo, se presentaba a todo el mundo, ayudaba a las mujeres más torpes a subir los escalones —«Lo que usted quiera, señora; usted primero, señor»—, siempre obsequioso, con su traje

blanco inmaculado y un clavel en el ojal. Su discurso de bienvenida, su «*Wilkommen*», según dijo, fue casi histriónico; era un privilegio viajar en compañía de ingleses y escoceses, quienes, sin duda, hacían honor a su legendario espíritu de conquista. Era fascinante para él despertarles a una nueva vida, a nuevos sueños y nuevos lugares, galerías de arte, iglesias, restaurantes, el paisaje agreste, la flora y la fauna, los glaciares y las cumbres, el descanso y el relax en su castillo alpino, donde respirarían el aire puro de las montañas, por no hablar de la alta cocina y los *tête-á-tête* a la luz de las velas.

Las vacaciones fueron idea de ella. Otras parejas se iban de vacaciones, otras parejas se reconciliaban en vacaciones, las vacaciones eliminaban el veneno de la vida cotidiana. Los niños se pusieron eufóricos al saber que se irían con la abuela, seguros de que su casa en el árbol seguiría intacta y de que volverían a vivir la magia de veranos anteriores. Hermann se ocupó de todo y Eleanora sólo sabía que recorrerían varios países de Europa y que la etapa final sería un hotel de montaña en Suiza, todo por una suma insignificante.

Barrios de la periferia londinense, algún que otro parque, calles empinadas con casas de pompas fúnebres y sastrerías a medida, una tienda de patatas fritas, un cine, otra tienda de patatas fritas, y por delante el continente en el que casi ninguno de ellos había estado antes, aunque el padre de un miembro del grupo había combatido y muerto en Flandes. ¿Visitarían los campos de Flandes? Nadie lo sabía.

Su marido había recostado la cabeza en el asiento y se había cubierto los ojos con un pañuelo, pero hasta en sueños se sobresaltaba cuando su brazo se rozaba con el de Eleanora. El conductor, que quería deshacerse de ellos lo antes posible, conducía como un loco y el autobús parecía un animal en fuga; los árboles se deslizaban ante sus ojos sobre el horizonte por carreteras traicioneras con curvas traicioneras, y se oían gritos y peticiones de que condujera más despacio, y una vez el vehículo viró bruscamente y casi atropellan a un grupo de ciclistas, un grupo de caballeros con idénticas armaduras negras, que, atados a sus resplandecientes bicicletas, levantaron los puños al conductor, profiriendo una retahíla de insultos.

Y así siempre, y a veces Eleanora tenía la sensación de que estaban regresando, de que volvían a pasar por los mismos campos de heno y de maíz, de amapolas rosadas y escarlatas que pasaban zumbando; mujeres con pañuelos en la cabeza dobladas sobre la tierra, un ave solitaria, un halcón o un águila ratonera, muy alta en el cielo, casi inmóvil en el resplandor del sol. Las granjas acogedoras, con tejados de coral entre huertos de manzanos, y en las callejuelas de los pueblos los peatones corrían a refugiarse al paso del autobús, que dejaba a su

paso densos remolinos de polvo.

Una hora de viaje. Toda una vida. Los pueblos cerrados y somnolientos. *La estepa* de Chéjov por toda compañía. Estás en compañía de Yegorushka, ese chico tan listo de nueve años que mira y escucha, y del descarado cochero Deniska, con un grupo de comerciantes y unos cuantos sacerdotes que se explayan sobre la vida y el conocimiento. Los petreles cantan alegremente, las avutardas combaten o se aparean en el cielo azul, los infinitos colores de la estepa, las llanuras parcheadas, los molinos como velas, y de noche, en los patios de las posadas, alrededor del fuego, esas historias de salteadores que hielan la sangre, porque todo es desconocido y nuevo, aún más desconocido a causa de la niebla o de la luna o de la tormenta, pensamientos de cielo y pensamientos de hierba, porque la nostalgia y el asombro de Yegorushka resultan contagiosos, y de pronto, como una revelación, los peores momentos de tu vida, los más ridículos y pueriles, se despliegan ante tus ojos, y te vuelves hacia tu marido, que es tu enemigo, que casi se ha despertado, que adivina tus delirantes e inútiles planes para abandonarlo, para robarle a sus hijos, para envolverlos con las telas del olvido, y con un tono acaso teatral dices: «A las estepas, pues hay muertes que ejecutar allí»; y él guiña un ojo con maldad de sátiro.

Escena undécima

Eleanora ha descubierto una pequeña habitación privada, con la puerta acolchada, que impide el paso de ruidos e intromisiones. Ha entrado allí e incluso se ha servido un licor de pera, que ha encontrado en un armario.

Georgette, la altiva patrona, se ha retirado con Gianni, que empieza a soltarle el pelo mientras suben las escaleras.

Eleanora pasa un buen rato sentada, liberando la crispación del día, el calor, las caminatas por calles, callejuelas y recintos; la guía, una experta según Gianni, les ha hecho disfrutar, a ella y a los pocos incondicionales que han querido participar en la visita histórica para contemplar esa fortificación, este hermoso pórtico, aquel blasón de piedra, deteniéndose ante edificios con escudos de armas que datan de la edad de oro de Amberes, hace ya muchos siglos. Y después a los museos, salas y salas llenas de cuadros, pinturas de animales y de frutas, de pájaros muertos, los verdes y rojos vivos de sus plumas tan reales, y los perros de caza, insaciables, siniestros y sedientos de sangre.

Ha sido un día muy intenso. Tramos y tramos de escaleras, calor, una pausa para tomar aire, los hombres con pañuelos en la cabeza para protegerse del sol, con una pinta ridícula, las mujeres hinchadas, agotadas, y ella hinchada y agotada; naves, coros, criptas, una infinitud de sufrimiento sagrado, las manos retorcidas y cerúleas de un mártir en un relicario, los magníficos rojos de los trípticos, Cristo portando la cruz, Cristo encontrándose con su afligida madre, Cristo crucificado, los regueros ocres de sangre coagulada, Cristo bajado de la cruz, mujeres que lloran y el descaro de una virgen en particular, según señala la guía, que no es fruto de la mano del maestro sino de otro pintor, como la manga derecha de María Magdalena.

En el interior de una de las iglesias más grandes se ha mareado, ha tenido que sujetarse a un banco, y justo cuando creía que se le estaba pasando, los ángeles de alas azules han empezado a tambalearse en el techo, a caer de sus perchas de nubes, mientras ella caía y se

desplomaba sobre las baldosas oscuras, casi invisibles, y todos corrían a ayudarla: Violeta con sus sales de olor, otros con abanicos; todos atribuyen su desvanecimiento al calor, a un golpe de calor, al café fuerte, al que no está acostumbrada, pero ella sabe que es otra cosa. Sabe que tiene que ser ladina para dejar a su marido, pues ambos se han alejado demasiado de la senda de la razón.

Sube al piso de arriba y, al oír distintos ronquidos, les pone nombre a cada uno.

Hermann está dormido. Eleanora se acuesta en la otra cama. Las campanas redoblan sin cesar en varias iglesias, rasgan el aire, campanas duras como el metal, lozanas y frescas, que ahogan con sus repiques más fuertes a los más débiles, y las ratas corretean por detrás de los paneles de madera, llenas de júbilo y de delirio, sus pisadas ligeras pero amenazantes, un arañazo, y ella las imagina royendo la madera para abrirse camino, escupiendo la pulpa, y las campanas suenan más fuertes, más lozanas, mientras Eleanora farfulla para sus adentros, comprende que la avalancha de imágenes, de sonidos y de calor del día amenaza con devorarla, y repite mentalmente los clichés de la experta guía, por sujetarse a algo:

> La achicoria es una variedad de la endibia belga, que se toma preferiblemente hervida. Leopoldo II decidió crear una colonia belga en África. El primer pulidor de diamantes se estableció cerca de la estación central. En la batalla naval de Lepanto, los turcos otomanos fueron derrotados por la alianza cristiana.

Y de pronto se imagina a la pequeña enana Klara en un nicho de la pared del museo que lleva el nombre de los huérfanos abandonados por sus madres; sus abrigos, sus gorras, sus gachas como engrudo, y sus naipes partidos por la mitad, la otra mitad en poder de las madres que nunca regresaron.

Y a continuación imagina a sus hijos, partidos en dos, en cuatro, rotos entre su marido y ella, a sus hijos que en ese momento duermen en casa de su madre, ajenos a la ruptura que ya está cerca, e incapaz de detener el flujo de imágenes y pensamientos, se levanta de la cama, se arrodilla y reza: «Dios, no dejes que me derrumbe, por favor, Dios, no dejes que me derrumbe en esta ciudad extraña donde vive el fantasma del sanguinario rey Leopoldo».

Escena duodécima

Dejan atrás las tierras bajas, los destellos de plata de los ríos veloces, atrás los campos cosechados y las ondulantes alfombras de amapolas para dirigirse a terrenos más escarpados; el autobús serpentea por un desfiladero largo y angosto, con gargantas al fondo, con parches y jirones de nieve amarillenta. Las cumbres de las montañas, una tras otra, nevadas y luminosas, les dan la bienvenida, y también las laderas cubiertas de abetos, agrupados en bosques o solitarios, su silueta como obeliscos de tinta, como monjes de un verde casi negro, indicando el camino.

En su despedida, Gianni les lee un pasaje de una guía de viajes que habla de la altitud de las distintas cordilleras, de las características del terreno, de las aldeas arracimadas en los valles, de los vinos de los distintos cantones, y les cuenta la anécdota de unos campesinos protestantes que degollaron a un monje capuchino en los tiempos de la Contrarreforma. Wagner, les dice, hizo que esta región pasara a la historia, porque el sonido del cuerno alpino en uno de sus viajes le sirvió de inspiración para componer el aria del pastor de Tristán.

Cuando el autobús cruza pesadamente una cancela por la que apenas cabe, los turistas aplauden y vitorean, estiran la cabeza con curiosidad y recuperan la levedad del amanecer, pero en pocos minutos los nervios se encienden y la indignación se apodera de todos.

Lo que ven es un grupo de casas de madera, apiñadas y bajas, con ventanas estrechas y protegidas por barrotes que dan a un patio de hormigón y a una tapia, de la que cuelgan algunas caléndulas amarillas y marchitas, desperdigadas sobre un parche de hierba seca en forma de media luna. En la entrada, una mujer con una bata azul y el pelo muy corto le hace señas al conductor, gesticula para indicarle que no pise las flores y la hierba, pero sus súplicas caen en saco roto.

—Es un cuchitril.

—Es un antro.

—Es una pocilga.

—¿Dónde está el lago? ¿Dónde está el puto lago azul, Geoffrey?

—¿Dónde está el puto cuerno alpino?

—¿Sabes qué, Dudley? Esto no va a quedar así.

—Puedes contemplar la montaña, querida…, como en Roma —dijo Dudley, y su mujer se enfadó, se molestó; avanzó a grandes zancadas, con sus cómodas sandalias de cuero, dispuesta a exigir que le devolvieran su dinero, y que además la indemnizaran.

La mujer de la bata azul va nombrándolos individualmente o por parejas, apunta sus nombres en una libreta y les indica que pasen por recepción para registrarse; allí les darán las llaves y las instrucciones por escrito sobre las horas de las comidas, que deben respetar estrictamente.

—¿Dónde está la piscina? —Le preguntan.

—*Wie bitte?*

—La piscina, tía.

—Yoa, yoa —dice la mujer.

—Yoa, yoa… No hay una puta piscina.

La habitación resultó ser pequeña y agobiante, con dos literas cubiertas con sendos edredones gruesos, como dos féretros apilados. Las paredes de madera ardían de calor, tanto que se formaban ampollas en el barniz, y a Eleanora le recordaron un colgante que había visto en una tienda y que le habría gustado comprar, pensando que una pepita de oro fosilizada en ámbar le daría buena suerte. Su marido le había dado algún dinero para el viaje, lo suficiente para comprar postales y tomarse un café de vez en cuando. Vio el colgante en una tienda de regalos donde vendían cintas, botones, borlas y dedales, dedales de porcelana blanca decorados con ramilletes de flores, y la vendedora les invitó a probárselos. Se los pusieron en los dedos y combatieron unas con otras, vengándose de las ofensas del viaje. La mayoría de los hombres habían bajado entre tanto por el callejón adoquinado, y se quedaron de piedra, eso dijeron, por lo que vieron en un escaparate: maniquíes con látigos e impermeables de charol, carteles de *fraus* medio despelotadas, con ligueros y pantys de redecilla, que se comían con los ojos a los clientes.

Finalmente, varados en aquel cuarto estrecho, sin la alegría y la seguridad de los niños, cada uno esperaba el ataque del otro, pero en lugar de atacarse deshicieron las maletas y colocaron su ropa en diferentes baldas del armario de madera contrachapada.

—Los compartiremos, los compartiremos —dijo ella. Estaba de pie, temblando, con su combinación blanca, en aquel cuarto demasiado pequeño para albergar su mutua desesperación, las profundas ojeras de su marido por la falta de sueño, pero los ojos siempre en llamas, como si la penetrara con la mirada, como si pudiera verla por dentro y

sólo viese vacío.

—Ya has jugado demasiado conmigo y con mis hijos… Un solo engaño más y los pierdes para siempre… Para siempre. —Y, cogiendo una toalla y una camisa limpia, salió de la habitación en busca de algún refugio.

Todas las postales que Eleanora había comprado en el museo le parecieron poco adecuadas para su madre: escenas de bacanal pintadas por Pieter Bruegel, enanos y cazadores bajo cielos verdosos y blanquecinos, jóvenes libertinas acostadas en el suelo, porcelana rota, una cáscara de huevo acuchillada, todos los indicios de una fiesta desenfrenada. Hasta la imagen de la Virgen, en lo que parecía un escenario teatral, cubierta con una túnica suntuosa y con el vientre sacado hacia delante para mostrar su preñez, parecía demasiado lasciva, demasiado carnal.

Escribió sin pensar, pues no quería preocupar a su madre contándole su difícil situación:

Querida madre:

Hemos llegado. Espero que los niños se estén portando bien y no te den mucho trabajo. El hotel está en la montaña, dicen que casi a dos mil metros. Un enfermo de asma ya ha empezado a tener problemas para respirar. Por lo demás, todo bien. Nos vemos el martes de la semana que viene.

«Es que lo adiestraron en Lausana». Fue el chiste del viaje sobre un camarero que temblaba al anotar las bebidas en una libreta minúscula, y temblaba al pasar la desvaída hoja de papel de calco violeta para anotar los pedidos sucesivos, y luego casi se cae con la bandeja cargada mientras intentaba localizar a los clientes.

Decidieron pasarlo bien a pesar de todo. Las mujeres se vistieron como si fueran de fiesta, y los hombres se afeitaron y se pusieron camisas limpias, casi todos blancas, y con ellas parecían una banda de músicos ambulantes. Hermann, alejado del grupo como en todo el viaje, llevaba un polo negro, pero Eleanora lo veía animado, incluso se tomó un whiskey, y les habló con entusiasmo a Mona y a su marido de su casa junto al lago, de las verduras que cultivaba, del pequeño invernadero donde crecían las calabazas y los calabacines.

June fue recibida con aplausos cuando apareció envuelta en tules rosas y unos tacones muy altos, trotando como un flamenco, igual que las dos Violetas, con sus deslucidos bolsos de raso y sus vestidos de lunares casi idénticos.

Eleanora se sentó al lado de Jesse, que llevaba una americana de

lino arrugada varias tallas más grande. Se habían hecho amigos desde el día que cruzaron juntos un campo en busca de agua, y unos perros asilvestrados surgieron de la nada y corrieron hacia ellos con las colas bajas, lanzando gruñidos amenazadores, y los olfatearon, especialmente a ella, olisquearon su sangre menstrual, y Jesse dijo: «No corras, no corras». Y ella respondió: «Tengo la regla, tengo la regla». Él le dijo que caminara despacio, de espaldas, y ella obedeció, echó a andar como él le indicaba, entre los rastrojos afilados y punzantes. Jesse intentó ahuyentar a los perros jugando; uno era enorme y otros dos más pequeños, pero éstos se cansaron del juego; entonces Jesse se quitó el pañuelo rojo que llevaba en la cabeza como un pirata, su querido pañuelo rojo, y se puso a jugar con el perro más grande, como toro y torero bajo el sol abrasador, y consiguió intrigar al animal con sus hermosos pases, pero, cuando ya estaban cerca del autobús, el perro comprendió que lo habían engañado y mordió en la mano a Jesse, que la emprendió a golpes con el animal, lo atacó con decisión, hasta que el conductor llegó con un martillo neumático y el perro tuvo que soltarlo; dejó colgando la lengua y se le vieron los molares manchados de sangre. A salvo en el autobús, Jesse se desmayó, cayó redondo al suelo y rehusó todo consuelo, se negó a que le examinaran o le vendaran la herida. Se quedó tumbado, sujetándose la mano, en silencio, con los ojos ensimismados, como un ángel en un fresco. Esa noche, en un restaurante, en una de aquellas plazas arboladas con farolillos en los árboles y platos de aceitunas en las mesas, donde el grupo se detuvo a beber algo, Jesse aceptó el fular de seda que le ofreció Eleanora, pero no quiso hablar del asunto. Se limitó a decir: «Todo en orden, John; todo en orden, John», y se anudó el fular en la cabeza.

La verdad es que la lechuga estaba mustia, pero ¿a quién le importaba eso? Y los entremeses, de salchicha cortada en grandes rodajas y teñida de un rojo demasiado realista y poco apetecible, parecían de plástico, pero ¿a quién le importaba eso? Disfrutaron de la bebida y brindaron: «Qué bien, qué estupendo, estamos en el continente», sin parar de reír por el tembleque del camarero.

La conversación derivó hacia recuerdos de vacaciones y de excursiones inolvidables, y June dijo que no había nada como el alegre París, las Tullerías, el Folies Bergére, Pigalle, con su lencería picara, y Violeta Uno se acordó de cuando empezó a servir de joven, de los faisanes que tenía que desplumar tras las cacerías de agosto, sentada junto a la puerta de la cocina en compañía de otra chica, venga a desplumar las dos, y el ajetreo en la cocina; y Mavis, que había sido repostera en otra casa bien, contó que el señor reservaba un

pequeño comedor en Ascot, donde todo eran comedores dispuestos en hileras, algunos más grandes que el suyo, alquilados por la plebe que, entre plato y plato, se apiñaba en la tribuna para ver la carrera y, aunque pareciera increíble, un miembro de la familia real, un primo primero de la reina, estaba en un palco, dos escalones por debajo de ellos.

Recibieron con desdén el primer plato, codillo con chucrut, pero Dudley dijo: «Cuando estuvimos en Roma…», y le pidió al camarero más patatas fritas y hervidas.

A continuación se sirvió el postre —sorbete decorado con bengalas—, y se apagaron las luces para disfrutar del espectáculo.

Un enano, impecable con un esmoquin negro, subió al escenario con un acordeón, lo dejó sobre un taburete, y saludó con una reverencia. Apareció entonces el cantante, con traje de lamé, y tomó el acordeón, que llevaba ramilletes de margaritas silvestres pintados en los paneles de laca negra; lo abrió despacio, desplegando el fuelle rojo, anticipando la diversión.

—Eres estupendo… Te doy mis bragas cuando quieras —le gritó June, lanzándole una sarta de besos con mucha afectación, y su marido señaló lo grosera que se ponía en cuanto se tomaba un par de copas.

La primera canción hablaba de amor: el joven suspiraba por una chica que no estaba allí, destrozado, aniquilado porque ella le había rechazado, desconsolado, casi llorando, derrochando inútilmente sus sentimientos en un mundo vacío. Amor amor amor. *Liebe liebe liebe*. Interpretó después una serie de canciones gitanas, envolviéndolos con su mirada suave y aterciopelada mientras el viejo camarero les servía el café y grandes copas de coñac con los ojos llenos de lágrimas, bien de agotamiento, bien porque las canciones le traían recuerdos ya olvidados.

Para terminar el cantante había escogido una canción que seguramente todos conocían y les pidió con mucho encanto que le acompañaran:

> Un beso tierno y allí nos despedimos.
> Nunca sentimos un amor más dulce,
> nunca sentimos un amor tan ardiente.
> Nunca juntos, nunca separados.
> Nunca se nos había roto el alma.

El intérprete se mezcló cordialmente con el grupo, se prestó a hacerse una foto con las señoras, coqueteó con todas, con las jóvenes y con las

viejas, y June le suplicó que le escribiera la letra de la primera canción que había cantado, y la escribió pulcramente en el menú: «*Mit 17 da hut noch traum*. A los diecisiete se tienen dulces sueños». Qué bonito. Qué tierno. Qué verdadero. ¿Cómo se llamaba? «Konrad». ¡Konrad!, exclamaron, tocando el acordeón, estrujándolo y pellizcando las teclas como si lo estrujasen y pellizcasen a él. «¡Qué bien, qué estupendo, estamos en el continente, con Konrad!», gritó Dudley.

Terminadas las atenciones, el cantante se retiró a un rincón de la sala para cenar con el enano, absortos los dos en su conversación y riendo a carcajadas mientras el camarero iba y venía con platos y jarras de vino.

Dos noches después Eleanora estaba sentada en un banco del patio, junto a las pocas caléndulas que absorbían el rocío nocturno, cuando él apareció. Momentos antes había habido agitación en la montaña, los cencerros de las ovejas, intermitentes y leves en el silencio cristalino, resonaron de pronto con estrépito, unidos en un asalto de advertencia ante el acecho de un peligro que puso en fuga al rebaño.

Konrad llegó por un costado del edificio, con un atuendo mucho menos teatral que en su primera noche. No se le había vuelto a ver el pelo desde entonces; las dos veladas siguientes una mujer cantó *Heder* alemanes mientras el enano iba pasando las páginas de las partituras, pero los aplausos fueron menos cálidos que los dispensados a Konrad.

Pareció sorprendido de verla, luego se acordó y se dijo: «Ah, sí, es la mujer del collar y el chal verdes».

—No puedo dormir —se disculpó ella, como si estar allí sentada fuera un delito.

—A veces pasa en las montañas…, el *fuhn* altera a los visitantes…, se sienten *betruben* —dijo, sonriendo.

—*Betruben*…, ¿qué es eso?

—Se lo diré si viene mañana a tomar el té conmigo en mi *loge*…, arriba, en la torre.

—No puedo.

—*Du bist* tan encantadora —dijo Konrad, cortando una caléndula para ella; luego cogió una bici del montón y se alejó pedaleando despreocupadamente.

Ella deshojó cavilosa los pétalos de la flor, sí, no, para saber si debía ir a su *loge* al día siguiente.

Los postigos estaban cerrados, y Eleanora supuso que estaba acostado, al ver el edredón blanco retirado, como si acabara de saltar de la cama para abrir la puerta.

—Llevo dos horas soñando con este momento —dijo Konrad, y la

hizo entrar, cerrando la puerta con llave.

—No puedo quedarme mucho tiempo —dijo ella, jadeando.

Acababa de subir cuatro pisos —no se había atrevido a coger el ascensor por miedo a que alguien la viese— y la desvencijada escalera de caracol que llevaba hasta la torre. Recibió en la penumbra de la habitación una cascada de besos, una dulce ráfaga de palabras susurradas, la mano de él en su pecho, donde su corazón latía con furia, y al sentir que él la levantaba, uno de sus zapatos de salón cayó al suelo de madera, luego el otro, produciendo un elocuente ruido sordo.

—Adoro a las mujeres…, adoro a las mujeres —decía él sin parar, y esas palabras sonaban en sus labios lascivas y deliciosas al tiempo.

Cuando le quitó la rebeca, Eleanora se puso a temblar y él la besó apasionadamente en la nuca, creyendo que eso la tranquilizaría, pero no fue así. Le gustó verla tan nerviosa. Se acercó entonces a la cama y, como un mago, retiró el dosel de muselina blanca y le tendió una mano, invitándola a envolverse allí con él, a ocultarse del mundo. Nada deseaba más que seguirlo, pero algo se lo impedía. Se sentía desnuda sin su rebeca, y le preguntó si podían hablar. Si podían hablar.

Konrad la sentó en una silla de mimbre, se agazapó a sus pies, mirándola, preguntándole entre susurros de qué color eran sus ojos, sus ojos siempre cambiantes, mientras mordisqueaba las cuentas verdes de su collar y le preguntaba por qué en inglés se decía *daydream* para «soñar despierto».

—Porque se hace de día.

—En ese caso, he soñado contigo de día y de noche —dijo; y ella supo, o más bien supuso, que no era la primera vez que lo decía, y, sin embargo, lo decía con una sinceridad que le hizo estremecerse antes de responder. Podían ser amantes, pero no allí, en ese momento, tal vez en la montaña, en alguna de las cabañas de los pastores, o en otra ciudad o en otro hotel, donde él fuese a cantar y ella se las arreglara para reunirse con él. Konrad sacudió la cabeza, sin comprender, frunció el ceño e hizo una mueca, preguntando por qué no entonces, por qué no allí, por qué no ya. Eleanora protestó y vio que sus ojos, que le habían parecido castaños, eran como la genciana, oscuros.

—Adoro a las mujeres…, adoro a las mujeres —repetía.

—Konrad —dijo ella, y lo soltó todo de repente—. ¿Puedo irme contigo, Konrad? ¿Puedo vivir contigo?

La miró, atónito, como si no hubiese entendido bien, pero disimuló su desconcierto con una hermosa sonrisa mientras se alejaba para coger los cigarrillos de la mesita de noche y encendía uno para ella,

sin preguntarle si fumaba.

Tardó en responder, no sabía qué decir, pero poco a poco se sintió capaz de contarle brevemente su historia, con voz suave, delicada y extrañamente triste. Había nacido al norte de Viena, en una pequeña ciudad industrial donde en invierno siempre había niebla. Su mujer y su hija vivían allí, y, sin duda, preferían acompañarlo en sus viajes, pero los hoteleros no lo permitían. Su mujer llevaba mal que viajara tanto, que cantase para otras mujeres, y su hija Lena, su pequeña Lena, se mostraba huraña con él cuando volvía a casa tras una larga ausencia; se acercaba al ventanal donde su madre había creado un pequeño jardín y le lanzaba terrones y piedrecitas, para castigarle.

—Tu pequeña Lena —dijo Eleanora.

—Mi pequeña Lena.

—Yo también tengo hijos —le contó entonces, como si eso compensara la audacia de haber subido allí, como si le diera respetabilidad, y entonces Konrad la abrazó, susurrando, con ese susurro que presagia las despedidas.

—Es posible que volvamos a encontramos —dijo, pero ella sabía que lo decía sólo por amabilidad.

«He sido infiel en mi corazón… y eso es lo que cuenta…, eso es lo que cuenta», se decía mientras bajaba las escaleras, eufórica, envalentonada para decirle a su marido que se había liberado, pero se quedó perpleja al comprobar que Hermann no estaba allí, que se había marchado sin dejar rastro. Se llevó todas sus cosas; sólo le había dejado el comprobante de su billete de vuelta, ladeado sobre la almohada.

Se había ido. Como si lo supiera, como si hubiera adivinado su transgresión y hubiese decidido recoger a los niños en casa de su madre cinco días antes de lo previsto.

Recibió carta de su madre en lista de correos, donde le había pedido que se la enviara. La leyó bajo una farola, y los rayos de un arco iris velado por la niebla cayeron sobre las palabras implacables y turbulentas:

> Al fin se ha producido la brecha, y tengo la sensación de que llevo años esperándola. El golpe ha sido igualmente muy duro, y le pido a Dios que me ayude a superarlo. Tengo setenta años y quisiera tener noventa y que no me quedara ya mucho tiempo en este mundo. Yo lo veía venir y supongo que tal vez sea mejor vivir separados cuando se ha demostrado que es imposible vivir juntos. Lo aceptaré si me prometes dos cosas:

> que mientras leas esta carta te arrodillas, estés donde estés, y juras que no volverás a beber ni a tener nada que ver con un hombre, ni en cuerpo ni en espíritu. Eres joven y se presentarán tentaciones. Prométemelo. Se lo debes a Dios, me lo debes a mí y se lo debes a tus hijos; y sé que lo harás si yo te lo pido. Elegiste con quién te casabas, y lo aceptamos para que no nos culparas de tu infelicidad, pues creo que nos culpas en tu fuero interno. Al parecer has escrito que los novelistas son gente rara, que vive al margen de las convenciones. Ni es así ni debe serlo. Conquista tu literatura en lugar de permitir que ella te conquiste. De nada sirve vivir en el escapismo, como ha sido tu costumbre. Busca la fe que has perdido, que has despreciado. Vuelve a ella. Lo que importa es la religión y la creencia en el más allá, pues la vida sin eso es muy triste. Seguiré escribiendo puntualmente como hasta ahora, aunque me has roto el corazón y aunque tal vez no me quede mucho tiempo de vida. Pero los años que me queden, sean pocos o sean muchos, los pasaré rezando por ti y por los tuyos, pidiéndole a Dios que esté siempre a tu lado, que te guíe y te aconseje. Estoy muy apenada, mucho más de lo que imaginas, pero ya sé que no hemos nacido para ser felices.

Los niños ya estaban en casa con su padre, cautivos. Hermann le permitía a Eleanora que hablase con ellos por teléfono todas las noches a una hora acordada. Se les notaba tensos, y la conversación resultaba forzada. Ella les decía que volvería a llamar al día siguiente, a la misma hora, como si con eso se resolviera algo, y el uno o el otro colgaban, dolidos y a punto de estallar.

QUINTA PARTE

EL PAJARITO

El pajarito gira, pero no canta, da vueltas y más vueltas sobre su varilla larga y fina; es amarillo azufre y las alas blancas se vuelven transparentes como una gasa con las ráfagas de viento. El pajarito espera la llegada del viento, igual que Dilly espera. A su hija. Los resultados de las pruebas. Llena de presagios. Las horas le pesan.

El pajarito se llama Bubsy. Es una carraca que habla con ella, que farfulla mientras gira. Dilly le responde:

—La hermana Consolata dice que limpiaremos ese tumor, que lo barreremos, pero ¿tú crees que podemos, crees que podemos, Bubsy? —Y espera la respuesta del pájaro, que completa otro giro veloz.

—No soy buena candidata para la muerte —dice, y cree que Eleanora al fin responderá a su llamada. Todas sus esperanzas están puestas en la llegada de la hija.

Levanta la vista y ve que el médico se acerca por el pasillo; sus zapatos de goma rechinan con fuerza. Viene escoltado por una enfermera que dobla la cerviz en actitud de respeto.

—El doctor L'Estrange viene a verla —dice la enfermera.

Es un hombre envarado, lleva una bata blanca y unas gafas con montura de oro fino, caladas casi en la punta de la nariz. Dilly, asustada, le pregunta cómo es que viene a verla un domingo por la mañana y a esa hora tan infame. Lo recuerda perfectamente del primer día, recuerda la espera en su consulta, el sillón de cuero detrás de la mesa, un sillón de color burdeos con capitoné, y el cuero que chirría, un asiento que infunde temor, la silla del juzgador, y el frío

apretón de manos al verla.

El médico está de pie junto a la cama, la espalda rígida y la cara rígida; tiene una gotita de sangre seca en la barbilla, pues se ha cortado al afeitarse, y Dilly lo mira desde abajo con expresión angustiada, preguntando sin hablar: «¿Me trae malas noticias?».

—No son malas noticias —dice el médico; y describe la situación como un simple contratiempo. Habrá que repetirle el legrado, y ha dado instrucciones para que se haga al día siguiente. Dilly desea saber por qué. Él se limita a decir que el laboratorio tiene dudas.

—¿Quiere decir que lo han perdido? —Pregunta, molesta.

—No, no lo han perdido…, el diagnóstico no es concluyente…, nada más.

—Bueno, si no son malas noticias, tampoco son buenas. —Está ofendida y se pregunta por qué precisamente sus resultados entre docenas de pruebas no son concluyentes.

—Necesitamos tener las cosas muy claras…; de lo contrario no podemos intervenir.

—Quiero irme de aquí —dice ella, con los ojos ardiendo de rabia.

—No sería una buena idea —responde el médico, y consulta el registro de la paciente, la temperatura y la tensión; traza un círculo en el aire con el pulgar, como si ésa fuese su manera de diagnosticar, y al momento se ha marchado, se va tan bruscamente que ni siquiera oye a la mujer que le grita desde el centro de la habitación: «Doctor, ¿cuándo cae este año la Semana Santa?».

Cuando se queda sola Dilly saca del neceser el artículo de dos páginas que se llevó de una revista de la sala de espera del doctor Fogarty, mucho antes de presentir que tenía algo más que las calenturas. Lo lee como lo leyó entonces: cáncer de ovarios, el asesino silencioso que reclama las vidas de las mujeres; los síntomas son casi imperceptibles y a menudo se confunden con dolencias frecuentes y benignas. La naturaleza la está derrotando. Y su hija que no viene.

Habían llegado a estar muy cerca la madre y la hija, respiraban al unísono cuando dormían juntas, casi siempre petrificadas, en la misma cama, tenían los mismos gustos en cuestión de comidas, la cuajada de limón con hojaldre de merengue apenas horneado, los mismos gustos en cuestión de moda, cierta predilección por las chaquetas de *tweed* con motas azules y granates, colores que evocaban las montañas y los valles, los abalorios de cristal azul del rosario de Lourdes, con el que rezaban juntas, pidiendo cada una que la otra no muriese primero, rogando morir al mismo tiempo, inseparables. Todo eso se había esfumado. Eleanora llevaba una vida muy distinta, una vida de hombres y de Shakespeare y Dios sabía qué más cosas. Ah, sí, un

hermoso firmamento en el que no había un asiento reservado para la madre.

Seguramente Eleanora no hacía ningún caso de las cartas que Dilly le escribía los domingos por la noche, cuando su marido ya se había acostado, o incluso puede que las quemara. Las cartas de su hija tenían un tono muy distinto. Vivas descripciones de hermosas plazas en ciudades del Mediterráneo, la piedra tibia y clara de los monumentos, de los palacios, la gente que se reúne por la tarde para tomar un café o unos aperitivos; naranjales, limonares, olivares con sus troncos retorcidos y sus hojas susurrantes y jóvenes. Cosas pintorescas, pero nunca lo esencial, nunca por qué se encontraba la hija en esas plazas de piedra clara ni con quién, nunca las cartas que espera una madre, sin abrirle nunca su corazón, o, mejor dicho, sin volver a abrirlo, como en otro tiempo.

Bart

Dilly está con Bart en un pequeño rincón, donde él le ha pedido que lo acompañe para hablar en privado. Una enfermera la ha llevado hasta allí. Bart tiende una mano con mitones hacia la mano de Dilly y busca luego la silla a tientas, porque está casi ciego.

Al principio, Bart evoca recuerdos compartidos con Cornelius, recuerdos de casa, de los camiones de arenisca que ambos cargaban en las ruinas de la casa de un inglés para reconstruir Rusheen, porque su marido y él se llevaban de maravilla cuando se encontraban en las ferias ecuestres y en los concursos de arado. Le dice a Dilly que la ha llamado para pedirle consejo, pues ella y Cornelius son personas educadas.

—¿Qué ocurre, Bart, qué pasa? —Le pregunta Dilly, consciente de que está muy nervioso, que respira tomando el aire entre los dientes, como si se ahogara.

—Me quitó el atomizador…, el atomizador para mi corazón. Creía que ya no me servía de nada, y si me hubieras visto sin mi atomizador, tú también habrías creído lo mismo… y arrancó el teléfono de la pared, y qué te figuras que hizo el tío en el patio, pues quitar la manta que yo había puesto cubriendo el motor de la furgoneta para mantenerlo caliente. Sin vehículo, sin teléfono, sin atomizador… por eso estoy aquí. Mi propio primo. Un ladrón, y su mujer, una ladrona. Quieren quedarse con todo lo que tengo. Manus era un buen hombre hasta que se casó con ella. Con una Thomand, nada menos. Ella empezó a ir mucho por mi casa cuando se dio cuenta de que me estaba quedando ciego. Poco a poco. Qué lista. Qué lista. Un día fingió que se había dejado algo la noche de Navidad, un broche, y que venía a buscarlo. No se había dejado ningún broche; era sólo una excusa para husmear, para revolver en los cajones y en los armarios, para ver dónde escondía mis ahorrillos. Insistía en que el broche tenía que estar en alguna parte, y lo describía: una lámina de pirita que le había regalado un yanqui. Era un truco. No había tal broche. Sacó la cristalería de la vitrina, haciendo un ruido extraño: ese

tintineo del vidrio que anuncia la muerte de un marino en el mar.

»Y dijo: "Con lo que a mí me gusta el cristal de Waterford". Y yo: "Deja eso donde estaba". Y di un golpe con el bastón. Y ella: "Sólo les estaba quitando el polvo".

»Luego vino el marido, una noche, con el pretexto de que estaba lloviendo mucho y había que meter a los animales en el establo. Se sentó y me dijo: "Ya va siendo hora de que hagas testamento". Y yo: "¿Y eso quién lo dice?". Y él: "Si mueres intestado, el gobierno se quedará con todo, y eso no es bueno para nadie". Y yo: "Eso no pasará". Y empieza a sacarse excusas de la manga, como que tal vez yo podría perder la memoria. Yo sabía que era ella la que estaba detrás de todo, madam Thomand. Una sinvergüenza, una descastada; su padre era peón caminero. Yo le regalé a su marido el terreno para que construyera su casa antes de conocerla, antes de que ella entrase en escena. Cuando un hombre se casa con una mujer, la mujer lo convierte en lo que quiere, lo malea. Mis dos hermanos y yo no nos casamos. Tengo una sobrina, hija de mi hermana, que vive en Vancouver; es mi única sangre. Manus era un buen hombre hasta que la conoció a ella, a esa bruja. Le regalé el terreno, pensando que me haría compañía, que nos pasaríamos una voz, un poco de leche o de leña para el fuego y que él se ocuparía de mantener la tapia. Pero no tuve esa suerte. Sólo querían quedarse con mis cosas. Y le dije: "No pienso hacer el puto testamento". Empezó a insultarme y a romperlo todo. Me acerqué al teléfono, y te juro por Dios, Dilly, que lo arrancó de la pared para que yo no pudiese llamar. Sabían que tenía una sobrina, y temían que se lo dejara todo a ella.

»Al cabo de unas semanas vuelve muy zalamero. Me dice: "Vamos a tomar un trago", y me lleva al bar en su furgoneta. Me echó pastillas para dormir en la bebida, y el alcohol se me subió a la cabeza muy deprisa. Estábamos en el bar. El tío va y planta una botella de whiskey y dos vasos encima de la mesa. Te juro por Dios que Thomand llevaba una estilográfica de las buenas, y un tintero, y dice que tiene un testigo de confianza, la señora Deane, su prima, que es la dueña del bar. Y entonces saca uno de esos formularios que venden en correos para hacer testamento sin necesidad de ir al notario. Me negué a firmar, aunque estaba borracho. Me levanté de un salto y dije: "Voy a contarles a todos que intentáis engañarme". Se enfadaron mucho.

»Fue después de ese día cuando empezó la guerra de verdad. Las tapias caídas. Mi terrier envenenado. Les mandé a la policía, pero no pudieron descubrirlo. La enfermera me decía que Thomand era rara porque no tenía hijos. No es rara, es mala. Y te aseguro que no te he contado de la misa la media. Ahora estoy aquí, y estoy casi ciego, y ni

de día ni de noche dejo de pensar qué será de mi pequeña finca. Dos veces he soñado que salía humo por la puerta principal. No me queda más de un par de años, y esa zorra quiere mis tres campos, mi barca y la casa. Más vale no tener mujer ni hijos ni familia, porque sólo piensan en quedarse con todo; en cuanto te descuidas, te vacían los bolsillos».

Mientras vuelve a su habitación Dilly cree ver la misma preocupación en algunos rostros, la misma angustia, por sus tiendas, sus rebaños, sus casas y lo que será de ellas, sin saber qué hacer ni cómo hacerlo.

Nolan

Mierda de cajones que no abren; ya se han atascado otros dos. Y ese cabrón de Castleknock le dice a Larry que sólo necesitan un poco de aceite; y la señora Lavelle que está medio pirada… ¿no le digo que se pone en la puerta a media noche, engatusa a un conductor, le pide que la lleve y el otro acepta…?

Es Nolan, que le está dando a Dilly el parte diario de noticias y de sucesos. Esa misma semana Dilly ya ha sabido de la señora Lavelle, de cómo tienen que vigilarla, y también de otro paciente, de un hombre de Kerry que se ha vestido para volver a casa y de pronto dice que quiere sentarse un momento, y ya no vuelve a levantarse. «Más que increíble», dice Nolan.

Dilly no le presta atención, no se interesa, está atrapada en sus propias preocupaciones, todas sus cosas patas arriba, su hija que no coge el teléfono, y el presentimiento de que nunca saldrá de ese hospital.

Nolan ve sus lágrimas y, como se han hecho amigas, cree que puede evitarlas:

—¿Le he contado que uno me ha hecho proposiciones? Un soltero. Tiene una casa de dos plantas a ocho kilómetros de Loughrea. Ofrece alojamiento y desayuno. ¡Jesús! Alojamiento y desayuno. Y le digo: «¿Y qué les das de desayunar?». Y me dice: «Té, cereales y zumo de naranja». Dice que si me voy a vivir con él me deja el negocio en herencia… Que dará gusto verme por los campos de Loughrea, siguiendo a los perros, como en las cacerías de Galway. Dice que me dejará el negocio. ¡Por éstas! Ha hecho varios testamentos, pero cuando él no esté sus parientes se pelearán y se matarán a tiros, y sanseacabó. Yo le estoy dando largas. Le he dicho que me lo estoy pensando, para tomarle el pelo. No se lo va a creer, pero esta mañana me ha pedido que metiera la mano en el bolsillo de su pijama. «De eso nada», le digo. Quería llevarme al huerto. Cualquier día me viene con un documento enrollado: «En pleno uso de mis facultades y blablaba». Todo chorradas. Pobre cerdo, pobres cerdos, todos ellos, solteros y

casados, sólo piensan en meter mano.

Al ver a Dilly tan apática, Nolan se inclina como si fuera a acunarla, le seca una lágrima, luego otra, con la punta de la servilleta, y le dice entre susurros:

—Ay, señora, lo suyo no es lo peor…, lo peor son los infartos…, el infarto sí que es el final del camino.

Cornelius

Dilly está terminando el plato de natillas con gelatina cuando levanta la vista y vuelve a bajarla enseguida, sobresaltada. Su marido, al que no espera, se acerca con una malla de naranjas y una caja de caramelos. Billy, el herrero jubilado, lo sigue con gesto enfurruñado, una mano en el bolsillo; los dos vacilantes, como si esperaran ser expulsados de allí en cualquier momento.

Por espacio de varios terribles segundos, ella cree que su marido ha vuelto a darle a la bebida, porque Billy y él se emborrachaban en las carreras y en las ferias, pero cuando Con se detiene junto a la cama, Dilly comprueba con alivio que está completamente sobrio, sobrio y un poco cohibido. Su aparición la ha dejado atónita. Se ha ido acostumbrando a la rutina del hospital, al limbo, como ella lo llama: se despierta muy temprano todos los días, cuando casi no hay luz y las palomas zurean entre los árboles con sus arrullos roncos; poco a poco empieza a clarear, y Bubsy, la carraca, espera la llegada de una ráfaga de viento, y Nolan aparece con el té clandestino en una taza especial, trae una toalla húmeda para refrescarle la cara, y la segunda taza de té le sabe a purgante; después discute con Nolan el menú de la comida y de la cena, y luego llegan varios médicos con aire de importancia, seguidos de los estudiantes, que no abren la boca.

Ahora que tiene ahí a su marido, recuerda intensamente cómo es su casa, sus doce o trece gallinas, los nidos, en su mayoría hundidos porque ella no está allí para cambiar el heno, las cenizas sin vaciar, otra factura de combustible y Rusheen empezando a cobrar un aspecto de abandono.

—No hacía falta que vinierais —dice, con timidez. Le explican que Billy tenía que venir de todo modos, para ver al médico en otro hospital, por sus cataratas. Van a operarle dentro de tres meses; hay mucha lista de espera. Billy es muy veloz conduciendo, a pesar de lo mal que tiene la vista. Con le cuenta con orgullo que han tardado menos de dos horas de puerta a puerta; Buss habría tardado casi cuatro.

—Ése conduce como si fuese de funeral —dice Billy, con desdén. Sigue teniendo la miraba turbia, la cara ennegrecida tras casi cuarenta años en la forja, fundiendo herraduras y piezas de hierro en las llamas rugientes.

—Dos horas es demasiado rápido; es peligroso —dice Dilly.

—Bueno, estamos aquí —responde Con, y le entrega torpemente sus regalos.

Se sientan, incómodos, pues no están acostumbrados a los ruidos del hospital: los teléfonos, los timbres, las ruedas de los carritos; y tan pronto arrancan a hablar como se quedan callados. La perra la echa de menos, se ha instalado en un agujero debajo del seto, esperando a que ella vuelva. Se devanan los sesos en busca de noticias: un atraco en el banco… a Tilda, una chica joven, la ataron; un cura nuevo dice ahora la misa, y hay rumores de que el padre Finbar ha caído en desgracia con el obispo por beber y frecuentar un hotel de Ennis donde se cantan baladas.

Ve a su marido con su ropa de diario, un poco desaliñado, los puños de la camisa sin abrochar, y le pregunta si está comiendo bien, como si fuera un niño.

—No —tercia Billy, y surge una discusión por la cantidad de cigarrillos que Con ha fumado durante el viaje. Billy insiste en que han sido lo menos veinte, pero Con saca el paquete del bolsillo para mostrar que todavía le quedan unos cuantos, lo cual significa que no ha llegado a los veinte. Hablan del tiempo, del tiempo en la ciudad y del tiempo en el campo, y Con le cuenta que Crotty ha aceptado dormir en casa mientras ella esté fuera; su marido, un hombre adulto, tiene miedo de dormir solo en su propia casa, y se pasó un año metiéndoles el miedo en el cuerpo a su mujer y a su hija.

—¿Qué dicen que tienes? —Pregunta Con.

—¿Qué no dicen? —Responde ella, sarcástica. Luego le explica que tienen que repetirle todas las pruebas y enviarlas de nuevo al laboratorio. Billy, que tiene su propia lista de agravios, dice que los médicos no tienen ni idea, que se la juegan, como si jugaran a las cartas.

Les han ofrecido té y galletas, y la conversación empieza a ser forzada cuando Dilly de pronto tiene un fogonazo. De la pequeña cartera de piel que ella misma ha confeccionado en clases nocturnas, saca un billete de diez libras y le dice a Con que es la ocasión perfecta para ir al centro y comprarse unos zapatos.

—No los necesito.

—Mira, ve a O'Connell Street…, ve con Billy…, te sentará bien el paseo después del viaje. —Y a Billy le entusiasma la idea, se acuerda

de un hotel cerca de Parnell Square donde una vez bebió con el equipo de Hurley tras la final de Irlanda.

Cuando los hombres se van, Dilly empieza a escribir la carta. Le recuerda a Con lo mucho que los dos quieren Rusheen, y la suerte que tienen de no haberla perdido, de haber logrado resistir, rascando de aquí y de allá, dice, en los malos momentos, orgullosa de eso y orgullosa cuando los motoristas se detienen y se asoman a mirar por la verja la casa de arenisca, tan bonita, rodeada de árboles de todas las especies. Le recuerda ese momento de nervios y coacción, cuando la obligaron a hacer testamento y él iba como testigo, pero ninguno de los dos tuvieron agallas para oponerse. ¿No sería más justo, se pregunta, para responderse a continuación, dividir las cosas a partes iguales entre los dos chicos? Le pide a Con que honre este último deseo, si algo le ocurriera. Es la primera vez en cincuenta años que le escribe una carta a su marido, y al caer en la cuenta contiene una lágrima, las lágrimas. Cincuenta años. Las bodas de oro que ninguno de los dos recordó. Campos abandonados a los pastos. Ya no relinchan en los prados los purasangre en los que Con depositó todas sus esperanzas y con los que perdió su fortuna.

Los hombres regresan habladores y contentos.

—Yo he tomado sólo un agua mineral —se apresura a decir Con al ver la ansiedad en la mirada de su mujer, porque Billy se ha tomado unas cuantas y se tambalea, sacude una mano para elogiar las facciones de una enfermera joven que pasa por allí, muy atareada.

Con lleva puestos los zapatos nuevos y la invita a adivinar en qué se diferencian de los que compraba antes. Dilly no lo sabe. Tienen una característica única. ¿Cuál? Absorben los golpes. ¿Qué es eso? Lo que te digo, absorben los golpes. Y se quita un zapato para enseñarle una pieza de metal que garantiza la absorción de los golpes, vuelve a ponérselo y da una vuelta alrededor de la cama, para que ella pueda admirar los zapatos. Y Dilly adivina que le han costado casi un chelín.

—¡Anda, no nos han dado la lata de betún gratis! —Dice Billy. En tiempos lejanos, cuando Billy se compraba unos zapatos, siempre le regalaban una lata de betún y unos cordones de repuesto, pero ahora, dice, son tiempos más duros, todo cambia.

—Creo que deberíamos ponernos en camino —dice Con, sin mirar a Dilly.

—Tienes razón —coincide su amigo con demasiado entusiasmo. Y crecido por el alcohol, habla de las sombras alargadas, de la niebla que sube desde los ríos y se desliza sobre las turberas y los cabos, cegando los pobres faros de los coches, y del motor a punto de pararse en cualquier momento.

—¿Estás seguro de que puedes conducir? —Le pregunta Dilly.

—¡Seguro! ¿No tenemos un chófer? —Y le cuenta que han contratado a un chico de la fábrica para que los lleve. Y mientras les riñe por esa extravagancia, les da las gracias por la visita, le recuerda a Con que le dé algo de comer a la perra cuando vuelva tarde a casa, y se olvida de entregarle la carta.

Con ella en la mano, cuando su marido ya se ha marchado, piensa en las muchas cosas desgarradoras que nunca se han dicho.

Amor enterrado

Tres noches seguidas lleva Dilly soñando con Gabriel, que en sus sueños aparece con una expresión de anhelo, la ropa colgando, sin hacer amago de acercarse a ella, pero queriendo de todos modos señalar su presencia, en una carretera desierta, como si esperase. Tres noches seguidas.

—Seguro que significa que intenta reunirse contigo —le dice la hermana Consolata.

—No —dice Dilly, y añade que cree que está muerto. El año pasado le devolvieron una carta que anduvo rodando por distintas direcciones de Estados Unidos. Dice que es muy triste que esas cosas se queden a medias, y Consolata está de acuerdo. Dilly recuerda su último encuentro, o, mejor dicho, su último encuentro fallido.

—Yo volví a Brooklyn con Cornelius, en viaje de novios; nos alojamos en una casa mucho mejor que la de Mr Sullivan, y su señoría se pasaba las noches en los bares, gastándoselo todo. Una noche, la patrona llamó a mi puerta y me entregó un paquete con un lazo. Era una fuente de cristal, de color arándano, parecida a una jarra que Gabriel ganó en Long Island mucho tiempo antes, y llevaba una nota en la que nos deseaba mucha felicidad a Cornelius y a mí. Bajé corriendo, descalza, salí a la calle y pregunté a todo el mundo si alguien había visto a un hombre alto y con barba, pero ya era de noche y nadie supo decirme nada. Volví a mi habitación y me quedé mirando su regalo, del mismo color que aquel día de verano, y entonces vi que su nota llevaba al final un añadido escueto y definitivo: «Ya no estoy en el mismo sitio». Eso era todo. Así era Gabriel. Yo había sido injusta con él y él me pagaba con la misma moneda. Me habían dicho que estaba con otra chica, y no era cierto. En ese momento estaba enfermo, inconsciente, tras sufrir un accidente en Wisconsin mientras cargaba la madera; pero esas dos chicas, esas dos amigas, me hicieron creer que me había plantado, y era mentira.

—Eso estuvo muy mal —dice Consolata, con voz compasiva.

—Peor que mal —replica Dilly, y a media voz cavila sobre los

obstáculos que acechan al amor.

La hermana Consolata asiente, vacila, se sienta y, con una voz muy distinta de la habitual, tan parlanchína, le relata su perdición, el momento en que renegó de Cristo el Redentor.

—Yo, que me había consagrado, que había ofrecido mi vida, mis pensamientos y mis deseos, mi pelo largo y negro, todo, al Señor. La manzana está ahí para tentamos en el jardín de la carne. Todo empezó en la habitación diecisiete. Faltaban seis de mis orinales. Yo sabía que la culpable era la hermana Xavier. A esa monja la enviaron para ponerme a prueba; se pasaba el día metiendo las narices en mis asuntos. Me fui directa a hablar con ella. Dispuesta a decirle unas palabras. ¡Y menuda pelea! Primero lo negó todo y luego me dijo que me las apañara con los frascos de la mermelada. Mis enfermos reducidos a usar frascos de mermelada. ¡Vergüenza debería darte, Xavier! Y nos peleamos. Como dos verduleras, nos pusimos de vuelta y media. Y entonces un brazo me rodea la cintura y una voz masculina me dice: «No se preocupe. Yo me encargo de que le den otros seis». Y lo veo por primera vez: es un médico en prácticas, joven, guapo, con acento de Cork; se llamaba Aengus, como el peregrino.

»Por la noche, después de los rezos, me cayó una bien gorda. La enfermera jefe dijo que se habían quejado de mí, que había ofendido a otra hermana. Me pusieron penitencia; me hacían levantar a los pacientes que más pesaban, a darles la vuelta en la cama, a lavarlos y ponerlos de nuevo en posición, a fregar las escaleras de piedra y los porches tres veces a la semana. Y ahí me encontraba con él. A todas horas. Tenía un perrito, un cocker spaniel. Lo dejaba en el coche y lo sacaba dos veces al día. El perro se llamaba Botones. Botones era un lince cazando pájaros, se conocía todos los rincones de Cork; encontraba a las aves entre las zarzas y la maleza, donde se escondían los faisanes, y entre las cañas, donde se agazapaban las fochas y las pollas de agua, y las espantaba. Botones se subía todos los días al capó del coche deportivo, ladeaba las orejas, levantaba una pata y luego la otra, como una bailarina. Era nuestro cómplice. Aengus me agobiaba a preguntas. ¿En qué momento de mi vida descubrí mi vocación? Le conté que una noche, cuando tenía diecisiete años, al volver a casa después de un baile, un poco cansada, me senté junto al fuego y me puse a leer el periódico, y encontré un artículo sobre la fundadora de nuestra orden, Catherine McAuley, una heredera que podría haber vivido sin sentar nunca la cabeza, pero que prefirió abrir su casa a los pobres, Coolock House; emprendió una cruzada para ayudar a los niños de los callejones de Dublín, y a los cincuenta se hizo monja.

»La cosa se fue poniendo peligrosa con el tiempo: miradas

elocuentes y susurros al oído. ¿Quién me cortaba el pelo y cada cuánto tiempo cambiaba de hábito? Quería saberlo todo sobre mi hábito: la tela, la toca, la longitud de la cola, el peto, la cinturilla, la manga interior, la manga exterior, el bolsillo del pañuelo, el gorro y el velo de algodón que nos ponemos las monjas para dormir. Todo quería saberlo. Y de repente, en el calor del momento, coge mi rosario para mirar las cuentas negras y las dos cruces, la de ébano y la de marfil, y luego me toca la alianza en el dedo, que significa el compromiso con el Señor. Poco después empezaron los regalos, al principio inofensivos —pastillas de jabón, un pisapapeles que contenía un paisaje nevado— y al final el que me llevó al delito: un frasquito de perfume azul que yo tuve la osadía de abrir, embelesada con su tapón rosa, y me deleité con su olor profano. *Ay, sangre de Cristo, sálvame; cuerpo de Cristo, embriágame.*

»Yo intentaba esquivarlo, pero cuando menos lo esperaba lo veía venir de frente y me ponía como un tomate; tuve que abstenerme de comulgar, porque no podía revelar mi pecado al confesor. La madre superiora me llamó en privado a su despacho y me interrogó con mucha severidad. ¿Por qué llevaba cinco semanas sin recibir la sagrada comunión? ¿Era mi pecado el orgullo? Fui incapaz de responder. Más castigos. Ni siquiera me dejaban escuchar con las demás monjas el programa de baladas en la radio el domingo por la tarde, a mí, que tanto me gustaban esas canciones, que las tarareaba mientras hacía mis tareas.

»Y por fin la caída. Acepté que nos viéramos en la farmacia, donde él recogía de noche las pastillas para dormir de sus pacientes y yo mis medicinas, los supositorios o lo que fuera. Cerró la puerta muy despacio. Los dos nos preguntamos qué sentíamos uno por otro, pero no respondimos. Él me lo dijo por escrito, me metió la carta en la manga y me pidió que la leyera cuando estuviera sola. Mil veces la leí. La última línea me crucificó: "¿Por qué te quedas, si no lo deseas?". Se marchaba a Estados Unidos en tres meses; le habían ofrecido un puesto en un hospital de Buffalo y me pedía que me fuera con él, que nos casáramos. En lugar de un anillo de plata, decía, llevaría yo la alianza matrimonial de oro, más vistosa. Si me daba apuro que hiciéramos el viaje juntos, me proponía que lo siguiera pasada una semana. "¿Por qué te quedas, si no lo deseas?". Me daba tiempo para pensarlo y entre tanto prometía privarse de mi compañía. No me buscaría, todo lo contrario; le habían trasladado al ala nueva del hospital que acababan de abrir un poco más abajo. Busqué Buffalo en el globo terráqueo del despacho, le di vueltas y vueltas, y no llegué a encontrarlo. Oía una voz que me decía: "Consolata, ésta es tu prueba".

»Todas mis hermanas notaban que me pasaba algo; yo no podía con esa carga y andaba como un fantasma. Apenas podía recitar el Santo Oficio, que debíamos decir dos veces al día; las hermosas palabras de los salmos nada significaban para mí. Me preguntaba qué aspecto tendría con ropa de calle. Sin hábito, sin toca, sin todos esos metros de tela para camuflarme, y mostrando mis piernas blancas, que él no había visto nunca. En Buffalo tendría que comprar zapatos y medias. ¿Cuántas cartas escribí a mi arzobispo para comunicarle que deseaba renunciar a mis votos y abandonar la orden? ¿Cuántas escribí y rompí después? Ensayaba la entrevista con la madre superiora. Imaginaba su cara, seca como un palo al darle la noticia, y aún peor era la confesión ante mi madre. Le escribía una carta, y ella la leía en la cocina; y seguramente le daba un ataque. Cumplía con mis tareas y le pedía a Dios, a quien estaba traicionando, que me iluminara. Saboreaba por momentos las alegrías que me esperaban en Buffalo, con Aengus, preparando la cena y yendo luego al cine, con zapatos de tacón y un bolso.

»Acudieron hermanas de varios conventos para persuadirme, unas con dureza y otras con compasión. La peor fue una madre superiora de nuestra casa en Liverpool, una mujer muy alta y autoritaria, de quien se rumoreaba que sufría migrañas día y noche y que nunca dormía. Me habló sin pelos en la lengua. No me lo permitirían, al menos hasta pasados cinco años, entonces, si lo deseaba, podría seguir mi camino infiel. ¿No me daba cuenta, insistía, en que se me estaba poniendo a prueba? ¿No veía el honor que Dios me hacía al permitirme elegir para siempre el camino de la cruz? Me recordaba el camino del Calvario: Satanás indujo a Judas a traicionar, Pedro negó y Pilatos se lavó las manos. Insistía en que Satanás me había elegido para tentarme, que con mi deserción yo le permitía con templar una vez más su obra maestra: la crucifixión de Cristo. "¿Se acobardó Cristo ante el sacrificio?". "No, madre". "Tampoco tú debes hacerlo". Debía rasgar la cortina del deseo terrenal y buscar en mi alma para no caer en el pozo del infierno. "Ya estoy en el infierno", le espeté. Casi me da una bofetada con esa mano marchita.

»Después me desterraron. Me enviaron a una casa hermana en Ballinasloe, un lugar de silencio y de meditación, donde quedé eximida de cualquier tarea manual, a solas conmigo misma, sin pacientes que me hicieran olvidar el estruendo de mis pensamientos. En Semana Santa recibí una postal. De Aengus. Ranúnculos y pollitos amarillos, no la imagen de Cristo en la cruz. Me esperaba, estaba inquieto; y a mí me sometían a vigilancia para detectar el cambio de la marea en mi alma. Un día, una monja joven, una postulante con su

hábito blanco, vino a sentarse conmigo en el jardín. Estábamos frente a un cerezo que empezaba a florecer, y como ella sabía que yo había hecho voto de silencio, no pronunció una sola palabra. Simplemente se sentó a mi lado y lloró suavemente, de todo corazón. Todavía no sé si lloraba conmigo o lloraba por mí; sólo sé que su aparición fue milagrosa, porque poco después desperté repitiendo: "En la juventud del año llegó Cristo, el Tigre". Y tomé mi decisión».

—Parece que fue ayer —concluyó la hermana Consola ta. Y, guardando silencio, puso una mano en el cristal de la ventana, empañado y húmedo, se la llevó después a la parte de la toca que le cubría la frente, presionó y volvió de nuevo a la ventana, demasiado afectada para continuar.

La visita

¡Qué hermoso día! Al fin un día hermoso. ¡Ay, Dios!, qué cambio tras este invierno tan duro, ese viento de marzo tan frío que se metía en los huesos, y las temperaturas al fin suben después de estar siempre bajo cero, y gracias a Dios la mañana es preciosa, radiante, y los árboles empiezan a llenarse de yemas, de pequeños pliegues, y los pájaros cantan locos de alegría en los arbustos.

Cuánto rieron y cuánto alborotaron: su risa y su alboroto llenaron aquel rincón de la habitación, lo desbordaron; alguien trajo una silla para Eleanora, otra taza de café, qué maravilla que al fin hubiese llegado; temían, igual que su madre, que se hubiera ido a un país tan lejano como el Perú; menos mal que estaba en Dinamarca, y sólo para dar una conferencia relacionada con su trabajo, según supieron.

Dilly está incorporada sobre varias almohadas, con el pelo bien recogido en un moño alto y sujeto con peinetas, maquillada, sin que su cara responda bien a los polvos rosas. Se retuerce las dos cintas azules del camisón, incapaz de disimular el orgullo y la alegría que le producen que su hija haya venido. Varias monjas y una enfermera se han reunido para darle la bienvenida, y qué bienvenida, cuántos cumplidos por el ramo de flores tan bonito, por los bombones, los caramelos y los almendrados en una cesta, para hacerse la boca agua, y esos dátiles tan jugosos, tan deliciosos, que vienen de Gibraltar.

Después elogian la ropa de Eleanora, tan elegante, tan femenina, de un color que recuerda el fucsia de los arbustos, y una de las monjas se emociona como un pajarillo al reparar en el asombroso parecido de madre e hija. Es la hermana Consolata, a quien presentan ceremoniosamente a Eleanora. La hermana le toca la solapa y le dice que debe quedarse un mes para escuchar la cantidad de historias que tiene su madre, un tesoro; tiene que escribir un libro con ellas.

—Sabía que vendrías, sabía que vendrías —dice Dilly, debatiéndose entre la alegría y el llanto. La hermana Rosario, una postulante de hábito blanco, con la cara pálida y fría como el marfil, se detiene para saludar a la recién llegada y admira el precioso chal de

flecos, el regalo que Eleanora le ha llevado a su madre y que está extendido sobre la cama, para apreciar mejor los colores y los dibujos, los pájaros, las orlas y las cenefas. Compiten por definir el color exacto —¿marrón?, ¿chocolate?, ¿canela?—, discuten y finalmente coinciden en que es de todos esos colores, los colores cálidos de la tierra quemada por el azote del sol. Le ponen el chal sobre los hombros y, casi al borde de las lágrimas, Dilly dice:

—Es demasiado bueno para mí; es más que demasiado para mí. —Pero la hermana Rosario pregunta con petulancia por qué habría de ser demasiado bueno para ella, que es una madre como todas las madres irlandesas, que ha sacrificado su vida por sus hijos.

—Esto es un exceso —dice Dilly. Prueba uno de los bombones y dice que, a diferencia de su hija, ella es muy golosa, lo ha sido siempre, y así está de gorda, que parece una rueda de repuesto. La hermana Consolata le lleva la contraria, le asegura que eso son tonterías, tonterías, que sigue estando delgada como una chiquilla y todavía conserva esa mata de pelo, un rasgo que su hija ha heredado de ella.

Consolata llama entonces la atención sobre Bubsy, el pajarito, la carraca en su varilla de madera. ¿Se ha fijado Eleanora en su señoría, la pequeña mascota del jardín que aguza el oído a la espera del viento, de una ráfaga de viento que le haga batir las alas y girar, para que lo admiren? Sí, Bubsy habla con sus alas, así es como él canta, porque del pico jamás sale una nota, aunque la naturaleza, dice la hermana Consolata, siempre es mucho mejor, siempre supera a la técnica. De todos modos, Bubsy es una monada, un regalo para los pacientes; les ayuda a pasar las horas. Una monja mayor, Aquinas, según le cuentan, le pidió al jardinero que instalara a Bubsy, por capricho, pero ¡ay!, Aquinas es de esas criaturas que siempre llevan la contraria, que siempre se está quejando: esto no le gusta, aquello tampoco, no soporta la cebolla, protesta si le ponen cebolla al guiso.

Eleanora no deja de pensar en el tiempo. No ha venido para quedarse, aunque su madre aún no lo sabe. No lleva reloj. Siegfried la está esperando con arenques y langosta, en el loft al que se sube por una escalera aérea, la casa que ha pedido prestada para ella, y puede que ya se esté preparando para recogerla en el aeropuerto.

La hermana Consolata repara en su inquietud y le susurra al oído si necesita ir al servicio. Al saber que no es eso da una palmada, feliz, entusiasmada, y dice que es hora de dejar solas a la madre y a la hija para que recorran las arenas del tiempo. Al correr la cortina sobre la barra de metal, Eleanora revive el terror que sentía de niña, cuando el ventanuco del confesionario se abría y la cara carnosa del cura

acechaba en la oscura celosía.

No ha dicho nada de marcharse, pero su madre lo presiente, su expresión se ha vuelto triste, desilusionada; el orgullo y el júbilo se esfuman. Eleanora empieza a hacer cosas sin venir a cuento, como mover la lámpara para variar su inclinación sobre la cama, alisar el pañito que cubre la jarra de agua de cebada, toquetear las flores, volver a dejarlas como estaban y comentar que sólo las hojas de eucalipto tienen olor.

No puede quedarse más de diez minutos, de lo contrario perderá el avión. Tendrá que enviar un telegrama al nórdico y pedirle que venga al día siguiente.

Por suerte encuentra una pequeña novedad, algo que puede interesar a su madre. Es un estuche de costura del hotel de Dinamarca donde se han conocido, donde han flirteado; salieron a pasear después de la cena, de noche, por las calles empedradas, esquivados por los ciclistas, escuchando las campanas de las iglesias, y el pelo de él que a veces le roza la mejilla cuando se inclina casi hasta besarla, pero sin llegar a besarla, y de vuelta en el hotel se sientan en los amplios sillones verdes del rellano, enamorados, resistiéndose a separarse tan pronto. Se ríen al ver los zapatos en cada puerta, y él decide hacer una gamberrada, cambiar varios pares de zapatos para crear un poco de confusión a la mañana siguiente.

Dilly abre el estuche de costura rojo. Contiene agujas de distintos tamaños, un diminuto imperdible dorado, minúsculos botones de camisa y varias hebras de hilo de distintos colores, bien tensadas, solapándose como los colores del arco iris. Piensa que no debe ser fácil enhebrar esas agujas, con los ojos tan pequeños, sobre todo para ella, que tiene cataratas.

Quedan ocho minutos. Una enfermera con el pelo gris acero, de amplios contornos, se acerca con los brazos en jarras para ver a la visita de Dilly, se planta junto a la cama y, con mirada inquisidora y ligeramente burlona, dice:

—¿Conque ésta es la famosa hermana de Terence? —Y se va.

Su madre le dice que la enfermera Flaherty gobierna la planta con mano de hierro y que desde el primer día se llevan fatal. Todavía le hierve la sangre cuando se acuerda de cómo la acorraló, de cómo esa enfermera tan mandona la obligó a tomar las pastillas para dormir, la obligó a tragárselas, y se le fue la cabeza, se le fue a Brooklyn, y empezó a tropezarse con gente a la que no veía desde hacía muchos años. Y después pasa a contarle la visita de Terence, tan rápida, tan torpe; madam Cindy prefirió quedarse en el coche, porque no le gustan los hospitales.

—Son unos desnaturalizados, los dos —dice Dilly. Entonces extiende una mano para que su hija la tome, y le pregunta qué le ha dicho la enfermera jefe en la escalera. ¿Le ocultan algo?

—No…, sólo que no pueden operarte hasta que hayas eliminado todos los líquidos…, hasta que estés en condiciones…, hasta que estés fuerte.

—No estoy bien, amor; no estoy bien.

—Pronto estarás bien…, ya lo verás —le asegura Eleanora, y Dilly la atrae hacia sí y le dice al oído que quiere dejarle Rusheen a ella, que quiere volver a casa, sólo por un día, para ir al notario y rectificar el testamento, para dejarle Rusheen a ella.

—No hay prisa.

—Pero tú le tienes mucho cariño a esa casa, ¿verdad?

—Sí, le tengo mucho cariño.

—Entonces no hay más que hablar. Baja y dile a la enfermera que vamos a pasar el día fuera…

Eleanora busca desesperadamente el modo de decírselo, y de decirlo de una manera que resulte disculpable; y con voz vacilante anuncia:

—Tengo que volver a la conferencia…, todavía no ha terminado. —Pero un fino destello en los ojos de su madre le hace saber que no la cree; los ojos azules y fríos, privados de esperanza, revelan su repudio.

Dilly saca un recorte de periódico arrugado de debajo de la almohada y se lo da con gesto autoritario, desaparecidas su docilidad y su dulzura. El tiempo parece detenerse en ese terrible paréntesis, mientras su madre le restriega su flagrante mentira.

—Léelo, léelo —insiste.

Eleanora lee, con voz forzada:

> El cáncer de ovarios, al que se suele llamar el asesino silencioso, causa seis mil muertes al año y sus síntomas son casi indetectables. La enfermedad se desarrolla en las células de los ovarios, dos órganos con forma de almendra que se encuentran a ambos lados del útero y son los encargados de producir los óvulos. Cuantos más óvulos produzcan los ovarios a lo largo de la vida, mayor es la cantidad de células que deben dividirse y mayor, por tanto, la probabilidad de que aparezca la enfermedad.

—El asesino silencioso —dice Dilly.

—Pero las dos mujeres de la foto se han curado.

—Son tantas las que mueren como las que se curan —responde la

madre secamente.

—Volveré dentro de cuarenta y ocho horas —dice Eleanora.

—Vuelve…, vuelve.

De pronto se incorpora y se levanta de la cama, abraza a su hija jadeando, la aprisiona con fuerza en un torpe, rabioso, desesperado y amoroso abrazo de despedida.

Eleanora se aleja, vuelve la cabeza y lo último que ve es el brazo de su madre levantado, la manga del camisón subida, cortando el aire, el hueso del codo de un azul imposible y solitario, y por primera vez siente la compasión que debiera haber sentido antes.

SIEGFRIED

Había una cabaña de madera, parecida a un granero, con la puerta alquitranada; la paja, desordenadamente extendida en la techumbre, cubría los aleros y las ventanas diminutas. A un lado un montón de leña apilada y un hacha, clavada en un gran tronco redondo que se ha negado a romperse, junto a un barril de agua del que cuelga un cuenco de madera en el extremo de un trozo de cuerda oscura y mojada. Todo austero y desnudo bajo una luz mortecina y gris.

Lejos de todo, en el norte del país, una casita que Siegfried ha pedido prestada a su amigo Jakob, en un paisaje anodino y llano, muy parecido a las llanuras por las que han pasado viniendo del aeropuerto, con algunos sembrados, alguna alta estructura de piedra de cuando en cuando, como una conmemoración ritual, y, un poco más adelante, una capilla minúscula del color de la arenisca, varada en la tierra como un peregrino. No han visto animales, pero los olores de las granjas porcinas de la región son repugnantes.

Siegfried no parecía el mismo hombre que había estado flirteando con ella unos días antes. Al principio se mostraba atento, encantador, y su pelo, llamativo por lo dorado, evocaba un firmamento en aquella habitación de hotel más bien deprimente, parecía cortado a tijeretazos, de cualquier manera, y las mujeres se ofrecían a arreglárselo, siempre había muchas atendiéndole.

La puerta daba a una estancia por una escala de madera que conducía a la planta superior, desprovista de tabiques, y las paredes olían ligeramente a cal. De un tendedero, sobre la estufa de hierro negra, cuelgan los calcetines y la camisa de Siegfried, varios pares de calzoncillos grises, y hay una manta de lana amarilla y ocre ceremoniosamente tendida sobre la barandilla. La mesa parece preparada para desayunar, con tazones, un termo de café y gorritos de ganchillo cubriendo los soportes de los huevos, que son cuadrados y de madera.

Algo ha cambiado desde que se despidieron con tanto anhelo.

Eleanora ha dejado a su madre en el hospital, y ahora se arrepiente

y quiere marcharse enseguida, pero no se atreve a decirlo, porque Siegfried está muy irritable y suspicaz. Sospecha que está casado y tal vez haya tenido una escena en casa antes de salir; lo supone porque lo ve buscar algo con impaciencia en varios bolsillos, acaso una carta, y acto seguido traza con un dedo una inicial en una de las paredes encaladas. No puede ser sólo su sombra de ojos, se dice Eleanora para sus adentros, un poco molesta. El detalle de la sombra de ojos fue muy decepcionante. Cuando se acercaba a él, que estaba esperándola en la sala del aeropuerto con una gorra forrada de piel, solitario y vigilante como un cazador furtivo, en lugar de darle la mano o de besarla, Siegfried se limitó a pasarle un dedo por los párpados para borrarle la sombra de ojos color terracota, que resultaba ofensiva en la penumbra nórdica.

Siente una punzada al recordar la semana anterior: las mesas de estilo funcional, las sillas de plástico azules y blancas, las jarras de agua, la corrección y la seriedad con que los distintos ponentes han debatido sobre el futuro de la novela y el futuro del cine, de la ficción frente al género documental, en un clima de tedio sólo soportable porque cuando miraba Siegfried, tan joven, tan infantil, con su maraña de pelo dorado, él le devolvía una sonrisa radiante. Cuando salieron a comer y se quitaron las etiquetas con sus nombres y las preceptivas chaquetas rojas, él se las ingenió para sentarse cerca de ella, y entonces le oyó hablar de las noches blancas, cuando la gente dormía al raso, cuando la gente se volvía loca porque el día no terminaba nunca, y del otoño en los bosques, donde él y sus amigos comían setas y bailaban desnudos, como los derviches.

Cuando le tocó a Siegfried presentar su ponencia, decidió hablar en inglés, por cortesía hacia los invitados extranjeros, según dijo, aunque Eleanora sabía que lo hacía por ella. Se proyectaron sobre una pantalla las cautivadoras e hipnóticas imágenes de los paisajes que Siegfried llevaba años filmando: islas, fiordos, lagos y bosques; y gente de todas las edades, viejos, jóvenes y niños, que pasaban zumbando en sus trineos en una actitud de completo abandono. Tras la proyección le preguntaron por qué llevaba varios años sin hacer una película, pues muchos de los presentes conocían la que le había hecho famoso.

—Entonces dijeron que era un genio…, todo el mundo se pasó un mes entero diciendo que yo era un genio —respondió Siegfried, riéndose; y les aseguró que ya no era un arrogante, que ya no era un genio, que era tan sólo un vago. La película que deseaba hacer era demasiado esotérica. Quería contar la historia del poeta Hölderlin, loco, que pasó treinta y siete años encerrado en un cuartucho de Tubinga, tocando el piano día y noche, bajo la custodia del carpintero

Zimmer.

La última noche del congreso, Eleanora y Siegfried hicieron novillos, y, en lugar de asistir a la recepción de despedida en el pequeño café, cenaron en el lujoso comedor del tercer piso, envueltos en un universo de luces, de guirnaldas hechas con velas que colgaban de aros de alambre, al tiempo que en el techo se celebraba una carrera de reflejos de estrellas, de estrellas grandes como flores, y en algunos rincones había fuentes sobre las que flotaban velas encendidas, y los camareros y las camareras, todos de negro y con una deliciosa sonrisa, parecían pajarillos novatos.

Fue en esa cena cuando a él se le ocurrió pedirle prestada la casa de verano a su amigo Jakob, y ella se la imaginó distinta sin saber por qué, más rústica y acogedora. El joven camarero le describió los platos a Eleanora con voz cantarina y recitativa: «Tiene usted cerdo relleno de manzana, liebre preñada con la cría dentro, corzo relleno con bayas de enebro, y langosta, caliente o fría, con patatas al eneldo». ¡Qué momento tan feliz! Siegfried le acariciaba la manga de seda, el pulso, despertando su deseo, encendiendo su cuello y sus mejillas de color, y ruborizándose él también, aunque en su caso, como en el de todos los rostros jóvenes que los rodeaban, la piel blanca era tan sólo el velo bajo el que fluía la sangre, la sangre rosada, inocente y cálida.

Pero en ese momento, en la cocina fría y ordenada, con sus cañerías y sus desatascadores, varios pares de zuecos que evidentemente pertenecen a Jakob, Eleanora no deja de recordar cada instante de la escena del hospital, esos últimos segundos, el hueso y la articulación del codo de su madre, de un azul imposiblemente solitario, y le entran ganas de contárselo todo a Siegfried, de confiarse a él, de llorar en sus brazos. No deja de moverse, para entrar en calor; pasa la mano por la pared fría y húmeda y se detiene antes de rozar un cartel abombado en el que se ve una pareja de lobos, con la piel gris verdosa salpicada de nieve, las mamas de la hembra goteando leche, y un texto que explica: «La hembra alpha sigue fielmente a su compañero antes y durante el periodo de celo, esperando la oportunidad de aparearse. Tras montar a la hembra e introducirle el pene, el macho desmonta sin sacar el miembro y hace un giro de ciento ochenta grados. La pareja, de pie o tumbada, no puede separarse hasta pasada una media hora, y es entonces cuando llega el momento del placer, al liberar la hembra alpha sus hormonas sexuales».

Siegfried ve que Eleanora está leyendo, pero no se detiene, va y viene presurosamente, trae leña, la lanza al cesto con un ruido sordo y, después, coge una bomba de bicicleta del alféizar de la ventana y

dice que las tuberías están heladas y que la falta de agua puede causarles muchos problemas.

Ella le pide entonces algo de beber, cualquier cosa, whiskey, coñac, aquavit, y él da un respingo, le pregunta si es alcohólica, y se molesta al ver que ella no entiende la gracia. En cualquier caso, no hay ni whiskey, ni coñac ni aquavit. Sólo hay leche, que él ha traído de la ciudad, además de arenques en salazón, pan integral de centeno, un paquete de espagueti y una lata de tomate.

—Cené parcamente y sin *schnapps* —dice Siegfried, citando a Strindberg, al pobre Strindberg y sus melodías sepulcrales.

Están bebiendo *schnapps* y cerveza en un bar muy apartado, de cuyo techo cuelgan cuerdas, cadenas y anclas, las paredes decoradas con recuerdos de marinos y una vieja máquina de discos panzuda, con una orquídea seca y polvorienta. La dueña del bar, una mujer huraña, de pechos generosos, está detrás de la barra; tiene el pelo del mismo color que Siegfried, sólo que sucio, con la misma palidez en la cara que oculta el flujo de la sangre, y los mira con recelo. Un grupo de jóvenes, que ríen y hablan a voces, ocupa la gran mesa de madera, y un hombre mayor, con una cazadora militar descolorida, está sentado solo junto a la chimenea, murmurando, aunque el fuego son unos restos de viejas velas arrojadas sobre un leño grueso y varias piñas cubiertas de líquenes incrustados que lanzan unas llamas irregulares de un color verde espectral.

Fue poco antes, en la cabaña, cuando acababan de sentarse a cenar que Strindberg acudió a su rescate. Él le preguntó por qué razón todas las mujeres a las que había conocido tenían que llevarse a la cama a su puñetera madre. Todas las puñeteras mujeres, incluida la suya, Siri.

—Tienes una mujer.

—Pues claro que tengo una mujer, como todo el mundo —dijo él, con voz cansada, y entonces le habló de Siri, que navegaba por los mares del Sur con el que entonces era su marido, el radiotelegrafista de a bordo, y de pronto tuvo la certeza de que su madre había muerto en Colonia, e incluso que se había suicidado, aunque con mucho decoro, con mucha consideración, sin deshacer la cama, sobre una alfombra, en el suelo.

—Pero mi madre no está muerta…, ni siquiera se está muriendo —respondió ella.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él. Sus palabras sonaron como una sentencia, y a Eleanora se le cayó el vaso de leche que tenía en la mano; el vaso cruzó la habitación, sin prisa, no como un meteoro sino buscando su camino, hasta que decidió aterrizar contra el cristal de la ventana, haciendo un agujero como una estrella con los bordes

dentados.

—¡Strindberg! ¡Strindberg! —dijo entonces Siegfried, con voz gratamente sorprendida y suave.

Ahora están en el bar, y él brinda por Strindberg en su fría habitación de Montparnasse, con sus herramientas y su homo de fundición, intentando desentrañar los secretos de la materia, eligiendo la ciencia, eso pensaba Siegfried, antes que el amor, pero consumido por el amor: una primera mujer, una segunda mujer, una tercera mujer, sus manos negras y ensangrentadas por culpa de los experimentos, acordándose de uno de sus hijos, vestido de blanco, con un balandro de juguete, que está con su madre en un castillo, en algún lugar de Austria, la mesa navideña decorada con muérdago, el pobre Strindberg, el amante abandonado y desterrado.

—Me he portado como un cerdo —dice, y, tomándole las manos a Eleanora, se inclina sobre la mesa casi hasta besarla. Es el momento que ha estado esperando uno de los jóvenes de la mesa grande. Desde que se han sentado —Siegfried de espaldas a ellos— Eleanora ha estado observando al muchacho, rubio, regordete, que la provoca con muecas y gestos lascivos lamiendo una de las pinas, mientras sus amigos escupen de risa.

El chico se ha acercado a su mesa y se ha detenido junto a Eleanora; tiene los ojos pequeños y vacíos, ojos llenos de nada, y sin decir palabra le pone un regalo en el regazo. Es un paquete de cigarrillos y está caliente.

—No fumo —dice Eleanora; lo repite varias veces, y luego le dice a Siegfried—: Dile que no fumo. —Siegfried intercambia unas palabras acaloradas con el chico, que se niega a marcharse. En vez de eso, y con un aplomo pasmoso, abre el paquete de cigarrillos y derrama un montón de ceniza tibia sobre la falda de Eleanora. Orgulloso de su hazaña, coge la gorra de Siegfried, que está encima de la mesa. Es una gorra especial, mucho mejor que la del chico, con ese forro de piel de zorro marrón y rojiza; los retales que se estrechan hacia la coronilla formando una V son de una piel más fina y están rematados con un trozo de piel de ocelote.

—Ovni ovni ovni… Platillo volante platillo volante —dice el chico, doblando la gorra hasta simular el morro de un avión; y ahora que ya ha logrado impresionar a sus amigos, se pone la gorra y desfila, preguntando qué tal le sienta.

Siegfried se levanta para recuperar su gorra y, de pronto, todo el mundo está de pie, gritando, el más fornido del grupo muestra un brazo desnudo, lo flexiona y lo estira preguntando a su extremidad si se romperá o si romperá algo. Han puesto la máquina de discos, y el

chico regordete arrastra a Eleanora para que interprete con él un desagradable baile, moviéndose como un ganso al ritmo de la letra dulce y banal de la canción, «Ya voy ya voy ya voy ya voy», mientras Eleanora se da en la cabeza con las cuerdas y las cadenas que cuelgan del techo, y el viejo coge una silla y amenaza con las patas sucias. Han pasado apenas unos momentos, aunque parece mucho más tiempo, cuando la mujer sale de detrás de la barra empuñando una barra de hierro y espolea a los chicos como si fueran ganado, los llama por sus nombres hasta que consigue que vuelvan a la mesa, y luego echa de allí con cajas destempladas a los dos forasteros, que no son bienvenidos. Después, alguien lanza a la carretera la vapuleada gorra de Siegfried.

La carretera está negra, el cielo negro, sin un sola estrella, y el viento les golpea en la cara mientras se alejan corriendo, él más deprisa, porque ella lleva tacones, y sin cruzarse una palabra. Cuando oyen acercarse la primera moto, a unos cientos de metros, él la sujeta del brazo y la empuja para meterse en un sembrado por un agujero en la valla metálica, y avanzan tambaleándose como borrachos hasta que encuentran un escondite tras un bancal de tierra. Aguzan el oído, y oyen que las motos están cada vez más cerca; poco después les llega el chirrido de los frenos, cuando los motoristas se detienen justo al otro lado del bancal, como si hubieran olido a su presa; ven las luces de los faros y oyen las voces fuertes, escuchan con todos los poros de la piel, respirando casi al unísono, pero sin abrazarse, separados y tensos, mientras las ruedas arañan la tierra al otro lado y los motores vacilan, indecisos.

Alguien dice un nombre. Henrik. Debe de ser miembro del grupo, o alguien que los está esperando. No saben qué significa, pero los motores rugen y se alejan como si respondieran a una llamada mucho más desafiante, anunciando su próximo ataque.

En la oscuridad densa y confusa, Siegfried se echa cazos de agua helada por la cabeza, mientras maldice, grita y los insta a venir a buscarlo; ella le suplica que se tranquilice, pero de nada sirven sus ruegos.

Eleanora se sienta en la cama sin desnudarse. El viento azota la casa. Las vigas de madera alquitranada crujen y se doblan, mientras fuera una veleta chirría en su soporte de metal. Siegfried se ha quedado abajo. Eleanora escucha las múltiples voces del viento, que descarga su furia con notas lúgubres y graves, y a veces ésta se aplaca, pero al momento vuelve a crecer, se hincha, y los aullidos parecen empeñados en destruirlo todo. Se pregunta si aquel viento habrá cruzado el mar del Norte, si habrá seguido la estela de su avión. ¿O

vendrá desde las tundras lejanas, abriéndose camino hasta el hospital para que la carraca se entregue a un frenesí de giros? Mucho después, cuando se inclina sobre la barandilla, ve a Siegfried dormido en el suelo, tapado con la alfombra de colores chillones, con los brazos cruzados en actitud de arrepentimiento.

Vuelve a sentarse y espera a que amanezca, con intención de marcharse en cuanto sea de día, pero, de repente, la ventana se abre y bate sobre sus goznes, como si algo quisiera entrar en la casa, y Eleanora aguarda atemorizada la llegada de ese algo.

Tormenta

Una figura menuda, inquieta y leve está a los pies de la cama, susurrando:

—¿La he despertado, señora?

—No, estoy despierta…, el viento no me deja dormir —dice Dilly.

—Pat, el conserje, me ha pedido que le traiga esto…, su hija lo ha olvidado aquí…, podrían ser joyas o algo valioso…

—¿Qué es ese escándalo?

—Es el viento, y los gamberros que están saliendo de los bares… rompen todo lo que encuentran a su paso. Tenemos suerte de estar aquí dentro —dice la enfermera. Le planta a Dilly la bolsa en las manos y se va rápidamente.

Dilly enciende la lamparilla. La bolsa se parece a una de ganchillo que tuvo hace tiempo, de color salmón, con figuritas pequeñas y asas de madera en forma de luna creciente. ¿Qué fue de aquella bolsa? ¿Qué fue de tantas cosas? Ha abierto la bolsa sin pensarlo. Contiene una revista con la cubierta moteada de verde y la insignia de un águila marrón sobre una peana. En América siempre había águilas, águilas de oro, águilas de plata y águilas de bronce, en las monedas, en los billetes de un dólar, en los pórticos de los grandes bancos y de las compañías de seguros, y en esa chimenea enorme, sobre la que colgaba el favorecedor retrato de la señora McCormack.

Lee de un vistazo la tétrica frase: «La leche con la que me amamantaste se ha vuelto mármol».

Está tumbada, inmóvil, pero completamente despierta; las palabras, escritas con el color favorito de Eleanora, se inclinan bajo la luz, y el corazón se le agita en el pecho como un pájaro enloquecido.

SEXTA PARTE

La revista

Ella es la madre huérfana, yo la madre huérfana; miles de millones de madres huérfanas, con sus secretos en carne viva.

Cuando tosió sangre todos la miramos, en el fregadero de la cocina, la porcelana de color crema salpicada por millones de puntitos negros, como polvo de carbón; observamos los coágulos brillantes, indecentes, que nos asustaban y nos condenaban, que presagiaban su muerte definitiva. La muerte significaba para ella la muerte de las dos. Creía que si yo recogía prímulas y las ponía en un tarro de mermelada para animarla, ella no moriría.

Y mucho tiempo después ella también me trajo flores, flores muy caras, compradas en la ciudad, flores de floristería, y una botella de vino dulce alemán, muy empalagoso, para que yo volviera al redil.

Sus ojos, de distintos tonos azules, eran capaces de detectar aun la más leve astucia y en consecuencia arder de indignación.

Los dos sentimientos unidos y encajados como las clavículas. Si se rompe una se rompe la otra, y viceversa. Volviste anoche, o esta mañana muy temprano, y el terror fue mayor si cabe, intensificado por la frecuencia de tus visitas. Decidida a estrangularme. Sí, tú… nadie más. Creo que por momentos dejo de respirar, pues a pesar de lo cobarde y lo cretina que soy, prefiero morir sola antes de que tú me mates. Estoy paralizada desde que te fuiste, no me atrevo siquiera a abrir los ojos por miedo a verte en la puerta, no me atrevo siquiera a mover la mano pálida que estruja la sábana o la colcha o lo que sea. Tengo las piernas agarrotadas, como la madera. Me paso una hora

pensando en gritar y en pedir ayuda. Yo también tengo hijos, pero me avergüenza lanzar ese grito, esa súplica.

Desperté del sueño, logré desprenderme de él y pensé en ti, que también estás sola esta noche de verano, sola en el dormitorio con el suelo de linóleo del color de la hierba lozana, las vulgares imágenes de santos y el olor sofocante de las bolitas de alcanfor rotas. Ya no eres joven —de hecho eres vieja, sí, vieja—, llevas una rebeca de ganchillo azul y añoras tu vida pasada, añoras acaso a la madre que te dio la vida, o tal vez a tus hijos, asediados por los mórbidos pensamientos de lo que crece y crece sin parar dentro de ti. Se cuelan insectos por la ventana abierta, buscan naturalmente la masa de carne tibia en que te has convertido, donde el miedo a la decadencia ya ha dejado su tarjeta de presentación. Cuánto te compadezco. Te sientas, y con vano esfuerzo intentas cazar y examinar a los insectos, atraparlos entre las palmas de las manos nudosas al tiempo que te dices: «Al final no queda nada más que estos insectos que intentas matar». Palabras. Palabras patéticas. Patética súplica. Tienes un tumor en la cabeza. Un tumor que te está devorando. Tu antiamante, tu antihijo, tu antiyó. Te empeñaste en conocer al intruso. Consultaste con unos y con otros. Pero todos callaron. Buss, el cochero, te espera en la puerta y te ayuda a subir al coche, mientras dice que hace un tiempo de perros y por eso no hay turistas. Acudiste al séptimo hijo de un séptimo hijo, que te pasó las manos por el cuerpo, las detuvo en el vientre y te dijo que veía algo; la masa verde, la bilis verde que al tocarla con sus manos se convertiría en oro y volverías a casa curada, con toda la primavera por delante, como antaño. Pero no te convenció. La siguiente visita tuvo lugar en una tienda de muebles. Un grupo sanador. Pero tú te apartabas de ellos, de sus eczemas, de sus toses y de sus flemas. Te daban asco. Cuando se arrodillaron y empezaron a llorar en un éxtasis colectivo, tú rezabas para salir de allí y volver a tu cama, bajo tu colcha, junto a la perra en su guarida del seto enfermo de roya que de vez en cuando lanzaba un ladrido, tu última compañera, la amiga fiel, como dices de un modo tan curioso.

Me pides en nombre de Dios que vaya a consolarte, y créeme que lo deseo de todo corazón, pero eso implica volver, volver a esa sinceridad que conduce al crimen, esa sinceridad que sólo nos permitimos en la locura de los sueños.

Basta con que alguien diga rosas o violetas para sentirme transportada por esas emanaciones tan dulces, tan fugaces; las flores de hace tanto tiempo, mares de flores azules en la época de los jacintos, amarillas en la época de los ranúnculos, alfombras de color tendidas sobre los campos maltratados y la madreselva con sus flautas de néctar para

libar en ellas. Espino albar y espino rosáceo, creaciones blancas y rosas, flores caídas, empapadas por la lluvia, mañanas de éxtasis, diademas de rocío, las tardes algo menos, cuando las voces se levantan y la noche está al llegar, «*Blanketstowntram*», la escalera abovedada, habitaciones, más habitaciones, crujidos, sollozos, peldaños temblorosos y feudos de sangre en los campos, los perros desquitándose con sus amos y entre ellos. El lamento suave…

Ese trozo de piedra me puso los pelos de punta. Apareció misteriosamente en uno de mis armarios, sin saber cómo había llegado allí, y decidió anidar en la lana, como si fuera un animal. Ayer no estaba. Sólo podía significar buena suerte o mala suerte; yo era dada a los augurios. Era un fragmento de pizarra apagado y grisáceo, con vetas que parecían mármol o esteatita. Si se observaba con una inclinación determinada se veía un rostro, el rostro de un hombre, solemne, tuerto como el dios Lug o el gigante Balor, que con su único ojo daba muerte a sus enemigos. Allí, en uno de mis armarios. Lo tiré, pero luego cambié de opinión y bajé a media noche a rebuscar en la basura para recuperarlo. Las cosas nos afectan tanto como las personas. Puede que sean talismanes.

Había conocido a un niño en una sala de espera, un niño bastante desequilibrado que llevaba la cabeza vendada, y me contó que había ido a un hipnotizador para que le quitara su fobia, la repugnancia que le producían sus orejas y las orejas de los demás; no podía soportarlo. El hipnotizador le pidió que escribiera en un papel la historia de su fobia y que se lo diera a su madre, para que lo guardara en uno de sus cajones personales, no en cualquier cajón de la cocina sino donde ella guardara la ropa interior, con bolsitas de lavanda y esas cosas, y su fobia desapareció al instante. Estaba en una sala de espera, con la cabeza vendada y una expresión vengativa en la mirada.

Yo estaba allí por mis propias vacilaciones, mis errores, desaires, amistades perdidas, abandonos, caminos sin recorrer y todo lo demás. Era viernes. Dedicaba cincuenta minutos cada viernes a escarbar en el pasado. Herr Inquisidor se sentaba en una silla detrás de mí, tieso como un palo. A veces no podía pronunciar una sola palabra, porque todo se agolpaba. Un día, estando tumbada en el diván bajo una sencilla y algodonosa manta, con el doctor sentado a mis espaldas, sucedió algo terrible. Tuve una especie de ataque y todo salió de golpe, verdades, medias verdades, fragmentos, basura y, entre todo aquel caos, un huevo sin cáscara, que era blando al tacto y que según Shane, nuestro ayudante, era mágico. Él seguía tieso como un palo. Poco después empezó el descenso, el descenso a las profundidades de esta maldita morada de sangre y agua, una puerta muy baja, natación

a la vista, una puerta cerrada, sin entrada, sin salida, imposible entrar o salir, las regiones líquidas azotadas por las llamas del infierno y el don de la palabra en retroceso, hasta la extinción. Todo se extinguió. Era la muerte sin estar muerta. Algo muy parecido a no existir, pero aún sujeta por hilos de sangre. Hablar, parlotear para contener el estallido. Todo inútil. Llega en oleadas, y ese grito infantil que pedía una mano, una mano cualquiera, la suya o la de otro. El cuenco del mendicante. Dios Todopoderoso, ¡qué mendicantes somos!

No sé cómo salí de allí, probablemente dando tumbos. La calle era una locura, pero había quietud en las copas de los árboles, donde las ramas más altas se entrelazaban y mecían con gracia, y la acera era blanda como el mimbre.

Creo que era invierno. Las sesiones se sucedieron de un modo extraño a razón de cincuenta libras cada una. Uno de mis cheques se perdió. Tuve que pagar de nuevo. Alguien a quien nunca llegaré a conocer se benefició de mis desvarios.

Inmoderadas incursiones en el tumulto social. Salones iluminados por una lluvia de sol. Perlas. Zafiros. Banalidades. Carcajadas. Un caballero rubicundo con pajarita de lunares y una voz atronadora me aseguraba que en mi isla esmeralda ya no había tantos árboles como antes, él la había sobrevolado en helicóptero cuando fue a ver a Teddy, que había vuelto a casarse con una mujer adorable, y las azaleas estaban absolutamente espléndidas, absolutamente embriagadoras, pero cada vez quedaban menos de los viejos robles irlandeses.

Mi «crisis» debió de conmocionar al inquisidor porque, cuando volví la semana siguiente, la recepcionista vino a susurrarme que el doctor la enviaba astutamente para comprobar en qué estado me hallaba. No debía decirlo, pero lo dijo. Me apreciaba. Me regaló un cuadro que había pintado y que arrancó de su cuaderno de trabajo. Era un campo soleado con una cancela, una cancela giratoria que conducía al cielo. La recepcionista murió de repente poco después. La puerta giratoria que conducía al cielo.

El doctor pasaba ahora consulta en su propia casa, un poco más al norte de la ciudad, lejos de las calles de los médicos, de los especialistas, de los curanderos y de los charlatanes. El ascensor daba miedo, de cómo se movía. El doctor me abría la puerta, me hacía pasar, y me pedía que esperase constreñida en una sala minúscula, amueblada de un modo bastante anodino, con tres lirios en un jarrón que no se sabía si olían o no. A ambos lados de la casa, donde se encontraba la vivienda, el ruido era constante; alguien, yo suponía que su mujer, hacía notar su presencia porque le fastidiaba que su

marido estuviera allí conmigo, sin saber qué se estaría cociendo en la salita donde se sentaban los dos juntos por la noche. Una vez la vi de pasada al salir del ascensor; la sorprendí espiando al final del pasillo. Era una mujer menuda y arreglada, con el pelo recogido en un moño y una expresión ligeramente nerviosa y perpleja. Y mira tú por dónde, varias sesiones después volví a encontrarme con ella. Estaba en la calle, paseando arriba y abajo delante del portal, el pelo largo y suelto, pintarrajeada como una fulana, de lo más vulgar, pavoneándose para que yo la viera, para que me encarase con ella. Rivales. Me hizo gracia, pero a la vez me pareció muy triste. Quise decirle algo, decirle que parecía un personaje de Chéjov, una mujer exhibiendo su estupidez, sus celos, en plena calle, añorando su belleza perdida, sus amores perdidos y todo lo demás, pero no dije nada.

No recuerdo cuándo dejé de ver a ese doctor, o puede que él muriera. Lo cual sólo demuestra lo insensible que soy, además de cobarde.

No dejaba de pensar en un tapete de chenilla, lo veía en toda su suntuosidad. Rojos intensos con lagunas turquesa. Cubría la mesa donde yo hacía los deberes, con el tintero inclinado, porque apenas quedaba tinta, y si se derramaba se armaba una buena. Fue curioso que en ese momento metieran un catálogo por debajo de la puerta. Un mantel en los mismos tonos rojos tierra, con pinceladas de azul aquí y allá, y flecos también rojizos. Lo vendían en un centro comercial que era una gigantesca cúpula de cristal, y subí varios tramos de escaleras, tomé luego otra escalera lateral y me perdí dos veces, mientras rogaba que no lo hubieran vendido, pues era muy importante para mí.

Al fin encontré la tienda, bastante grande, con alfombras, almohadones, tapices y, en el último rincón, un joven que dormitaba y ni siquiera se inmutó al oírme entrar. Tuve que levantar la voz para preguntarle el precio y se acercó de mala gana. Se lo señalé en el escaparate, donde estaba expuesto con mucho gusto sobre una mesa redonda, preparada como para una celebración. Sentí una ligera decepción al tocarlo. Era de tafetán fino; no tenía el tacto esponjoso del terciopelo o de la felpa. Volví a preguntar el precio. O cien o ciento cincuenta libras. ¿Cuál de las dos cantidades? Algo entre medias. No estaba seguro, y la dueña de la tienda estaba de viaje en el extranjero. ¿Podría consultar el precio en algún listado? No había listados. La señora se ocupaba de todo. El dependiente quería deshacerse de mí para volver a su rincón, para acurrucarse entre los montones de cojines bajo los tapices de color de plata.

Hielo blanco. Hielo negro. Hielo oculto. El espíritu del invierno. La

familia de los hielos al completo. Mi madre y yo llegábamos tarde a misa. Ya habían sonado las primeras campanadas, y en ese momento empezaban las segundas; la hierba alta y almidonada como plumas, las bostas de las vacas congeladas y el hielo en los charcos como el azúcar en la corteza de limón y de naranja que se reservaba para los dulces navideños. A todo correr. Mi madre y yo. Otra vez tarde a misa.

Los vecinos entraban a trompicones en la capilla, sonrientes o huraños; los témpanos de hielo colgaban como pendientes de las verjas negras, y, dentro, en el altar, un arreglo de flores blancas con los pétalos hechos jirones, como el coco rallado de las galletas, flores que seguramente venían de alguna tienda de Limerick, porque allí en invierno ni siquiera las malas hierbas prosperaban. El colérico sacerdote que pronunciaba los coléricos sermones habló primero de cómo se multiplican los pecados, después de la penitencia y luego del mensaje del evangelio según Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y concluyó con algún rumor sobre nuevos e innovadores métodos de cultivo.

La sagrada eucaristía. Todos a la barandilla del altar, menos los tres hombres, los paganos, que se quedaron al fondo, famosos por sus correrías nocturnas, y cuando me tocó el tumo, agaché la cabeza y me abstuve de comulgar. *Señor, no soy digna de que entres en mi casa.*

De vuelta en el banco, las miradas asesinas de mi madre, que no paraba de besar la medalla de su rosario y me lo llevó a los labios para castigarme.

—Jovencita —me dijo cuando subíamos por la avenida de casa—. *¿Que por qué había rechazado la eucaristía? Por nada. Pues tenía que ser por algo, siempre había una razón. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?*

Era por lo que hacíamos algunas noches. Tres o cuatro amigas íbamos al puente al atardecer, sabiendo que el hombre de los bombachos estaría allí. Nos intrigaba aquel hombre: sus bombachos, sus cigarros, su desdén, su conversación informal que nos conducía al juego, el juego que consistía en hacernos girar por tumos y terminar con un beso que sabía a tabaco. Travesuras inocentes. Él miraba entonces a Oonagh, que era la más juguetona de todas, y ella lo seguía por el montón de escombros hasta el extremo del puente volado, pasando de piedra en piedra junto a la orilla del río para estar a solas con él, dentro del homo de barro, a oscuras, donde iban las parejas que no estaban casadas.

No te lo vas a creer, madre, pero uno de esos especialistas tuvo la desfachatez de preguntarme si había antecedentes de enfermedad mental en la familia. Le dije que no. Rotundamente. Aunque no podía olvidar nuestros pequeños ataques, por no hablar de los grandes. Me acordé de las polillas, de sus festines de lana y de angora, y del

escándalo cuando creímos que iban a atacamos. Estábamos en el cuarto azul con los muebles de nogal y los recuerdos queridos: un cuenco de alabastro agrietado en el centro, y un cofrecito de porcelana decorado con la cabeza calva y rota de un bebé. Sí, se nos metieron en la ropa, en el pelo, en las axilas, por todos los rincones del cuerpo, mientras nos retorcíamos y gritábamos desesperadas.

De vez en cuando te entraban unas ganas locas de encontrar un broche de los días de Brooklyn. Era de ámbar. Contenía los filamentos temblorosos de un mosquito atrapado en su interior.

Me hiciste subir a una silla para llegar al estante más alto del ropero y sacar toda la ropa revuelta que sólo guardábamos por guardar —sombreros de paja aplastados, rebecas, pañuelos rotos—, y mientras buscaba el broche encontré la redecilla verde que desencadenó el ataque. Estaba literalmente plagada de polillas, de huevos y de larvas. Nos pusimos a temblar. Tú dijiste que había que actuar, y fuiste a por el plumero de ganso y un trozo de cartón para limpiarlo todo, pero fue un error. La grasa de las plumas había impregnado el mango del plumero y debió de transmitirles sus jugos, porque las polillas cobraron vida, cobraron fuerza y empezaron a moverse.

—¡Dios mío! Nos comerán vivas —gritabas sin parar, y te quitaste el jersey, creyendo que ya habían anidado allí.

¿De qué teníamos tanto miedo? No lo sabíamos. Sólo sabíamos que la vida, y algo muy parecido a la vida, llevaba años fermentando en ese ropero.

Bajaste las escaleras con el cartón en la mano y el brazo bien estirado para alejarlas, y yo me puse a tararear una canción para distraerme. No quisiste tirar las polillas entre las matas del ruibarbo, porque estaban demasiado cerca de la casa. Fuimos en dirección a los prados, pasado el tendedero, hasta el fortín donde acechaban los malos espíritus y los malos secretos, y allí lo tiraste todo, el plumero, el cartón y la redecilla llena de bichos, en una ciénaga pestilente.

En esa misma ciénaga florecieron después los lirios azules con vetas amarillas.

—De esto ni una palabra —me dijiste de vuelta. Tantos secretos que enterrar.

Una noche nos fuimos a casa de tu madre, en las montañas. Yo sabía que algo pasaba. Tomamos el camino de atrás, supuestamente más corto, un camino de piedras que herían los pies. Yo te suplicaba que nos sentáramos, pero tú no querías; sabías que sentarse era fatal, por el esfuerzo que exigía levantarse de nuevo.

Tu madre era una mujer distante, vestida de negro, con un trapo

negro en la cabeza, un consorcio de enaguas negras y un bolso de tela negra del que a veces sacaba una moneda de tres peniques y me la daba, con la advertencia de no malgastarla.

Nuestra llegada causó un gran revuelo; mi abuela, un poco enfadada, preguntó por qué no habíamos avisado, y tú dijiste que una carta habría tardado dos días en llegar. Mi tía intentó tranquilizar a la madre, diciendo que no importaba que la cocina estuviera sin recoger y no hubiera exquisiteces para recibimos. ¿Desde cuándo importaban las ceremonias en esa familia? Tú dijiste que una espada colgaba sobre Rusheen. Mi abuela preguntó si mi padre había vuelto a tener una crisis, refiriéndose a si estaba bebiendo. Tú hiciste como que no la oías. Allí estábamos, en aquella cocina oscura y destartalada, con el hogar abierto, pucheros de agua puestos a cocer o a recocer, una lamparilla de aceite en el centro de la mesa, con su frágil camisa en forma de cucurucho, sin llegar a derramarse, pero bastante gastada, que producía un suave ronroneo. Tres mujeres adultas visiblemente tensas. Mi tía habló de la cosecha de patatas y dijo que no nos olvidáramos de llevamos unas cuantas, pues no había con qué machacarlas para hacer harina.

Nos esperaba en el camino de vuelta la noche más oscura, perros, gatos, tejones, martas y zorros, por no hablar de los borrachos que podían abordamos.

Se lo pediste abiertamente, y se quedaron atónitas. Quinientas libras. ¡Quinientas libras! ¿De dónde narices iban a sacar ellas quinientas libras? ¿Se pensaba que eran millonarias? Mi abuela estaba furiosa. Tú dijiste que una espada colgaba sobre Rusheen. Mi abuela dijo: «Cada uno recoge lo que siembra». Y tú le enseñaste las manos curtidas, que daban testimonio de tu trabajo. Las cosas se desquiciaron cuando sacaste a colación tu dote, la cantidad que te habían prometido esa mañana de febrero, cuando saliste de casa para casarte, cuando tu marido te esperaba en la ciudad, casi a trescientos kilómetros, donde había ido a celebrar su despedida de soltero. Mi abuela cogió las tenacillas para airear su rabia con las pavesas del fuego. «*Una dote, muchachita*». La manera en que mi abuela pronunció la palabra «muchachita» fue casi hiriente. ¡Qué desfachatez pedir semejante cantidad de dinero! Eso sólo demostraba tu falta de juicio, por no hablar de tu ingratitud. Tú dijiste con languidez que nunca habías pedido nada, y cometiste el error de recordarle a tu madre que, cuando te sobraba, dabas a manos llenas.

Mi tía terció, pero mi abuela, demasiado iracunda, ya había empezado a recordar que mi padre se presentó allí a media noche, completamente borracho, y se puso a tirar piedras contra la ventana,

ordenando a voces a mi abuelo que se levantara, que bajara y que le diera las quinientas libras que le había prometido antes de la boda, años atrás. Describió a mi abuelo en pijama, temblando, suplicando tiempo, asustado e incapaz de enfrentarse a mi padre, pues para entonces era ya muy mayor, estaba enfermo, y mi padre se puso a dar bastonazos en la mesa, al tiempo que repetía sus exigencias y les infundía el temor de Dios. Mi abuelo fue a los tres escondites donde guardaba sus ahorros, uno de ellos en el establo, para eludir la ley, y se lo dio todo, sus ahorros tan queridos para ellos como su propia sangre.

Tú no lo sabías, y te invadió la vergüenza. Te levantaste, parecía que te ibas a caer, y se te quebró la voz al decir: «Juro por Dios que no tenía la menor idea».

Y entonces la consternación, las lágrimas, los sollozos y los retorcimientos de manos, mientras mi abuela lamentaba no haberse cortado la lengua antes de decirlo. Aunque protestaba mucho, era una buena persona; se alejó renqueando, cogió su bolsa de tela negra, te la puso en la mano y te dijo: «Ten. Quédate con esto».

Dormimos las dos en una silla junto al fuego, y nada más despuntar el día nos marchamos con el dinero y las patatas, que aún conservaban sus tallos, porque, según juraba mi tía, las hojas le daban muy buen sabor al caldo.

Ni las salas más bellas de los lacedemonios merecieron una descripción tan seductora como la que hizo mi madre de Rusheen durante meses para animarme a hacer nuestra visita anual. Fue el verano que yo no quise ir.

Quentin era la causa.

Meses de precaria alegría cuando él venía desde las Highlands a mi casa de Londres y yo lo esperaba con tanta ansiedad que a veces salía a dar un paseo y dejaba la puerta abierta para que él pudiese entrar. Viajaba con muy poco equipaje: una elegante bolsa de cuero en la que llevaba unas cuantas camisas y un par de zapatos buenos, con bolas de papel de seda que les ponía su mujer. Ella le preparaba el equipaje. Sus viajes eran supuestamente de trabajo. Se instalaba en mi casa, se sentaba a sus anchas al lado de la chimenea como si viviese allí, y su pelo derramaba una luz crepuscular, violácea, porque no habíamos encendido la luz. Quentin se mostraba amoroso y tímido a un tiempo. A lo largo de esos meses hubo varias escenas en su casa: lágrimas, amenazas, registros de bolsillos y seguramente reconciliaciones, aunque de estas últimas tenía la delicadeza de no hablarme. Me contó que había ido con su mujer a una fiesta de disfraces, tal vez por temor a que yo lo hubiera visto en una revista. Fue un gran acontecimiento

en un castillo. Su mujer se disfrazó de Norma y él de Simbad el Marino, pues era el único disfraz que quedaba para alquilar. Escenas en casa, sí: visitas de primos, de su familia y de su familia política, para rogarle que recobrara el juicio. Semanas de agonía y de silencio, y al fin una postal —«De repente he visto tu rostro»— que reanudó nuestro romance y lo hizo regresar con su bolsa de cuero aplastada, el flequillo caído sobre la cara y una cascada de besos para celebrar el reencuentro.

Al final ganaron los imperativos de la casa y del hogar.

Pero yo no me daba por vencida.

Él había dicho que quería llevarme a Holanda, a un museo, para que viéramos juntos uno de sus cuadros favoritos. El cuadro de un cisne con las alas desplegadas, que protegía su nido de siete huevos del ataque de un perro nadador. Tal era mi convicción de que estábamos hechos el uno para el otro que hice el viaje sola y me concentré con todo mi ser en que él estaría en el museo, contemplando el cisne y su nido, y que al sentir mi presencia se volvería y lloraría de alegría. No me costó encontrar el cuadro; él me encontró a mí. Me paré en seco ante la envergadura y la furia de las alas del cisne y el perro hambriento, pero no había rastro de Quentin.

Ese verano interrumpí las vacaciones con mis hijos en Dublín, donde hice algo vergonzoso: le pedí al director del hotel donde nos alojábamos que llamara a casa de Quentin y preguntara por él. En ese hotel Quentin y yo habíamos pasado una noche clandestina, en una cama con baldoquín, y un hombre, ahora no sé si se trataba de un fantasma o de un intruso, apareció en nuestra habitación con un gorrito de dormir en forma de calcetín y unos calzones a juego, como un duende en un cuento de hadas, y mi amante, que estaba encima de mí, le dijo sin alterarse: «Me parece que te has equivocado de habitación, amigo». Y el hombre se largó, soltando una carcajada lasciva y repugnante.

Yo sabía que, al pedirle al director del hotel que preguntara por él, Quentin sabría que era yo quien llamaba.

Su mujer cogió el teléfono y anunció al director del hotel, a quien también conocía de cuando estuvo allí consultando el registro de huéspedes al enterarse de nuestra estancia. Al parecer, la mujer empezó a reír a carcajadas y dijo: «Lo siento, cariño, pero mi marido ya ha superado ese pequeño desliz».

Después fui a casa de mis padres. Vagaba de habitación en habitación, me sentaba en las camas, acariciaba las rosas de las colchas, sumergía las manos en los cuencos de agua bendita, seca hacía ya mucho tiempo, y salía al aire libre, a cualquier parte, para

evitar la inquisitiva mirada azul cobalto de mi madre. Y allí, debajo de un árbol, volvía a revivirlo todo: Quentin molesto por la llamada de teléfono; el áspero intercambio entre ellos, y la risa amarga de su mujer.

Mi madre, que veía mi abatimiento y mis lágrimas apenas contenidas, tomó su propia resolución. Fue a la hora de la cena. Yo miraba el asado de cerdo brillante sobre su lecho de salsa, y la patata que mi madre se había molestado en pelar para animarme a comer. Le pidió a mi hijo que la acompañara al cuarto que olía a manzanas, porque las guardaban allí en otoño. Mi hijo volvió con aire abatido. Se mostró silencioso y un poco arisco conmigo. Yo le apretaba la rodilla por debajo de la mesa para tranquilizarle y transmitirle confianza, pero él no respondía. Antes de acostarse me contó lo que había pasado. Mi madre lo sentó en una silla, se sentó delante y le preguntó si era consciente de lo alterada que estaba su madre y de cómo les había estropeado a todos las vacaciones. Él no dijo nada. Y acto seguido le hizo la pregunta condenatoria: «¿Es culpa de ella?». Si era culpa mía. Cuando me lo contó, le dije que teníamos que marcharnos inmediatamente, pero el niño protestó, dijo que estaría mal, que le haríamos daño, y al final llegamos a una especie de acuerdo que consistió en ir al pueblo y llamar a la puerta de una pensión de una viuda a la que yo apenas conocía. Nos condujo a una sala donde los clientes del bar no pudieran vemos. En aquel estado de agitación y rabia, yo casi no podía hablar, y no reparé en que la mujer nos ofrecía vino y un poco de tarta, pues sólo oía repetida la misma frase: «¿Es culpa de ella?»; la oía y me mordía las uñas hasta dejarlas en carne viva.

Cuando volví a casa me tumbé en la cama a planear el modo de sacarle a mi madre esos ojos azules, de vaciarle las cuencas. Entonces recordé que teníamos una muñeca grande, una muñeca de porcelana, escondida en el altillo del armario, y me subí a una silla para hacerle daño: le pasé la mano por la protuberancia del estómago, por las excrecencias astilladas en que se habían convertido sus pezones, por los alambres de metal que movían las manos, y la maltraté, le infligí todos los castigos que deseaba infligirle a mi madre.

Mis hijos estaban en un internado, en el campo. La casa parecía fantasmagórica y vacía; quedaban muy pocas cosas de ellos, ropa que ya no les servía y una guitarra rota. Yo iba a verlos los domingos, cada quince días, y ellos notaban en mi mirada cómo estaba perdiendo la cabeza. Les preguntaba, sin venir a cuento, por qué Shakespeare le dejó su segunda cama favorita a su mujer, Anne Hathaway. De mi boca salían estupideces y desvarios, como que la pobre marquesa

ebria le pedía a su doncella Pepita que le llenara un cuenco de nieve para refrescarse las sienes. Me acompañó una amiga. Yo llevaba un montón de cosas para los niños: pollos asados, jamón con gelatina, jerez y oporto, todo en una cesta enorme cubierta con un tentador papel de celofán rojo que les puse en los brazos para sus festines de medianoche, y mi amiga inventó la excusa de que debíamos volver a Londres, porque teníamos una reunión urgente. Pero ellos se dieron cuenta. «¿Se va mamá para siempre?», preguntó mi hijo mayor; y buena la organizó en la despedida, agitando un pañuelo para ocultar su pena.

Fue entonces cuando busqué la compañía del monje expulsado. Había pasado varios años en una comunidad, pero lo echaron con el pretexto de que despertaba envidias en los demás porque era demasiado útil, no sólo en la cocina sino también con las reparaciones y el mantenimiento del edificio. Lo conocí en un parque. Parecía famélico, con el abrigo caqui y las sandalias destrozadas.

Todavía lo oigo en el pasillo cuando tuvo que marcharse, cómo gemía y rechinaba mientras esperaba el taxi que yo había pedido por teléfono; lloró y empezó a sentir arcadas, con la esperanza de que yo saliera a decirle: «Puedes quedarte»; el indulto que el hombre o la mujer condenados aguardan en el último momento. Al principio todo iba como la seda. Todo era coser y cantar. Se ponía una túnica blanca y limpiaba cada mañana, y su abrigo caqui muy holgado y el chancleteo de sus sandalias en la escalera me daban tranquilidad. Enumeraba sus muchas bendiciones, decía que si no me hubiera conocido se habría convertido en un mendigo, condenado a vagar por el mundo con su cuenco de mendicante. Le ofrecí una habitación a cambio de que cocinara y se ocupara de hacer la compra, y aun así sacaba tiempo para hacer sus dibujos, todos idénticos: inocuos paisajes brumosos con salpicaduras doradas tenazmente empeñadas en brillar. Pese a todo, su presencia confería a mi casa un ambiente de alegría; él salía de casa con su cesta todas las mañanas, se alejaba en busca de las ofertas y recorría los bazares hasta encontrar las hierbas y las especias para sus platos especiales. Aromas tentadores llegaban de la cocina antes del ritual vespertino: la mesa puesta, las velas encendidas y la conversación, cuando él hablaba de su difunta mujer y del dolor que lo llevó a unirse a aquella orden de monjes laicos.

Debió de ser algo tan sencillo como unos pendientes de jade. Yo lancé una señal equívoca. En el pasillo, donde nos dábamos formalmente las buenas noches antes de retirarnos, me abrazó con fuerza y me declaró sus sentimientos. Al día siguiente estaba temblando; su piel, que era de un color tostado como la cáscara de

una castaña, se había vuelto blanca como la cal de la noche a la mañana, y sus suspiros eran memorables. Organizó un gran escándalo mientras ponía la mesa para desayunar. Luego se arrodilló, quería decirme que lo sentía, pero no había vuelto a abrazar a nadie desde que murió su querida esposa, quince años antes, pues le parecía imposible volverse a enamorar, pero se había enamorado. Fue lamentable. Fue terrible. Fue ridículo. Empezó a hacer mil tonterías por mí, como dejar flores o trocitos de papel con palabras cariñosas, llenaba la casa de incienso y salía a recibirme con un paraguas gigantesco, que a saber de dónde habría sacado, cuando yo volvía a casa por la tarde y estaba lloviendo.

Se pasaba horas de la noche en la bañera, bien para limpiarse de sus deseos o para llamar mi atención. Yo no soportaba el gorgoteo del agua en mis viejas tuberías, detestaba la idea de encontrarlo allí repanchigado, deseando que le mostrara alguna compasión. Y todas las mañanas buscaba algún pretexto para tocarme mientras me servía un plato o una fuente, aunque nunca llegaba a hacerlo. Empezaron a sentarme mal sus comidas, y eso le ofendió. Al principio fingía que no me encontraba bien, pero después me puse enferma de verdad; me daban náuseas. Me retiraba a mi habitación con unas galletas de avena y cavilaba la mejor forma de pedirle que se fuera.

Hablando de mi habitación, a todas horas me lo encontraba en la puerta, sentado en la postura del loto, rezando para que recuperásemos la armonía.

La mañana en que le pedí que se marchara se lo tomó como un hombre, asintió, dijo que aquellos meses de hospitalidad habían sido maravillosos, y yo le agradecí que aceptara un poco de dinero.

Pero en el último momento se derrumbó. Yo esperaba que se largara de una vez, atrincherada en la cocina, con una silla trabada en la puerta para que él no pudiera entrar, y suplicando que el taxi que acababa de pedir no se retrasara. El timbre empezó a sonar, y él era incapaz de contestar. Casi tuve que pisarlo, pues estaba tumbado de bruces en el pasillo. Había llegado la hora, la hora que para él significaba ritualmente el momento de la muerte. Había encontrado amor y refugio, o creía haber encontrado amor y refugio, y no soportaba verse expulsado de allí.

Lo levantamos entre el taxista y yo, lo ayudamos a sentarse con sus escasas pertenencias, su bolsa de tela, su alfombrilla de oración y un calendario con la imagen de una niña risueña con un lunar rojo pintado en la frente. La mirada que me dirigió desde el otro lado de la ventanilla más vale olvidarla. Fue una lady Nosecuántos quien me comunicó su muerte. Encontró mi nombre, mi número de teléfono y

una foto mía entres sus pertenencias clasificadas como «secretos». Quentin llevaba sólo tres semanas cocinando para ella y sir Anthony, y se había portado de maravilla. La señora pensó que me destrozaría enterarme de la triste noticia. Al parecer era domingo y, al ser su día libre, Quentin se fue solo de excursión. Bajó del tren en una estación apartada; había espuelas de caballero, malvas y todo lo demás, pues era el mes de junio. Subió una colina y se sentó en la cima a comer y entrar en comunión con la naturaleza. La dama en cuestión y su marido, sir Anthony, suponían que o bien se quedó dormido y cayó rodando o bien iba caminando y dio un traspié, el caso es que rodó hasta las vías y un tren que pasaba a gran velocidad lo hizo papilla. La última línea de la carta me estremeció, pues comprendí su significado, supe que yo era responsable de aquel crimen. «El pobrecillo no comía. Parecía abrumado por una pena enorme. De haber comido, tal vez habría tenido fuerza para evitar la caída».

El médico que vivía más al norte los superó a todos. Una casa grande, con una sala de estar, un comedor y una cocina grandes; revistas y una fuente con fruta para dar la bienvenida. Su mujer estaba en el campo. Eso le oí decir mientras hablaba con alguien por teléfono. Se había marchado a Lincolnshire, y sin venir a cuento pensé en lady Deadlock, aterrada por las pisadas en el paseo de los fantasmas.

A pesar de los recibidores con vistas al jardín, a los pacientes se les hacía esperar en un cuartucho donde a nadie se le ocurriría meter ni a un perro. Habían embutido allí una silla de cocina, y el rincón era tan oscuro, tan deprimente que ponía los pelos de punta.

El día que le conté mi sueño de «suicidio» estuvo muy hablador. El sueño era así:

Yo había ido a Holanda, con intención de aprovechar su hospital de suicidas. Era una especie de garaje con tubos fluorescentes que emitían una luz brillante y espectral. Nos hicieron esperar un rato. La espera tal vez tuviera la finalidad de dar tiempo a los atormentados para hacer las paces consigo mismos o acaso escribir una última carta a familiares y amigos. En ningún momento nos reconocimos los unos a los otros. Minutos antes de la hora señalada sonó una campana, como en el entreacto de un teatro, y todos nos pusimos en pie y formamos ordenadamente en fila hacia nuestro final. En el último minuto me entraba el pánico. Me parecía que aquello sería una traición imperdonable para mis hijos, de manera que busqué a un encargado y le pedí que me excusaran, que me permitieran regresar, pero ya era demasiado tarde.

El doctor reflexionó tras escuchar mi relato, consultó las notas que había tomado previamente sobre mi situación y me ofreció la

explicación más burda que quepa imaginar. Semanas antes, al despertar una mañana, yo había encontrado varios zapatos de hombre desperdigados por el jardín; unos estaban limpios, otros no, algunos llevaban cordones, y todos eran negros. Además, una manzana que crecía en un árbol joven había desaparecido. No había caído al suelo, pues no había ni corazón ni semillas, sólo una pequeña herida en la rama, de donde la habían arrancado. Veinte o veinticinco pares de zapatos de hombre desperdigados en mi jardín y una manzana misteriosamente consumida. Alguien había estado allí mientras yo dormía. Estaba segura. Él no. En su opinión, el sueño reflejaba la ansiedad que me producía el hecho de ir a verlo, por tratarse de un médico nuevo, y tal vez que me apetecía probar una de las manzanas de la fuente que había en su cocina. Una memez. Agoté todo mi ingenio intentando explicarle la parte más horrible del sueño, el momento en que cambiaba de opinión y no me permitían volver. Nos amontonaron como a ovejas en un callejón sin salida donde nos esperaba un equipo de mujeres de pie, algunas con escupideras esmaltadas en forma de orinal y otras con navajas para degollar. Incluso intenté describir el grito, que fue interminable, y al día siguiente me levanté temblando y bajé a hervir un poco de leche, pensando que la leche hervida me transmitiría una sensación de normalidad.

No esperé en aquel cuartucho más que otra sesión, y a él le ofendió mi decisión de abandonar.

Un comedor suizo, naranjos y limoneros en grandes macetas de barro. Un *maître* de aspecto espectral que me asignó una mesa oscura. Quiso el destino que un caballero, igualmente solo, ocupara la mesa contigua: dos solitarios en la amplia curva del ventanal.

Enseguida empezó a enviar «hermosos mensajes mudos», como Portia en *El mercader de Venecia*. El *maître* se acercó entonces, para mi sorpresa, y con una cortesía que no había mostrado hasta ese momento me preguntó:

—¿Le apetece a la señora una copa de vino tinto?

La señora bebía vino blanco. El caballero asintió con la cabeza. ¿Del Ródano, del Rin o del Loira? Cualquiera. Alguno que tuviera aroma. Sí, alguno que tuviera aroma. Llegó una botella en un recipiente con hielo, perlada de rocío, y el *maître* me ofreció a oler el corcho ceremoniosamente. Una copa de vino tinto y una copa de vino blanco se alzaron en mutuo reconocimiento. *Salute. Santé. Skol.* Salud. *Slainte*. Arriba, abajo, al centro y adentro.

Trasladan el servicio de *monsieur* a mi mesa con diligencia, y el propio *monsieur* se inclina obsequiosamente, encantado por lo fácil

que ha sido todo. Era un maestro cafetero; se entusiasmaba hablando de los granos del café, de su sabor, de su fragancia, de su regusto y de su aroma en el paladar, de los distintos tipos de terreno en que se cultivaba. Era de Turín. ¿Era auténtico o falso el Santo Sudario, que según se decía cubrió el rostro de Cristo crucificado y conservaba su imagen impresa? ¿Quién sabe, *bellissima*? No era un tema de su interés. Los vinos, los cafés y la cocina de las regiones por las que viajaba eran su fuerte. Estudiaba la naturaleza humana y la belleza femenina desde la privilegiada posición de muchos comedores.

Disfrutó del *jambon* con alcachofas y del pato *á l'orange*, y después anunció eufórico que se moría por una *zuppe inglese*. El camarero no le entendió al principio y luego cogió la carta con desprecio para señalarle que había *soufflé, crépe au poire* o *tarte citrón*. No, no. El maestro cafetero no podía pasarse sin su *zuppe inglese*. ¡Qué contratiempo! «Era sólo una broma, *monsieur*, una broma de viajero».

Para terminar, un digestivo y un paseo nocturno. Una calle muy selecta, de altas ventanas con postigos abiertos, los vecinos paseando a sus perros, el colmo de la respetabilidad. De vuelta en el vestíbulo del hotel una cortés despedida antes de que él se dirigiera al bar del sótano, sin duda con intención de pedir un licor tras haber sido galante con *bellissima*.

Habían enviado a mi habitación la botella de vino sin terminar. Estaba allí, inclinada en su recipiente de hielo, y mi camisón azul cielo decorosamente tendido sobre el cabezal blanco más grande y mullido que había visto en mi vida. La habitación tenía dos puertas: una exterior, acolchada con cuero rojo sujeto con botones del mismo color, y otra que conducía al dormitorio y garantizaba la intimidad.

Toc-toc-toc. Había incluso un pequeño llamador en miniatura en la puerta exterior. El maestro cafetero se había puesto una americana y allí estaba, con aire ligeramente jactancioso, animado pero también despectivo, como si dijera: «Siempre sé cuándo a una mujer le apetece echar un polvo». Se inclinó sin preámbulos para apagar la luz del dormitorio, envolviéndonos en una confesión oscura y muda: la boca extraña, la polla extraña, el coño extraño, el combate de la respiración, rápido, sin amor, jadeante, donde nada cabía, ni siquiera tú, madre.

La doctora a la que fui a ver se parecía menos a una pared que los dos pelmas caballeros que la precedieron. Se llamaba Bertha. Tenía unos ojos dulces y oscuros como bayas de endrina, y el hecho de que fuera oriental me parecía prometedor. Creía que ella sabría llegar dentro de mí y sacar todas las tribulaciones y la bilis acumulada. Estos pensamientos se convertían a veces en fantasías, y en esos momentos

imaginaba distintos procedimientos, principalmente quirúrgicos, y recordaba que mi madre estrangulaba a los pollitos enfermos con un alambre. Y pensaba que también a mí me curaría así mi enfermedad.

Llegaba con antelación y paseaba un rato por la calle amplia y ventosa donde tenía su consulta. Digo que era ventosa porque siempre había algún edificio en construcción, y la basura y el polvo volaban por todas partes, y algunas tuercas se soltaban de los andamios y eran un peligro. Las casas eran de estuco blanco, de varios pisos, con locales en el sótano, en uno de los cuales, exactamente en el número cuarenta y ocho, tenía ella la consulta.

Fijaba la vista en la puerta —era negra, con una aldaba que se atascaba— y esperaba hasta que salía la paciente anterior. Se trataba de una mujer joven que iba en silla de ruedas; un chófer llegaba minutos antes de que hubiera terminado y la cogía en brazos para subir las escaleras. Había algo muy doloroso en aquella muchacha a la que debían llevar en brazos y que siempre se esforzaba en sonreír, pero cuando el chófer volvía a por la silla de ruedas, ella se quedaba mirando por la ventanilla del coche, perdida y sin esperanza.

El paciente que llegaba después de mí era un hombre alto, con ojos de búho y el pelo gris metálico hasta los hombros, que a mí me parecía una peluca.

Un día el hombre-búho se me adelantó y vi con consternación que, cuando el chófer llegaba y bajaba las desvencijadas escaleras, el hombre le seguía y se apostaba junto a la puerta. Cuando el chófer se marchó con su carga, el hombre-búho habló con Bertha y yo me puse histérica ante la posibilidad de perder mi preciada cita. Ella asentía, escuchaba, pues era evidente que le estaba contando el cuento de que tenía que coger un tren o un avión, y ella le estaba creyendo. Bertha me vio entonces, detectó mi ansiedad, y al momento el hombre-búho subió las escaleras, murmurando y con cara de pocos amigos.

Meses más tarde me excedí por completo. Una noche llamé a Bertha y la invité a pasar por casa, insinuando que era importante.

Vino muy abrigada. Me resultó emocionante; sentí una emoción clandestina al ver cómo se iba quitando prendas y lanzándolas una por una: la bufanda, el sombrero, el abrigo, los guantes de cabritilla negros, con millones de arrugas. Había cruzado el barrio de amplias calles hasta la callejuela donde yo vivía, en una hilera de casitas victorianas adosadas o enfrentadas, pero siempre herméticas: en una ventana, una jardinera con geranios que resisten las heladas, un visillo estampado y polvoriento en otra, y glicinias de dos floraciones en la casa de doble fachada, con el tronco totalmente pelado en invierno, nervudo y fino.

Bertha estaba radiante. El cuello de piel de su abrigo me recordó un retrato que pintó Rubens de su segunda mujer, que parecía completamente desnuda bajo el manto de armiño. Se había tomado la molestia de maquillarse, de perfilarse los ojos y de ponerse un poco de sombra amatista que intensificaba su mirada, como dos charcos oscuros.

Comimos, bebimos y nos apoltronamos en grandes almohadones al lado de la chimenea, ella regordeta, lánguida y confidente; me contó historias de su infancia en Alejandría, de un caballo balancín con los ojos de jade, de los huertos de granados que asaltaba con su hermana cuando estaban en sazón, de las visitas a sus tíos, que sentían «algo» especial por ella, y ya entonces Bertha se daba cuenta de hasta dónde podía dejarles llegar, de los bailes por la noche en el salón, padres e hijos, invitados y primos bailando al son de una orquesta que había venido de la ciudad. Que yo nunca hubiera bailado carecía de importancia para ella. Me aseguró que descubriría una gran libertad en el baile, incluso un gran placer. Y entonces nos pusimos a bailar, Bertha, mi psiquiatra, y yo. Sus brazos femeninos, suaves como la cuajada, el olor a almizcle de su perfume nuevo para mí, embriagador, mientras bailábamos en los campos de la juventud al ritmo frenético y fluido que ella iba marcando, entrando y saliendo de las distintas habitaciones, espacios que llevaban mucho tiempo pidiendo a gritos un poco de vida, y salimos al jardín, sin importamos que fuese invierno, bajo el aire húmedo y refrescante tras la lluvia.

Lo mencionó en cuanto recuperó el aliento, aunque con cautela. Por teléfono yo le había dicho que era importante que nos viéramos. ¿Cómo podía decirle que lo había sido, pero que había dejado de serlo? ¿Cómo podía contarle que desde que leí *El lobo estuario* por primera vez, a los veintiocho años, me había aferrado a la historia del personaje, convencida de que su redención sería también la mía? Cuántas veces pensaba yo en Harry Haller, cuando se aventuraba por un barrio desconocido de la ciudad vieja, sobre el asfalto negro y reluciente de lluvia, e iba encontrando fragmentos desperdigados de un letrero que una vez reunidos decían: «Teatro Mágico sólo para Locos». Al entrar allí se encontraba con Hermione, la misteriosa hermafrodita que le enseñaba a bailar el tango y le descubría algunos de los venenos más dulces de la vida. Pero, en ese momento, sentada allí con Bertha, yo sabía que el teatro mágico de Harry Haller no era nuestro teatro mágico, como tampoco los espinos de Proust, en el momento de mayor exuberancia rosada y tierna, podían ser nuestros espinos, de mi madre y míos, porque nosotras y nuestros espinos pertenecíamos a ese lugar solitario y asfixiante, y con la misma

intensidad con que deseaba que Bertha viniera cuando la llamé, deseé entonces que se marchara para disfrutar, al fin, de la soledad del lobo.

Pura y salvaje procreación humana. Un día abrasador, el olor empalagoso y nauseabundo de la flor del saúco. Yo estaba dentro de ti. En el momento de ser desterrada. Oleada tras oleada, hora tras hora. Tu sangre, tu hemorragia y mi última puñalada al llegar a la vida. Entre tú y yo ese feudo de sangre, ese vínculo de sangre, ese recuerdo de sangre. ¿Cómo voy a saberlo? No lo sé. Lo sé. Lo que sabemos es lo que se sabe antes de saber nombrarlo. Yo en un extremo de tu soga, sola, sola como están los muertos. Pero las cosas no salieron como tú las habías planeado. Casi nunca es así. Te imagino regresando, con una desolación abrumadora, la sangre cayendo por los muslos, por las piernas, grandes coágulos de sangre, y las gotas salpicando la hierba seca. Tu Getsemaní. *Ah, padre, ah, madre, perdónanos, pues no sabemos lo que hacemos*.

SÉPTIMA PARTE

DILLY

Dilly está sentada, la cama hecha, a medio vestir para un viaje, pálida y contraída, con profundas ojeras y una expresión atormentada.

Lo único que necesita es que le traigan el abrigo, el sombrero y los zapatos. Es cuestión de un sólo día, estará de vuelta antes de que anochezca, se repite sin cesar, temiendo que no se lo permitan. La enfermera joven parece desconcertada, cree que debe consultarlo con alguien de arriba, y Dilly le dice que busque a la hermana Consolata, pero su amiga está fuera cubriendo un tumo de dos días, cuidando de una monja que tiene paperas.

—En todo caso, yo decido lo que me conviene —insiste Dilly en tono autoritario, y pide que le traigan sus cosas, y el bastón que la hermana Consolata guarda para su marido.

—¿Es un funeral? —Pregunta amablemente la enfermera.

—Escucha…, ¿sabes de alguien que pueda llevarme en coche?

—Conozco a un hombre, Bronco…, la llevará a donde quiera, pero es un terror conduciendo…, ha tenido docenas de accidentes.

—¿Querrás avisarlo, como una buena chica? Pero no digas nada. —Y en contra de lo que ha decidido, Dilly le cuenta tontamente que quiere ir a casa para ver al notario y cambiar su testamento, pues tal como están las cosas sólo traerá problemas.

Busca en el bolso unas monedas para el teléfono, pero la enfermera no las acepta, dice que puede llamar desde la oficina, porque todavía no ha llegado nadie.

—¿Está segura de que se siente con fuerzas para hacer el viaje,

señora?

—Es un viaje relámpago.

Se bebe el té sin saborearlo, se come la tostada sin saborearla, sin masticar, tiene la cabeza como ese bolsón que guarda en la despensa, donde va almacenando todo tipo de cosas, objetos punzantes, cuchillos, tijeras, herramientas.

—¿Preparando la fuga? —Pregunta la enfermera Flaherty, que de pronto se ha materializado con un impermeable y un gorrito de plástico, sin duda informada de su deserción.

—Será sólo cuestión de unas horas —dice Dilly, resuelta a no dejarse amilanar.

—No lo permitiré.

—No puede impedirlo.

—Mi querida señora, si algo le ocurriera en ese viaje, la responsabilidad sería nuestra, nosotros cargaríamos con la culpa…, de manera que vuelva a la cama y no se hable más.

Se miran fijamente unos segundos, enemigas juradas, pero Dilly no piensa ceder.

Viendo que la enfermera vuelve con su ropa y el bastón, pregunta con la mayor tranquilidad posible:

—¿Has localizado a Bronco?

—He hablado con su mujer. Ha salido a hacer un recado… He quedado en volver a llamar.

—¿Quién te ha dado permiso para llamar a Bronco? —Le pregunta la enfermera Flaherty.

—Nadie —responde la muchacha. Se acobarda y espera la reprimenda.

—Quítese ese abrigo y ese sombrero, señora Macready, y le traerán el desayuno —ordena la enfermera Flaherty; pero al saber que Dilly ya ha desayunado dice que, en todo caso, no puede irse hasta que venga el médico, y para eso falta al menos una hora.

Cuando la enfermera Flaherty se va, sacudiendo con vehemencia las gotas de lluvia de su gorrito de plástico, Dilly lee en su zancada una determinación.

Se sienta en la entrada, junto a la puerta principal, absorta en sus pensamientos, sin mirar a los que van y vienen, manoseando las cuentas del rosario y rogando para que Buss se dé prisa, suponiendo que debe de estar ya a medio camino, pues ha pasado más de una hora desde que llamó a su hermana y le imploró que Buss fuera a buscarla inmediatamente. El conserje, que tiene un defecto en la voz, sale varias veces de su garita para recordarle que está expuesta a la corriente y urgirle a entrar en el vestíbulo, porque el viento de marzo

es mortal…

—Estoy bien aquí…, estoy bien aquí —repite Dilly, y se sube un poco el cuello del abrigo, para pasar desapercibida.

Su marido pensará que le han dado el alta y se alegrará. Volverán a sus rutinas, a la sopa de sobre, de tomate o de carne con curry, a preparar el fuego todas las mañanas aunque no lo enciendan hasta las seis, a sus costumbres y su armonía conquistada con tanto esfuerzo. Puede que Cornelius ponga mala cara cuando le diga que quiere ir al notario, pero le recordará cómo los arrastraron esa tarde mezquina para tomar el té en un hotel de lujo, en un gran salón con un perro negro de papel maché, con los ojos ribeteados de naranja y una tarjeta que decía: «Colecta para ciegos»; el salón tan opulento, con divanes, sillones, pastorcillas de porcelana en la repisa de la chimenea, lirios pintados en el cristal que protegía de las llamas, un fuego que daba gusto, una ventana panorámica con vistas a un molino, su gran rueda detenida, y té para cuatro, los terrones de azúcar blanco y moreno en un cuenco, jarritas con mermeladas y nata montada, y de pronto el bombazo cuando Terence pregunta si lo quieren como a un hijo y, en tal caso, les pide que lo demuestren, legándoles Rusheen y todas sus tierras a Cindy y a él. Y entre la sorpresa, el esplendor del entorno y la brusca petición, ellos no presentan batalla, acceden, y Terence anuncia entonces que ya ha concertado una cita con J. M. Brady & Co., los prestigiosos notarios.

Cuando ve a Terence subir las escaleras, acalorado y nervioso, Dilly comprende que la han traicionado. Lo sabe por la rabia que ve en él, por cómo empuja la puerta giratoria, sin cederle el paso a una anciana, porque lleva el abrigo desabrochado, y le duele el sarcasmo en la voz de su hijo cuando le dice:

—¿Y bien, señora? Me han dicho que intenta jugárnosla.

—Quiero ir a casa…, dar un paseo. No es mucho pedir a estas alturas de mi vida.

—¡Qué vileza! —Dice él, colocándose las gafas sin montura, para verla mejor.

—¡Qué vileza! —Responde ella.

—¿Por qué de un modo tan ladino, tan turbio? —Pregunta él.

—Estoy enferma, Terence, no me organices una escena aquí… —Y mientras lo dice ve la expresión de su hijo, salvaje e infantil, su propio hijo, su niño de pelo blanco, dispuesto a matarla de un puñetazo.

—No me pegues, Terence, aquí no —dice Dilly, y, como si alguien la hubiera avisado, la enfermera Flaherty aparece de pronto sacudiendo un termómetro y una manta de viaje, como un alma solícita, diciendo que a la enfermera joven se le ha olvidado tomarle la

temperatura, y ningún paciente puede marcharse sin hacerlo.

Silenciada, acobardada, la obligan a sentarse en una silla, le introducen la pipeta de cristal en la boca, y no puede hablar mientras los oye comentar la insensatez, más que insensatez, la locura de su decisión, y Dilly busca entre tanto a Buss con la mirada. Apenas tiene unas décimas, dice la enfermera Flaherty, pero el pulso está muy acelerado, como una dinamo, y tomándola cada uno de un brazo la conducen al vestíbulo, y ella rebosa la tristeza profunda de los derrotados. No se resiste, ha perdido la batalla, y escucha con repugnancia su falsa preocupación por las carreteras tan peligrosas, esas malditas carreteras llenas de árboles caídos, por el hielo y la posibilidad de que contraiga un resfriado que sin duda le bajaría al pecho.

Han llegado al pie de las escaleras cuando Dilly se vuelve y ve a Buss cruzando la puerta, descubriéndose la cabeza como si entrara en una iglesia, y retrocede como movida por un resorte, corre hacia él esperanzada, grita su nombre, y al correr se le cae el sombrero y con él las dos peinetas de carey, y se le suelta el pelo, se despeina, y entonces tropieza y cae, y las manos de Buss, grandes y lentas, se abren para alcanzarla, pero no logra impedir que se estampe contra el duro archipiélago de baldosas. Timbres, enfermeras que corren, dos hombres con batas blancas como dos carniceros aparecen ante sus ojos aturdidos, la sientan en una silla de ruedas y Nolan, que surge de la nada, pregunta a voces:

—¿Qué le ha pasado a la señora?

Es la mano de Nolan la que Dilly busca. Es a Nolan a quien le dice al oído que los eche de allí, y es Nolan quien la oye repetir sus últimas y siniestras palabras: «Es absolutamente inconcebible».

Musgo

Eran dos hombres: uno mayor y otro joven. Aún quedaban algunas estrellas en el cielo, aunque pálidas y lechosas, como se ven de madrugada, poco antes de ocultarse.

Ned, el más joven de los dos, parloteaba como si estuviera borracho, aunque no lo estaba.

Montaña arriba, por un tramo de carretera dejado de la mano de Dios, donde de vez en cuando aparece el esqueleto de un animal muerto, entre surcos y rodadas y en los campos rebosantes de helechos de bronce, donde hay unos cuantos abetos escuálidos que no han arraigado.

Aparcan la furgoneta junto a la antena de televisión que preside el valle como un dios de acero, el cable enredado por el viento y las señales que circulan por el interior de sus hilos inaudibles; avanzan entre los brezales hasta la valla y la saltan, sintiéndose delincuentes.

Flossie conoce al dueño de la finca, ha entrado furtivamente docenas de veces para cazar becadas, y una vez cazó un pavo, que según Jimmy había llegado hasta allí desde los montes Apalache. Flossie era por aquel entonces un aprendiz y Jimmy el jefe. Van allí porque es donde crece el mejor musgo, el más bonito, de distintas variedades: musgo de roble, musgo de arroyo, musgo de peldaño y musgo dorado, con un color sin igual, un color que ninguna cortina, ninguna alfombra, ninguna cordillera es capaz de imitar.

El propietario es un hombre soltero, el último de su estirpe, que vive solo, confinado entre la cocina, el fregadero y la despensa, rodeado de pinturas religiosas, las paredes repletas de sagrados corazones y de santos, un niño de mamá que nunca se casó y que tiene una escopeta para ahuyentar a los intrusos, pero que ama sus árboles, ama su bosque y hace honor al pacto estipulado por su tío abuelo, que prohíbe cortar un solo árbol por capricho.

Ned se detiene, anda, vuelve a detenerse, maravillado. Ha visto muchos bosques, incluso ha trabajado en los bosques, en bosques jóvenes donde se realizan labores de repoblación, pero jamás ha

puesto el pie en un lugar como aquél, del que emana una quietud escalofriante, donde los árboles parecen alzarse desde tiempos inmemoriales sin ser molestados y tienen más derecho sobre ese territorio que cualquier hombre o mujer.

Lleva casi un año dando la tabarra a Flossie, preguntándole cuándo lo llevará a coger musgo para cubrir una sepultura, quiere aprender el oficio y poder transmitirlo a su vez. Flossie sólo hace esas cosas por los más íntimos, amigos o parientes, o por chicos que se estrellan al volver de la discoteca. Pero Ned siempre ha recibido una negativa por respuesta, la áspera voz de Flossie limitándose a decir: «Oye, yo no soy Jimmy». Nada más. Flossie ha aprendido el oficio de Jimmy, que a su vez lo aprendió de un cornuallés, y el cornuallés lo aprendió de un bretón y el bretón Dios sabe dónde, quizá en los Apalache.

Y ahora que Jimmy ya no está, Flossie preferiría ir solo a coger musgo para las personas que han significado algo para él y también para la mujer a la que apenas conocía, pero con quien tenía un vínculo especial, un vínculo tácito que ninguno de los dos reconocieron jamás.

Una neblina espectral se cierne sobre los árboles y se desplaza en penachos traviesos, jugando al escondite como la Quimera.

Se ordena silencio, y los dos hombres se internan en el corazón del bosque, donde incluso Ned tiene el pudor de cerrar el pico. Flossie conoce los árboles que lucen las mejores ramas, ya se imagina desprendiendo las mullidas y hermosas tiras verdes, las de un verde más fresco y las anaranjadas y amarillas, enredadas unas, compactas otras, y algunas salpicadas de florecillas rosas y púrpuras, incluso en invierno. Ya se imagina lo bonito que quedará el musgo en las cuatro paredes de la tumba de la mujer. Lleva seis bolsas de plástico negras: dos para Ned y cuatro para él, y le dice al muchacho que no se apresure, que trabaje despacio, de lo contrario el musgo se desmoronará, se desintegrará y resultará inservible. Muy despacio y con infinito cuidado, Flossie empieza a desprender el musgo de las raíces de los árboles, haya, roble y olmo, mientras Ned lo observa y lo sigue, despegando capa tras capa, pero de vez en cuando Flossie tiene que llamarle la atención:

—¡Ten más cuidado, joder, lo estás destrozando! —Y arduamente reúnen su cosecha y tienden las tiras a secar encima de las rocas.

—Es una lástima llevárselo —dice Ned, impresionado por la riqueza de los colores ahora que el sol está más alto.

—Volverá a crecer… y crecerá mejor todavía…, así es la naturaleza —le responde Flossie.

Ned no conoce la muerte, no quiere conocerla, y, sin embargo, se

enorgullece de estar reuniendo una alfombra que cortará, recortará, colgará de alambres y sujetará con pinzas a la lápida, que resultará espléndida. Conoce la casa de la mujer, con sus rododendros, su gran cantidad de árboles y sus dos avenidas; la de atrás, completamente asaltada por la maleza, se ha convertido en escondite de parejas de enamorados. Una vez vio a la mujer con un sombrero de hombre pintando una zona de la verja de color plateado.

—¿Era prima tuya?

—Eso no te importa.

—Perdona, perdona —se disculpa Ned, cohibido, y tras un incómodo silencio pregunta de qué color son los huesos de los muertos, y Flossie le dice que son de un marrón sucio y que están todos rotos, menos el cráneo; los cráneos se conservan intactos, y a veces hay tres o cuatro en la misma sepultura, como una familia, y allí siguen peleándose.

—¿La conocías? —Pregunta Ned.

—Más o menos.

Era tan sólo un niño cuando la vio cruzar el parque camino del río. Por su modo de andar, despacio, supo lo que se proponía la mujer, que no le dijo una sola palabra: lo miró, disgustada al verlo allí, con ganas de que se largara para que no la viera hacer lo que tenía que hacer. Sólo un niño, pero lo supo, y supo que ella sabía que lo sabía. Allí estaba él, con dos huevos de ganso que apenas le cabían en la palma de la mano, huevos que acababa de robar; y ella paseando, y el río salvaje y libre, retozante, con hambre de que le arrojaran algo: un palo, un rastrillo, una persona.

Ella estaba blanca como una sábana y muy molesta por su desfachatez, porque él no se largaba; llevaba los zapatos en una mano y las medias en la otra, y se dirigía a la cascada, cien metros más allá, que escupía su espuma amarillo-verdosa. Todavía lo ve, lo oye, lo siente todo, pues nunca ha podido ni podrá olvidarlo. La imagen persiste: la palidez de la mujer, sus ojos desesperados, nerviosos, deseosos de que él se marchara para que no viera lo que tenía que hacer, suplicándole sin palabras que tuviera la bondad de irse. Pero él no se fue, porque pensó que no debía. No era más que un niño, pero supo que debía quedarse. El rugido del agua que caía a chorros, su fuerza, la superficie densa y arremolinada dispuesta a tragarse cualquier cosa y seguir tercamente su camino. Y se quedó donde estaba. Todavía lo recuerda, allí, con los huevos de ganso en la mano, uno a punto de caer, y ella con la mirada más triste que había visto jamás, implorándole sin palabras que le dejara hacer lo que había ido a hacer. Pero él se negó, y al cabo de mucho tiempo, o de lo que pareció mucho tiempo, la mujer se marchó, se alejó del río y volvió a su casa, a Rusheen.

Y nunca hablaron de lo ocurrido. ¿Cómo iban a hablar? En los años

posteriores la veía en misa o en otros sitios. Le debía aquel musgo.

—Como ves, yo no soy Jimmy —dijo en voz alta, y el chico le lanzó una mirada torva y llena de asombro.

Las pieles de musgo se están secando al sol, que las impregna con su tibieza y hace brotar sus colores.

Cortejo

La lluvia se ha derramado sobre el mundo verde, humedeciéndolo, y el sol lo ilumina ahora todo: los prados con su latido verde y los ríos que se desbordan, que azotan las orillas, de un verde negro en los recodos; las ramas que se doblan en una y otra dirección y de las que cuelga alguna hoja solitaria, marrón y agazapada, como un pájaro marrón y agazapado, pero los cuervos caen en picado, felices, y la lluvia se seca en los caminos, las montañas modeladas a lo lejos en azul, fundidas con el horizonte.

La llevan a casa, a sus bosques.

El coche fúnebre abre el cortejo, seguido por los dos coches de duelo; han cruzado con movimiento pesado y torpe los barrios que se extienden más allá de Dublín, han alcanzado un poco de velocidad en la carretera, se han perdido luego en la primera población grande, por culpa de un conductor idiota, de un borracho dublinés que se equivocó en el cruce y tomó la carretera de Cork en lugar de la de Limerick, y su padre pasa de lamentarse a hervir de rabia. Eleanora va en el primer coche con él y con Vinnie, el amigo de Cornelius, seguidos de Terence y Cindy, que llevan la radio a todo volumen y la música se oye cuando se detienen en la plaza del pueblo para preguntar si alguien ha visto pasar un coche fúnebre.

«Mi madre está muerta, mi madre está muerta», se repite Eleanora en un estado de parálisis, porque todavía no lo ha asimilado. Le resulta ajeno, es una fantasía, por lo repentino y porque no puede determinar el momento exacto; en un país era una hora, mientras que en el otro el reloj marcaba una hora distinta. Como si hubiera ocurrido fuera del tiempo.

Los tres días anteriores le parecen muy confusos: la cama de hospital de la que huyó, el azul glacial del codo de su madre, la consistencia compacta y avinagrada de los arenques, la brigada de motoristas, el pequeño aeropuerto con sus tiendas de recuerdos baratos, y la atribulada despedida de Siegfried, el vuelo entre la niebla, entre una sucesión de bancos de niebla, con el cinturón de

seguridad abrochado y un sentimiento de premonición. El teléfono que suena justo cuando está entrando en casa. El reconocimiento de la voz de la monja enfermera del pelo gris acero, anunciándole que su madre ha muerto y que sus restos mortales serán llevados a casa al día siguiente. Trombosis coronaria. Dicho de otro modo: un infarto.

Su padre, en el asiento delantero, enciende un cigarrillo con el anterior y repite sin cesar la misma frase lastimera, sus ojos desbordados de desolación y de injusticia, «No me imaginaba que se iría tan deprisa… Yo creía que iba a superarlo», y Vinnie hace lo posible por consolarlo.

Vinnie es un hombre corpulento y lleno de vida, que no deja de tocar a Con en el hombro, le señala las casas, las granjas y las fincas por las que pasan, le cuenta que el dueño, Fulano o Mengano, volvió de América con un montón de dinero, abrió un asador de pollos y ganó otro montón de dinero, el mejor pollo del país, pero nunca anduvo bien de salud, de manera que el dinero no lo es todo. «El dinero no lo es todo», dice, y Con se vuelve bruscamente, no tiene ganas de oír gilipolleces de pollos asados, porque su mujer ha muerto, por Dios Todopoderoso, ¿no puede alguien mostrar un poco de compasión?, y volviéndose a su hija le pregunta dónde están sus lágrimas, dónde están los sentimientos naturales por una madre.

—Ah, pobre hombre, estás destrozado…, estás completamente destrozado —le dice Vinnie, que sabe cómo animarlo, que lleva toda la vida animándolo, con alcohol y sin alcohol; y por el bien de su amigo, dando un suave codazo a Eleanora, vuelve a contarle lo que ha contado miles de veces: «Voy a comprar un caballo de primera, pero tu padre vendrá a verlo conmigo…, es un genio con los caballos…, un genio absoluto…, nunca se equivoca…, los mira y sabe si están para el arrastre, si valen para cazar, si son purasangre…, no se le escapa ni una…, y mira cuántos han hecho su agosto a nuestra costa, como Dios, pero para nosotros nada, para nosotros nada…, ¿verdad, jefe? ¿Verdad?

—Tan verdad como la lluvia —dice Con, en tono sombrío, mientras Vinnie señala otras fincas, esta vez propiedad de extranjeros, o de gente de Dublín, de abogados y de economistas, gente con pasta que compra fincas para cazar los fines de semana, para imitar a los aristócratas de antaño.

Es Vinnie quien propone que paren a tomar un tentempié, y Buss, que ha tocado el claxon para avisar al conductor del coche fúnebre, espera, lo ve girar y lo sigue cuando se desvía de la carretera y entra por una avenida larga y serpenteante que discurre entre los bosques, grandes árboles sin hojas y en ordenadas hileras, los más pequeños

como soldados de infantería con sus casacas de hiedra.

Una chica los espera en la entrada, indicándoles delicadamente con los dedos que se alejen. Es muy joven, lleva una túnica bordada de color claro y botas altas y negras con flecos; se disculpa con pesar: «Lo sentimos mucho…, no podemos atenderles…, en invierno esto está cerrado», y subraya sus palabras señalando las hojas rizadas de color bronce que el viento ha empujado por debajo de la puerta maciza y que cubren el gran vestíbulo hacia donde los viajeros dirigen sus miradas anhelantes. No hay nada en el zaguán más que una silla de madera tallada y el esqueleto de un roble de los pantanos, negro como el carbón, en una mesa de centro, con sus ramas bifurcadas en todas direcciones, y un gran gong de cobre a un lado, tristemente mudo.

Vinnie le suplica a la chica, la lleva a un lado de la casa, donde el coche fúnebre ha aparcado discretamente bajo un dosel de hayas, y aludiendo a su pena le pregunta si no podría prepararles un poco de té.

Entran en tropel al gran comedor, con las mesas cubiertas de manteles blancos, en su mayoría vacías, algunas con vinagreras en las que la sal húmeda se ha endurecido. Se sientan en mesas distintas: el empleado de pompas fúnebres, que es un extraño para todos, decide apartarse, y Buss, que es el último que ha visto a Dilly con vida, se limita a repetir qué gran persona era. Terence y Cindy se sientan juntos, cogidos de la mano, Cornelius pide un coñac y, tras un tira y afloja entre padre e hijo, alguien va en busca de un vaso con agua caliente y una copita.

Una mariposa sale de detrás de las persianas cerradas, acaso importunada por sus voces o por el calor del cigarrillo de Cornelius; bate con un movimiento rápido y furtivo las alas de carey marrón, que al desplegarse descubren un naranja muy intenso, y mueve desaforadamente las antenas, como si estuviera indecisa, hasta que la naturaleza o la temeridad se imponen, y ejecuta una vertiginosa pirueta por la habitación, bailando como si no fuera invierno.

La chica ha vuelto con dos ramas de laurel recién cortado que deja sobre la mesa, como gesto de bienvenida y quizá de conmiseración.

—El hervidor es muy lento —dice.

—¿Qué hace una chica tan guapa como tú en un lugar de Irlanda tan apartado? —Le pregunta Vinnie.

—En Letonia los sueldos son muy bajos; allí no puedo vivir —responde.

—Pues estoy seguro de que ahora vives muy bien…, seguro que los chicos hacen cola en el bosque por la noche.

—Vivo sola como una reina en mi castillo —dice con orgullo, y de

pronto se tija en una manada de ciervos grises que se ha acercado a mirar, a fisgonear, sus formas apagadas se confunden con el color de los arbustos, curiosos y furtivos, los arbustos no se mueven y los ciervos tampoco parecen moverse, se limitan a observarlos hasta que, sin previo aviso y con un hermoso movimiento sincronizado, se esfuman, como si se tratara de una aparición.

—El guardabosques dice que hay demasiados…, a algunos los cazamos —dice la chica.

—¿Qué piezas cazáis? —Se interesa Vinnie.

—Las hembras viejas —dice la chica, y se ríe; y comprendiendo que ha metido la pata, se lleva una mano a la boca y hace una pequeña reverencia.

En un alarde de falsa simpatía, Cindy le pregunta a Con si no estaría mejor sentado en otra parte, porque el sol le está dando en los ojos, y Cornelius vuelve a encenderse:

—¿Y qué pasa porque me dé el sol en los ojos? ¿Qué sabrás tú? ¡Ignorante!

Terence la coge del brazo y la aleja de allí solícitamente.

La chica ha vuelto con la bandeja, llena de tazas de barro, todas dispares y desportilladas, disculpándose por no haber podido abrir el armario donde guarda las tazas de porcelana, más bonitas. Trae un bizcocho hecho con levadura química que aún no se ha descongelado del todo, con pequeñas perlas de hielo como bolas de granizo sobre la corteza amarillenta y nudosa. No se sienta con ellos, pero se mueve entre las mesas, comenta lo fría que está la habitación y dice ilusionada que abrirán para Semana Santa, aunque para entonces ya no será la reina solitaria en su castillo.

Mientras la chica pasea por el comedor, Eleanora oye que su hermano y Cindy celebran que Rusheen sea suyo, maravillados por la buena suerte que llevó a Terence al hospital en el momento oportuno, y por la sagacidad de avisarlo que tuvo Flaherty. Rusheen podía ser suyo sobre el papel, pero siempre seguiría perteneciendo a su madre, y con el tiempo su espíritu lo destruiría todo, por el daño que habían hecho. Eleanora piensa en los tres días de duelo que se avecinan, en las visitas, las teteras interminables, los interminables platos de emparedados, la misa rezada, la misa cantada, las barcas hasta el cementerio de la isla, la primera con las flores, según la tradición, las demás en fila, y se imagina que está en Rusheen y que sube a recoger algunos recuerdos: un abanico de gasa y el cofre de porcelana de la habitación azul, decorado con el cráneo partido de un bebé, donde se guardan los collares viejos. Y es entonces cuando sucede. Lo siente en las tripas antes de que llegue al pensamiento, como si lo supiera antes

de darse cuenta. Una bolsa de tela de su madre, decorada con pájaros y grifos, parecida a la que ella llevaba, se ha quedado en el hospital. Y una escena aterradora, al ver cómo le entregan la bolsa a su madre, cómo rebusca ella con los dedos deformados y las palabras saltan como un animal. Sale corriendo del comedor, cruza el zaguán, empuja la pesada puerta de roble y rodea la casa hasta donde está el coche fúnebre, bajo un dosel de hayas; han caído algunas cascarillas en el techo de cristal bajo el que descansa su madre en un féretro nuevo y demasiado amarillo; todo está en calma, salvo por alguna rama que se mueve, y Eleanora se arrodilla, reza para que no haya ocurrido, oraciones rápidas, incoherentes y mezcladas.

La chica letona los acompaña para despedirse; lleva dos cubos de metal para el hielo entre los brazos, y los hace sonar, produciendo una música fuerte, impúdica y desprovista de melodía, que tiene algo de temeridad, que rasga el silencio velado y sombrío.

Pat, el conserje

El portero de la voz gangosa está en su cubículo de cristal y, al ver a Eleanora, corre hacia ella, le dice que lleva cuatro días esperando para contárselo, levantando las manos con una rabia inútil:

—No se imagina cómo le hizo llorar…, su propio hijo…, fue él quien le provocó el ataque. —Y envuelve compasivamente con sus manos las manos de Eleanora. Lo vio todo, lo oyó todo, con sus propios ojos y sus propios oídos: vio a la pobre mujer sentada en el porche, sola, rumiando sus preocupaciones, esperando que vinieran a buscarla, completamente lúcida, resuelta a volver a casa por motivos personales, sin saber que la habían traicionado. Su hijo llegó, lívido, y le ordenó que volviera a la cama, sin tolerar excusas, confabulado con una arpía de enfermera.

—Seguro que eso la mató —dice, y conduce a Eleanora al vestíbulo para reconstruir la desgracia: cómo la sujetaron, cómo la arrastraron; el conserje se detiene justo en el lugar donde Dilly se dio la vuelta, vio al conductor que venía de casa y salió como un rayo, con demasiada precipitación, y resbaló y cayó al suelo; un caos, los timbres sonando, las enfermeras corriendo, y la pobre mujer indefensa, hasta que la sentaron en una silla de ruedas.

Le asegura que, a pesar de tanta maldad, ése no fue el peor momento. El peor fue cuando la embarullaron y la pillaron en una mentira, y Dilly lo negó rotundamente, y su hijo arrojó el guante, le preguntó si no era cierto que le había dicho a una enfermera que quería cambiar su testamento, y ella se vio atrapada, se puso como un tomate, la pobre, y no tuvo más remedio que reconocerlo, y le rogó que la perdonara, le suplicó que le permitiera ir a casa de todos modos, al margen del testamento, sólo para verla, sólo para dar un paseo por allí, porque el tiempo se le acababa. Pero no se lo permitieron.

—Seguro que eso la mató —dice, orgulloso de haberlo presenciado, de ser testigo, pero también avergonzado por no haberlo impedido, con los ojos claros llenos de lágrimas.

—La bolsa que le dejé…, ¿podría dármela? —Pregunta Eleanora, señalando hacia el chiscón; pero el portero no parece registrar la pregunta. Se sorprende al ver que Eleanora entra en su cubículo, en su pequeño campamento, donde nadie está autorizado a entrar.

—Es una bolsa con asas de madera…, tiene que estar aquí —dice ella, buscando en los rincones, entre las pilas de periódicos y las cajas, la gabardina del conserje y un sombrero negro y rígido.

—Ah, la envié arriba…, los martes no estoy aquí —dice, orgulloso de haberlo recordado, y no entiende que Eleanora le levante la voz.

—Encuéntrela…, encuéntrela —le ordena, casi a gritos; y, para tranquilizarla, o eso imagina Pat, le enseña la esquela que su hermano ha puesto en el periódico: «A nuestra querida madre, a la que nunca olvidaremos».

—¿Dónde la ha puesto? —Insiste Eleanora, acercándose a escasos centímetros del conserje, que está blanco como la tiza, a pesar del calor que hace en el chiscón.

Finalmente lo recuerda y esboza una sonrisa siniestra, infantil. Lo recuerda.

—La envié arriba… Aoife se la llevó a su madre… Como le digo, nunca vengo los martes —repite, y Eleanora le recrimina porque ha metido la pata, porque es un burro, porque no entiende nada, y él repite inútilmente una y otra vez que los martes nunca está allí.

Eleanora ya no le escucha.

Ha salido corriendo al vestíbulo, ha llegado al pasillo y se dirige a la tercera planta, donde vio a su madre por última vez y donde imagina la bolsa a los pies de la cama de hierro forjado cubierta con una colcha blanca y sepulcral.

El conserje la sigue, intenta alcanzarla, y su defecto de dicción se acentúa al suplicarle que lo escuche, al explicarle que hay ladrones por todas partes, que roban las joyas de las mujeres, gamberros que entran de la calle para robar.

—Escúcheme al menos —le suplica; pero ella no puede. La urgencia por encontrar la bolsa es superior a todo.

Pat está de pie, desolado y miserable, pidiendo disculpas por su estúpido error. Las puertas de acero del ascensor se cierran y lo dejan fuera.

La salita

La hermana Consolata me estaba esperando, con la chimenea eléctrica encendida, una bandeja con una imagen de una acogedora casita de campo, una cubretetera de moer, emparedados y galletas surtidas, y sobre la mesa redonda, pulcramente escrito en una hoja de papel rayado, el inventario de las pertenencias de su madre.

Yo quería pedirle que fuera inmediatamente a por la bolsa, pero no me atrevía. Ya le había llegado la noticia de que me había alterado con Pat, el conserje, y la hermana Consolata lo lamentaba, pues, me aseguró, no había persona más buena ni más de fiar.

La habitación estaba helada, a pesar de la calefacción. Era uno de esos fuegos eléctricos que simulan la leña y las brasas, iluminado por una bombilla roja para crear la ilusión de las llamas.

Empezó a llover sin previo aviso. La lluvia azotaba los árboles y caía sobre el césped, aplastaba las flores y se estrellaba contra la ventana como el granizo, derramando sobre el cristal perlas de agua helada, y las dobles ventanas se estremecían. ¡Cómo se estremecían!

La voz de la hermana Consolata, aunque muy baja, estaba llena de fuerza, y sus manos diminutas se movían sin cesar mientras hablaba, entrando y saliendo como flechas de las mangas negras y holgadas. Me contó que la sacaron de la capilla de la casa de retiro para darle una noticia urgente, y obtuvo el permiso de uno de los padres para cruzar la ciudad a toda prisa en hora punta; la monja joven que iba al volante se saltaba los semáforos en rojo, casi atropellando a la gente, y todo para llegar con cinco minutos de retraso. Mi madre ya estaba en el quirófano. Nolan y la hermana Consolata esperaron en la puerta, las dos con sus pañuelos, paseando y rezando, la pobre Nolan destrozada porque había sido la última persona que estuvo con mi madre, la había acostado después de que se cayera en el vestíbulo, había ido a prepararle una bebida caliente y, cuando volvió, vio que mi madre no estaba y la encontró inconsciente en el cuarto de baño, y la pobre Nolan empezó a gritar, llamó a gritos al equipo de reanimación, que llegó en cuestión de segundos, y mientras uno le hacía el boca a boca,

otro le aplicaba descargas en el pecho, y Nolan decía: «Salude a Elvis, señora». Uno de los médicos le había dicho después a la hermana Consolata que mi madre recuperaba la conciencia y volvía a perderla, que tenía un minuto de lucidez y empezaba a divagar: decía que la cena no estaba lista y preguntaba si para hacer mermelada se ponía el doble de azúcar. Esperaron un poco para conectarla al monitor, a veces tenía pulso y a veces se le iba, y temían que se les muriera allí mismo. Avisaron al padre Conmee, que la ungió y le dio la extremaunción, y parece ser que entonces ella volvió a coordinar perfectamente y pidió valor para marcharse con valentía y perdón por todo el mal que hubiera causado. Luego le susurró al sacerdote que se acercara un poco, le pidió que le quitara la alianza matrimonial; él se la quitó, pero no pudo oír su último deseo, porque ella dejó de respirar. A partir de ese momento todo ocurrió muy deprisa, muy deprisa.

—Seguramente tuvo un pequeño trombo cerebral —dijo la hermana Consolata.

—¿Murió de eso? —pregunté, avergonzada.

—Murió del corazón, hija.

Me pareció que pasaba una eternidad hasta que la hermana fue a buscar las cosas de mi madre. No dejaba de pensar —como si estuviera a punto de hacer un examen— que si registraba todos los detalles de la habitación sería perdonada, y confiaba en que mi madre no hubiera visto la revista. Me fijé en las manchas de humedad de color verde amarillento en el papel azul de las paredes, en los cuadros de santos, tan circunspectos, y en otro un poco más alegre, un retrato de la fundadora de la orden, y en las mazorcas de maíz y los tallos de hierba marchitos en un jarrón de cristal verde.

La hermana Consolata traía en una caja de cartón el gorrito de angora de mi madre y su abrigo beis, sus zapatos y algunas cosas pequeñas: su anillo de casada dentro de un sobre y su rosario de cuentas blancas entre las páginas de un libro de oraciones, junto con una parábola escrita por un monje trapense que la hermana Consolata había copiado para ella y tuvo el impulso de leer; le dijo que le gustaría:

> Anna era una especie de fenómeno social en Jerusalén. Todo el mundo conocía su historia: cómo tras enviudar, siendo muy joven, un día fue al templo a rezar y allí se quedó para siempre, orando y ayunando, por espacio de sesenta años. La gente decía que Anna era una tradición. Simeón no era más que un anciano apostado a las puertas del templo en el que nadie reparaba.

> Mientras que Anna era el personaje del templo, a Simeón nadie lo conocía, y, sin embargo, la providencia los escogió a los dos como profetas del nacimiento del Salvador. Tanto los notables como los humildes son igualmente instrumentos de Dios.

Raptos y exclamaciones de oración mientras se acerca a la ventana, apoya las manos en el cristal oscuro y sus mangas holgadas se despliegan como si nos protegieran de las huestes del infierno.

La bolsa parecía exactamente tal como yo la había dejado, con las dos asas entrelazadas y la revista apretujada en el mismo hueco, con su noble cubierta marrón jaspeada, como la de un diccionario antiguo o un libro de oración. La hojeé rápidamente. No había marcas de lágrimas, pero tuve la sensación de que mi madre la había leído, de que su espíritu impregnaba las páginas, y en ese instante encontré sus gafas, de montura metálica remendada en algunas zonas con esparadrapo que empezaba a amarillear, y me resultaron cómicas como unos ojos infantiles, abiertos como platos, que escudriñan en una habitación famélica. Se oyó un grito que debía de ser mío, porque la hermana Consolata estaba muda y atónita, con la vista alzada hacia el cielo, como si interrogase a esas legiones de ángeles a los que con tanta fe se encomendaba.

Fue terrible. Un momento de terror puro al saberme descubierta, maldita para siempre.

La hermana se acercó, me quitó las gafas de la mano, las guardó en su estuche de metal, que se cerró con un chasquido, y las metió en la caja de cartón, para librarse de ellas. No intentó suavizar las cosas; dijo simplemente que no lo sabíamos, que nunca lo sabríamos. Pero sí lo sabíamos. El frío helador de la habitación parecía confirmarlo, al igual que las goteras oscuras en las cuatro esquinas del techo alto, y de todas partes parecían descender susurros y bufidos acusadores.

El misterio seguía siendo cómo después de haberlo leído, después de haber sentido semejante humillación, que seguramente debió de sentir, mi madre seguía decidida a dejarme Rusheen a mí. ¿Era amor o era desesperación? Se lo pregunté a la hermana.

—Ése es su secreto y se lo ha llevado a la tumba —dijo; y con un gesto de clemencia y acaso de continuidad, sacó la alianza del sobre y me la puso en el dedo, como si con ello ligara el pasado con el presente, la tierra y la historia, como si interpretara un pequeño réquiem entre los vivos y los muertos.

—Sentémonos —dijo, y pasados unos segundos me acerqué a sentarme, las dos sillas una junto a la otra, al lado de la ventana, el frío glacial que se colaba entre las grietas del marco de madera y la

lluvia, que ahora caía ligera y contenida, casi reconfortante.

La hermana Consolata empezó a hablar entre susurros. Mi madre le había abierto su corazón, le había contado muchas cosas, cosas muy difíciles de confesar, los hitos de nuestra vida común, de la suya y la mía: la noche en que mi padre nos tuvo varias horas encerradas en aquella habitación pestilente y enajenada, con un revólver cargado, y esa otra vez cuando casi quema la casa entera mientras nosotras lanzábamos los muebles, los cuadros y la ropa al jardín, y su posterior reclusión con los monjes, contrito, donde tomaba gachas y juraba que jamás volvería a probar el alcohol. Lo sabía todo. Mi madre no quería que yo me marchara, pero tuvo que dejarme, tuvo que soportarlo, tuvo que soportarlo todo; su única indulgencia eran las cartas que me escribía los sábados por la noche, en las que me pedía que la escuchara, me pedía que la comprendiera, cruzando el mar para estar a mi lado.

—Ella sabía que la querías…, sabía lo mucho que la querías —dijo la hermana Consolata con una voz llena de fe, el blanco almidonado de la toca y el peto fantasmagóricos en la penumbra cada vez más densa, y fue entonces cuando lloré, cuando lloré por no haber llorado antes y por todos aquellos primeros sentimientos plenos y desbordantes que eran lo mejor de mí misma, y que habían muerto.

Estuvimos mucho rato sentadas, llenando la habitación de suaves sollozos, suyos y míos, mientras en algún lugar no demasiado lejano tañía una campaña, ligera y cristalina, y tras un intervalo de silencio volvía a repicar, quizá anunciando la cena, aunque no se oyera ruido de pisadas, aunque sólo estuviéramos nosotras en una habitación gélida, invadida por las sombras, hasta que llegó el momento en que debí levantarme y despedirme de ella.

Cuando llegamos al vestíbulo, la hermana recomendó cautela, señalando hacia una pobre loca, una mujer mayor pero con aire infantil, que saltaba y combatía en vano con sus manos menudas contra el recio pomo de madera, intentando escapar. Consolata la reprendió, le ordenó que volviera a la cama inmediatamente, y me explicó que la señora Lavella se pasaba la vida intentando volver a casa.

Los coches pasaban zumbando, levantando el agua de los charcos con vengativo regocijo.

—Ven a verme cuando vuelvas —me dijo, tomándome las manos entre las suyas y reteniéndolas con intensidad, como si hubiéramos pasado toda una vida juntas en aquella habitación fría, pues en cierto modo así había sido.

OCTAVA PARTE

CARTAS

Las cartas de mi madre, precipitadas y confusas, indulgentes e implacables, estaban guardadas en una caja o, mejor dicho, en varias cajas de terciopelo que habían contenido frascos de agua de colonia o de polvos de talco y aún conservaban una leve fragancia a lavanda o a lirios del valle, que a veces se difundía y a veces no.

Querida Eleanora:

Otra foto tuya en el periódico, tu pelo más sofisticado, aunque puede que menos natural. Lo cierto es que ahora eres dueña y señora de tu vida. El chico al que queríamos ayudar no tiene ni idea de lo que es una granja, pero ¿cómo iba a tenerla? Trabajaba en un jardín de Monasterboice antes de marcharse a Inglaterra y allí anduvo dando tumbos por la vida. Me hace unas preguntas completamente ridículas; asustó a una vaca, que tropezó con una valla de madera caída y estuvo a punto de romperse el pescuezo. Tu padre no estaba. No se lo dije ni pienso decírselo. Cuando una se hace mayor pierde las ilusiones y el único placer es estar con los suyos; pero la vida no siempre reparte así sus cartas. Si quieres que te cosa algo, tráelo cuando vengas, pues aquí lo haremos con más facilidad. Una enfermera te vio en un acto en Dublín y dijo que estabas preciosa, aunque no te conocía, sólo había oído tu nombre; dijo que manejaste muy bien todas las preguntas. Vas demasiado deprisa. En cuanto a esa otra calefacción que quieres compramos, ya casi

ha terminado el invierno y pronto estarán rebajadas un veinticinco por ciento, así que será mejor esperar un poco. Cuando pasa la Navidad todo el mundo se queda muy triste y Santa Claus vuelve a Elkland o a donde se supone que vive. Sheila, la podóloga que conoce mis pies, estaba de baja por enfermedad y la que la sustituye, una estirada, tuvo que cortarme la uña del dedo gordo por dentro para evitar que se incrustara y me hizo una escabechina, pero ya se sabe que no todos hemos nacido iguales. Todo lo que haces por mí y por Dios te será sin duda recompensado algún día.

Querida Eleanora:

La yegua corrió la semana pasada y quedó tercera. Sólo apostaban treinta libras por nosotros, frente a las trescientas de la favorita. Lo que fastidia es que puede ganar si le da la gana, pero es muy temperamental. Había veinte en la carrera y doce iban en cabeza. Ella puede ir la última y de buenas a primeras adelanta a todas las demás si le apetece. Los caballos son una ruina para todo el mundo y tu padre está loco por ellos, pero todos hacemos locuras. Trabajas demasiado y acabará por afectar a tus nervios. Yo ya no tengo la misma energía de antes, pero todavía puedo seguir haciendo un poquito por todos vosotros y a lo mejor Dios me concede unos años más, aunque no sería una pérdida para nadie. Es triste decirlo, pero ahora los meses y los años parecen lo mismo, la misma pauta: comer, alimentar a los animales y sentarse de noche junto al fuego a cavilar. El abrigo que me enviaste me lo pongo a todas horas. No quiero ponerme otra cosa. Tenía un cuello viejo de cordero persa de otro abrigo negro y se lo he cosido a éste y la gente se vuelve loca al verlo. El caballo no corrió bien ayer. Cuando pierden y pierden es hora de decir basta, pero yo me cuido mucho de decir nada, no vaya a provocar una guerra civil. La semana pasada hizo un frío terrible, todo estaba helado. Me pasaba el día con el abrigo viejo y la bufanda, pero mientras no nieve se puede soportar. No consigo ponerme a dieta para adelgazar un poco, aunque me bastaría con un trozo de pan duro. Ya casi no como bizcochos. Este que te mando, pínchalo con una aguja de tejer y emborráchalo con un vaso de whiskey para que no se seque. La semana pasada saqué no sé cuántos cubos de agua para baldear toda la avenida y matar las malas hierbas. Es muy triste cuando las cosas se abandonan. Ya sé que no debería preocuparme por eso, pero cuando has pasado toda

la vida en un sitio te gusta verlo en condiciones. Desde que volví de estar contigo en Londres no he salido más que para ir a misa y al funeral de Tom Holland. Ese restaurante de las galletas de la suerte no parecía de este mundo y las especias del cordero marroquí eran únicas. Los zapatos que me has comprado tendrán que esperar de momento. No me contaste si te cambiaron el aparador o si le encontraron algún desperfecto. Has tenido mucho valor al intentar cambiarlo, después de haberlo tenido una semana. Me gustaría saber algunas cosillas: el vestido de encaje negro que llevabas esa noche cuando salimos ¿era antiguo de verdad? Espero que vengas pronto. Ayer te envié dieciocho tapetes de encaje grandes, dieciocho pequeños y cuatro de centro. Ojalá que decidas usarlos; si no, regálaselos a alguien. No sé cómo puedes trabajar tanto, porque yo a veces ni siquiera tengo fuerzas para coger un lápiz o un bolígrafo, ya lo verás cuando seas mayor. Llevo una semana con calenturas en la nariz y en la boca y no he vuelto a comer desde que estuve en un hotel el día que tu padre fue a ver a un entrenador para la yegua. Desde entonces está de un humor de perros. Supongo que a veces tiene ganas de beber. ¿No te parece fantástico que lo haya dejado, que haya vencido esa debilidad?

Querida Eleanora:

Un millón de gracias por todo lo que me das y que el nuevo año te traiga lo mejor para ti, pero recuerda que el amor es una farsa, que el único amor verdadero es el que existe entre una madre y sus hijos. Todas esas pinturas italianas de madres con sus hijos en brazos y rodeadas de ángeles, como esa tan bonita que hay en la capilla de Limerick, no se pintan porque sí. No hace falta que te diga, pues lo sabes por propia experiencia, que para los hombres cinco libras tienen que durar un año entero. La fiebre aftosa ha sido un golpe muy duro; no ha habido ferias ni mercados en tres meses y no hemos podido vender un solo animal. Si fuera joven, buscaría trabajo. No tengo tu inteligencia, desde luego, pero creo que se me daría bien un trabajo de hotel, en el que recibiese y atendiese a los clientes. Te confieso que he llegado a llorar del frío que hacía. Tuve que llamar a un electricista para que viniera a instalar un radiador, pero se puso enfermo y se lo llevaron al hospital, y su mujer se murió dos días después, así que como ves todos tenemos nuestras preocupaciones, por el calor o por otras cosas. Puede

que a veces me hayas notado rara por teléfono, cariño, pero es que últimamente me distraigo, y tampoco recuerdo en este momento si había alguien en la habitación. Ojalá pudiéramos vemos más a menudo. Cuando era joven y el mundo entero era mi caparazón me interesaba por la moda. Supongo que los caballos seguirán estando aquí mucho después de que yo me haya ido.

Querida Eleanora:

Esta carta es para contarte que he estado muy mal. Me pasé una semana muy aturdida y sin que nada me importase, pero no te preocupes que de ésta no me entierras, venga lo que venga. Me gustaría mucho volver a ver la estatua de la Libertad y mis rincones favoritos de Brooklyn, los que amaba y en los que amé. La falda que me has enviado me viene muy justa. Estoy intentando arreglarla un poco. Sueño contigo muchas veces y creo que no eres feliz, y eso me entristece mucho todas las noches cuando me meto en la cama, pero sé que quieres a tus hijos, a tus príncipes, y ojalá que nunca renieguen de ti. Deposita tu confianza en Dios, porque es el Buen Pastor, el único hombre que jamás te fallará. A nuestro perro pastor, Rover, ése tan bonito, lo han matado, y creo que su compañero, Spot, no tardará en reunirse con él. Es increíble la naturaleza de los animales, muy superior a la de las personas. ¿Has usado alguna vez el candelabro que te envié? Si se te rompe alguna pieza yo me ocuparé de arreglarla. Voy a mandarte también un suéter de ganchillo que encargué para ti, un trabajo muy laborioso. A lo mejor puedes meter un poco las mangas si te quedan demasiado holgadas. La pega es que aunque quisiera no podría encargar otro, porque la mujer que me lo hizo dice que no repite, que ha sido muy fatigoso para la vista. ¿Sabes que pienso en ti a todas horas? Mucha gente no tiene ni idea de cómo se quiere a los hijos. Hace un momento, sin ir más lejos, me estaba preguntando si estarías de viaje, por cosas de tu trabajo. Mis oraciones han sido escuchadas, pues poco después llegó tu carga. El dinero que me mandas es más que suficiente para cubrir mis pequeñas necesidades y la maravillosa sorpresa de que vendrás en verano me lleva a hacerte algunas preguntas: ¿qué te apetece comer el domingo de tu llegada?, ¿algo frío o algo caliente? No quiero que tomes siquiera una taza de té en el aeropuerto de Shannon porque todo es carísimo. Desde que me dijiste que a lo mejor construías en el huerto voy allí muchas

veces e intento imaginar una casa nueva rodeada por una vieja tapia de piedra, para que te proteja cuando regreses a tus raíces, donde está tu corazón. Le pido a Dios que me dé vida para verlo. Ya sabes la cantidad de papeleo necesario para traspasar un trozo de tierra, pero habrá que hacerlo. El médico que opera de las varices no quiere operarme y me ha dicho que me ponga unas medias elásticas y que las lleve a todas horas. Por mi edad, seguramente. Esta semana hemos tenido cuatro entierros: una tal señora Whiley, de treinta y tres años, murió de una especie de gripe que anda por ahí, de Hong Kong o de Kong Hong o como se llame.

Querida Eleanora:

Tu hermano ha venido con su querida mujercita y se han quedado a pasar una noche. Me levanté a las tres de la mañana y me los encontré discutiendo en el pasillo. Sabe Dios por qué. Las plantas que pusiste en el jardín están creciendo muy bien. Vino el hombre del ayuntamiento, porque hay que tirar el portón del pabellón, y no quieren darnos ni un céntimo. La semana pasada enterraron a la señora Noonan y el funeral estuvo muy concurrido; la gente llegaba hasta la Peña. Hemos empezado a encender la chimenea, sólo para que nos haga compañía mientras vemos la tele. Tu pastel de Navidad ya se está haciendo; se ocupará de glasearlo un repostero, porque yo lo destrozaría. Cuando laves las fundas de mis cojines ten cuidado de que no se destiñan los colores del bordado. No los guardes húmedos, que es lo que pasó la última vez. ¿Todavía te pones el vestido de seda negro y el broche turquesa del Tíbet? Fui con tu padre a Dublín, sólo para asegurarme de que volvía a casa sano y salvo; vendió tres caballos, pero la finca se lo ha llevado casi todo. Me alegro de que se haya deshecho de ellos; los entrenadores y los jinetes siempre le decían que ganaría las carreras, pero era todo mentira. ¡Hay que ver lo caro que cuesta el sentido común! Me recorrí todo Dublín buscando una colcha blanca y antigua para ti, pero no la encontré, así que no me culpes. No compré nada más que cuatro peinetas. No viviría en la ciudad ni por amor ni por dinero: es una locura. Doy gracias a Dios por el aire puro y el silencio. Los miedos llegan por la noche, pero nunca de día. Dentro de pocos años habrá tanta gente en las ciudades y la vida será tan caótica que será imposible encontrar un lugar tranquilo, de manera que ve haciendo planes para construir en el huerto, que será tuyo y de

nadie más, un hogar para el futuro. Con tu dinero he comprado un buen jarabe para la tos, y gracias por la chaqueta de terciopelo, es preciosa, aunque la verdad es que casi la reviento, me tira incluso de las sisas. Creo que le quitaré la hebilla y se la pondré a otra prenda. Cuatro chicos que volvían a casa de un baile se estrellaron contra un camión que estaba aparcado, y la carretera parecía un cambo de batalla entre muertos y heridos.

Querida Eleanora:

La manta eléctrica que me regalaste se llevó un porrazo, y en la fábrica me han dicho que necesita una resistencia nueva. Me gustaría que hiciéramos los planos de tu casa en el huerto cuando vengas, por si acaso me voy pronto. He estado pensando en ti a todas horas, por distintos motivos. Fui a ver una obra de teatro en el ayuntamiento, pero vista una, vistas todas. Pasó por aquí un chico que venía a cantar sus baladas y dijo que quería enviarte algunos poemas que había escrito, un poco simplón. Al final tuve que decirle que se marchara, porque no era del todo sincero. Me pareció que llevaba una semana sin comer. No pienso volver a criar pollos. Tu padre ha comprado otro potro; es una enfermedad. Con tu dinero compré una tonelada y media de carbón. La gente de por aquí dice que va a querellarse contigo por sacarla en tus libros y que también los muertos se querellarían si siguieran con vida. Tu padre se cansa mucho de andar con los caballos y tiene que dormir sobre una tabla, por la espalda. Parece que estás viajando mucho, aunque puede que eso te vaya bien. Aquí los terrenos y las casas se han puesto por las nubes. Mi amiga, la señora Veller, se ha quedado ciega y tienen que ayudarla a cruzar la calle. Se mudaron de Foxrock a Wicklow; su hija se ha marchado a Australia y está muy sola allí, porque el vecino más cercano vive a más de cien kilómetros. Me gustaría que vinieras más a menudo; te sentaría bien el cambio. Decías que estabas pensando en marcharte a Estados Unidos. Te diré que el otro día estuvo aquí un hombre que ha vivido allí cuarenta y cinco años y lo que cuenta es espeluznante; tu vida corre peligro incluso en pleno día. Rusheen le parecía maravilloso, no paraba de decir lo bonito que es. Yo prefiero no pensar en cómo está todo, lleno de zarzas y de malas hierbas. Ahora tengo algunos huéspedes. Les ofrezco alojamiento y desayuno. Ya sabes que el dinero no me importa; lo hago porque alivian algunas horas de soledad. No me

gustaría que vivieras en Estados Unidos, pero si vas de visita te pediré que busques a alguien por mí. Me dieron una dirección, pero me devolvieron la carta al cabo de seis meses, después de que la hubieran abierto con vapor. El televisor tenemos que llevarlo a reparar cada dos por tres. Tus envíos son un regalo del cielo. Disponer de una libra es libertad pura, aunque no cuento con que mandes nada. Te envío un pequeño abrecartas de marfil, pues algo me dice que no abres mis cartas como Dios manda. Resbalé y me caí en el escalón de la cocina y me costó una eternidad llegar hasta el teléfono para llamar al médico, y ya sabes que yo no soy así. Dice que estoy reteniendo líquidos y que tengo sobrepeso. Una tontería, porque lo que tengo son cataratas en los dos ojos. La chica de Todd me enseñó una rebeca de cachemira al precio antiguo de veinte libras, pero ni que decir tiene que no me gastaría tanto dinero ni para cubrir todo el cuerpo. Fui a ver a un oftalmólogo, porque me mareaba, y le dije que había perdido la visión del ojo izquierdo durante cinco o seis minutos, pero fue sólo un ataque y por suerte recuperé la vista. Un cenicero grande que compré para ti se rompió camino de casa. Ahora estoy mejor de la vista, pero no de los pies. Si los tuviera en condiciones iría hasta la verja para ver pasar a la gente. Sueño contigo casi todas las noches y la otra noche te convertiste en un precioso gato negro que hablaba. He pedido que me pinten de amarillo ocre el cuarto de desayunar.

Querida Eleanora:

Los pájaros llevan todo el día cantando que da gusto, y sin embargo no me parece que estemos en primavera. Se pone una perdida de barro y de humedad hasta las rodillas, y tu padre tiene que ocuparse de darle el pienso al ganado por la noche cuando el chico vuelve de trabajar en la fábrica; hoy no encuentras quien te ayude. La profesora de manualidades del ayuntamiento me juró que sabía cómo quitar la mancha de mi primer bordado, el que hice hace cincuenta años, y lo que consiguió fue quemarla con no se qué ácido que le aplicó. Tendré que zurcirlo antes de dártelo. Tu hermano llamó por teléfono. Le noté en la voz que había bebido mucho. Sólo piensan en ellos; codician esta casa y se traen algo entre manos. El arbusto que plantaste está echando campanillas naranjas. Hablo con él, porque es una parte de ti. Por favor, ahorra un poco para cuando las cosas vengan mal dadas.

Querida Eleanora:

Tenemos dos cachorritos nuevos, muy traviesos. Dejé la ropa colgada en el tendedero toda la noche y el suelo amaneció cubierto de blanco, como si hubiera nevado. Se emplearon con las sábanas y las fundas de almohada a base de bien; las mordieron hasta destrozarlas. Me dieron ganas de matarlos. Las chimeneas están llenas de nidos de cuervo a pesar de que las limpiaron la primavera pasada; se cuelan por el tiro. Llevamos cuatro semanas pegados a un radiador de aceite y la parafina huele que apesta. Tu hermano está convencido de que Rusheen le pertenece, y no hay más que hablar. Es ella la que lo azuza, aunque él ya nació egoísta. Si llega a salirse con la suya, no os dejará siquiera pasar de la verja a ti y a los niños. La última Nochebuena se enfadó, se largó y atropelló con el coche a uno de los cachorros; no sabes cuánto lloramos. Ni se molestó en pararse a ver lo que había hecho, siguió adelante y no dijo nada hasta que lo descubrimos por nuestra cuenta. No sabe amar, ni a las personas ni a los animales. Unos tienen naturaleza y otros no. La perrita lloró a su compañero; no conseguimos siquiera que entrara a la cocina a calentarse y cada vez que oye un ladrido lejano, escucha muy atenta de dónde viene el sonido. Tu padre llora y yo también. La verja está toda oxidada y costará semanas pintarla, además de cuarenta libras en pintura. Esa casa que pensabas comprar, Gore House, es una ruina. Hicimos venir a un experto en forjados de madera y dice que hay que tirarla abajo, que hasta el tejado está podrido. Un alemán la compró hace muchos años, pero no volvió nunca; la vio desde el aire y se olvidó de ella. Me gustaría que siguieras adelante con la idea de construir en el huerto, con una valla de piedra alrededor. No pagan nada por el ganado y la gente ya ha empezado a matar vacas, porque ahora todo el mundo tiene congeladores grandes. ¿Te acuerdas de la gotera que había encima de tu cama en el cuarto azul cuando estuviste aquí? Pues una noche me desperté y vi una luz brillante; no podía creerlo, así que me levanté, seguí el resplandor y vi que la luz de la habitación azul estaba encendida, aunque el interruptor no estaba dado, y al intentar apagarla me soltó un calambrazo. Me asusté tanto que llamé a Graham y el pobre vino a medianoche y descubrió que la alfombra y las tablas del suelo estaban empapadas, todo podrido, y me dijo que había sido una suerte que no llegara a pisar allí, pues estaría ya en el otro barrio. A tu hermano nunca se le ha ocurrido preguntar si a tu

padre o a mí nos gustaría dar un paseo en uno de sus dos coches. No merece que nadie se preocupe por él.

Querida Eleanora:

He acabado por desgastar la cabeza de esa figurita que me regalaste de tanto tocarla, esa que te dieron en clase de catecismo: un santo negro, el bueno de Martín de Porres. Me la pondrán en el pecho y la enterrarán conmigo. A los setenta y ocho ya es hora de ir pensando en ello. No te enfades si te hago una pregunta: ¿crees que podrían enterramos a las dos en la misma parcela? Yo sé que quieres mucho este país, a pesar de las cosas que la gente ha dicho de ti, y podríamos estar cerca la una de la otra en un rincón bonito, debajo de los árboles. ¿Me lo prometerías? Si no puedes, no importa. Tengo un huésped holandés muy agradable; la única pega es que tiene que desayunar a las seis y media. Tu hermano y la otra vinieron por aquí diciendo que querían arreglar las cosas de una vez por todas, no les da ninguna vergüenza reclamar lo que consideran suyo; él dijo que su preciosa mujer no tenía intención de convertirse en niñera tuya y de tus hijos. Nos quedamos mudos. Poco antes se había ofrecido a llevarme a Limerick, a un especialista, y cuando se marchó al día siguiente tu padre le preguntó: «¿Nos vemos mañana?». Y tu hermano dijo: «No volveréis a verme». Dijo que tú estás forrada con esas tonterías que escribes. Y yo le dije: «Tú también estarías forrado si no despilfarraras tanto». No viven más que para los viajes y los grandes hoteles, para las carreras de caballos, y ella no para de comprar ropa y muebles. No se dan cuenta de los apuros que pasan sus padres ni de lo mucho que hemos hecho por ellos. En otros tiempos yo salía al patio para hervir pucheros de avena diez veces al día, y además cocinaba, hacía el pan, tenía la casa como una patena y recogía bayas de saúco para ofrecer licor a los invitados. Espero que no hayas escondido esos cojines en cualquier rincón, que no te hayas avergonzado de ellos. No me gustaría que negaras a tu padre como Pedro negó a Cristo antes de que el gallo cantara tres veces. Encendemos ion buen fuego y nos sentamos los dos allí, yo a pensar y tu padre a pensar y a rascarse la cabeza, mientras el viento sopla con furia alrededor de la casa. Mi padre recordaba muchas veces la noche del vendaval de 1839, cuando a un pobre hombre y a su pobre mujer el viento se les llevó el tejado, y el hombre ató a la mujer a un árbol y volvió a casa para recoger lo que pudo, pero

cuando salió no vio ni rastro de su mujer ni de la cuerda. Aunque puede que la muerte no sea tan terrible, pues ahí termina la lucha; pero yo quiero volver a Coney Island antes de morir. He oído que ya no es una atracción tan importante como antes, pero tiene muchas evocaciones para mí.

Querida Eleanora:

Michael Patrick murió y se dice por ahí que en su testamento se menciona a sus veintitrés primos y tu padre es uno de ellos, pero como puedes imaginar los parientes más cercanos se quedarán con todo. Nos gustaría averiguar si a tu padre se le menciona en las cláusulas adicionales, porque la finca vale mucho y eso sería bueno. Cuando empezó a encontrarse mal se fue a vivir con unos vecinos, y ellos se llevarán seguramente la mayor parte. Tampoco sabemos si hay un segundo testamento. Podría ser así y que nunca lleguemos a saberlo. Había perdido casi veinte kilos y estaba esperando a su abogado cuando cayó redondo. Yo tengo cada vez menos necesidades a medida que me hago vieja, pero podríamos mejorar un poco algunas cosas: comprar fosfato y cal para los campos y poner una buena verja y una buena alambrada, porque los animales se pasan el día entrando y saliendo. Rezamos por Michael Patrick en la primera misa del domingo. Sé de buena tinta que tu hermano le da a la botella y la otra también. Intentamos quitárnoslos de la cabeza, porque sólo piensan en viajar, en beber y en los hoteles. A la pobre Ellie la operaron por tercera vez y le está costando recuperarse. El funeral de Henry Brady se celebró muy lejos de aquí. La señorita Conheady, la profesora de cocina, está muy triste. Ha perdido a Moira, su única hermana, que murió en el parto de su octavo hijo. Verla en el depósito con el bebé muerto a sus pies es la cosa más triste que he visto en mi vida. Todos lloraban, los hombres y las mujeres. Ha subido el precio del correo, del teléfono y de la electricidad. Tu padre estuvo en Lisdoonvarna tomando las aguas y tu tía Bride y yo fuimos a verlo. La gente se pasa el día allí cantando y bailando en los baños; algunas confían en encontrar marido. Los perritos están creciendo y son malísimos. Se suben a la mesa para coger una loncha de tocino y ya me han roto una de las medias elásticas del Dr. Scholl, dos batas buenas y varios pijamas. Saltan por todas partes. La tetera que nos enviaste es una maravilla, sobre todo por las mañanas. Tom Lahiffe se murió mientras ordeñaba una vaca y su

hermana se rompió el cuello al salir corriendo para levantarlo. Tu envío de la semana pasada era excesivo, pero estoy empapelando el comedor. La última vez que se empapeló fue hace dieciséis años y se hizo mal; hace dos años tuve que ponerle emulsión y resultó una chapuza, y espero que ahora pase tu examen. A veces me gustaría tener una cuenta corriente como tienes tú. Parece que no conseguimos ahorrar ni una libra. Debemos de ser bobos. Pienso en ti a todas horas. Pillé otra gripe, recaí y ya no sabía si iba a morirme, ni tampoco me importaba. A Bride le pasó lo mismo, estamos todos hechos unos cacharros, pero aquí sigo y hasta hice jalea, ya sabes lo latoso que es, porque a veces no espesa. No tenía intención de hacerla, pero el viento y la lluvia tiraron todas las manzanas y me pareció un pecado teniendo en cuenta el hambre que hay en el mundo. El precio de la carne ha caído veinte libras por cabeza, se nos murieron seis vacas de tuberculosis y Sanidad nos las compró por menos que nada: los terneros recién nacidos a una libra, cuando un pollo cuesta una libra con cincuenta. Alguien llamó para deseamos un feliz aniversario y entonces recordé estos cincuenta largos años. Nada de fiestas. Ya no puedo preparar comida para nadie y entre los resfriados, las calenturas y los picores no tengo ganas de nada. Daría gracias a Dios por estar bien de salud, pero no lo estoy ni creo que vuelva a estarlo. Hemos tenido a una cuadrilla ensilando tres días y había que darles de comer; casi me mata. Ahora tenemos una ola de calor y nos estamos achicharrando. Es más práctico ensilar que guardar el heno. Cuando una ve morir a un animal piensa en lo triste que debe ser ver morir a una persona. Mis mejores días ya han pasado.

Querida Eleanora:

Seguro que te alegrará saber esta noticia. La yegua ganó en Limerick la segunda vez que corría. Te envío un recorte. Tu padre estaba feliz porque Sabré Point era la favorita y la gente había apostado miles de libras por ella y había también otros dos caballos muy buenos y nadie daba una oportunidad a nuestra Shannon Rose, que al final sorprendió a todos y desilusionó a muchos. Bobby, el hijo del entrenador, estaba a punto de montarla cuando un mal bicho, un entrenador que se había ocupado de ella antes y que nos había sacado muchos cuartos, se acercó a él y le dijo: «Esa yegua es lo más cerdo que se haya visto nunca; es capaz de estrellarse contra una pared

con tal de tirarte». Puede que si la hubiese montado un extraño ni siquiera hubiera querido correr, pero Bobby la conoce muy bien y en dos meses comprendió que era la criatura más dulce del mundo. Ese vagabundo de Galway no quería que ganase y la mataba de hambre cuando estaba a su cuidado. Después de la carrera un par de señoritos quisieron comprarla, pensando que tu padre no podía mantenerla y que la vendería barata. Está feliz. No por las doscientas libras que ha ganado, sino porque el premio aumenta el valor de la yegua. Quiere entrenarla para saltar vallas, y si ve que se acostumbra, volverá a competir. Nos invitaron a tomar una taza de té en casa del entrenador, una mansión. Yo nunca había pasado de la puerta; la veía camino de misa o del gallinero. Me habría gustado mucho dar una vuelta por allí algún domingo por la tarde, pero nunca tuve esa suerte. La gente se pasa el día predicando el cristianismo, pero ¿cuántos se comportan como cristianos? Espero que estés a mi lado cuando muera, siempre lo espero. Le estoy poniendo patas nuevas al diván verde de arriba y una tapicería nueva, aún no sé si roja o púrpura. La aspiradora que me regalaste es una gran ayuda, recoge mucho más que la eléctrica. Los precios se han multiplicado por dos desde que se adoptó el sistema decimal. Te parecerá raro, pero estuve en Limerick hace poco y me presentaron a una señora de mi edad que me dijo: «Hace dos semanas vi a su hija en las carreras de Phoenix Park con dos hombres muy bien parecidos». Yo le dije: «Se equivoca. No puede ser mi hija porque no estaba en casa». Pero insistió y los amigos que estaban con ella dijeron que eras tú, además dijo que llevabas un abrigo de terciopelo muy largo y muy poco comente y por eso se fijaron en ti. Yo le dije que debías de tener un doble. Lo raro es lo del abrigo, de terciopelo, con galones dorados, tu viva imagen. ¿Estuviste o no estuviste en las carreras de Phoenix Park el mes pasado? Es raro que yo no lo sepa. Por favor, no hagas tonterías para mantener tu figura; tu salud es lo primero. Dios nos libre de los tenderos, porque hacen lo que les viene en gana. Alguien escribió una carta al periódico para decir que tus libros son una farsa, que los escribe un hombre de Carrickmines. Vi una foto tuya preciosa en una feria de ostras; tan cerca y tan lejos al mismo tiempo. Me gustó tu peinado. Debe de ser emocionante ir a Finlandia, aunque siempre me da mucho miedo que te subas a un avión. Tu padre no puede moverse de aquí porque tenemos dos vacas a punto de parir y a veces las jóvenes no paren bien.

Ya nos pasó la semana pasada: el ternero nació muerto y tuvimos que comprar uno para que la vaca pudiera amamantarlo, pero a veces no agarran; en una granja todo son problemas. Tengo que ayudar a tu padre con las vacas y eso me mata. Ya no puedo correr como antes. Te envío unas medallas de san Benito bendecidas especialmente por los padres de la misión del ferrocarril; guarda una en casa y lleva la otra siempre encima, ya que viajas tanto.

Querida Eleanora:

Tu padre lleva catorce días fuera. Estaba dormido cuando fuimos a verlo al hospital después de la operación, así que salimos a tomar un té, volvimos y nos quedamos veinte minutos. Parecía muy cansado. El cirujano dijo que había sido una operación de mucha envergadura: le han quitado dos terceras partes del estómago. El tumor estaba muy arriba y era difícil quitarlo, pero ha sido lo mejor, porque era maligno. Dice que prefiere morir antes que volver a pasar por esto. Te daría mucha lástima si lo vieras todo lleno de tubos. Las enfermeras son muy secas y la jefa, que lo conoce, es más amable, pero está de permiso. Han tenido que ponerle muchos litros de sangre. Me parece que he sido poco comprensiva con él; yo lo achacaba todo a los nervios y las contrariedades y ahora veo que estaba equivocada. Es un alivio verlo bien. Escríbele un par de líneas cuando puedas. Se han llevado al matadero de Limerick a otra vaca enferma. La granja es una pesadilla sin fin. Tienes mucha suerte de tener cerebro y de saber utilizarlo, no como esas vírgenes estúpidas de la parábola. El mes que viene voy a hacerme un chequeo que debería haberme hecho hace mucho tiempo. Peor sería estar en la cuneta, como nuestros antepasados. Cecilia Long, que ha sido enfermera en Estados Unidos treinta y cinco años, acaba de retirarse y ha vuelto para cuidar de su hermana Lilly, que está inválida. El domingo pasado fue a visitarlas una sobrina, pero cuando llegó a casa por la tarde se encontró con la noticia de que la tía Cecilia se había caído por las escaleras y se había roto el cuello. Una desgracia. La muerte de Ellie me entristeció tanto que ni siquiera tuve fuerzas para ir al funeral. Fui a verla cuando estaba enferma y me aterraron sus gritos, nunca podré olvidarlo. Estoy cansada sin ningún motivo y cualquier cosa me fatiga. Una mañana llamé a Bea Monogue para pedirle el número del médico suplente y a los dos minutos estaba en la

puerta para llevarme a verlo. Me puso una inyección que me estuvo doliendo una hora y media, aunque supongo que me vino bien porque me pasé el día durmiendo y delirando. Bea dijo que el médico vendría para asegurarse de que la fiebre bajaba. Es un ángel esta Bea. Me preocupa que tengas problemas y que por eso no hayas venido este año. El profesor me dijo que buscará el libro que necesitas, cree que debe de tenerlo en algún baúl. La ruptura con tu hermano ya es inevitable: piden demasiado y se piensan que no hay nadie más en la familia.

Querida Eleanora:

Ha estallado la bomba. Es posible que tengamos que vender Rusheen. Las cosas se han complicado mucho. Tu hermano no para de exigir. Sabemos que es por ella, que está chalada, pero él no es lo bastante hombre para pararle los pies. Les hemos dicho adiós para siempre. A lo mejor construimos una casa pequeña. Terence quería diez mil libras inmediatamente, y los demás al diablo. Hemos oído que se han ido a España para descansar. No somos los únicos que tienen que vender sus propiedades. Ella es lo único que ha contado siempre para él, aunque creo que su vida es un infierno. Un hermano de ella lo dijo en un funeral. La yegua que ganó la carrera lleva ya un año y medio de entrenamientos a razón de siete guineas a la semana más los honorarios del jinete, más los mozos de cuadras, más las cincuenta libras que le damos de vez en cuando al entrenador; un pozo sin fondo, pero si digo algo, se arma la gorda, así que me hago la tonta. Un crítico ha dicho que en tus libros das una imagen falsa y malévola de tu país; dice que tus obras no perdurarán. Otro, que quería ser todavía más listo que el primero, dice que tu trabajo es un galimatías, así que ya ves cuánta polémica despiertas, aunque a veces nos duele. Siento decirte que tu último libro traerá cola. Han escrito cartas a la editorial amenazando con emprender acciones legales contra ti. Lo que buscan es dinero, claro, pero también quieren acabar contigo. Yo les pido que no me cuenten nada, que no quiero enterarme, pero es evidente que están muy enfadados y resentidos contigo. No esperaban que escarbaras tanto en el pasado para ridiculizarlos y humillarlos. Con tu padre no hablo de esto, porque noto que a él también le afecta. De todos modos, yo sé que puedo contar contigo si lo necesito. He sabido indirectamente que te vieron llorar en público.

Espero que no sea el presagio de otro desastre. Con el último dinero que me enviaste voy a comprarme una mecedora para pasar el resto de mi vida acunándome. La casa Gore, la que a ti te gustaba, la han vendido por treinta y cinco mil libras, y eso que podría circular un coche por los agujeros de la carcoma; está todo lleno de hongos, todo podrido. Se rumorea que la compradora eres tú y ayer por la noche tres personas felicitaron a tu padre. ¿Cuándo volveré a verte? Hablabas de irte a vivir a Nueva York, pero rezo para que no lo hagas. Hay huelga de bancos y de navieras, y los turistas han cancelado sus viajes porque no pueden traer los coches. Tu padre lloró mucho antes de la operación, pues se temía que no saldría con vida. Te aseguro que más vale casarse con un pobre labrador, porque la granja no da nada. Anoche soñé que estaba en casa, en Middleline, mirando por la ventana desde el prado de la entrada, y veía un crucifijo de metal precioso y una sarta de perlas blancas colgadas en la pared, y me decía: «La habitación ha cambiado; eso significa cambio, pero ¿qué quiere decir?». Cuando tengas un minuto me gustaría que me hicieras un dibujo de tu chaqueta negra con los adornos de seda. Quiero hacerme una igual, porque tengo varias camisas negras, pero ninguna chaqueta buena.

Querida Eleanora:

Es una gran noticia que vengas a pasar un fin de semana. Tuve que leer dos veces tu postal, para asegurarme de que no me lo estaba imaginando. Espero tener un par de pollos listos para matar, porque he aprendido una nueva receta de manzana y castaña para el relleno. Subiremos a las montañas como en otros tiempos para ver el paisaje. Tengo que darte el tapiz de la estatua de la Libertad, para que lo conserves cuando yo ya no esté; es una pieza que nunca encontrarías en una tienda. Esto de las carreras es como una fiebre; tu padre no para de contraer deudas con la esperanza de salir de deudas. Es una locura, no trabaja más que para los caballos. Puede que pensara más en tu hermano que en ti cuando tenía un par de libras y me iba a Limerick en un camión y me privaba de una taza de té para volver a casa con una raqueta de tenis o unos pantalones de franela para él, que jamás se dignó dar las gracias. Quería pedirte un favor, aunque no tiene mucha importancia, si no puedes hacerlo, no te preocupes: una pulsera de cobre para el reúma, de esas que se ponen en el brazo y no se quitan nunca.

Una enfermera me habló de ella; dice que es milagrosa. Hasta los dedos de los pies los tengo rígidos y doloridos. Salí a coger arándanos y volví con medio cubo lleno. He hecho veinticinco kilos de jalea y me encantaría poder pasártela por encima del seto. Así que ya sabes, trae un buen montón de cestas cuando vengas. A los niños les encanta en los panecillos. Debes de sentirte muy sola sin ellos. Dios quiera que no se vuelvan ingratos y crueles y la tomen contigo. Ésa es la peor de las cuchilladas, como tú me leíste una vez en un libro.

Querida Eleanora:

El abrigo que me has mandado es precioso, pero tiene la piel defectuosa por detrás, pues la tensaron más de la cuenta para casarla con las demás. Se lo he llevado a los peleteros de Limerick para ver si podían ponerle unos automáticos en las costuras, pero nada, porque no lo había comprado allí. Me enseñaron dónde estaba mal cortada la piel, como si me interesase. Te he comprado un mantel para cenas, pues me acordé de que dijiste que te gustaban. Nuestros perros se pelearon con el perro de Saxton y se llevaron la peor parte; a uno tuvieron que traerlo en brazos porque ni siquiera se tenía en pie. Ya nos han traído el frigorífico que nos compraste. Es una maravilla porque la leche siempre se me agriaba y la carne sólo duraba un día. Tengo un huésped alemán que va a estar seis meses aquí, pero no sabe una palabra de inglés. Tu último libro ha causado un gran revuelo por aquí; el noventa y cinco por ciento de la gente está horrorizada. Se lo han ido pasando unos a otros para ver lo repugnante que es y se preguntan por qué no escribes cosas más agradables. Tengo unas cucharillas de té preciosas que me han dado por reunir cupones de paquetes de cereales; si te gustan son tuyas. Ha habido otra muerte en la fábrica, un hijo único. Dices que la chica que te ayudaba cometió un acto deshonroso. No me sorprende. Se me ha estropeado el homo de leña y tendré que ir a Teresa O'Gorman para que me horneen allí tu pastel de Navidad. Hay muchas épocas de mi vida que no me gustaría volver a vivir, pero tengo que reconocer que en Brooklyn pasé buenos momentos. En Nueva York sólo estuve una vez y en una misión muy desafortunada, en busca de un amigo que ni siquiera estaba allí. Me gustaría mucho tener una buena charla contigo algún día, contarte algunas cosas. Sé que no te has olvidado de nosotros ni de nuestro bienestar, pero hay algo que me molesta.

Me duele que te muestres tan distante, que te alejes siempre de nosotros, que andes siempre corriendo, corriendo, ¿hacia dónde? ¿Tenemos la lepra? ¿O qué?
O…
Qué
O…
Qué

EPÍLOGO

Estábamos sentadas junto al fogón, mi madre y yo. Debía de ser septiembre, demasiado pronto para encender la chimenea en el salón, pero ya empezaba a refrescar de noche, y hasta el perro, el perro viejo y con relima, se había metido en su cuchitril y las gallinas no protestaron cuando las guardamos, entraron sin rechistar. Mi madre cerró la puerta del gallinero y nos quedamos contemplando una magnífica puesta de sol: un rosa impresionante, que abarcaba un amplio espacio de cielo, teñía los ríos y los riachuelos de escarlata, coloreaba los árboles de rojo y se adentraba en una nube de otro tiempo, desgreñada y hosca.

—No hay nada como el hogar —dijo mi madre, y asentí, porque ella quería que yo pensara lo mismo.

Ya en la cocina, mi madre abrió las dos puertas del homo para caldear un poco la habitación y nos sentamos a charlar. Se pasó las manos por el cuello inconscientemente, por ambos lados del cuello, donde notaba la tensión, y, aunque no dijo nada, comprendí que quería que le diera un masaje, y así lo hice, buscando los nudos y la contractura, descendiendo por la nuca hasta más abajo del hoyuelo, sosteniendo la cabeza entre las manos, invitándola a relajarse, a olvidar todas sus preocupaciones, mientras ella decía: «Si pudiéramos, si pudiéramos».

Se animó y se abrió el botón de arriba de su blusa de domingo para que le pusiera las manos sobre la red de venas azules marcadas como trenzas en su pecho hundido. Y se dejó llevar, su expresión se relajó por la felicidad de ser tocada como nunca la habían tocado en su vida, y en ese momento fue como si ella fuera la hija y yo la madre.

El crepúsculo desciende sobre mi madre en aquella cocina, en aquella oscuridad parcial, en la luz hermosa y suave de un instante de cercanía: la apertura del alma, la nobleza del alma, se derrama medrosamente por el universo y medrosamente cae sobre nosotras.

Notas

[1] Rosaleen es la amada a quien canta el poeta irlandés James Clarence Mangan en la más popular de sus baladas. Se trata de una metáfora de la propia Irlanda representada por una mujer, al igual que Kathleen ni Houlihan, símbolo mítico y emblema del nacionalismo irlandés muy frecuente en la literatura y el arte. [*N. de la T.*] < <

[2] Antiguo baile escocés. [*N. de la T.*] < <